LA GRACIA EN LA EDUCACIÓN
o
ARTE DE EDUCAR CON GRACIA

Y CARTILLA DEL CATEQUISTA CABAL

La gracia en la educación

PRÓLOGO

El año 1956 -han transcurrido ya cuatro decenios-, aparecía la cuarta edición de una de las obras más importantes de don Manuel González, tan prolífico con su pluma como fecundo en todas sus actividades apostólicas.

Hoy este hermoso libro está prácticamente agotado, y de numerosas partes de España e Hispanoamérica llegan peticiones apremiantes que han obligado a una nueva edición. La Congregación de Misioneras Eucarísticas de Nazaret, nos ha encomendado nuevamente la revisión de este interesante escrito cuyo texto hemos respetado íntegramente por estimar que es plenamente actual, dado el claro fin expuesto en el subtítulo por su preclaro autor, hoy VENERABLE, *con estas significativas palabras:* Arte de educar con Gracia.

No es una obra catequética doctrinal en el sentido riguroso o técnico del término, sino una publicación pedagógica eminentemente cristiana, espiritual y religiosa. La idea directriz que aglutina todas sus reflexiones, sugerencias, orientaciones y consejos es bien sencilla: analizar el papel configurador que juega la gracia natural y la Gracia sobrenatural cuando ambas se conjugan o encuentran al servicio de la educación cristiana, y en el desarrollo de la misma.

Don Manuel González fue, ciertamente, un privilegiado de las dos gracias: la del cielo y la de la tierra. Como don Bosco, san Francisco de Sales, Tomás Moro, Teresa de Jesús y tantas figuras gloriosas de la Iglesia, el obispo del Sagrario abandonado gozó siempre de un fino humorismo que, unido a sus extraordinarias dotes de educador, catequista y pedagogo, daba a su personalidad un atractivo cautivador irresistible.

Hemos creído conveniente añadir a esta quinta edición otros escritos catequéticos que complementan, sin duda, el contenido de «La Gracia en la Educación». Forman las partes siguientes del libro:

- Dichos, Hechos y Lecciones: *se trata de un centenar de textos antológicos, extractados de sus dos libros* «Sembrando granos de mostaza» y «Partiendo el pan a los pequeñuelos».
- Cartilla del Catequista cabal, *con el texto íntegro de este importante folleto.*
- Todos catequistas, *incluido también por su evidente utilidad.*

Pensamos que estos escritos catequéticos ofrecen valor permanente, y prestarán en su conjunto un servicio provechoso a quienes sientan su responsabilidad eclesial de evangelizar y catequizar. Don Manuel González se adelantó varias décadas al magisterio conciliar del Vaticano II, al enseñar que la instrucción catequética ocupa el primer lugar en el anuncio de la doctrina cristiana (Christus Dominus, n. 13).

Mucho habría gozado el gran fundador si hubiese visto en este mundo, confirmado su testimonio, con la exhortación Catechesi Tradendae, *del Papa Juan Pablo II.*

Deseamos que esta novísima edición de «La Gracia en la Educación», enriquecida con una antología de sus mejores páginas catequéticas, además de dos preciosos opúsculos de indeclinable urgencia, resulte adecuado instrumento de trabajo a todos los educadores, catequistas y almas comprometidas en la fiel transmisión del mensaje de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

Dr. Andrés Molina Prieto[1]

---

[1] *Don Andrés Molina escribió este Prólogo* para la quinta edición de «La gracia en la educación...» (1985). Como él mismo indica, también en la edición presente adosamos a ese libro la selección de «Dichos, Hechos y Lecciones», y los folletos «Cartilla del catequista» y «Todos catequistas». Estos dos últimos folletos fueron editados una vez más en 1991.

«La gracia en la educación» ha sido editado seis veces: 1935, 1940, 1948, 1956, 1985, 1999. La «Cartilla del catequista cabal» llega ahora a su séptima edición: 1936, 1947, 1956, 1960, 1991, 1999. También «Todos catequistas» ve ahora la luz por séptima vez: 1933, 1935, 1938, 1946, 1960, 1991 y 1999.

EL PRESENTE LIBRO

3852. *Reproduciendo y ampliando ideas de una conferencia que di en un cursillo de maestras Teresianas, quiero traer a estas páginas y por medio de ellas a la circulación pública tema tan importante como olvidado, cual es la influencia de la gracia en sus dos sentidos, natural y sobrenatural, en la educación de los chicos y... de los grandes.*

Tema por lo pronto gracioso

3853. *¿Cabe más gracia, sobre todo cuando los señores pedagogos se empeñan en hacer de la Pedagogía, Paidología, Psiquiatría y de todas las ciencias y artes que giran en torno del tema de enseñar a educar, una cosa muy seria, muy preceptista, muy sobre el suelo y hasta los tejados del mundo y muy fuera del gusto y del humor de las generaciones de jóvenes masculinos y femeninos que se ven precisados a cambiar el saludo con ellas si han de obtener el ansiado título de maestro y de educador?*

¡Vaya si es gracioso hablar de la gracia en la Pedagogía!

Tema importante

3854. *Tan importante, como gracioso. Como que para mí el primer capítulo de toda Pedagogía racional (¡no os extrañéis del adjetivo! ¡no es pleonasmo!) y mucho más cristiana y a fuer de tal integral, o sea, que no fraccione al niño sino que cuente con todo él, el primer capítulo de toda Pedagogía debiera ser el desarrollo de este enunciado o cosa parecida: «De que no se meta a maestro y si se metió, que se salga, el que no cuente con la gracia de la tierra y del cielo...» o más breve:* «Que sean excomulgados escolarmente todos los desaboridos, los sin gracia».

3855. *Y he dicho que reservaría en las pedagogías el primer capítulo a ese enunciado y caigo en la cuenta que me quedo corto: hay que añadir: y (¡vivan los radicalismos y mueran los paños calientes!) que toda pedagogía no tenga más capítulo que ése y todas las demás cosas por muy campanudas y pistonudas que suenen, se queden para el lugar de los apéndices o de las apostillas. Así; no siento miedo en asentar ésta como tesis única de toda la pedagogía:*

«El mejor maestro es el que tenga más gracia y cuente más con ella».

3856. *Y aunque sepa más de números que Newton, de astros más que Keppler, de microbios más que Pasteur, de letras más que Cervantes, de fuerzas naturales ocultas más que Edisson y Marconi y más de todo que los talentos cumbres de cada cosa, aseguro que no serán educadores y, por tanto, maestros en la completa acepción de la palabra con todos esos tesoros de ciencia, si son unos perfectos* sin gracia*, o sea, que ni la tengan, ni la busquen ni la echen de menos.*

¡Que se les cuelgue otro nombre todo lo rimbombante que queráis; pero ¡por Dios!, que no den esa mala sombra al augusto nombre de educador y maestro!

Y a demostrarlo, no sólo con donaires más o menos graciosos, sino con razones muy serias, tampoco exentas de gracia, van los rengloncillos que someto a la paciencia de los amigos y del consabido curioso lector.

¿A quiénes interesa?

3857. 1º *A los* educadores: *Sacerdotes, padres, maestros, catequistas, y guías de otros. Y*

2º *A los* autoeducadores: *a saber, los que recibida la primera educación, se dan cuenta y se persuaden de la necesidad y ventajas, no sólo de dejarse educar, sino de educarse a sí mismos.*

A unos y otros paciencia para leer y provecho abundante de la lectura desea

EL AUTOR

Madrid, 1935

CAPÍTULO I

DEFINIENDO TÉRMINOS

3858. Es tan fácil de demostrar mi tesis de que los *singracia* no sirven para educadores, que con sólo definir los términos queda demostrada a satisfacción de los más exigentes dialécticos.

Qué es educación y qué es gracia.

Con que se sepa bien el concepto real, no el que a veces llevan por falso testimonio, se tiene la evidencia de que educación integral sin gracia es algo así como tortilla de huevos sin huevos o chocolate sin cacao.

Qué es educar

3859. Educar, según su doble sentido etimológico, es *sacar y guiar: sacar* las energías que hay dormidas, amorfas, inexplotadas o torcidas en el niño, que como ser inmanente que es tiene dentro de sí el principio y el término de su acción y *guiarlas* a estado de perfección.

Educar es la labor más difícil de todas las labores humanas, por lo honda, transformadora y contrariada.

3860. *Honda,* porque, empezando por lo más exterior, como es el gesto, la pronunciación de la sílaba y de la palabra y la postura, ha de contar con lo más interior puesto que tiene que llegar al fondo del entendimiento para formarle el criterio, de la voluntad para forjarle el carácter, y del corazón y de la sensibilidad, en donde se esconden las raíces de las pasiones, de los gustos e instintos para enseñarles y acostumbrarles a obedecer a la razón.

3861. *Transformadora, y contrariada* porque su fin es siempre hacer pasar de un estado inferior a otro superior, hacer del niño de barro, niño de carne; del niño de carne de bestia, carne espiritualizada; la educación buena debe hacer del niño grosero como de barro, de malos instintos como de fieras, de rebeldías como de carne humana nacida en pecado original, un hombre cabal y a fuer de cabal, con los sentidos y apetitos del cuerpo en desarrollo perfecto y armónico sometidos a las potencias del alma y las potencias del alma en avances perpetuos de perfección, enfrenadas, iluminadas, reformadas y siempre elevadas por la sumisión a Dios.

3862. La educación, si ha de merecer con justicia ese nombre, es la acción misteriosa y lenta de unas manos como de hada que de un muñeco de barro sacan un hombre, de un candidato a diablo sacan un ángel, de un mal hijo de la tierra pecadora sacan un hijo bueno de Dios.

¿El instrumento?

3863. La labor del educador es superior a la del más genial escultor. Éste *hace* de una piedra o leño que no se mueve a sí mismo una *figura:* aquél no *hace* sino *saca* de un ser, que se mueva a donde quiere, un ser que, queriendo, se mueve a donde debe...

Para labor tan honda, transformadora y que ha de encontrar tantos obstáculos hace falta un instrumento largo, tenaz, eficaz, flexible; un instrumento, que como ha de obrar sobre un sujeto dotado de libertad, y de libertad más inclinada al mal que al bien, una a todas aquellas cualidades la de ser grato, la de hacerse hasta desear y amar.

¿Cuál será?

¿Métodos, técnica, estímulos morales, razonamientos filosóficos, ambiente, buenos ejemplos, lecciones elocuentes...?

3864. Honradamente os confieso, con la experiencia de la historia y de años y de casos sin número, que todos esos podrán ser unos auxiliares del instrumento; pero no el instrumento completo y eficaz de la educación.

¿Cuál será?

Aquí de mi tesis:

Que todos esos auxiliares *con la gracia* en su doble sentido natural y sobrenatural, sirven; sin gracia, no.

He aquí el gran instrumento de la educación integral del hombre: la *gracia.*

Lo iremos viendo *con la gracia de Dios.*

CAPÍTULO II

QUÉ ES LA GRACIA

3865. Si por la definición, o mejor, descripción de la educación se echa de ver la necesidad en el educador de la gracia, bueno y lógico es que os diga lisa y llanamente, sin pretensión de definiciones didácticas, qué cosa es gracia.

Y para mejor entendernos, comenzaré por distinguir entre gracia con minúscula y Gracia con mayúscula, o sea, gracia natural, humana o de la tierra, llamada también *sal, buen ángel, buena sombra,* etc., y Gracia sobrenatural, divina y del cielo.

En qué convienen las dos gracias

3866. Aunque con principios, campo de acción y fines totalmente distintos, hay puntos de convergencia en los conceptos de ambas gracias, y aun en las cosas en que discrepan hay cierta ley de parecido o analogía.

En dos cosas convienen o se encuentran la gracia natural y la sobrenatural: primero, en que ambas son gratuitas o graciosamente dadas; y éste es uno de los motivos porque esta cualidad o accidente de los hombres se llama *gracia o don de Dios,* sea en el orden natural, sea en el sobrenatural.

Ya veremos que esta *gratuidad* de la gracia, no exime al hombre de prepararse con ciertas disposiciones para recibirla, para usarla debidamente y para aumentarla.

3867. La gracia, como todos los dones gratuitos de Dios, se da siempre como *semilla* y ésta exige en la tierra que la recibe y en el labrador que la posee, laboreo, cultivo, riegos, abonos y cuidados.

El otro punto de convergencia de las dos gracias, lo da el otro aspecto de la etimología de la palabra, *gracia* se dice de *grato.* El que es grato a los hombres se dice que tiene gracia natural; el que es grato y acepto a Dios, hasta el punto de que Dios llegue a complacerse y recrearse en él, como un padre en su hijo y en lo que su hijo hace y dice, tiene gracia sobrenatural.

Desde luego, lo propio y esencial de toda gracia es hacer grato al que la posee.

3868. La gracia envuelve a su dichoso poseedor y a sus palabras, obras y gestos en un olor que siempre huele bien, en un ambiente propicio y pone en cuanto dice y hace algo, que no por ser más rico, ni más genial, ni más sabio, ni más esforzado, atrae, agrada y da gusto.

La riqueza pondrá alrededor de su poseedor ambiciosos o necesitados, el saber reunirá admiradores, la majestad del poder congregará deslumbrados o encogidos. La gracia, sin ruidos, ni choques de ambiciones, ni gemidos, ni espantos, ni zozobra de fuertes emociones, ejerce su imperio calmando, perfumando, despertando sonrisas, dilatando ojos, oídos y corazones, ensanchando horizontes, esparciendo aire de juventud y de vida y sembrando semilla de optimismo, de dicha y de paz.

El encuentro de las dos gracias

3869. No se crea, a pesar de estos puntos de coincidencia, que siempre se encuentran en un mismo sujeto las dos gracias. La experiencia enseña que hay gentes con gracia de la tierra, con la desgracia de carecer de la del cielo, y que por secretos designios de Dios, para purificación y defensa de sus escogidos, hay almas con mucha gracia de arriba y algún tantico desaboridas de la sal de abajo.

Aunque siempre la santidad irradia atractivo sobre la naturaleza, no hay inconveniente en admitir *santos sosos...*

3870. De todo hablaremos; pero vaya por delante la afirmación de que cuando se encuentran en una misma persona la gracia del cielo y la gracia de la tierra, surgen esas grandes figuras de la historia, centros universales de irresistibles atracciones, prodigios de fecundidad espiritual y de influencias tan dulces, como avasalladoras, sobre las muchedumbres de su tiempo y de los tiempos por venir; figuras cumbres del género humano, maestros gigantes de discípulos incontables que se llaman san Francisco de Asís, juglar de Dios, Bernardo de Claraval, doctor melífluo, el santo don Bosco, que obra milagros sonriendo y jugando con sus niños y llega hasta hacerse saltimbanqui, santa Teresa de Jesús que puso sonrisas en los cilicios y éxtasis divinos en las coplas de sus recreaciones, y donaires en sus altas conversaciones y contemplaciones de Dios y fundó conventos-jardines con las puertas abiertas a todas las alegrías buenas y sanas y cerradas sólo a las almas obstinadas en la melancolía.

«No era amiga de gente triste -ha escrito de ella su compañera de viajes Madre Ana de san Bartolomé-, ni lo era ella, ni quería que los que iban en su compañía lo fuesen. Decía: «Dios me libre de santos encapotados».

3871. ¡Qué bien, qué deliciosamente bien, pudo decir san Francisco de Sales, otro coloso de la atracción espiritual, que «un santo triste, es decir, sin gracia o sal de la tierra, era un triste santo!» y ¡con cuánta justicia esculpió este otro pensamiento que debiera grabarse en las puertas de todas las escuelas y en la memoria de todos los educadores:

«¡Más vale callar una verdad que decirla con *mala sombra!*»

¡Ah! ¡Qué falta hace que se conozca y se estime el valor de la gracia!

CAPÍTULO III

¿QUÉ ES GRACIA NATURAL?

3872. No con rigores de definición escolástica, sino con llaneza familiar, os diré que la *gracia* natural es una niña muy bonita y por cierto hija de un señor largo que se llama *ingenio* y de una señora muy ancha que se llama *bondad...*

Con este bosquejo de patrón que os presento, deshago la leyenda muy corriente de que la niña de mi cuento es hija de la casualidad, como si dijéramos, hija de padres desconocidos.

No, la gracia natural tiene, gracias a Dios, sus papeles muy limpios y su prosapia muy esclarecida.

Su padre

3873. Digo que es hija del *ingenio.*

Ingenio, según los tratadistas, no es el genio creador y deslumbrante, ni es el talento especulativo dedicado a hacer síntesis y análisis hasta de su sombra, ni es la memoria prodigiosa que todo lo retiene como un archivo viviente, sino que es sencillamente el entendimiento que por educación, por gimnasia mental o por regalo directo de Dios ha llegado a la posesión del *don de hacerse rápidamente cargo de las cosas.*

Esa rapidez del caer en la cuenta, ha valido al poseedor del ingenio el calificativo de hombre de *chispa o chispeante.*

3874. Un genio es capaz de componer una Ilíada a lo Homero; un talento es capaz de escribir un buen libro; pero si a la excelsitud del genio y a la profundidad del talento les falta la rapidez mental, la agilidad de *chispa* del ingenio, ni uno ni otro podrán aspirar a la paternidad de la *gracia* y como consecuencia de esta falta de aptitud para tener gracia, ni uno ni otro dispondrán a sus poseedores para ser aptos maestros, educadores cabales.

La falta de ingenio en los grandes hombres

3875. Y aunque sabe a paradoja eso de que un mismo hombre puedA poseer un gran talento y carecer de ingenio, la historia y la experiencia de continuo citan casos tan reales como graciosos de la existencia en un individuo de esa paradoja.

De Newton, el genio de los números, se cuenta la siguiente anécdota:

Por aquello de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, el que ejercía este oficio cerca del gran genio matemático, pudo darle un día una gran lección nada menos que de geometría casera.

Newton, como casi todos los hombres grandes y chicos, tenía un flaco; y este flaco era una gatita que le acompañaba en sus horas de estudio y lo distraía en las horas de descanso.

Para que su amiguita tuviera libre acceso a él, había mandado abrir un agujero o gatera en la parte inferior de la puerta de su estudio.

3876. Un día en que la gatita fue madre, el gran matemático ordenó a su criado que para que el gatito hijo disfrutara Del mismo honor de su felina mamá, de entrar en su estudio cuando le viniera en gana, abriera otra gatera para el hijo...

El grande, el arduo problema de la multiplicidad de las gateras, quedó resuelto con esta respuesta del rudimentario ingenio del criado: -Digo, señor, ¿por donde pasa la madre, no podrá pasar el hijo un poquillo antes o un poquillo después?

¡El ingenio venció al genio!

Y ¡cuántas derrotas ha recibido y recibe éste en las aulas!

Los triunfos del ingenio en la educación

3877. ¡Cuántas victorias del ingenio sobre el talento he presenciado en mis ya largas andanzas entre chaveas del oriente y del occidente de Andalucía y de España y, casi diría, del mundo!

Contaré *un caso* entre mil y que ciertamente vale por mil pruebas.

Allá en mis tiempos de arcipreste de Huelva, uno de los campos de mis operaciones apostólicas fue el llamado barrio del Polvorín, formado entonces en su mayor parte por casillas de latas viejas, cañas y maderas de cajas de petróleo y habitado casi totalmente por cargadores de mineral o gentes maleantes.

En aquel barrio, separado de la ciudad unos dos kilómetros, en el que seguramente vivían tres o cuatro mil personas, no había ni una escuela, ni una iglesia y, como es natural, había muchas tabernas y ventorrillos y con esto podrán formarse una idea de la cultura y *tal* (como me decía un famoso alcalde de barrio) de aquella pobre gente polvorinera de principios de siglo.

3878. Como el barrio todo pertenecía a mi parroquia, creí era mi deber, y sentía como necesidad obsesionante, establecer en cuanto antes, en medio de aquellas tierras de *infieles cristianos,* una iglesita y unas escuelas como quiera que fueran.

No hace al caso contar cómo se realizaron mis ensueños y ansias, primero en unos almacenes alquilados y después en un espacioso local propio, rodeado de amplio campo, sino presentaros un gran triunfo de ingeniol que es a lo que voy.

¡Qué niños los de los primeros días de escuela del Polvorín!

¡Qué manía de romper cristales, de patear mesas y pupitres, de arrancar grifos y de dar aullidos en la escuela y en la iglesia y de no hacer caso de maestros, ni de sacerdotes, ni aun del municipal que a veces tuvo que ser llamado en auxilio!

Se había buscado para maestro un antiguo ex seminarista, con siete años de teología en el cuerpo, con unas barbas de a palmo, voz de Júpiter tonante y bueno hasta dejárselo de sobra. Mi don Facundo, que así se llamaba, apuraba su ciencia teológica en discursos sobre la obediencia, el orden, el silencio, el respeto, etc., a la vez que su paciencia y su saliva en amenazas, gritos y truenos sin conseguir calmar en lo más mínimo el tumulto escolar, ni recoger otro fruto que algún que otro gorrazo o alpargatazo que le llovía, no sabiendo nunca de dónde ni de parte de quién venían.

3879. Sobrevino, como es natural, la crisis y con el nuevo maestro que mandé ¡qué maravillosa transformación se obró!

Y por cierto que el tipo del nuevo maestro era totalmente opuesto al del antiguo; en vez de la asustante, peluda y atronadora figura de éste, un cuerpo más bajo que alto, un asomo de bigote y una vocecilla de tenorino en ayunas.

Cuando a los dos días de regentar la escuela el maestro nuevo, me acercaba a ella, el silencio de sepulcro que dentro y fuera reinaba, me hizo confirmarme en mis temores de que el salvajismo de los muchachos se había *cargado* (así decían) al maestro y a la escuela.

Con cautela y pena penetro en el local que creía vacío y expoliado y ¡oh sorpresa! mis escolares en el más perfecto y gustoso silencio escribían números y palotes en planas, pizarras y suelos, mientras el maestro con voz casi imperceptible, casi por señas, apuntaba a unos y corregía a otros.

3880. Conmovido y contagiado del mismo silencio miré y callé durante toda la clase de escritura.

- Y ¿cómo ha obtenido usted ese prodigioso cambio de esa turbulenta gentecilla?, preguntaba yo después al maestro.

- Sencillamente, no echándole la sal de mis enfados al guiso favorito de los niños de ver enfadado al maestro... esto es, no hacer caso de que alboroten y hacer yo lo mío... Sin esa sal me he convencido de que pierden el apetito de *meterse con el maestro.*

- ¡...!

- Sí, proseguía, en nada gozan tanto los niños como en manifestar la gran dosis de espíritu de contradicción con que nacen. El ideal del niño es *meterse con alguien* y mientras de más alta categoría sea su víctima, mayor placer en el ataque o en la *metedura,* más *sal* para su guiso.

¡Y qué razón llevaba aquel maestrito!

3881. Parece mentira que la mayor parte de la existencia de esos seres, que por ser inocentes tienen aún más de ángel que de hombre, se emplee en tentar con tesón y picardía de diablo la paz y la paciencia de los que los rodean y singularmente de sus padres y maestros.

El reñir, el pelearse, el *tomarla* con otro a las claras o embozadamente, junto con el persuadirse de que la *han tomado* con ellos, ¡qué propio es de los niños y qué rastro tan señalado del desorden que el pecado original deja en ellos!

¡Qué gran lección aprendí aquel día con aquella salida del maestro del Polvorín!

3882. Contra el afán de los niños de *meterse con el maestro,* el propósito de éste de *no darse por enterado,* y a fuer de tal proceder con ellos, como si fueran los más pacíficos y agradables de todos los ciudadanos, hablándoles muy bajito y no dejando salir a la cara el más ligero gesto de molestia o contrariedad.

Y aquellos lobeznos, trocados en mansos corderillos, que emborronaban pizarras y planas en silencio y miraban con buena cara a su maestro, me parecían los preciosos trofeos de la victoria del ingenio de su maestro...

Otro triunfo del ingenio

3883. Conozco a una *María* catequista, entre muchas de las que os podría contar cosas muy ingeniosas, que ejerce su misión catequística a todas horas y aprovechando todas las coyunturas con todo el que trate, y singularmente con dos sobrinitos que con ella viven y que por cierto, son dos chispas de ingenio vestidos con unos cuerpecillos de tres palmos.

Los tiene tan *metidos* en catecismo a pesar de sus poquísimos años, que persona, acontecimiento, circunstancia o accidente que pase ante ellos no se queda sin una pregunta a la tita sobre las relaciones de aquello con el catecismo. ¡Son dos verdaderos aprendices no sólo de letra cristiana sino de espíritu cristiano!

-Tita, preguntaba días atrás el sobrinito viéndola escribir una carta, ¿por qué pones una cruz al principio de tus cartas?

-¿No te he dicho, rico, que los cristianos deben empezar todas sus buenas obras con la señal de la cruz? Esa cruz significa fe, confianza, alabanza de Dios.

-Eso es, tita, y como ésa será una carta buena, tú empiezas con la cruz, ¿verdad?

-Eso mismo.

-Pues mira tú, tita, replica en tono muy convencido, dice mi maestra que la cruz se pone al principio de la suma y que significa *más*...

La tita un poco atragantada ante la dificultad:

-Sí, también sirve para eso.

3884. -¿Y qué tiene que ver la suma con la cruz y la cruz con *más?*

-Pues muy sencillo, chiquito mío, que por los méritos de la cruz todas nuestras buenas obras se suman con las buenas obras de Jesús, de la Virgen, de los santos del cielo y de todas las almas buenas de la tierra.

-Entonces, tita, la cruz es un gancho que engancha todas las cosas buenas.

-Eso es, las engancha y se las cuelga como si fueran suyas a todos los que están en gracia de Dios, o sea, que están limpitos de alma.

-Y ¿en dónde dice la doctrina eso de la cruz y del gancho?

Nuevo atragantamiento de la tita y rápida salida:

-Pues en lo que dice el credo: creo en la comunión de los santos.

-Pues, tita, ¡la verdad! no veo yo el gancho ahí ni la cruz.

3885. Mira, por la comunión de los santos los méritos de Jesús y de todos los buenos son de todos, con tal de que estén en gracia de Dios, y eso de que todas las cosas buenas sean de todos, nos lo ha ganado nuestro Señor Jesucristo muriendo en la cruz; y por eso los cristianos ponemos y usamos tanto la cruz, para indicar una suma; como si dijéramos: hago la señal de la cruz sobre mi cabeza, sobre mi boca, sobre mi corazón, sobre mis cartas, sobre mi comida, sobre todo lo mío, que por ser mío, es muy poquilla cosa, para que sea *más*..., ¿te enteras?, para que esto sea y valga no como cosa mía, sino *más,* como si fuera del Señor, de la Virgen, de los santos...

3886. Velozmente interrumpe *don chispita:* -Entonces, tita, todo lo que hace uno, cuando tiene el alma limpita, es sumar... ¡que alegría! ¡Y yo que le tenía tanta rabia a que me pusieran a sumar en el colegio! Me acordaré de la cruz y del gancho y ¡verás qué sumas de números y de cosas buenas voy a hacer desde ahora!

¿Qué os parece el roción de ingenio de la leccioncita catequístico-aritmética?

La madre de la gracia natural

3887. Os decía que el padre de la gracia natural es un señor delgado y un si es no es inquieto y juguetón que se llama *ingenio* y que la madre es una señora ancha y tranquila, que se llama *bondad.*

De esta última quiero hablaros ahora.

¿Quién es?

3888. ¿Cómo os la presento sin definiciones estiradas y técnicas y con los suficientes rasgos para que la conozcáis a fondo y hasta le toméis el cariño y la admiración que se merece?

Yo diría que la *bondad* es una inundación o riada del bien que guarda un corazón y que le sale por la boca, los ojos, las manos y hasta por todos los poros de su cuerpo.

En la sagrada Escritura se consigna este elogio de un justo: «le tocó un alma buena» y en lenguaje vulgar y corriente solemos hacer este elogio: ¡Qué buena alma es!

¿De quién lo hacemos?

De quien por olfato, por instinto, por observación o por lo que sea, adivinamos que guarda en su corazón, hasta rebosarle por la boca, virtudes.

3889. Como el fuego no puede estar escondido y no calentar, como el agua no puede estar depositada sin mojar y humedecer, como el incienso no puede quemarse sin exhalar aroma, así la virtud no puede guardarse en un alma sin que caliente, moje y perfume a su alrededor.

Y mientras de más buena ley y en más cantidad está la virtud, más irradiación, es decir, más bondad.

Bondad sin virtud

3890. Porque bondad sin virtud, es como rayo de sol sin sol, como chispa de fuego sin fuego.

No es la ciencia, ni el poder, ni la hermosura, ni la cortesía o urbanidad las que hacen al hombre bueno, sino sólo la virtud; o sea, el hábito que lo inclina a obrar conforme con las normas de lo justo, de lo recto y de lo honesto.

Si esta inclinación a lo justo y a lo bueno la tiene el hombre por naturaleza, por índole, o por temperamento, como alguna vez se da en los naturalmente sencillos, afables, pacíficos, generosos y humildes, la virtud que de ahí resulta será una virtud y una bondad natural o al natural; pero si, como acontece en la mayor parte de los casos, la inclinación habitual a lo honesto y a lo recto, no es obra del carácter, ni de la índole que más bien empujan a lo contrario, sino de la fe y de la gracia sobrenatural, entonces surge la virtud sobrenatural y como irradiación de ella la bondad sobrenatural, tanto más elevada y preciosa con respecto a la natural, cuanto dista la gracia de la naturaleza, el cielo de la tierra, Dios del hombre.

3891. Así, que virtud sin bondad natural o sobrenatural, podrá ser hipocresía, adulación, cuquería, diplomacia, urbanidad, lo que queráis llamarla, pero no bondad.

En cambio, si en el corazón se siembra virtud, esperad que pronto salga a la cara el rasgo valiente y sereno de la mansedumbre dominando la ira, el gesto compasivo de la misericordia que siente como propia la miseria ajena y el gusto atemperado de la clemencia suavizando las durezas y rigores de la justicia.

Esperad que maticen las mejillas los carmines del pudor y velen las miradas de los ojos y las arrogancias de la lengua las apacibles timideces de la modestia y que abran las manos, cerradas por la sórdida avaricia, las generosidades subyugadoras de la generosidad y que rostro, ojos, bocas, manos, acción, ademanes, palabras, pensamientos y sentimientos aparezcan ungidos con el bálsamo precioso, embelesador y casi irresistible de la *bondad*, de la legítima, de la no falsificada.

Ésa es la madre de la gracia natural.

Ahora os hablaré del casamiento de esta señora con el Ingenio y de su simpática prole.

Bodas del ingenio con la bondad

3892. Cuando nuestro pueblo contempla uno de esos matrimonios, por desgracia cada día más raros, de equilibrio estable y armonía inalterable y de paz sin sombras, hace este elogio; ¡Parece que nació el uno para el otro!

Ese mismo elogio se merece el matrimonio del ingenio con la bondad. Tan nació el uno para el otro, que cuando andan sueltos, ¡qué triste papel hacen en el mundo y de qué poco provecho sirven!

Ingenio sin bondad

3893. ¡Mal bicho! De él brotan, como microbios infecciosos la *maledicencia,* la broma que duele; la caricatura que pone en ridículo; la sátira, que levanta ampollas; el chiste obsceno o la palabra de doble sentido, que obtiene risas a costa de escándalos; la murmuración picaresca; en suma, una cosa que hace reír a unos a costa de hacer llorar o dolerse a otros, y que por eso mismo no es soplo de gracia sino mordisco o sinapismo del ingenio sin bondad, o porque no llegó a casarse con ella o, si se casó, se divorció en mal hora de ella.

El ingenio sin la bondad en la educación

3894. Y si en el orden de las relaciones sociales o familiares tantos estragos causa el ingenio *solterón o divorciado,* no encuentro palabras con las que describir y condenar los daños que en las almas juveniles causa cuando se mete a pedagogo o educador.

Una prueba que me relevará de aducir otras muchas y muy concluyentes:

Apelo a la memoria y a la conciencia de mis lectores, que, aunque no sea más que por el título de tales lectores, demuestran que por lo menos han tenido maestro de lectura.

3895. ¿Quién no recuerda en sus tiempos de estudiante, de educando en escuela, elemental o superior, la mueca desdeñosa, el gesto intencionado, el chascarrillo de colores varios, la anécdota picaresca, el contraste ridículo con que alguno de sus maestros recibía a veces las excusas ingenuas, las confesiones sinceras, las alusiones a buenos ejemplos o consejos de la familia?

¿Quién no recuerda que aquella risa provocada entre sus compañeros por la mala *gracia,* con que algún profesor condimentaba no sólo las flaquezas infantiles sino las salidas candorosas o las afirmaciones rotundas de la fe, de la tradición y de la virtud adquiridas en el hogar, secó para siempre la espontaneidad en su alma, marchitó la confianza y la ingenuidad con sombras de duda en la fe y de vacilación en el valor, y en su lugar echó en su corazón semillas de respetos humanos, de críticas burlonas, de escepticismos y rebeldías de *super-hombres?*

3896. ¡Ah! ¿quién podrá contar las tempestades que han sembrado los vientos de chistes y golpes de ingenio sin bondad, de maestros y educadores?

Yo estoy cierto que en la perversión de las almas juveniles, más parte han tenido las siembras de *malas gracias* de los maestros, que de *malas doctrinas* de maestros y de libros.

Indudablemente; lo que entra haciendo reír, entra más fácilmente y se pega más fuertemente que lo que entra oprimiendo el pensamiento y la memoria.

El chiste volteriano

3897. Y tan enterados andan los enemigos de la fe y de la moral católicas de las ventajas del arte de combatir y destruir no negando cara a cara, ni refutando con razones, ni poniendo hechos en frente de hechos y argumentos en frente de argumentos, sino manejando el ridículo o el ingenio con más o menos agudeza, que ha llegado a formar escuela y método con distintos nombres y etiquetas.

Y no es que sea nuevo el procedimiento, que ya la Iglesia en sus comienzos vio combatida su Eucaristía con la paparrucha, muy en boga, de que los cristianos eran unos pobres ilusos que se reunían para comer cabezas de burro..., y no ha dejado, a través de los siglos, de recibir mordiscos de grotescas calumnias de sus dogmas y preceptos.

3898. Pero últimamente, singularmente desde Voltaire, maestro en el arte de matar almas con venenos dulces como la cicuta, hasta nuestras Instituciones libres de enseñanza, sin rival en la maña de abofetear con guante y ahorcar almas con lazos de seda, el argumento Aquiles, el cañón 42, el gas asfixiante con que se combate desde cátedras y ateneos, desde libros y periódicos, es lo *ridículo,* lo feo, lo atrasado, lo *demodé* y hasta lo antipático, que es ser y llamarse católico, apostólico, romano y como tal vivir.

3899. Si se pudiera entrar en el proceso de las perversiones de moral y de fe de las almas ¡cuántas y cuántas veces nos toparíamos, como primera pieza del proceso, como primera semilla de aquellas malas yerbas, con el miedo de caer en el ridículo ante el maestro, ante los amigos, ante algunos del reducido círculo de relaciones propias!

¡Cuántas comprobaciones os podría dar contándoos casos de estragos producidos al parecer por los inofensivos *golpes de ingenio...* sin bondad!

Estragos de la mala gracia, o sea del ingenio sin bondad en la educación

3900. Entre los mil casos que pudiera contaros, que he conocido en mi, no ya corta, vida de educador de almas, voy a citaros dos, que aunque de efectos contrarios, tienen la misma gran fuerza comprobatoria.

El dios bacalao

3901. En una residencia neutra de estudiantes, unos papás católicos, pero bobalicones, pusieron a estudiar a su primogénito.

¡Tenía tanta fama aquel centro de la gran ciudad! ¡Hablaban tan bien de su pedagogía, de su alta cultura el cacique y el médico del pueblo, que allá tenían sus pimpollos!

Conocía yo al muchacho y era, en toda la extensión de la palabra, un buen mozo, de cuerpo y de alma, noble, sincero, piadoso, simpático...

Mis razonamientos, temores y prevenciones, no consiguieron apartar a los papás bondadosos de aquella, a todas luces, funesta determinación. Y allá fue el mozo con el decidido empeño de darse baños de cultura y de finura y de *alternancia cortesana* (frase favorita del cacique).

3902. Al cabo de dos o tres años, en la estación de un ferrocarril hube de encontrarme con el mozo aquel.

En verdad había ganado en elegancia y atildamiento; ¡pero cuánto había perdido en frescura y color de cara, en alegría e ingenuidad de mirada, y en todo su aspecto de muchacho sano de cuerpo, alma y corazón!

Después de tratar de evadir el encuentro conmigo y de afectar no recordarme, puesto ya al habla con él, conseguí entrar en diálogo y pasando por encima de muchas ruinas de inocencias desmoronadas, purezas perdidas, fe cuarteada, desilusiones y hastíos, pude llegar a formar el proceso de aquella triste y dolorosa transformación.

3903. Saqué en limpio que el muchacho fue al colegio y estuvo en él valiente y alegre y bueno, hasta que una maldita *gracia* de su director lo envenenó.

Llegó tan valiente en su fe católica, que el primer día de *abstinencia* que se presentó, pidió, sin rodeos ni rebozo y obtuvo sin dificultad, comida de *vigilia* ¡él solo en toda la residencia!

Y repetía la petición cuando llegaba el caso hasta que un día, en una reunión de todo el colegio, vino a decir el director, a vuelta de otros encomios de la labor cultural y educativa del centro: Aquí, decía a los escolares, no queremos otra cosa que cultura, ¡vuestra cultura por encima y a pesar de todo! En lo demás ya lo habéis visto, somos generosamente tolerantes... Y miramos con el mismo tolerante silencio al escolar que se chupa la pipa, que se come las uñas, que se orina en la cama, que al que *metiendo la religión en la cocina*, da determinados días culto al *dios bacalao*... ¡Amplitud y tolerancia para esas minucias, y cultura sobre todo!...

3904. Las risotadas y miradas burlones arrancadas para cada uno de los aludidos en aquella lista de flaquezas ridículas, dichas por la *mala gracia* del fariseo del maestro, fueron el zarpazo de tigre que abrió brecha en la hermosa alma y en las bellísimas ingenuidades y valentías del pobre incauto.

Y por la brecha abierta en su fe vacilante, por la burla del maestro de envenenado ingenio, ¡qué gusanera habían arrojado dentro la conversación libre de los compañeros, la novela inmoral, el cine desvergonzado, la procacidad de las compañeras de clase y toda esa corte de gusanos dorados por fuera y horriblemente infecciosos por dentro, que como plaga mortal cae sobre nuestros jóvenes para ponerlos tísicos del cuerpo y enfermos o muertos del alma!...

Otro caso. El tiro por la culata

3905. Así podía calificarse la faena que en el caso que os voy a contar realizó un gracioso malo.

La escena se desarrolló en el patio de una Academia militar, no diré de qué nación.

En medio de uno de los descansos de la instrucción, se presenta un jefecito subalterno y ahuecando la voz y afectando ademán y gestos de general en jefe, grita: ¡a formar!

Obedecido por todos con la rapidez de la disciplina militar, prosigue el instructor en el mismo tono ahuecado:

-Señores cadetes, el que de vosotros padezca de lombrices que dé un paso al frente.

Cara de perplejidad y de aguantar una enorme explosión de risa por parte de todos.

-Y digo esto porque en la instrucción que se estaba haciendo, a alguno de vosotros seguramente se le ha salido una lombriz... (y en tono irónico) quizá de miedo... quizá de debilidad... Y levantando con el extremo del cañón de un fusil un objeto oscuro tirado en el suelo, ostenta y pasea con jactanciosa cara por ante los ojos de todos ¡un rosario!

-¿A quién se le ha salido esta lombriz, caballeros cadetes?

3906. La risa explotó como el estrépito de una batería de cañones; pero con la misma fuerza que explotó parece que se reprimió con la *aparición*, tal fue la velocidad del salto que dio desde las últimas filas en que formaba hasta ponerse cuerpo a cuerpo en presencia del jefecito, de un joven cadete que con la serenidad del que da los buenos días a un amigo:

-Ése es mi rosario... dijo, y tomándolo de la punta del fusil se santiguó con él, besó su cruz y sonriendo se volvió a su lugar.

3907. Si a la explosión de risotadas había seguido un silencio escalofriante, al silencio sucedió una salva cerrada de aplausos, que al fin y al cabo el corazón juvenil es siempre generoso.

La gallardía heroica del mozo pisoteando el miedo al ridículo, había hecho salir por la culata el tiro del ingenio, sin bondad, del desventurado jefecito... Pero ¡a cuántos pobres incautos ha herido y asesinado el *tiro del ridículo* disparado por el ingenio malo!

CAPÍTULO IV

LA GRACIA SOBRENATURAL

3908. Después de describiros la gracia natural, sus componentes, el ingenio y la bondad, y los efectos maravillosos que en la educación obra, justo es que, según lo prometido, levantemos el vuelo y nos elevemos a los montes de la gracia sobrenatural.

Y al deciros montes de gracia con G mayúscula, os anuncio lo elevado y excelso del tema.

Qué cosa es gracia sobrenatural y qué papel representa en la educación, éstas son las preguntas a las que quiero responder.

3909. Y no se me echen a reír los hombres de la *alta* pedagogía porque pongo de clave de arco de todo el edificio de la educación una antigualla, tan saturada de polvo de biblioteca y de humo de incienso y de cirios, como la gracia sobrenatural.

Y, si después de todo se empeñan en reírse de la gracia que les hace la gracia en la técnica pedagógica y psicológica, ya he conseguido algún fruto con este modesto estudio sobre la gracia en la educación, a saber, hacer reír a esos señores que para tratar de pedagogía parece mojan sus plumas en vinagre y untan sus caras con escayola... ¡tan agrios y tiesos *pedagogean...!*

3910. Pues bien, ante los que se ríen y ante los que se quedan serios sostengo que si educar es «facer, como decía Alfonso el Sabio, que los fijos vengan a acabamiento de ser homes», la gracia sobrenatural ayudada de la gracia natural y de otros medios realiza ese oficio a las mil maravillas y, si vale decirlo así, por partida doble; no sólo sacando *hombres acabados y cabales* de hombres defectuosísimos... sino elevándolos al honor y a la excelsitud de *hombres divinizados.*

¡Hasta ahí llega la gracia sobrenatural!

Como con el auxilio de la misma lo hemos de ver.

¿Qué es gracia sobrenatural?

3911. Con el catecismo respondo: «gracia es un ser divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria.»

Como quiero hacerme entender de los más profanos en ciencias teológicas y filosóficas y con todas mis ganas ansío que los que me lean se enteren de lo que es gracia y de cómo con ella los educadores son perfectos educadores y los educandos perfectos educandos, tendré sumo cuidado en hablar lenguaje llano y desprovisto de todo tecnicismo escolástico.

¡Es tan desconsolador saber y ver que la mayor parte de los cristianos desconoce el sentido de la palabra gracia, que es sin duda, después del nombre de Jesús, la más rica en sentidos del vocabulario cristiano!

3912. Y nada digo, porque resalta con una evidencia que se palpa, del desconocimiento y desestima de la gracia en que yace tanto profesional de la educación y del magisterio... ¡Así andan de desorientados e infecundos!

Y... vuelvo al catecismo y no a la definición de la gracia, que concepto tan excelso es indefinible por hombres, sino a la descripción de la misma.

Un ser...

3913. Dejemos a los teólogos disertar sobre la naturaleza de la gracia increada, substancial, como la tiene nuestro Señor Jesucristo, y de la creada accidental, que es la nuestra... Nos basta saber que la gracia es un *ser,* una cosa que es, que existe, una realidad invisible en sí misma y visible en sus efectos; como el fluido eléctrico que pasa por un alambre o por un cuerpo cualquiera es una realidad; como el calor que invade un cuerpo y lo ablanda o lo endurece y hasta lo pone rojo. Nadie ve ni el fluido, ni el calor, y todos pueden sentir y conocer sus efectos.

3914. Y ¿qué clase de ser o de realidad es la gracia?
¿Es un ser material, aunque más fluido que la electricidad, moral, como la fuerza producida por un hábito o una inclinación o la despertada y desarrollada por un atractivo o una repulsión del corazón o espiritual que obra directamente sobre el alma humana y la matiza como la luz a los objetos y la avalora y eleva en el ejercicio de sus facultades?

3915. Respondo: la gracia no es un ser material, aunque se vale de lo material y físico como de vehículo, instrumento y ocasión, como son la forma sensible y material de los sacramentos y como son lo externo y material de las oraciones vocales, de la lectura de libros buenos, de la audición de la palabra de Dios y de los buenos consejos y de la práctica de las virtudes y buenas obras.

NO es un ser puramente moral, como si fuera creado por las buenas inclinaciones y los buenos afectos del corazón humano, y tiende, sin embargo, a formar, conservar y perfeccionar el ser moral del hombre.

3916. La gracia es un ser espiritual, pero no porque la cree el espíritu humano, sino porque es la más perfecta participación de Dios que es espíritu puro.

La gracia sobrenatural es cosa tan exclusivamente de Dios, como lo es el aliento del que respira; es como el aliento de Dios; es un modo inefable y misterioso que Dios tiene de darse sin disminuirse, como el sol da su luz y su calor al mundo sin menoscabarse... la gracia no es una partícula de Dios, que como espíritu es indivisible, pero sí una participación tan inmediata e íntima de la vida de Dios, de la inteligencia de Dios y del amor de Dios, que, excediendo a todos los nombres y categorías, llega a llamarse Ser divino.

Ser divino

3917. Ése es el nombre de la naturaleza y del valor de ese ser tan excelso: *divino.*

Si todos los seres de la creación pueden de algún modo ser llamados divinos porque no tienen más ser que el que Dios creador y conservador les da, la gracia es más ser divino que todos los demás, aun que los propios espíritus angélicos, porque todos los seres son participación de la virtud y del poder Dios, pero la gracia es participación, y la más excelsa y magnífica, de la misma naturaleza de Dios.

3918. Por eso el ser de la gracia pone en el alma humana como en el espíritu angélico *ser y esencia de Dios.*

Dios es por naturaleza, independiente de todo otro ser, es y vive de sí y por sí; el alma en gracia es y vive sólo de Dios; nada ni nadie se la puede quitar.

Dios es por esencia infinitamente inteligente y amante; es la Inteligencia y la Voluntad mismas; el alma en gracia es, no titubeo en decirlo, infinitamente inteligente y amante. La gracia estira el alma, por así decirlo, y pone en ella capacidades para conocer y amar hasta lo infinito, que es Dios y sus insondables misterios.

3919. Dios es santo, el solo santo, el infinitamente santo e infinitamente bueno e infinitamente hermoso; la gracia hace del alma un espejo vivo en el que se reflejan con todo su esplendor la santidad, la bondad y la hermosura de Dios.

Y no se crea que estos encumbramientos producidos por el *Ser* por antonomasia *divino* son piadosas exageraciones o sueños de una mística exaltada, sino que son enseñanzas precisas de nuestra fe católica, como reveladas por la misma boca de la Verdad, nuestro Señor Jesucristo, predicadas por los apóstoles y definidas por la santa madre Iglesia Católica.

3920. Un *ejemplo* aclarará esta doctrina, ya que la naturaleza de estos ratos de conversación no exige una demostración teológica.

Una flor es bella y un alma en gracia es bella; ambas bellezas son de Dios, Él las produce; pero la belleza de la flor no es la misma belleza de Dios, está *virtualmente* en Dios porque la virtud de Dios la produce; la belleza del alma en gracia es la *misma* belleza de Dios, está *formalmente* en Él, e iguales en la forma sólo se distinguen en la intensidad. El alma en gracia tiene tantos o cuantos grados de hermosura de Dios y Dios es hermoso sin grados, infinitamente hermoso.

3921. Y lo que digo de la belleza, puedo igualmente decir de la santidad, de la bondad, del entender y del querer que la gracia pone en el alma justa. *Igualdad formal* con la santidad, bondad, inteligencia y voluntad de Dios y desigualdad en la cantidad o sea en la participación.

¡Qué hermosa doctrina! Por ella pudo invitar a la *imitación voluntaria de Dios*, sin pedir un imposible, el maestro Jesús: «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

3922. Sin la gracia sobrenatural esa invitación ¡ser como Dios! sería un absurdo o un grito de rebeldía como el de Luzbel en el cielo; con ella el hombre, sin miedo a presunciones diabólicas ni a ensueños de loco, con la seguridad del que cuenta con lo que desea, tiene el derecho de poner en su corazón y en su boca la misma aspiración y el mismo grito de Luzbel pero infinitamente superado: «Seré como Dios»... Como Él, bueno, santo, bello, inteligente, independiente, perfecto... es decir: ¡Seré Dios!

3923. Sí, confesémoslo con el corazón y la boca henchidos de gratitud: La gracia es un *ser divino y divinizador*.

Educadores, ¿vais vislumbrando la necesidad que tenéis de la gracia para vuestro oficio de *perfeccionadores* de niños...?

Los efectos de la gracia

3924. Siendo la gracia un *ser divino*, como os he explicado, y siendo para el hombre un misterio penetrar el ser de la cosa más sencilla, una brizna de yerba o un cabo de esparto, por ejemplo, ¿cómo podrá penetrar el misterio de un ser divino? ¡Misterio sobre misterio!

El catecismo, no obstante, lejos de acobardarse ante el dintel de ese gran palacio de los misterios de la gracia, sigue entrando en sus adentros explicándola, ya que no definiéndola, más que por su naturaleza, por sus efectos y operaciones.

Y entre estos efectos, que son casi infinitos, cita los dos principales y que a su vez son causas de innumerables maravillas y regalos; a saber: el hacernos *hijos de Dios y herederos* de su gloria, o sea, la *filiación* adoptiva de Dios y la *bienaventuranza* eterna.

3925. No se olvide que no estoy escribiendo un tratado teológico sobre la gracia, ni aun una colección de meditaciones ascéticas encaminadas a encarecer la estima de ese rico don, sino unas modestas pláticas familiares de educación (y cuenta que no digo de pedagogía porque voy sintiendo ya empacho y casi miedo de ella a fuerza de oírla pronunciar a bocas tan sucias y de verla de pabellón de tanto pedantismo, mercantilismo, odio al niño y a su gran Amigo Jesús y de tantas otras

mercancías averiadas) y por esta razón recojo de la gracia el aspecto o la parte que más directamente ejerce influencia en el educador y en el educando y dejo los otros aspectos y efectos de la misma para aquellos lugares. La gracia, digo con el catecismo,

nos hace hijos de Dios

3926. ¡Qué campo tan dilatado se abre aquí a mis ojos y qué tema tan sin medida invita a mi lengua y a mi pluma!

¡Educadores, preparaos para andar y subir!

Dejo con gusto la palabra al padre Nieremberg que en su áureo libro «Aprecio y estima de la divina gracia» descubre maravillosamente los dos efectos de la misma:

«La vida divinísima, que juntamente con el Espíritu de Dios da la gracia, no es como quiera, sino que por ella se hacen también los justos hijos de Dios con todo rigor y propiedad. Y así dice san Ambrosio: «La gracia del Espíritu Santo hace hijos de Dios».

3827. Y san Máximo dice: «Por la gracia de Dios se dice y hace Padre de aquellos que sólo tienen la natividad de su alma conforme a la virtud, que es por el Espíritu». Y como los que están en gracia son hijos de Dios, son por consiguiente herederos de sus bienes, como de Padre suyo: este bien y alteza es tan inopinable y grande, que no se atreviera el pensamiento humano a imaginarlo si el mismo Espíritu Santo, que pasa con sus beneficios muy adelante de todas nuestras esperanzas, no nos lo hubiera afirmado.

3828. Por san Pablo dice: «Todos los que se mueven por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios». Porque el Espíritu de Dios ya es suyo: y así son semejantes al mismo Dios, y partícipes de su naturaleza divina por la gracia. En otra parte dice: «Porque sois hijos envió Dios el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, y que clama: «¡Padre, Padre!» Y san Juan escribe: «Ahora somos hijos de Dios».

san Pablo declaró qué género de filiación sea ésta, que es adoptiva y de hijos prohijados, que es grande amor y merced. Sus palabras son éstas: «No recibisteis otra vez espíritu de servidumbre en temor, pero recibisteis espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos Padre, Padre. Porque el mismo espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios; y si somos hijos también somos herederos juntamente con Cristo».

3829. «El mismo apóstol, escribiendo a los de Éfeso, bendice a Dios, que nos eligió por Cristo antes de crear el
mundo, para que fuésemos en su acatamiento santos e inmaculados en caridad, para alabanza de la gloria de su gracia. Considerando san Anselmo estas palabras, nota que dijo san Pablo cosa mayor en decir hijos adoptivos de Dios, que en decir santos e inmaculados, y que es como la gloria de la gracia la adopción eterna».

3930. Considerando y admirando esto san Anselmo, dice: «Pongamos delante de los ojos a un hombre pobre, destituido de todo consuelo, corrompido y podrido de la ascosidad de muchas llagas y otras enfermedades, y desnudo totalmente sin tener con qué defenderse del frío. Si a este tal y tan mal parado, sin poderse valer en nada, pasando junto a él un rey poderosísimo le viese, y compadecido de él le hiciera curar, y ya sano le vistiera con sus vestiduras reales, y le adoptara por hijo, mandando que en todo su reino fuera tenido por su hijo, y que en nada que mandase le contradijera alguno, constituyéndole por heredero juntamente con su hijo natural, y queriendo que tomase su nombre y apellido, ¿no dijeras que este tal subió a una honra grandísima y nunca tal pensada?

3931. Pues sabe que verdaderamente hace todas esas cosas Dios con nosotros: porque nacimos de la podredumbre de carne, llenos de muchas miserias en las cuales estamos caídos, sin consuelo ni remedio alguno, presos de las pasiones de todas las enfermedades espirituales, cubiertos de llagas de pecados y corrupción; y Dios, sólo por su misericordia, nos curará, y sanos, nos adornará con vestiduras de perfecta justicia e incorrupción, adoptándonos por hijos, admitiéndonos por compañeros de su reino y sus herederos, haciéndonos herederos juntamente con su Hijo natural el Unigénito, que es todo igual y omnipotente como Él, mandando a toda criatura que en todo lo que quisiéramos nos sujete, llamándonos con su nombre y volviéndonos dioses, porque el mismo dice: «Yo dije: dioses sois e hijos todos del Altísimo». De manera que Él es Dios deificador, y tú con Dios deificado». Esto es de san Anselmo.

3932. Una pregunta ahora: Si educar es sacar, llevar y ascender al educando de lo imperfecto a lo perfecto, ¿conocéis extremos más opuestos que podredumbre y pureza, tinieblas y luz, pecado y santidad, demonio y Dios, y fuerza que lleve del uno al otro extremo como la gracia?

La gracia no solamente hace al hombre hijo de Dios, sino perfecto como tal hombre

3933. ¡Interesa tanto darnos cuenta de lo que es y vale la gracia!

Mientras más participa un efecto de su causa, más perfecto es; mientras el hombre participa más de Dios, su causa primera, más perfecto es.

He dicho que la gracia sobrenatural es la participación, no del poder, de la bondad o de algún atributo de Dios, sino de la misma naturaleza de Dios y, por cierto la más excelente de todas las participaciones que puedan recibir todas las criaturas, criadas o por criar.

3934. Si todas las criaturas, por ser obra de Dios conservan vestigios de Dios, huellas del paso de Dios por ellas, el hombre, la más perfecta entre todas las criaturas visibles, conserva no sólo una huella o un vestigio de la mano de su Hacedor, sino que ha sido hecho en cuanto a su alma a imagen y semejanza de Dios.

A más de tener *ser* como los minerales y *vida* como los vegetales y los animales, tiene *alma* espiritual e inmortal, soplo de Dios con la que conoce y ama, y por razón de esto se parece, se asemeja cual ninguna otra criatura a Dios. Espíritu puro infinitamente inteligente y amante.

Esa semejanza, con que fue hecho el primer hombre, fue enaltecida y sublimada con la gracia sobrenatural que gratuitamente le concedió Dios en el paraíso terrenal y por la cual la semejanza a Dios llegó casi a identidad con Dios.

3935. Por virtud de esa gracia, soplo, participación de la misma vida de Dios, el alma y las potencias de Adán fueron elevadas a un orden sobrenatural, divino, tan superior al orden natural en que fue criado, que había más distancia de la inteligencia natural de Adán a la del mismo sobrenaturalizada con la gracia que del ser de una piedra a la vida del animal más perfecto.

3936. Un hombre, pues, con gracia, es semejante a Dios, en el conocer, amar y vivir, tiene más de Dios, participa más del entender, querer y poder a lo Dios que un ángel sin gracia; un hombre lleno de gracia es un hombre lleno de Dios, de perfección, un hombre perfecto ¡el hombre cabal! Perfecto y cabal en su alma y en las facultades de su alma como en su cuerpo y en los sentidos y movimientos de su cuerpo por irradiación de la gracia del alma.

La gracia completa la perfección del hombre en la tierra, haciéndolo heredero del cielo

3937. La resurrección de la carne y la vida y la gloria perdurables del cuerpo y del alma de nuestros dogmas no son ni más ni menos que el último desarrollo y la perfección acabada de la acción e influencia de la gracia en el alma y en el cuerpo del hombre que tiene la dicha de poseerla.

3938. *El cielo es la patria eterna de los hombres cabales:* Cabezas llenas y orladas de luz, corazones rebosantes de amor, almas anegadas en la dicha de la posesión, de la vista y del gozo de Dios, sentidos y miembros pletóricos de sensibilidad y vida... ¡ni una privación!, ¡ni un defecto!, ¡ningún deseo, ninguna aspiración sin llenar hasta rebosar!..., ¡ése es el cielo!, ¡ésa es la tierra prometida a los hijos adoptivos de Dios!, ¡la última perfección, el completo desarrollo del «don divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su reino!», ¡hasta ahí llega y lleva la gracia!

¡Qué pena! ¡Éste fue el tesoro que perdió para sí y para su descendencia Adán con su pecado! y ¡qué alegría!, ¡ése es el tesoro que volvió a ganarnos el segundo Adán, Jesús!

¡Es el reconquistador del tesoro de la perfección natural y sobrenatural del hombre!

¿Os enteráis, educadores?

CAPÍTULO V

JESÚS POR SU GRACIA, RECONQUISTADOR Y RESTAURADOR DE LA PERFECCIÓN DEL HOMBRE

3939. Vuelvo a decir que no escribo un tratado de gracia, sino unos apuntes de educación cristiana y, a fuer de tal, humana, pero no puedo prescindir siquiera de nombrar la fuente de esas riadas de luz, de bien, de perfección y de dicha que inundan al hombre por la gracia.

Esa fuente es Jesús.

Él y sólo Él es la causa de que el hombre haya recuperado la perfección que la gracia original dio al primer hombre y éste perdió para sí y su descendencia por su pecado.

3940. Cuatro clases de causas señalan los teólogos a la gracia: *causa eficiente, ejemplar, meritoria y final,* o sea, el autor, el modelo, el motivo o precio y el fin de la gracia.

¿Causa eficiente o *Autor?* Sólo Dios. Él sólo puede dar participación de su naturaleza.

3941. ¿Causa ejemplar o *Modelo* al cual se han de parecer los que reciban la gracia? El Hijo natural de Dios hecho Hombre. Por la gracia se recibe semejanza, como de hermano con Él, pues nos hace hijos adoptivos de Dios.

3942. ¿Causa meritoria, *motivo o precio* que muevan a Dios a devolver tan rico tesoro a los hombres pecadores? La pasión y muerte de su Hijo por los hombres pecadores. De tal modo ha complacido al Padre eterno la generosidad del Sacrificio de su Hijo que, a cambio de la vida mortal que éste dio, el Padre regala vida eterna y divina y como de hijos suyos a todos los hombres que quieren recibir a Jesús por medio de sus sacramentos, de su fe y de su moral.

Diríase que la gracia es la sangre de Jesús cayendo sobre nuestras almas y circulando por ellas para limpiarlas, elevarlas y darles su propia vida.

3943. ¿Causa final o *fin?* Primeramente la glorificación suma de Dios por la multiplicación de sus hijos, que lo conozcan y amen todo lo más que pueda ser conocido y amado y secundariamente la perfección y felicidad supremas de los hombres por medio de la justificación en esta vida y la visión beatífica en la eterna.

Así es que la gracia de Dios, que es la vida divina en nosotros, nos la ganó muriendo su Hijo Jesús, nos hace hijos adoptivos de Dios, hermanos de Jesús, y nos une a Jesús en sus dos grandes obras, la máxima gloria de su Padre y la paz y felicidad supremas del hombre.

Jesús y la gracia

3944. Nuestra gracia, pues, viene de Jesús, que, en cuanto Dios, es autor y fin de la gracia en unidad con el Padre y el Espíritu Santo y en cuanto Hombre es modelo y precio de la gracia y por eso san Pablo pudo decir: «¡La gracia y la gloria (que es la gracia consumada) por Jesucristo!».

Su Corazón de carne hipostáticamente unido a la divinidad, es la fuente perenne e inagotable de la que mana por medio de los siete sacramentos de la Iglesia, de la oración y de los ejercicios de virtudes de los fieles, las aguas purísimas de la gracia divina.

Jesús modelo del hombre perfecto

3945. Nuestro Señor Jesucristo que es Dios perfecto por ser Hijo natural de Dios, es Hombre perfecto por ser Hijo de Dios y de santa María Virgen por obra del Espíritu Santo. Perfecto hombre en su inteligencia, incompatible con el error, perfecto en su voluntad rectísima e inmune de todo mal, perfecto en su corazón, el más fino, en su sensibilidad, la más exquisita y ordenada, y en el desarrollo de todas sus facultades y pasiones y en el orden de cada una con respecto a las otras.

3946. Jesucristo como Hombre perfecto, realizó hasta el último ápice el tipo de hombre que Dios tuvo en su mente al formar el primer hombre y por medio de él al género humano. Pilato, el juez pagano y débil, pronunció una gran verdad, fórmula a la vez de misterio y de profecía, presentando desde el balcón de su palacio a Jesús azotado por la soldadesca con estas palabras: «He aquí al hombre».

¡El hombre por antonomasia, el hombre según Dios, el hombre cabal!

3947. Pues bien, ese Hombre ¿sabéis por qué es perfecto, absolutamente perfecto? Porque desde el primer momento de su ser, en que fue unido substancialmente a la naturaleza del Hijo de Dios en la persona del mismo, estuvo lleno de gracia, y lleno de una gracia no accidental como la que recibimos los demás hombres, que puede darse y quitarse, crecer y disminuir, sino gracia substancial, increada, inmutable e inconmovible, como que es, no la *participación* de la naturaleza de Dios como la accidental nuestra, sino la misma naturaleza de Dios.

3948. Por eso las santas Escrituras anuncian y llaman proféticamente al Hombre Dios «El Hermoso entre los hijos de los hombres, el lleno de gracia, la Verdad, la Flor, la Fuente, el Sol, el Oriente, el Hombre y Hombre» y con otros mil calificativos que ponen muy a las claras no sólo al Hombre perfecto, sino al Hombre lleno de perfecciones para perfeccionar y llenar con ellas legiones de hombres en número sin cuenta.

Cómo el reconquistador Jesús va realizando la perfección del hombre

3949. El hombre que más participa de Dios es el hombre más perfecto; el hombre que más se parece a Jesús es el que más participa de Dios y, por tanto, el más perfecto.

¿Cómo hacernos semejantes a Jesús, a fuer de hermanos suyos, cómo hacernos retratos, imágenes vivas de Él?

1) Por la *gracia externa* (impropiamente llamada gracia). Se suele llamar así el conocimiento del Evangelio, la predicación, la consideración de los ejemplos de Jesús, de su Madre Inmaculada y de

los santos, las buenas lecturas y conversaciones, etc., que, aun obrando por fuera, inclinan e inducen al alma a la imitación de Jesús por el vencimiento de las pasiones desordenadas y la práctica de buenas obras.

2) Por la *gracia interna* que es la propiamente gracia. Y

3) Por la cooperación consciente, deliberada y libre del alma a la acción interna de la gracia, sea actual, sea habitual. Y ésta es precisamente la gran obra que ha de realizar la otra gracia, la del hombre: A saber, preparar, fomentar y conservar, a pesar de los obstáculos, tentaciones y peligros, esa cooperación del alma a la gracia de Dios. Eso es lo que llamo *educar con gracia,* o más brevemente: *Educar*.

¿A quién? ¡Fijaos bien!

Al niño desde que nace hasta que esté educado del todo.

Cómo lleva a su perfección al niño

3950. Estudiemos al niño.

Pero no a través de libros más o menos científicos y de cuentos más o menos poéticos, sino en el mismo niño visto con luz de fe y de observación y experiencia. ¡Qué interesante estudio!

A la par os iré presentando al pormenor la acción del educador *gracioso.*

La herencia del niño

3951. El punto de partida de toda pedagogía racional, humana y de verdad educadora, tiene que ser el conocimiento del estado en que ha dejado al hombre la triste herencia de su primer padre: el pecado.

La transmisión de esa herencia de pecado, que es un misterio de la fe, es a la par la llave del secreto de insondables misterios y la solución salvadora de los más insolubles problemas de la educación, de la justificación y aun de la divinización del hombre.

3952. El pecado original hace que todo hombre nazca *in deterius commutatus*, deteriorado en su alma y en su cuerpo como enseña la Iglesia. No nace esencialmente corrompido, como defienden los protestantes, de tal modo que el pecado, según su doctrina fatalista, es imperdonable e imborrable, ni tampoco nace bueno y recto, como pretende la escuela racionalista de Rousseau, y la sociedad lo corrompe.

El pecado causa primera y principal de la deformación del niño y del hombre

3953. Quizá se me ría algún flamante pedagogo o psiquiatra, si al hablar de educación meto la palabra arcaica y malsonante, ¡el pecado! Pero ¡qué le vamos a hacer!, quieran o no quieran esos señores el pecado, en su concepto genuinamente cristiano, no de delito exterior castigado o castigable por los hombres, es el gran tropiezo, el gran disolvente, el microbio más infeccioso para el educador y para el educando.

3954. Sí, el pecado, sea *original* o privación de gracia santificante con todas sus consecuencias, o sea, *actual,* que es la transgresión advertida, voluntaria y consentida de la ley de Dios, quita al educador, por lo menos, alientos, luces, influencia, atracción, suavidad, unción o cariño para con sus educandos y si, repetido, se convierte en vicio o incredulidad a más de quitarle todo aquello, lo trueca en deseducador y destructor por sus malos ejemplos y malas enseñanzas.

En el educando el pecado de suyo previene contra toda buena educación, endurece y petrifica la tierra de las almas en las que se han de sembrar las buenas simientes educadoras, para que no arraiguen o las sequen y ahoguen con las malas yerbas y espinas de los vicios.

Hay que contar con ese mal

3955. Tírese por donde se tire y búsquense las teorías y sistemas que se busquen, si la educación no se ha de limitar a unas formas hipócritas de urbanidad, si ha de proponerse hacer de un sujeto torcido un hombre derecho; de uno mal inclinado, voluble o inquieto un carácter recto y un tesón inconmovible; si la educación ha de aspirar a trocar todas las imperfecciones en perfecciones y a llevar a su último desarrollo todas las facultades y resortes del educando en estado embrionario, latente o averiado, si pretende honradamente todo eso y, llevada o influida por los racionalismos pedagógicos de la escuela de Rousseau, prescinde de contar con la influencia del pecado original y actual en sus educandos, está condenada de antemano a los fracasos más ruidosos y a la esterilidad más vergonzosa.

3956. Cuando veo u oigo a esos encopetados paidólogos y pedagogos *hacer que educan* afectando desprecio a la influencia del pecado y hasta desdeñándose de meter esa palabra en el campanudo y rimbombante vocabulario de sus sistemas, no puedo menos de sentir lástima profunda por ellos, por el tiempo y las fuerzas que malogran y sobre todo por sus educandos, pobres ciegos, por ciegos conducidos. ¡Como si todas las filosofías y pedagogías, de esas enrevesadas, hubieran podido hacer de un niño inclinado a la rapiña, a la sensualidad, a la altanería o a la ferocidad o por ellas ya dominado, un niño y un hombre justo y cabal!

3957. ¡Prescindir del pecado, de su influencia o de sus tentaciones en la educación!

¡Treta de engañadores y aduladores o ridículo ardid de rapazuelos que creen no ser vistos cuando se tapan ellos los ojos! Si en nuestros dogmas cupiera más y menos, yo diría que el dogma del pecado original y de su herencia por los hombres, es el dogma más fundamental de toda Pedagogía sana y racional. Sin tener en cuenta ese dogma, el niño, mezcla de ángel y de fiera, es un ser ineducable, un monstruo.

Una simple ojeada a la teología, en esto como en muchas cosas, confirmada por la experiencia de cada día, os recordará los valiosos elementos y factores educativos de que priva el pecado.

Lo que el pecado quita

3958. 1) La *gracia santificante* que hace al alma justa vivir vida divina y ser hija adoptiva de Dios y las muchas *gracias actuales* que le ayudan y disponen para hacer obras buenas y actos de virtud.

2) La *integridad* que acompañaba a la gracia que Dios infundió en nuestros primeros padres, o sea, la sumisión de la concupiscencia a la razón; privada el alma de esa integridad, quedó esclava de la concupiscencia.

3) Las *fuerzas físicas y morales* que confiere la gracia para obrar en orden a la vida eterna.

4) El *auxilio sobrenatural* para guardar toda la ley natural; el hombre sin el auxilio de la gracia no puede guardar *por mucho tiempo toda* la ley natural, no por dificultad física, sino moral, como es por ejemplo, la continencia en horas de tentación o inclinación al mal, procedentes de la misma naturaleza corrompida, de los hombres, del demonio, de las ocasiones o de los objetos externos.

5) El *privilegio* que Dios concede de evitar el pecado venial y el *gran beneficio* de la perseverancia final.

3959. Y fuera del orden sobrenatural, a más de los innumerables desastres que a la salud, a la economía, al orden público y doméstico acarrean el pecado, el vicio, el hombre perdió por él otros

dones preternaturales que dignificaban la naturaleza, e incurrió, como dice el Concilio de Trento en «que el libre arbitrio fue atenuado e inclinado» al mal por la pérdida de la gracia y de las virtudes infusas, por la privación de las gracias actuales, por la pérdida del don de integridad, por la cautividad del demonio en la que cae y por ofuscación de su inteligencia y debilitación de su voluntad.

Y pregunto ante ese montón de facilidades para el bien que quita el pecado, y de sugestiones para el mal en que nace el niño: ¿Qué hacer? ¿Qué opinar? ¿Reírse despectivamente? ¿Cerrar los ojos y la boca?

No, eso será todo lo racionalista, naturalista, modernista y vistoso que queráis; pero eso no es educar, eso es y se llama... ¡arruinar las almas!

Sí, para educar hay que empezar por contar con que el niño nace con un pecado y con una mala inclinación y luchar contra uno y otra.

La gracia luchando contra el pecado

3960. Es cosa que ensancha el alma de gratitud y llena la boca de alabanza a Dios, descubrir el modo tan maravilloso como verdadero con que la gracia sobrenatural, de muñecos de barro fragilísimo y poroso, hace santos y precisamente a fuerza de golpes, y a pesar de nadar por mares de malas doctrinas y perversos ejemplos; de fieras saca corderos, y de espíritus ciegos o medio cegados de soberbia y esclavos de ambiciones y de sensualidades obtiene ángeles de humildad, de pureza, de sabiduría...

3961. ¡Con qué razón y con cuánta gratitud y alegría exclamaba uno de esos hombres prodigio de los misterios transformadores de la gracia, san Pablo: *por la gracia de Dios soy lo que soy!*

De por mí, podía decir, era una fiera sedienta de sangre inocente y un calenturiento de pasiones groseras: mas por la gracia de Dios, mientras más flaco soy, más poderoso me siento; mientras más tentado, más seguro; mientras más odiado y perseguido, más ardo en deseos de perdonar y de amar.

3962. Buscad, pedagogos del racionalismo naturalista, hombre más violento de pasiones, más ardiente en cariño por sus tradiciones, más prevenido contra la doctrina y los hombres que no fueran de su escuela y religión y, por otra parte de apariencia más insignificante que Saulo de Tarso, y después buscad una fuerza, una palabra, una magia, una sugestión, una medicina, un método, lo que queráis, que lo cambie en Pablo, apóstol de Jesucristo... Buscad, buscad, que os aseguro que pasarán los años y los siglos y no lo encontraréis más que en la virtud de esta palabra, en la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Y esa palabra es cristiana, ¡es la nuestra!

Alumbrados y sobre senda segura por la luz y la doctrina del misterio dogmático de la transmisión de la herencia del pecado, quiero iniciaros en otros misterios psicológicos del niño.

CAPÍTULO VI

EL MISTERIO INFANTIL

3963. Que no se me ría el lector de ver reunidas esas dos palabras al parecer tan distantes entre sí.

Sí, amigos míos, la niñez tiene sus misterios como los tiene la juventud y la misma vejez. Lo que es que en esto de los misterios ocurre lo que con todas las cosas de la vida, que, como dice el refrán «unos nacen con estrella y otros estrellados».

Los poetas y los enamorados han dado en cantar los misterios de la edad florida y en fantasear hasta lo inverosímil, por no decir hasta lo ridículo o lo absurdo.

¿Qué misterios no ven en los ojos azules o negros, en los labios rojos o cárdenos, en los cabellos rubios o castaños, en las manos afiladas o rechonchas, en los pies menudos o ligeros, de quince o veinte años?

3964. Pero sobre el misterio que a veces guardan unos ojillos apenas abiertos a la luz y unas cabecillas inquietas de doce, diez, ocho y hasta de tres años, ¡no os volváis a reír!, sobre ese misterio nadie suele parar mientes y los que por ventura observan algo raro o anómalo salen pronto del paso con la consabida cantinela de ¡cosas de niños! sin que se les ocurra observar, ahondar, ni mucho menos remediar nada.

¡Cosas de niños! ¡Cuántos misterios, encantadores los unos, aterradores los otros, se ocultan hartas veces en esas despreciadas *cosas de niños!*

De mí os aseguro que cuando me asomo al alma de los niños más veces siento temor y pena que gozo y esperanza.

¿Qué es un niño?

3965. Ved aquí una pregunta que, al través y a pesar de cuantas cosas han dicho en verso y en prosa los poetas, y en discursos, tratados y clasificaciones los pedagogos, está aún sin responder cumplidamente.

Si todo hombre es un misterio, el niño por lo que tiene de hombre, y por lo que tiene de niño es misterio sobre misterio.

El somas, lo sensible, lo animal del niño, su desarrollo, las apariciones y combinaciones de los distintos elementos de su animalidad, el psiquis, el espíritu despertando a los golpes de muy diversos agentes e influencias, asomándose de mil variadas maneras por los sentidos y órganos infantiles... ¡cuántos misterios!

3966. Es para admirarse ver hoy en torno del niño verdaderos ejércitos de salud y protección, de pedagogos, paidólogos, teleólogos, médicos, psicólogos, etc., etc., estudiando, observando, conjeturando, clasificando la naturaleza, los modos de ser, los fines de los niños.

Y que todos, quien más quien menos, deben tropezar con dificultades serias, es decir, con algo de misterio, lo canta bien a las claras la diversidad y la colisión de opiniones, procedimientos, conclusiones y sistemas.

Y si al misterio se viene a parar ante la pregunta ¿qué es el niño?, a un abismo de ellos se asoma uno ante esta otra.

¿Qué es este niño?

3967. Honrado por Dios con el altísimo ministerio de conducir almas a Él y de modo singular de pequeñuelos, ¡cuántas y cuántas veces me he detenido, como si me encontrara ante la cuestión más obscura de teología, ante niños de siete, ocho, diez años, preguntándome a mí mismo: ¿qué es este niño? Y ¡cuántas veces cansado, me doy por vencido en mis averiguaciones!

El misterio

3968. Decidme si no es esto un misterio.

Lo que en un niño es síntoma positivo en otro lo es negativo; lo que en éste es señal de pena, como las lágrimas, es de honda satisfacción o puro fenómeno fisiológico en otro; la risa misma,

señal tan espontánea de bienestar o de burla, es manifestación en muchos casos de rápida percepción de defectos en los que los mayores no caen, de disimulo, de humillaciones y de defectos inconfesables. Este mofletudo parece un candidato a atleta o a dormilón o *gurman* perpetuo, y se revela después con tendencia a anacoreta; aquel rubillo, o aquella, con cara y transparencias de ángel nunca caído e incapaz de caer, se descubre a lo mejor como saco de picardías y trapacerías... Interior, tendencias, aptitudes, ingenuidad, síntomas de los niños y de las niñas, aun de los más pequeñuelos, ¡con qué enigmas tan atormentadores angustiáis el alma de los que con conciencia recta quieren educar!

3969. ¡Cuántas veces con lo que se atrae a uno porque es inquieto, se aleja a otro, porque es tranquilo; con lo que se despierta interés y alientos de gigante en éste, porque es soñador y audaz, se produce horror, indiferencia o aburrimiento en aquél, porque es apático; con lo que el que parece tardo y como dormido se entera, el que es listo y chispeante de mirada y de inteligencia se aturde y ¡lo que es más desconcertante!, ¡cuántas veces el hijo de malos padres y de perniciosas enseñanzas sale bueno y el de buenos padres y ejemplos buenos, a todo pasto, malo, y de una misma familia buena y de unos mismos buenos maestros y respirando el mismo ambiente salen unos tipos tan varios y opuestos en aptitudes, carácter y moralidad que ponen perplejidad y espanto en el observador!

3970. ¿Qué dice todo esto?

Dice que todo niño tiene su secreto: conocido unas veces y otras desconocido, aun de él mismo, que no es siempre ni muchas veces hijo de la malicia, sino de la ley singularísima que cada niño tiene de crecer, desarrollarse y dejarse influir del ambiente y, del medio en que vive. Singularísima, digo, porque, como no hay dos caras iguales, tampoco hay dos leyes o moldes iguales. Esa ley individualiza al niño para toda su vida.

Antes, pues, que otras medidas hay que tomar la de dedicarse a conocer a los niños. Y conocerlos con un conocimiento, no sólo general, sino singular, esto es, de este y este niño, no sólo con los datos que suministra la psicología del hombre y la de los niños, sino principalmente con los que da la observación paciente y concienzuda, lo más objetiva y menos subjetiva posible de *este* niño.

Dos dificultades principalmente se presentan: una por parte nuestra y otra por parte del niño.

La gran dificultad nuestra

3971. Está en *hacerse cargo* de la psicología del niño.

Para mí una de las causas que dificultan el conocimiento interno del niño es precisamente la tendencia, y a veces el empeño, que tenemos de obtenerlo *al través de nosotros*, es decir, deduciendo lo que es, piensa, desea o hará el niño de lo que nosotros seríamos, pensaríamos, desearíamos o haríamos en su caso.

Ese conocimiento subjetivo y no objetivo del niño tiene todas las probabilidades de un engaño total o a medias al menos.

3972. El niño no es un hombre chico, como dan en decir no pocos *pedagogos del papel*, o al través del papel impreso, sino que es esto sólo: un niño; es decir: una menuda persona humana con espíritu y cuerpo substancialmente idénticos a los de los hombres, pero en su movilidad, irreflexión, perceptibilidad, desarrollo, manifestaciones, impresionabilidades y ambiente con unas leyes tan distintas de las de los mayores que los coloca en una diferencia de ellos casi substancial.

Diferencia entre el niño y el hombre

3973. Dejando a un lado las de volumen y desarrollo, parad vuestra atención en las tres siguientes:

En la *movilidad:* en el niño por *necesidad* por *instinto* todo es dinamismo fisiológico. El cuerpo para desarrollarse necesita moverse, diría que vive para moverse. El espíritu en cambio necesita ser movido, ser despertado, ¡qué trabajo cuesta a los mayores hacerse cargo de esa *necesaria* movilidad de los niños! Con ella contaba san Juan Crisóstomo cuando bondadosamente decía a los niños de su catequesis: Niños, estaos quietos, si podéis... En el hombre, más dinamismo espiritual, en la inteligencia y en la voluntad, el cuerpo no vive para moverse, sino que se mueve para ir viviendo.

3974. En la *impresionabilidad:* el niño es sumamente impresionable para los accidentes físicos o fisiológicos, como el frío, el calor, el dolor de la enfermedad, el hambre, el sueño, etc. Tardo o nulo en las penas y accidentes morales o espirituales, como descréditos, ingratitudes, venturas o desventuras a largo plazo, etc., y por esta razón *irreflexivo,* siente más que piensa, apetece más que quiere, pasa facilísimamente de un extremo al otro e *inexperto,* como ser que empieza, sin fondo de reserva de experimentos; todo lo contrario ocurre en el hombre.

3975. En la *perceptibilidad:* aquí es donde yo encuentro la mayor diferencia entre el niño y el hombre y es de la que nos cuesta más trabajo hacernos cargo.

Estudiemos el modo de apreciar unos y otros las personas, las cosas y los acontecimientos.

Yo he visto a una pequeñuela a la que la vista del cadáver de su madre le produce una impresión de extrañeza, no más, porque se *había puesto muy rara,* y la noticia que le dan de que por razón del luto, no podía estrenar un traje rosa, con el que venía soñando, arrancarle lágrimas y lamentos de máximo dolor. He sabido de un chiquito enteco, asustadizo y nerviosillo ante una sola palabra o gesto de seriedad, que se entretenía en atusar con sus dedos mojados en su saliva los largos bigotes de un pariente difunto.

3976. Todos habréis visto los espantos y estridencias de llantos y desgarros infantiles por un juguete barato roto por el hermanito o por la criada y la algazara con que celebran los niños a lo mejor sus crueldades con los animales domésticos y con los viejecitos o lisiados.

Yo os puedo asegurar que hay niños y niñas de cuatro años que ya saben mentir y disimular con sus risas y llantos, con sus caras y miradas inofensivas, con sus ojos cerrados como de dormidos, y que a veces a esa precocidad de la malicia sucede un estado de adormecimiento o atontamiento en la juventud y edad viril como si en la primera edad se hubiera consumido toda la mentalidad.

3977. Ahora bien, ¿quién por malicioso y suspicaz que sea puede olfatear siquiera por ese mundo de contrasentidos, de sorpresas, asombros y grandes menudencias?

¡Es por ejemplo tan fácil deducir de aquella sequedad de lágrimas de la niña que ve muerta a su madre en contraste con la pena del traje rosa sin lucir su carácter cruel y egoísta! Esa deducción, sin embargo, puede fallar.

Por muchos esfuerzos que hagamos por ponernos en lugar del niño, siempre nos quedaremos a mitad del camino por esta razón entre otras:

Cómo perciben los niños y los hombres

3978. Los niños perciben con sus ojos, no digo más, pero sí mejor que los hombres, porque no ven más que lo que ven, esto es, lo concreto, lo presente, lo singular y esto aislado, sin hacer comparaciones ni buscar simetrías a menos que sean cosas muy a la vista. Los hombres ven con los ojos, con la imaginación, con la memoria, con el entendimiento y a veces hasta con la voluntad o con el interés; por eso ven mejor lo universal, las relaciones de unas cosas con otras, la simetría o la desproporción y muchas veces ven, más que lo que es, lo que puede o debe ser o ellos quisieran o soñaran o les interesa que sea.

3979. El niño a fuerza de no ver más que lo que ve con sus ojos tiene más probabilidades y facilidades de ver lo que no ven los mayores como coger el rasgo fisonómico, la nota ridícula de una persona a la primera vez que la miran, sobre todo de sus maestros, algo que se escapa a los más perspicaces de los mayores; en cambio no enjuicia ni generaliza, ni hace deducciones como los mayores.

¡Y es tan difícil, repito, tan violento para una persona mayor ver con la simplicidad e independencia de otra facultad perceptiva de los pequeños!

La dificultad mayor. La de parte de los niños

3980. Pero el obstáculo mayor para penetrar el misterio del niño, con serlo tanto el que acabo de indicar, es la condición esencial de todo niño a fuer de racional, a saber, *su libertad.*

Bien están los *test* y encuestas y métodos de experimentación psicológica para averiguar el grado de atención, memoria, energía volitiva y de las inclinaciones del niño, pero, ¡que no se olvide que esa atención, esa memoria, esa voluntad radican en un ser libre, de libertad más o menos desarrollada, dirigida o fortalecida, pero con determinación para tirar a la derecha o a la izquierda, adelantar o atrasar, escoger o rechazar éste o aquél medio!, ¡libre!

3981. Y, en consecuencia, que hay que contar con que este niño *clasificado* científicamente para la categoría inferior, porque sí y sin que sepáis por qué, por su propia libertad, puede subir a la categoría superior.

Y si a esa grande y desconocida y arrolladora fuerza motriz natural, la libertad, añadís, tratándose de cristianos, otra de poder y alcances incomparablemente mayores, que se llama la *gracia* sobrenatural, que trueca el barro en espíritu y el espíritu en naturaleza participada de Dios, eleváis el secreto del ser y del poder del niño a lo inabordable y, casi diría, a lo inefable.

Una sola palabra de comprobación: los niños santos.

Los ha habido y los hay para gloria del Creador y honor del género humano, y nacidos y criados a las veces en los medios más opuestos, como de padres, familias y pueblos gentiles, impíos o depravados.

Ante estas dos grandes dificultades para conocer a los niños en general y a cada uno en particular, ¿qué hacer?

¿Encogernos de hombros?

3982. Me da pena cuando oigo a directivos y educadores de muchachos excusar sus despreocupaciones, desatenciones, faltas de interés, de estudio y de observación en su elevado oficio con estas palabras: ¡bah!, ¡cosas de niños!

¿Pero, cuáles son esas cosas de niños? ¿No están los niños en el mundo más que para entretener o molestar con sus cosas? Y si a esas cosas no les concedemos más que ese ¡bah! de indiferencia, ¿cómo y cuándo vamos a conocer a nuestros educandos?

3983. Y si no los conocemos, ¿cómo los vamos a formar quitándoles lo que les estorbe o dañe, previniéndolos contra sus peligros, alentándolos en sus luchas, supliéndoles en sus debilidades y flaquezas? ¿Que ya los exhortáis a ser buenos, y les dais buenos consejos, y los reprendéis y castigáis cuando son malos...? Pero dejad que os pregunte otra vez: ¿sin conocerlos?

Permitidme que os compare a médicos empeñados en curar a sus enfermos con *mangas de riego* de medicinas.

3984. Educar a los niños sin conocerlos más que por lo que de ellos dicen los libros, y, sin haber aplicado el ojo ni el oído al corazón y al pensamiento y a la ley individualizadora del niño, de *este*

niño, que tratáis de educar, es lo mismo que tratar de curar a los enfermos de una sala de hospital regándolos periódicamente con medicinas, las mejores que queráis, pero comunes e iguales para todos.

Lo que hay que hacer

3985. ¿Que en vista de las dificultades de conocer al niño es tarea de todo punto imposible conocerlos a fondo? ¿Que cómo se van a vencer esos obstáculos? ¿Cómo y con qué romper ese velo que oculta el misterio de la infantilidad?

Os respondo:

1º que, si es difícil, no es imposible, puesto que hay quien lo penetra y

2º que el resorte para penetrar en el secreto de cada niño está contenido en estas dos fórmulas: «hacerse como niño» y «ganarse al niño».

«Hacerse como niño»

3986. Razón de la primera fórmula: nadie conoce mejor a un niño que sus mismos compañeros.

Profesores, inspectores y superiores de colegios de niños o de niñas, ¿no os habéis sentido una y muchas veces humillados y confundidos de los *chascos* que os dan discípulos vuestros de muchos años, a los que teníais en concepto casi de ángeles y santos?

Pero vuestra humillación no ha venido por la noticia de la caída de los que creíais altos, sino de la que os han dado condiscípulos del presunto ángel de que *siempre* en el colegio fue disimuladamente lo que después sin miedo y sin hipocresía dio a conocer.

Y como yo también he pasado por la pena de esos *chascos,* os confieso que no acabo de perdonarme mi ceguera en no ver durante muchos años en un niño o en un joven lo que sus compañeros estaban hartos de ver, criticar o participar, como cómplices.

Masonerías insospechadas

3987. Y puesto ya sobre esta pista, ¡cuántas veces he hecho y comprobado esta observación!: En un colegio, llámese seminario, noviciado, pensionado, escuela, instituto, como se llame, ingresa un niño desconocido y desconocedor de todos sus compañeros: sabed que si ese niño tiene un defecto o mala inclinación, al cabo de una semana, no más, está enterado de los que en aquélla cojean del mismo pie y en complicidad con ellos tan íntima que a veces pasarán años sin que los superiores más sagaces se den cuenta.

¡Cuántas veces en mis exploraciones y sondeos de almas infantiles de muchos lugares he tropezado con esa mutua y secreta inteligencia, que llamo para mi gobierno *masonería* verde, roja, amarilla y de distintos colores..., según la especialidad a que se dedican!

Y conste, ¡que no exagero ni un ápice!

Tribunales infantiles

3988. Escuelas he visitado de maestros de fino instinto pedagógico en las que he visto aprovechar ese buen ojo de los niños para conocerse mutuamente, formando con ellos *tribunales de disciplina,* a cuyo cargo corre apreciar y juzgar las faltas de los escolares y dictar la oportuna sentencia, reservándose el maestro la ratificación y la ejecución, casi siempre disminuyendo la pena, porque, ¡cosa extraña! propende la justicia infantil a la severidad, quizá por lo que tiene de *justicia de enero...*

Una graciosa comprobación

3989. De la eficacia de esta fórmula «hacerse como niño» para conocer el secreto del niño.

Me cuentan que un chiquitín de poco más de dos años, hijo único y a fuer de tal, mimadísimo de sus papás, amaneció una buena mañana con unos fuertísimos dolores, muecas que le descomponían la cara, llantos, gritos y en constante lamento del que no se podía entender más que las dos últimas sílabas: «endo, ento, lento, dento...»

-¿Qué es lo que te duele, pichón?, ¿por dónde?, ¿por aquí?, ¿por la cabeza?, ¿por la cara?, ¿por el hombro?, ¿por el vientre?, ¿por...?

A cada pregunta de la afligida mamá el niño invariablemente respondía su quejido: ¡endo! ¡endo!

-¿Más adentro te duele? -¿que quieres una manita de ungüento? Los papás agotaban la lista de cosas terminadas en *ento* o en *endo* y ¡nada!

Agotados y desesperados de encontrar el mal o el sitio del mal que ponía en trance tan doloroso a su hijito, acertó a entrar a preguntar por el enfermo el portero que llevaba de la mano a un hijo suyo de la misma edad del paciente y con el que solía jugar.

-Mira, Julito, le dice la mamá, aquí tienes a José, a tu amigo Joselito.

Julito, sin abrir los ojos, proseguía su quejido: *¡ento!, ¡endo!*

Y acercándose entre agresivo y solemne el porterito al camarada enfermo, le suelta esta receta:

-¿Pa qué comiste tantas *avellanas?* Te lo dije, te lo dije: Va a reventá...

Un purgantito suave en vista de la receta del diminuto doctor y el enfermo curó y dejó el misterioso ¡reviento! dicho a media lengua.

«Ganarse al niño»

3990. Es la otra fórmula para descifrar secretos infantiles.

¡Ganarse al niño!

Me diréis: ¿para que ganar lo que ya es propio y se posee?, ¿el hijo no es de sus padres?, ¿no les debe obediencia, honor, confianza?, ¿para qué ganarlos?

Sí, aunque los padres sean los autores de los hijos, sin contar con ellos, no pueden ejercer debidamente sus oficios de conservadores, sostenedores, guías y superiores, sin contar con la voluntad *libre* de ellos.

Ésta es la que hay que ganar para que el mandato, el consejo, el trabajo o el sacrificio del padre llegue a entrar y sembrarse en el alma del hijo y dar frutos de educación cristiana.

3991. Mientras no se haga esta conquista de la voluntad libre por el padre, o maestro educador, el alma del educando, más que campo abierto a la buena siembra, será un fortín dentro del que se almacenan y se esconden intenciones, deseos, planes, y ¡quiera Dios que a fuerza de escondidos y de no recibir luz, no se pongan agrios, oscuros y tenebrosos!

¡Cuántos fortines impenetrables de niños y niñas juguetones o inocentes pueblan los hogares y los colegios! ¡Hay que ganar esos fortines!

Vuelvo a preguntar:

¿Cómo se ganan?

Antes de dar la palabra de la respuesta os quiero recordar la táctica seguida por un maestro soberano, Jesús.

Cómo gana a sus discípulos el Maestro Jesús

3992. El es Dios y, como Dios, es autor y conservador de todas las cosas y de todos los hombres. Sin Él no se ha hecho nada.

Él es Dios-Hombre y, como tal, es nuevamente autor y dueño del hombre a fuer de restaurador y redentor del hombre perdido por el pecado.

Por estos títulos tiene éste obligación estricta, estrictísima, de obedecerle, honrarle y servirle.

Nuestro Señor Jesucristo tiene sobre los hombres todos los derechos y ningún deber, y los hombres tienen para con Él todos los deberes y ningún derecho.

3993. Jesús, sin embargo, que se ha dignado ser nuestro autor y Redentor, ha querido ser también nuestro maestro, nuestro educador; quiere nada menos que enseñarnos a ser como Él, darnos un parecido exacto con Él, tan exacto, que su Padre celestial envuelva en un mismo cariño al Hijo natural, Jesús, y a los hijos adoptivos por Jesús.

¿Sabéis a qué medio ha acudido para realizar su obra educativa?

Una palabra sola lo dice:

La gracia

3994. Con su poder soberano nos crió. Con los dolores de su pasión y muerte nos recrió o redimió, y con la gracia, que es el valor de esos dolores, nos sigue redimiendo y restaurando.

Pero además de con esa gracia interior de su sangre derramada para nuestra santificación, con otra gracia exterior de sus palabras, sus ejemplos, sus miradas, su recuerdo, su imagen, se introduce en nuestros entendimientos y en nuestras voluntades libres y, sin quitar un ápice a la libertad, antes reformándola y agigantándola, hace conocer y aceptar verdades y reglas de conducta, y ejemplos de virtudes eximias y modos de vivir a su gusto, a su estilo y las fortalezas espirituales, inexpugnables al poder de la elocuencia, del terror y de los halagos, se abren y tienden sus puentes y se rinden gozosamente para que entre el rey pacífico, el maestro de toda verdad y de todo bien, Jesús.

3995. Padres, maestros, educadores, ahí tenéis la palabra sagrada, la llave de oro, el talismán misterioso que os abra y os gane los interiores de vuestros niños.

¡La gracia! ¡La de Dios y la de hombre!

Un maestro con gracia, con las dos gracias, es un maestro muchas veces victorioso y, por tanto, de verdad educador

....

Para ayudar a ese educador en la gran empresa de penetrar el secreto de cada niño consciente o inconsciente guardado, debo presentaros el envoltorio en donde lo guarda.

Ese envoltorio se compone de tres sustancias o elementos que se llaman *barro, animalidad y espiritualidad.* Esto quiere decir, que todo secreto del niño sabe y huele a esas tres cosas que lo envuelven.

El educador que desconozca u olvide cualquiera de esos elementos no se precie de llegar a conocer al niño.

CAPÍTULO VII

EL BARRO DEL NIÑO

3996. Las dos huellas que el barro de que fue formado el cuerpo del primer hombre ha dejado en nosotros, son

La fragilidad y la porosidad

Y no hay en verdad que echar mano de largos razonamientos filosóficos para dar con ellos.

¿Quién, a poco que registre la cabeza y el corazón del niño más débil y del hombre más elevado, no encuentra en aquéllos tratando de manchar y enlodar las dos grandes facultades del alma, el pensar y el amar, la *fragilidad* del barro, con nombres de inconstancia, aburrimiento, desilusión, desengaño, desencanto casi siempre en compañía de la *porosidad* del mismo, llámese impresionabilidad, susceptibilidad, contagio moral, influencia del medio ambiente y hasta de la presión atmosférica?

3997. ¿Quién puede negar la fragilidad, más que de barro, de delgadísimo cristal de las ideas y cariños del hombre y del niño, y la influencia que sobre su entendimiento y su voluntad ejercen precisamente lo que ven sus ojos, lo que oyen sus oídos, lo que tocan sus manos y aun lo que paladea su lengua y olfatea su nariz?

Pero fijemos la atención singularmente en las huellas del barro del niño.

¡Bien acusan su presencia e influencia en el alma de los niños las características del barro! ¡La fragilidad y la permeabilidad!

3998. Si en el orden material nada hay más frágil que el cuerpo del niño, ¿qué hay más frágil en el orden moral e intelectual que la inocencia y el candor de sus almas, la fijeza de las ideas que adquieren, la atención que prestan a lo que oyen, ven y aprenden, los cariños a amigos y parientes, la ilusión y el entusiasmo por juegos y juguetes, la persistencia en una misma ocupación y, en una palabra, todas las manifestaciones del alma del niño? Todo eso si en el hombre, hecho y derecho, está sujeto a fragilidades inverosímiles, en los niños tiene la consistencia de la pompa de jabón.

Y de la *porosidad* o permeabilidad del alma infantil, ¿quién puede formarse una idea exacta?

La porosidad de la esponja más absorbente, no puede compararse con la avidez y con la rapidez con que la imaginación, el entendimiento y todas las facultades perceptivas del niño, absorben jugos de los hechos, doctrinas, máximas y espectáculos que llegan a sus ojos u oídos.

Vestigios del pecado en el barro

3999. Y ¡fenómeno singular que testifica una vez más la existencia del pecado de origen! Con preferencia marcadísima los jugos o especies que esas facultades del niño extraen, son los que de algún modo halagan y fomentan las inclinaciones, no de la espiritualidad o varonilidad, sino de la *animalidad.*

Nunca se detendrán bastante los pedagogos y educadores en esa misteriosa permeabilidad y obsesionante curiosidad del alma de los niños para absorber los jugos de todas las cosas malas y peligrosas que les rodean.

4000. Dedicado por vocación y ministerio a estudiar y guiar y salvar almas de niños, podría contaros casos, no sé si llamarlos asombrosos o espantosos, en los que esa porosidad morbosa, aun bajo apariencias ingenuas de candor e inconsciencia, hace pasar al fondo de sus almas perversas enseñanzas, resortes secretos, estímulos vergonzosos, artes malsanas y gases nauseabundos que, a modo de filtraciones se rezuman de las bocas, de las cabezas y de los corazones podridos, envenenados o livianos de compañeros, de parientes y, lo que es más horrible, de padres y maestros.

4001. ¡Cuántas veces ha querido el buen maestro Jesús darme luz para llegar hasta el fondo de conciencias de muy pocos años trocadas ya ¡qué horror!, en sumideros de inmundicias, estancadas sin poder salir fuera por falta de malicia, de fuerza, de ocasiones y por sobra de inconsciencia!

¡Cuántas veces me ha concedido el buenísimo Corazón de Jesús descubrir y destruir vicios muy viejos y muy duros, cuyas raíces se habían echado en años muy tiernos y bajo apariencias de encantadora inocencia y precisamente en el seno de familias ejemplares o de pensionados religiosos de vigilancia exquisita!

4002. Pero voy a daros la prueba más contundente de esa *porosidad* o penetrabilidad, que yo diría, espontánea y nativa del alma de los niños para asimilarse los malos jugos de las cosas aun indiferentes y de los descuidos de las personas, aun buenas, que les rodean, e *impenetrabilidad* para no absorber ni una sola gota del jugo de las palabras buenas, de las obras buenas, de los ejemplos buenos de una buena educación durante largos y pacientes años dada.

¿Cuántos niños se educan en colegios cristianos, pongamos por ejemplo en España, a pesar de su laicismo de última y desgraciada hora?

Miles y cientos de miles.

¿Cuántas familias educan cristianamente a sus hijos en España?

Sin duda muchos cientos y cientos de miles.

Y ¿se cuentan por cientos de miles los jóvenes y las doncellas, cristianos de fe y de obras, de carácter y tesón cristianos, de costumbres y modas conforme con el espíritu cristiano?

4003. La experiencia de cada día y el amor a la verdad nos obligan a responder con un tristísimo no. Desgraciadamente no pocos de nuestros jóvenes y doncellas más parecen hijos y discípulos de familias y escuelas paganas que cristianas.

¿Por qué? El secreto de esas desagradables sorpresas no está siempre en la ineptitud de padres y maestros, ni jamás en la ineficacia de la educación cristiana, sino que en cada una de esas escuelas y familias cristianas y cristianizadoras, verdaderos paraísos terrenales, no se puede impedir siempre que se insinúen de cuando en cuando serpientes tentadoras en forma de malos e hipócritas maestros y compañeros, criados infieles, visitas indiscretas, lecturas peligrosas y espectáculos escabrosos. Y la *porosidad* del alma del niño *se empapa* más pronto con gotas y salpicaduras de jugos malos, que con lluvias y baños de aguas saludables.

4004. ¿Cuántas veces un gesto, una palabra, una sonrisa, un mohín, una reticencia, un guiño de una sola persona ha sido el principio de la perversión de un niño al paso que las conversaciones, los ejemplos, las lecciones, los estímulos, los cariños, los sacrificios de muchos años de padres, madres, hermanos, parientes, amigos y maestros, no consiguen la preservación y la inmunidad de muchos niños de esas mordeduras de serpientes ocultas?

Por ahora sólo quiero sacar de esos fenómenos de la *fragilidad* para el bien y *porosidad* para el mal, verdaderamente como de barro, del alma de los niños esta consecuencia: que hay que forrar ese barro con una *goma* especial: que se estire y encoja y no se rompa, que se moje y no se empape.

Ésa es la gracia de Dios.

La gracia y el barro

4005. Y aquí tenéis el primer trabajo de la gracia en el alma después, se entiende, de haberte quitado y perdonado la mancha del pecado. Contrarrestar, neutralizar y sobrepujar la acción de la característica del barro: la fragilidad más que de cristal, con consistencia de acero; la porosidad que emplea casi siempre en admitir todos los contagios nocivos, con la impermeabilidad de la goma.

Más aún: aquella consistencia de acero va ligada en misteriosa aleación con una blandura de cera y esta impermeabilidad de la goma para no dejar ni una gota de agua infecta de malos ejemplos o

malas doctrinas unida a una esponjosidad maravillosa para absorber hasta la última gota de rocío de inspiraciones de Dios y de buenos ejemplos de los hombres.

4006. ¿Cómo? El modo de producirse esos fenómenos y transformaciones en el laboratorio de la conciencia humana, es un misterio ante el que hay que detenerse y descubrirse para acatarlo y venerarlo so pena de negar el testimonio de nuestros propios ojos y de nuestros propios oídos y burlarse de las enseñanzas de la historia.

Porque eso sí: el hecho es tan cierto y evidente como misterioso el modo de producirse.

Y sin que deje de intentar no penetrar en el abismo del misterio, sino acercarme y acercar a los que me lean a los bordes de él, debo dejar sentado el hecho de esas maravillosas transformaciones obradas por la gracia de Dios en el barro humano y singularmente en el barro que viste el alma de los niños.

¡Ya os contaré maravillas!

La influencia del medio ambiente en los niños

4007. Buena prueba de esa porosidad y permeabilidad, como de barro, de que os vengo hablando, es la influencia que en las costumbres del niño ejerce el medio ambiente de la calle y de la vida pública.

¡Decisiva, fulminante y arrolladora!

Allá van ejemplos.

En tierras de Sevilla, Huelva y Málaga, en donde tantos años he vivido y en donde las procesiones de Semana Santa ocupan, preocupan y absorben al pueblo piadoso y no piadoso, tenéis procesiones de chiquillos en cada barrio y en cada calle, un mes antes y otro después, con sus andas o pasos, con sus santos de barro, sus filas de *nazarenos* con cañas en lugar de velas, sus centurias de *armados* o soldados romanos, sus bandas de música con tejos, latas y cañas con papel de seda y con todo el requilorio de una buena cofradía.

4008. En tierras de Andalucía, la de sangre torera y de lenguaje torero aun para las cosas más serias, se juega al toro a todas horas y con todos los instrumentos al alcance (he visto monaguillos, a espaldas por supuesto de sus respectivos párrocos, torear la mesa de la sacristía con su sotana roja y banderillearla con un par de velas).

En España entera en esta hora de furia de deportes se topa uno con *partidos* de *fútbol* en plena calle, en el vestíbulo o zaguán de las mismas casas, en las mismas aulas en momento de descuido o ausencia del maestro, en todas partes, haciendo de balones, no ya el cuero ni el caucho, sino el papel, la gorra, el pañuelo, la fruta de la merienda, ¡el pizarrín de la clase!

En las regiones más castigadas por el pistolerismo andante o por las películas policiacas se juega a los atracos, a los asaltos, a los crímenes, a las revoluciones con pistolas de real y medio o con cañas, piedras o palos por armas y con un instinto de crueldad y de acometividad destructora que asombra...

Dos notas de «mi catecismo»

4009. En confirmación de estas observaciones, sobre la *permeabilidad* de los niños, allá van las siguientes notas:

Diálogo entre una María catequista y dos monaguillos
por tierras de Ronda

-Vamos a ver, ¿por qué ayudáis la santa misa tan... tan... requetemal?

-¿Nosotros? ¿acá? es que este niño... es que tú...

-No, los dos estáis iguales de mal: si estáis de rodillas os sentáis sobre los talones o jugáis con la campanilla; si estáis de pie, miráis para todos los lados, y os tiráis pelotitas de cera; hasta dais pataditas en el suelo como si estuvieseis jugando al balón... ¿está eso bien? Delante del Señor que está en el altar lo mismo que en el monte Calvario, en cruz y dando su sangre y su vida por nosotros... ¿Está bien, que mientras una madre se está muriendo, se pongan sus hijos a jugar y a divertirse alrededor de la cama?

-No, no señora; que eso no está bien y acá ya vamos a ayudar la misa con mucha vergüenza y formalidad...; pero, mire usted, señorita, ¡si es también que algunas veces se distrae uno sin querer!

-Ya lo comprendo; pero, vamos a ver, ¿vosotros no tenéis nada que pedirle al Señor? Seguramente tendréis apurillos y necesidades en vuestras casas y en vosotros mismos... Y ¡está tan cerquita de vosotros el Señor en el altar! ¡Os oirá con tanto gusto! Y así, en vez de poneros a jugar y aburriros, os ponéis allí a decirle: Señor, que pongas buena a mi mamá que está mala, que mi papá se coloque, que podamos pagar este mes la casa, que no haya peleas ni riñas en mi casa, que... y para vosotros mismos seguramente necesitaréis pedir algo que deseéis mucho... Vamos a ver tú, ¿qué querrías que te concediera el Señor? ¿Qué es lo que tú deseas más?

-Hacer el grado de bachiller para después...

-Bueno, tú eres hombre de altas aspiraciones... ¿y tú?

-Pues yo, lo que más quiero, lo que más gana me da, lo que le *bí* a pedí al Señor desde ahora en toítas las misas que me queen que ayudá en mi ofisio de monago es *¡ser torero...!*

Impresiones del año 1931

4010. ¿Qué tendrá que ver la revolución con el vinagre?

Propongo a los químicos sociales el estudio o el análisis de las relaciones entre esos dos elementos.

Yo lo que sé, y ustedes lo saben también, es que cuanto toca, mira o sopla esa desgreñada y harapienta dama que se llama revolución, queda al punto avinagrado... ¡Vaya si se ponen avinagrados los corazones, las cabezas, las familias, los talleres, las fábricas, las agrupaciones de hombres o de mujeres en las que hinca el diente o la mirada la de las greñas sueltas!

Diríase que como el diente del áspid al desclavarse de la carne que muerde vacía su veneno, los dientes de la revolución vacían vinagre sobre sus mordidos.

¡Todo agrio! Agrios los padres con los hijos, y los esposos con las esposas, y los hijos con los padres, y los amigos con los amigos, y los patronos con sus obreros y los obreros con sus patronos, las autoridades con sus súbditos y los súbditos con sus autoridades, los beneficiados con sus bienhechores y hasta los desconocidos transeúntes con los que se cruzan por las calles...

4011. Se acabaron los buenos modos, las frases galantes, las amables condescendencias, las mutuas y caritativas tolerancias que tan llevaderas hacen las penas del valle de lágrimas y que son como el aceite que suaviza el andar de ese pobre tren humano y le quita chirridos y estridencias y descarrilamientos.

¡Qué tema tan largo y fecundo el de «el triunfo del vinagre o de lo avinagrado por la revolución» o al revés «el triunfo de la revolución por el avinagramiento universal!»

Pero no es mi ánimo hoy meterme en esas interioridades de bodegas o laboratorios químicos sociales, sino sencillamente llamar la atención de los amigos sobre el efecto, insignificante al parecer pero de trascendencia suma en realidad, que va produciendo el malhadado avinagramiento revolucionario, que padecemos, en la cara de los niños.

4012. Las caras infantiles, que en tiempos normales son para todo el que las mira castañuelas en constante repiqueteo, rosas de olor y gracia perennes, rayos de luz en medio de las más cerradas

tinieblas..., las caras infantiles, repito, también se están avinagrando... ¡Qué triste es eso! y ¡tan cierto como triste!

La desgreñada revolución les va mordiendo por medio de la blasfemia del padre y de la burla sacrílega de ¡la madre! (¡cómo se van poniendo algunas madres!), y de la enseñanza sectaria del maestro (¡cómo se han destapado no pocos!), y del grabado impúdico y calumnioso de la revista impía, y del cine desmoralizador, y de las seducciones de los amigos deshonestos, y del mismo ambiente acre de la calle, y por medio de todas esas bocas mal olientes va destilando y volcando sobre la inocencia, la pureza, la fe, la alegría, la ingenuidad del niño o de la niña, no gotas, sino caños de vinagre que corroe y envenena.

¡Pobres e indefensas víctimas! ¡Y cómo se tropieza uno por todas partes con el triste cuadro (os aseguro que para mí es tristísimo) de niños de caras, de palabras y de miradas avinagradas singularmente contra el sacerdote cuyas manos tantas veces gozosos, besaron!

Botones de muestra

4013. Me contaba un párroco de un pueblo vecino que, días atrás, al besarle la mano un pequeñuelo y al decirle él «Dios te haga un santo», replicó otro que por allí cerca andaba, en el más cínico y avinagrado de los tonos: «¡santo, santo! pa que hagan contigo lo que han hecho con los santos de La Línea, ¡lan partío la cara a tós!»

De los días sacrílegos de Málaga, en mayo del 31, cuando se alumbraban las plazas y las calles con las hogueras de las imágenes sagradas, de los objetos de culto y de la casa de Dios, una de las impresiones más dolorosas que me han quedado es la producida por un grupo de chaveítas jugando al fútbol con la cabeza de un santo que pateaban como si fuera la pelota...

En los diarios se leen anuncios de huelgas de escolares pidiendo rebaja de horas de clase, manifestaciones de niños por las calles pidiendo la *revolución social y* degüellos y la mar...

Dios mío, me digo muchas veces, ¿qué le va a quedar de atractivo y dulce a esta pobre tierra si hasta las caras de los niños se ponen avinagradas?

Cómo se puede aprovechar para la educación esa influencia del medio ambiente en el alma infantil

4014. Visito el nutrido y espacioso colegio salesiano de Carabanchel Alto y, después del consabido beso del anillo entre apretones y sonrisas, pasamos a la capilla y al indispensable saludo a aquella amable y simpática familia menuda.

¿Sobre qué les hablo?

El Niño Jesús que tenían en el altar mayor me da el tema...

Queridos niños: ese Niñito Jesús con sus bracitos abiertos y su rodilla derecha levantada me está diciendo que espera y que teme algo...

¿Qué será? ¿Qué dice el Niño Jesús en esa postura?

4015. Una docena de índices levantados y dos docenas de ojos guiñando piden la palabra; la doy al más cercano a mí, rubio por más señas, y con la viveza de un relámpago, me dice en correcto castellano:

-El Niño Jesús en esa postura está haciendo de *portero.*

-¿...? ¿Y el balón?

-El diablo, me responde imperturbable.

-Y si el diablo gana el *gol* ¿quién pierde?

-El Niño Jesús.

-¿Y en dónde se mete el diablo cuando entra en la *portería?*

-En el alma de los niños.

-Magnífico, eres un gran catequista y un gran futbolista...

4016. Pero a mí algo más me dice el Niño Jesús con esos brazos abiertos que esperan y esa rodillita derecha levantada como si temiese un golpe fuerte en el pecho... ¡A ver! ¡a ver! ¿qué espera ahí el Niño Jesús con los brazos abiertos?

Otro racimo de espárragos de carne agitándose y de bocas rompiendo por contestar.

-¡A ver! ¡tú!

-El Niño Jesús con sus brazos abiertos está esperando que le echen los niños su corazón encima del suyo.

-Muy bien; y ¿qué teme?, ¿por qué levanta la rodilla?

-Teme, teme lo que le va a doler el golpe de los corazones duros de los niños impuros.

-¡Archiadmirable! el corazón de los niños impuros cuando no se arrepienten en seguida y se callan sus pecados, se pone muy duro, como piedra y ¡claro es! cuando se acerca a Jesús para recibirlo le hace sufrir, le duele.

4017. Pero vosotros seguramente no queréis dolerle al Corazón de Jesús. Y me figuro yo que en esta capilla andarán siempre por el aire corazones de niños en busca de los brazos y del pecho de Jesús y que cuando llegan a Él, los lleva Él mismo a su boca y los besa y después a su pecho y los aprieta contra su Corazón y allí los perfuma con su pureza, su humildad y su caridad y con otro beso los echa a volar y os los devuelve.

¡Qué cosas más bonitas verán los ángeles de vuestra guarda y los del Sagrario en esta iglesia!

4018. ¿Queréis que hagamos un vuelo de corazones hasta el del Niño Jesús?

Levantad vuestra mano derecha, apretad los dedos y a la de tres llevadlos a la boca y tirad el beso más fuerte y más resonante que hayáis tirado en toda vuestra vida.

¡Mirad allá! ¡hacia el Niñito Jesús! ¡A la una! ¡a las dos! ¡a las tres! ¡Para ti, Jesús, nuestro corazón!

Y después del estampido de aquellos trescientos besos de chicos y grandes, la bendición episcopal como respuesta agradecida del Niño de los bracitos abiertos y de la rodilla levantada.

Cómo sacar partido de las descalabraduras tan frecuentes en los niños

4019. Los chaveítas de las escuelas parroquiales de San Patricio, de Málaga, vinieron a felicitarme en mi día por la mañanita.

En el desfile de niños pasa uno con cara y cabeza de verdadero mapa-mundi de parches por detrás y arañazos por delante.

-Pero chiquillo ¿qué te ha pasado por aquí detrás de la cabeza?

Y con la seriedad de un examen de facultad me responde:

-Que man metío una pedrá.

-¿Y por aquí delante?

-Que ma peleao.

-¿Y ese bulto del carrillo?

-Que ma salío un grano.

-¿Y qué te he dolido más: la pedrada o el grano?

Encogimiento de hombros como diciendo: no me he dado cuenta.

Con el diálogo pendiente se habían detenido y aglomerado ya varios otros chaveítas y les propongo

Una cuestión

4020. ¿Qué será mejor: que le *metan* a uno una *pedrá* en la cabeza o que le salga un grano en la cara?

-A ver: ¿qué dices tú, pregunto primero al *interfecto* que siguiendo en su lacónica seriedad de examen responde:

-Singún.

-Vamos a ver, tú, pregunto a otro: ¿Según qué?

-Pos yo digo que singún sea la pedrá y singún sea el grano.

-Muy bien ¡otro! ¡tú!

-Pos yo digo que singún el sitio.

-¿Y tú?

-Pos yo que singún el tamaño del grano y de la piedra.

-Yo, que singún la vergüenza de cá cuál.

-¿Cómo es eso?

-Sí señó, que no es lo mismo un grano en el braso ¡un poné! que en la punta de la narí pa que a toas horas se estén metiendo con uno disiéndole: al enano don Crispín le salió un grano en la punta de la narí...

-¿Y tú?

Silencio de perplejidad y caras afiladas de atención, hasta que salta otro:

-Que singún estén de lejos los *sipales.*

-¿...?

-Sí, porque si encima de largarle a un servidó una pedrá viene un *sipá* y lo agarra a uno y se lo lleva a la aduana (prevención) pos me parese que eso es más peor...

-A ver, otro, otro, otro según... ¿qué es peor un grano o una pedrada?

Silencio más prolongado... roto por fin por una chiquita que a hurtadillas se había enterado del diálogo:

-¿Lo digo yo?, interviene tímidamente.

-Sí, sí: según qué...

-Pues yo digo que eso será según la paciencia con que se lleve...

-¡Bravo!, ¡bravísimo!, ¡y un aplauso para esta niña! Y telón corrido.

CAPÍTULO VIII

LA ANIMALIDAD DE LOS NIÑOS

4121. Otro componente de la envoltura del niño.

¡Raro y poco fino el título! Pero... ¿y la realidad que está debajo?

Si el hombre es animal racional, el niño, hay que decirlo pese a la delicadeza que a esos angelitos disfrazados se debe, se muestra más animal que racional en su primera infancia, y sólo por la influencia de una educación acertada va dominando lo racional a lo animal en las otras edades.

Y digo que se muestra más animal, porque el imperfecto y casi rudimentario desarrollo de su razón y de su conciencia, la falta de hábitos sociales y de advertencia y la sobra de ingenuidad lo ponen en situación desventajosa con respecto al hombre en punto a ocultar o disimular los rasgos de la fierecilla, que chicos y grandes llevamos dentro dando más o menos la cara.

4022. Lo cierto es, y la experiencia de cada día nos lo confirma, que a pesar del alma racional con que nacemos todos, lo primero que acusa su existencia no es la racionalidad sino la animalidad y al paso que la racionalidad necesita meses y años de paciente espera y adecuada educación para dar señales de actuación por medio de la risa, la palabra, el estudio, la oración, la práctica de las virtudes

y los actos conscientes de la vida de relación, la animalidad irrumpe fulminantemente en el recién nacido con todas las rebeldías e insolencias del apetito irascible y con *botones de muestra* de las ciegas y vehementes complacencias del apetito concupiscible.

4023. Se puede decir que la primera vida del infante se reduce a mamar, dormir y llorar. Y ¡con qué ansias extrae el dulce néctar de los pechos de su madre, y con qué profundidad se sumerge en el sueño, y con qué rabia llora como protesta contra el hambre, el sueño o el dolor!

Después, en la segunda infancia, el pequeñuelo dejará de manifestar su apetito irascible sólo por las lágrimas. Llorará menos o las disimulará. Pero arañará, morderá, manoteará y perneará más; y, si va ya hablando, se aprovechará del lenguaje para dejar asomar un egoísmo alarmante y unas rebeldías de *fierabrás* en forma de «esto es mío», «esto es pa mí, pa ti ná», «no quero», «no me da la gana», «vete», uniendo a la todavía graciosa manifestación de esos egoísmos y rebeldías gestos y posturas de gatillo enfurecido o de perrillo con pulgas.

4024. Y el apetito concupiscible trocará el pecho o el biberón, en los que se dormía de placer, por la pipa, el sonajero, el juguete, la golosina, el juego, el traje y el zapato de estreno, sobre todo en las niñas, pero con un ardor deseados y con una pasión obtenidos y usados que apenas si aun se columbran asomos de racionalidad.

¿No son eso los niños en sus primeros años? ¿No hemos empezado todos nuestra vida terrena sometidos, sin querer ni darnos cuenta, a la acción de una doble fuerza animal y sensible, la centrípeta del apetito concupiscible de atraer hacia nosotros lo que nos gustaba o halagaba, bueno o malo, por las buenas o por las malas, y la centrífuga del apetito irascible de repeler por todos los medios y armas a nuestro modesto alcance lo que nos fastidiara o asustara?

4025. Como ejemplo de dominio ciego del apetito concupiscible en los pequeñuelos ¿quién no ha visto comer y quedarse dormidos con su pelota o su látigo o su corneta a los niños y con la muñeca de sus delicias a las niñas? Y como muestra de la tiranía feroz del apetito irascible en los niños, ¿quién no ha presenciado, por motivo de gustos o caprichos contrariados, rabietas de llantos y manoteos de horas y horas y obstinada repulsa a todo alimento y a todo razonamiento, obsequio o desagravio de parte de *ciudadanos* desde unos meses de edad hasta... ¡quién se atreve a señalar la edad!, el establecimiento de frontera entre la razón dominadora del hombre y el apetito dominado del animal?

4026. Nunca se me olvidará la gracia y la pena que me produjo oír a un guapísimo ángel de tres años enfurecido contra su niñera. Ésta, cansada de intentar quitarle unos churretes de chocolate, le amenazó con el rey Herodes, a cuya amenaza contestó el rapaz con esta fulminante:

-¿Herode a mí? Yo si que soy Herode y te degoyo a tí y a todas las niñeras del mundo.

¡La fierecilla! ¡La fierecilla infantil! ¿Quién la dominará?

Hemos llamado a la gracia.

Una «conversión» a los tres años de edad

4027. Me la cuenta una de las protagonistas del menudo drama, entre asombrada, agradecida y sonriente.

La protagonista principal es una encantadora chiquitina de tres años.

Antecedentes del caso

Venía siendo causa de preocupación para la mamá de la niña y para una tía, religiosa de vida activa, la aversión que iban descubriendo en ella a rezar y sobre todo a mirar con buenos ojos la imagen del Niño Jesús. ¡No podía verlo, ni oír hablar de Él! Ésta era la triste verdad.

¿Razón, causa de este fenómeno, tan raro en una pequeñita, hija de padres cristianos?

A fuerza de observaciones pudieron descubrirla en ¡el parecido de la imagen del Niño Jesús con su hermanito de año y medio! ¡La *pelusilla* de los celos contra el hermanito por lo celebrado, festejado y acariciado, a su parecer, más que ella, la traía molesta contra él y contra todo lo que se le pareciera! ¡Misterios de la psicología infantil!

Esta situación se agrava con una sonora bofetada que en broma, en broma dió un día de éstos la chiquita a su tía la religiosa, y de la que con muy justo acuerdo los padres se empeñaron en que pidiera perdón. ¿Pedir perdón? A una ciudadana que se permite mantenerse tiesa nada menos que con el Niño Jesús, ¿exigirle que se humille a pedir perdón?

¡Que nones y que nones!

El caso

4028. Así las cosas y, cansados de rogar y amenazar los papás y de hacerse *personilla* la niña, la llevaron nuevamente a visitar a la tía que, entre ofendida y amable, la invita a ir a la Virgen de la capilla para que obtenga el perdón que no quería pedir.

Como con la Madre no rezaban los recelos que hacia el Hijo celestial guardaba la niña accedió ésta a dejarse llevar a la capilla.

De rodillas tía y sobrina sobre la grada del altar del Sagrario, y muy cerquita a él se entabla el siguiente diálogo:

-Ahí, dice aquélla, detrás de esa puertecita dorada, vive el Niño Jesús.

-¿El de casa?, responde inquieta y como con ganas de levantarse e irse la chiquilla.

-No, en tu casa está el retrato del Niño Jesús; ahí, ahí está vivo... te mira y me mira, nos oye a las dos... te quiere y me quiere...

-Y ¿siempre está ahí?, ¿no sale a dar un paseíto?

-Como es un Niño muy obediente, no sale de ahí, mientras no se lo manden los sacerdotes.

-¿Y si tú le dices que salga, saldrá?

-¡Como yo no soy sacerdote...!

-Pues, ¡anda!, ¡ábrele la puerta, que yo lo quiero ver!, ¡anda!, ¡dile que salga!

4029. La buena religiosa advirtió en el interés y en el ansia de la niña que el Jesús vivo e invisible del Sagrario estaba tocando con su virtud divina aquel corazoncillo áspero y rebelde y prosigue:

-Pero, ¿cómo quieres tú ver al Niño Jesús sin pedir perdón a tu tía, y sin querer a tu hermanito y sin ser más obediente?

-Sí, sí, le replica apretándole la mano, nerviosilla y con las lágrimas asomándosele a los ojos, sí, dile al Niño Jesús que, aunque no salga a verme, que no se enfade conmigo, que yo te quiero mucho a ti y a Joaquinito, y a papá y a mamá... ¿Estará todavía enfadado conmigo?

Un beso muy fuerte y un abrazo muy apretado cerró el diálogo y comenzó la *conversión.*

4030. La chiquita ha vuelto a casa transformada: el Niño Jesús y el hermanito Joaquín son sus delicias y, cuando vuelve al convento, lo primero que hace es coger de la mano a su tía para que la lleve a ver y a rezar al Niño Jesús vivo.

Padres y educadores cristianos, ¡si contarais un poquito más con el Jesús vivo del Sagrario...! Si *rozarais* un poquito más a vuestros hijos y educandos con Él, en lugar de fierecillas sacaríais ángeles en carne humana.

El imperio de la espiritualidad

4031. Sentada la influencia preponderante que en el alma, en el carácter y en las inclinaciones de los menudos animales racionales ejerce lo animal, se palpa la necesidad de que una acertada

educación coloque cada elemento en su plano y establezca el orden y la subordinación, o sea, que haga que mande y sea obedecido el racional y que el animal obedezca fielmente al alma.

Un sueño del santo Juan Bosco

4032. Vaya de comprobación un sueño de Don Bosco, el primero de los famosos sueños, como él llama a las grandes y transcendentales visiones de lo porvenir con que desde los nueve años hasta su vejez estuvo regalándolo el Señor y llevándole como de la mano a realizar la colosal obra educadora que llenó su siglo y el nuestro.

Este primer sueño, tenido entre los nueve y los diez años de edad, viviendo en la pobrísima casa *dei Becci,* más establo que casa en la que nació y en la que ejercía el oficio de pastorcito, merece con toda razón llamarse programa completo de la obra educadora de Don Bosco con pormenores y perfiles, con normas y descubrimientos que asombran y ponen bien al descubierto el origen excelso del llamado sueño.

Dejando para después el comentario a los puntos que más nos interesan, quiero transcribirlo tal como lo dejó escrito su mismo protagonista por mandato reiterado del Papa Pío IX, de santa memoria.

4033. «No había cumplido aún los nueve años, cuando tuve un sueño que me quedó profundamente impreso para toda la vida.

Me pareció en el sueño que estaba cerca de mi casa, en un patio espacioso, donde se hallaban reunidos una gran multitud de niños recreándose. Unos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, lancéme al punto en medio de ellos empleando puños y palabras para hacerlos callar. En aquel momento apareció un hombre venerable de edad viril, noblemente vestido. Cubría toda su persona un manto blanco, y su cara era tan luminosa, que yo no podía contemplarla. Me llamó por mi nombre, y me ordenó ponerme a la cabeza de aquellos niños, añadiendo estas palabras:

-«No con golpes, sino con mansedumbre y caridad habrás de ganarte estos amigos tuyos. Disponte, pues, inmediatamente a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la preciosidad de la virtud».

4034. Confuso y espantado, contesté que yo era un pobre e ignorante niño, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento, los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias, y se reunieron en torno del que hablaba. Casi sin saber yo lo que decía, exclamé:

-¿Quién sois vos que me ordenáis cosas imposibles?

-Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y con la adquisición de la ciencia.

-¿Dónde? ¿Con qué medios podré adquirir la ciencia?

-Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina puedes hacerte sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

-Pero, ¿quién sois vos que me habláis de esta manera?

-Yo soy el Hijo de aquélla a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

Mi nombre pregúntalo a mi Madre.

4035. En aquel momento ví junto a él una Señora de majestuoso aspecto vestida con un manto que por todas partes resplandecía, como si cada uno de sus puntos fuese una estrella brillantísima. Observando que mi confusión aumentaba con mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a Ella, y tomándome bondadosamente por la mano: ¡Mira! -me dijo.

Al mirar advertí que aquellos niños habían huido todos, y en su lugar vi una multitud de cabritos, gatos, perros, osos y otros varios animales.

-He ahí tu campo; he ahí donde debes trabajar -continuó diciendo aquella Señora. -Hazte humilde, fuerte, robusto y lo que ves que ocurre con esos animales, deberás hacerlo con mis hijos.

4036. Volví entonces la mirada, y he aquí que, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos, que, todos, saltando, acudían en torno de Ella, balando para festejar a aquel Hombre y a aquella Señora.

En aquel punto, siempre en el sueño, me puse a llorar, y rogué a aquella Señora que hablase de modo que yo pudiera entenderla, porque no sabía qué podía significar todo aquello. Entonces me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome: Todo lo entenderás a su tiempo.

Dicho esto, me despertó un rumor y todo desapareció. Quedé aturdido. Me parecía tener las manos doloridas por los golpes que había dado, y que me dolía la cara por las bofetadas recibidas de aquellos pilluelos; después, aquel personaje y aquella Señora, así como las cosas dichas y oídas, ocuparon de tal modo mi mente que por aquella noche no me fue posible conciliar el sueño».

El comentario

4037. Lo que más hace a nuestro caso del relato del célebre sueño de Don Bosco son los distintos aspectos bajo los que aparecen los niños en el mismo sueño.

Primero ve en un patio espacioso multitud de niños recreándose, riendo unos, jugando otros y blasfemando no pocos.

Después esa multitud de niños aparece trocada en multitud de cabritos, gatos, perros, osos y otros varios animales.

Y por último, los animales feroces se convierten en mansos corderos que, saltando, acudían en torno de Jesús y de María balando y haciendo fiestas.

En estos tres aspectos de niños-niños, de niños-fierecillas y de niños-corderos está comprendido todo el campo de la educación.

4038. ¿Cómo?

En esos niños que ríen, juegan y blasfeman está representado lo que pudiera llamarse la capa exterior de ese campo, esto es, lo que a primera vista se ve en los niños, unos muñequillos que unas veces alegran y regocijan con sus risas, saltos y gracias de ángel, y otras entristecen y molestan con sus picardías y trapacerías, más contagiadas que digeridas.

Los niños-fierecillas y los niños-corderos son el campo por dentro, el término *a quo y ad quem,* la estación de salida y la llegada del camino subterráneo de la educación.

El niño-fiera: así lo encuentra el educador: el niño-cordero: así debe dejarlo.

El niño-fierecilla

4039. ¿Pero es verdad? Y con lo que cantan los poetas en torno de las cunas y de las cabecitas rizadas y de los ojos azules y las alas de ángel de la infancia, ¿qué hacemos? Sin perjuicio de que a ratos se pueda dar a los cantores permiso para los idilios, es cierto que, como aparecen en el sueño del gran Pedagogo, hay niños que antes de ser educados tienen en sus inclinaciones y gestos gran parecido con los animalitos del sueño. Estudiad, si no, el fondo de los niños y os encontraréis:

1.º Con *niños-cabritos* por lo *saltarines* en ideas, atención, afectos, aficiones y movimientos.

2.º Con *niños-gatos* por lo uraños, envidiosos, ingratos, crueles y arañadores de caras y manos.

3.º Con *niños-perros* por lo leales, los menos, a su amo, y por lo callejeros, los más, y aficionados a curiosear y hulismear basuras y todo lo *hulismeable,* a ofender y a defenderse con gritos en lugar de ladridos y dispuestos hasta a morder rabiosos cuando no se salen con la suya; y

4.º Con *niños-osos,* no que *hagan el oso* como no pocos mayores, sino parecidos al oso en lo machacones y pesados en sus rabietas y caprichos, en lo perezosos, cuando les falta el estímulo del hambre o de la curiosidad y en lo peleones.

4040. El sueño que comentamos habla, sin nombrarlos, de otros animales, pero con los citados por la visión basta para formarse idea cabal del interior del niño en estado salvaje, o sea, tal como lo deja el pecado original y antes de ser educado y aun mientras no llega a ser perfectamente educado. Que no pocas veces de los labios, de los ojos y de los ademanes de niños y niñas, sometidos a régimen de certera educación se oyen salir gritos, amenazas y palabras que semejan maullidos de gatos, ladridos de perros y mugidos de oso y se ven brotar miradas y ademanes de esa familia.

«He ahí donde debes trabajar», dice la visión al niño Bosco. Y esa misma debe ser la consigna de todo educador: no descansar hasta trocar aquellas fierecillas en corderos como aparecieron en el sueño.

El niño-cordero

4041. ¡La estación de llegada de la buena educación!

El cordero es el símbolo de la docilidad que jamás protesta, de la mansedumbre en medio de los malos tratos, del silencio en el sacrificio.

El tipo del perfectamente educado, del hombre equilibrado y cabal a fuerza, no de anular o adormecer las pasiones y legítimos movimientos de su naturaleza, sino de dominarse a sí mismo y todos los ímpetus desordenados de ellas.

¡Qué coincidencia! En el sueño visión de toda su gigantesca labor pedagógica y educativa, que se presenta al gran Don Bosco, el tipo del niño perfecto es el niño-cordero.

4042. En nuestra bendita religión el tipo del cristiano perfecto es el cristiano-cordero. El tipo bajo el que nuestro Señor Jesucristo ha querido quedarse y presentarse en su vida eucarística como maestro y ejemplar de toda perfección, es el de Cordero de Dios.

La última visión que de Él tuvieron los hombres en la tierra así fue: Cordero inmolado en la cruz. La visión eterna que de Él tienen los bienaventurados en el cielo es esa misma: «Vi sobre el monte de Sión al Cordero de pie», dice san Juan.

«He aquí el Cordero de Dios», dice el sacerdote cada vez que presenta a Jesús sacramentado al pueblo.

4043. Jesús-Cordero de Dios por el amor llevado hasta el sacrificio máximo... ¡Ecce homo! ¡Ése es el hombre cabal! ¡Qué razón tenía la visión del gran Don Bosco en ver estos dos términos finales de la vida moral de los niños: o fieras sin educación, o corderos por la educación!

4044. Pero, ¿qué educación?

Respondo con palabras de la misma visión: «No con golpes, sino con mansedumbre y caridad habrás de ganarte esmos amigos tuyos»... «Obediencia y ciencia»... «Yo te daré la maestra bajo cuya disciplina puedes hacerte sabio y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad...»

En una palabra, ¿tendré que repetirlo?, el secreto de trocar los niños fieras en niños-corderos es ¡la educación con gracia del cielo y de la tierra!

Sólo ella puede establecer el imperio de la espiritualidad sobre los bajos instintos y pasiones desordenadas de la bestiecilla humana.

CAPÍTULO IX

LOS MISTERIOS DE LA PRECOCIDAD INTANTIL

4045. Hay un misterio en la vida de los niños y de las niñas que podría llamarse el de la *precocidad* y este solo capítulo da todas las pruebas que pueda pedir el más exigente.

¡La precocidad! ¿Cuándo empieza? ¿Sobre qué facultad o función se manifiesta? ¿Con qué ocasiones o medio se provoca? ¿Cómo se deben enderezar las peligrosas y aprovechar las saludables?

Que el fenómeno de la precocidad es real ¿quién lo duda? Como es cierto que hay precocidades del conocimiento, del cariño, de la memoria, de la sensibilidad, de la imaginación, del sentimiento, de la generosidad, de la tacañería, de la sensualidad, de la picardía, de la simulación, de muchas clases.

Un caso que vale por mil

4046. Cuando vivía en Ronda me paraba en la calle a hablar todos los días con una chiquita de ¡año y medio!, que desde el extremo de la calle me llamaba ¡Pispo! para darme un bepito -(besito)- y decirme cuántos Dioses hay, y en dónde está Dios, y hacer la comunión espiritual y pedirme que le dé un bepito -(besito)-; y esta graciosísima Pilar conoce por sus nombres a todos los sacerdotes que me acompañan y hasta al guarda de la calle, y para el colmo de sus graciosas precocidades llega a su casa y busca a su mamá, que lo es de nueve hijos más, para pedirle que le dé de mamar en esta forma tan graciosa y cristiana: -Un *taguito polamó de Dió*- (Un traguito por amor de Dios).

¡Qué capítulo tan nuevo, tan interesante y tan hermoso para la educación de los niños el capítulo de la precocidad infantil y de los misterios que encierra!

¡Cuánto hay que contar!

El fenómeno de la precocidad

4047. Como no me propongo en estos apuntes de pedagogía y psicología caseras dar un tratado científico, debo contentarme con asentar bien el fenómeno de la precocidad y la obra del educador ante él.

Y comienzo por afirmar que, siendo la precocidad un fenómeno siempre extraordinario, porque siempre envuelve una excepción, un apresuramiento, una sorpresa, y como tal imprevista, de la ley general del desarrollo intelectual o afectivo del niño, dentro de esas manifestaciones extraordinarias hay sus más y sus menos, es decir, que hay unas *precocidades más extraordinarias* y otras menos extraordinarias.

Para fijar el alcance de lo extraordinario de ésas que pudiéramos llamar precipitaciones de la naturaleza, me contentaré con citar.

Dos casos de precocidades, a fuer de extraordinarias, casi inverosímiles

El caso Heinecken

4048. El primer caso es el del cristiano Enrique Heinecken, conocido vulgarmente por el *Niño de Lubeck*, que fue un verdadero prodigio de precocidad.

Nació en 1721 y murió en 1725. Aprendió a hablar desde los primeros meses de su nacimiento. A la edad de un año sabía de memoria los principales sucesos contenidos en el *Pentateuco.* A los dos,

conocía toda la historia sagrada; y a los tres, sabía historia universal, la geografía, el latín y el francés.

De todas partes acudían curiosos a verle, y el rey de Dinamarca le hizo llevar a Copenhague, para convencerse de que era cierto cuanto le habían contado de aquel niño portentoso. Al volver a Lubeck, cayó enfermo, pronosticó su fin cercano y habló de él con calma, exhortando a sus padres a conformarse. Era su constitución tan delicada que tuvo que alimentarse casi toda su vida con leche.

Y cuando salgáis del asombro que sin duda os produce ese niño, que no se sabe cómo calificar, os volveréis a asombrar ante este otro caso ocurrido casi en nuestros días y casi a nuestra vista; es el de la por muchos títulos extraordinaria santita de Lisieux.

El caso santa Teresita del Niño Jesús

4049. Aunque Teresita tuvo la desgracia de perder a su santa madre a los cuatro años y ocho meses, no por eso dejó de ser muy intensa y eficaz la influencia de la educación materna en su alma infantil.

Dios la había dotado de una inteligencia sumamente viva y precoz. Refiriéndose a aquella tierna edad, escribe la santa: «Sin darlo a entender, fijaba mi atención en todo lo que pasaba y decían en torno mío: me parece que juzgaba las cosas tal como ahora... De los tres a los cuatro años, la virtud encerraba mil halagos para mí. Paréceme que entonces me encontraba en las mismas disposiciones que hoy (a los 23 años)».

4050. Teresita pudo dar de sí misma, con admirable ingenuidad, este testimonio sorprendente: Nada he negado a Dios desde los tres años. Quizá no se halle en la hagiografía cristiana otro caso como el de nuestra santa, de un alma que escribe su propia vida: *de los dos a los cuatro años.*

«Hasta mi entrada en el Carmelo, escribe Teresita, distingo en la historia de mi alma tres períodos distintos. El primero, a pesar de su corta duración, no es el menos fecundo en recuerdos: abarca desde el despertar de mi razón hasta la partida de nuestra madre a la patria celestial, es decir, hasta la edad de cuatro años y ocho meses.

Dignóse Dios abrir mi inteligencia muy temprano y grabar tan profundamente en mi memoria los recuerdos de mi infancia, que estos sucesos me parecen ocurridos ayer. Sin duda, quería Jesús darme a conocer y apreciar la madre incomparable que me había dado.

¡Ay!, ¡su mano divina pronto me la arrebató para coronarla en el cielo!

4051. Un día, queriendo probar mi madre hasta dónde llegaba mi orgullo, me dijo sonriendo: Teresita mía, si besas el suelo te daré un sueldo. Cinco céntimos eran para mí una fortuna. Para ganarlos en aquel caso no tenía que rebajar mucho mi grandeza, pues me exigua personita se elevaba poco sobre el suelo. Esto, no obstante, rebelóse mi soberbia, y poniéndome muy tiesa, contesté a mamá: no, mamaita, prefiero quedarme sin los cinco céntimos.

En otra ocasión, habíamos de ir a casa de unos amigos que vivían en el campo. Mamá dijo a María que me pusiera mi mejor vestidito pero que no me dejara los brazos desnudos. No repliqué ni una palabra y aun mostré la indiferencia que deben tener los niños en esa edad. Pero decíame interiormente: ¡Quedaría mucho más linda con mis bracitos desnudos!».

4052. Si la precocidad de los niños no se sabe dónde comienza, ¿habrá educador que se exima de su oficio y no ve sobre sus ducandos por la sola razón de que ¡es tan chico!?

Precocidades de los niños, ¡cuántos misterios encerráis!

PRECOCIDADES MÁS CORRIENTES Y MENOS EXTRAORDINARIAS

Un viaje de ida y vuelta a nuestra infancia

4053. Invito a mis lectores a un viaje encantador al bello país de nuestros recuerdos infantiles.

Y ciertamente, puestos en ese país podréis internaros por rincones y vericuetos que ni planta humana pisó, ni ojo alguno penetró: son los rincones en donde aparecieron, o mejor, se escondieron vuestras precocidades.

¿Quién no las recuerda con alegría las unas, como la picardía disfrazada de inocencia con que os salíais *con la vuestra* de no ir a la escuela, de gozar de los juguetes de los hermanos, de lucir la personilla (especialmente las niñas) con los zapatitos nuevos, el collar llamativo, el trajecito chillón, etc. Y con pena y hasta sonrojo otras, como innumerables mentiras con que os excusabais, las vengancillas y tristezas por envidia con los hermanos y parientes, las seducciones inverosímilmente ejercidas o padecidas de compañías aparentemente buenas y malas de verdad y, quizá, quizá hasta la afición a picar en el dinerillo, en los juguetes ajenos para no aprovecharlos vosotros tampoco, echando la culpa a los demás...?

4054. ¿Quién no se encuentra en ese viaje con la aventura del mareo del primer cigarrillo fumado y extraído furtivamente de la pitillera de papá o del hermano mayor, de la paliza de la primera *rabona,* del primer arañazo causado y recibido en pelea por la supremacía en un juego, en la clase o en la guapeza o por la *pelusa* de la envidia, y ¡qué pena! del remordimiento del primer pecado vergonzoso?

Los niños prodigios

4055. Ésos son los precoces, pero a cara descubierta, porque precocidades encubiertas y diría, casi inconscientes, creo que en una o en otra materia las tienen todos los niños, si se exceptúan los tontos o los retrasados.

Datos son éstos, los de la universalidad de la precocidad y del disimulo o encubrimiento de la misma por malicia, por carácter, por miedo, por lo que sea, de un interés pedagógico extraordinario. Lo que cantó el poeta:

«Aún es niña inocente, y gusta ya de cola de serpiente», puede cantarse y contarse de los niños bajo miles de formas y manifestaciones.

4056. Del alma del niño, por lo que tiene de ángel, pueden esperarse todas las simpáticas precocidades de la virtud y del ingenio; y por lo que tiene de diablillo, por la herencia del pecado original y el peligro de la *porosidad* del barro o contagio de lo que le rodea, pueden temerse todas las vergonzosas, funestas e inverosímiles precocidades de la malicia.

Cierro estas reflexiones con dos ejemplos de una y otra precocidad.

Una niña prodigio de veracidad

4057. ¡Vaya este caso en *desagravio* de tanto niño y niña *prodigio* en echar mentiras!

Viajaban en el tren unos buenos amigos míos con sus niños. A la de en medio, tan lista de ingenio como menuda de cuerpo, le encargan repetidamente que cuando le pregunte el revisor por su edad diga siempre: ¡dos años!, ¡dos años!

Llega efectivamente el revisor y, a la temida pregunta de la edad de la chiquita, responde ésta ingenuamente distribuyendo sus inquietas miradas entre la mamá y el empleado: -Mire usted, hombre, yo tengo dos años, dos años; pero antes tenía tres...

¡Un colmo de precocidad de verdades!

4058. De este tipo, ¡cuántos chiquitos y chiquitas conozco que por nada del mundo dirían una mentira y en cambio dicen verdades, ¡hasta el pánico! de los interesados en que no se sepan! Por esa

pícara precocidad de oír y preguntar sobre todo lo que oyen y de contar a las claras lo que cuentan los papás solos sobre los defectos de los criados, de las visitas inoportunas, de los chismecillos de sus parientes y de un sin fin de secretos familiares de poca monta, es verdad, pero que su divulgación, por la precocidad de los inocentes, produce aprietos y apuros difíciles de componer.

-Mira -decía una chiquita, tan larga de lengua como de vivacidad, al médico de la sociedad a que pertenecía su papá- mira, médico, no te vayas a creer tú que te hacen caso cuando estamos malos. Aunque mandes muchas medicinas, no tocamos más que las que nos manda el otro, que dice mi papá que sabe más que tú y que te llama por compromiso... ¿Cómo se compone eso?

Un niño prodigio de celos

4059. En una de mis visitas pastorales me hospedo en una buena casa, en la que se había entronizado *un bebé* de tres a cuatro años sobre la chochez de cariños y de mimos que para él tenían los papás, el tito y cuantos frecuentaban el trato con ellos.

La primera mirada con que me obsequió fue de interrogación entre curiosa e inquieta, la segunda, de desagrado y la tercera de cara avinagrada hasta la saturación; trato de hacerme su amigo y se desencadena una lluvia torrencial de lágrimas con truenos de gritos *halagadores* como ¡feo!, ¡gordo!, ¡esto no es tuyo!, ¡es mío!, ¡vete!, etc., etc., que duró casi el día y medio de mi estancia.

¿Explicación?

Se buscaron y se dieron por los buenos papás y tito de todas clases. Pero vinieron a parar en esta sola: ¡Los celillos del ídolo o del gracioso tiranuelo ante el que creía un competidor...!

Vuelvo a decir: precocidades de los niños ¡cuántos misterios encierran!

CAPÍTULO X

LA TRISTEZA DE LOS NIÑOS

¿La hay?

4060. No llenaría ni medianamente mi objeto, al escribir estos apuntes de pedagogía cristiana, si dejara de hablar de la tristeza y, de modo singular, de la tristeza de la gente menuda.

Y no me extrañaría que, el oírme hablar de tristeza de niños y jóvenes, produjera en algunos una sonrisa o un gesto que viniera a decir: ¡Bah!, ¿pero hay tristeza en esa edad? Y, si la hay, ¿tanta importancia tiene, que merezca los honores de ocuparse de ella en un tratado de educación?

4061. A los extrañados y a los por extrañar digo: que hay tristeza infantil y juvenil, como la hay senil y en todas las edades del hombre, y que, si la tristeza le persigue como la sombra al cuerpo, no es en los contratiempos de la edad viril, ni en los desastres y desencantos de la edad provecta, cuando comienza a proyectar su fatídica sombra sobre nuestra existencia, sino en la bulliciosa, esperanzadora y, al parecer, alegre y risueña infancia y adolescencia.

Una aparición indiscutible de la tristeza juvenil

4062. Los que habéis tratado mucho a los niños habréis podido observar que hay una época, a veces un día, una hora, en la vida de los niños en que a la sonrisa franca, ingenua, expansiva, limpia y sonora, como el surtidor de la fuente, con que condimentaban juegos, charlas, lecciones y hasta las

oraciones y el sueño mismo, ha sucedido, sin causa exterior que lo explique, una cara pálida y ojerosa, un mirar receloso, una risa, más burlona y pícara que expansiva e inocente y, si seguís observando, iréis descubriendo otras transformaciones además de la de la cara.

4063. La docilidad tiende a convertirse en rebeldía, o por lo menos en obediencia tardía y a regañadientes. La disposición a jugar y a charlar con todos y en todas partes se trueca en tendencia a amistades particulares, con las que a veces se juega, pero más se habla a las espaldas de los que mandan y, por el tono y el misterio, diríase se conspira, se murmura o se dice algo que la vergüenza no deja decir en público.

4064. Si aún ahondáis en la observación de aquellos cambios, sorprenderéis no pocas veces al que va dejando de ser niño o niña, solo, con los ojos abiertos e inmóviles y la mirada entre asombrada y curiosa, abstraído sin darse cuenta de lo que dice el libro que tiene por delante, ni el profesor que explica su lección o los padres que le aconsejan, ni de la algarabía que arman los que a su lado juegan y gritan y, si os fijáis en los surcos de sus ojeras, singularmente en las niñas, no os costará trabajo descubrir brillo o humedad de lágrimas recientes furtivamente derramadas.

4065. Y, si por el ascendiente que tengáis sobre el sujeto de vuestras observaciones, penetráis más adentro, en su corazón, quizá os encontraríais con algo de crisis de cariño; parece que entre el cariño natural, espontáneo, no discutido hasta entonces, y el corazoncillo del ex niño o de la ex niña, se siente, o mejor, se presiente alzarse un cariño nuevo, pero vago, sin nombre ni forma, pero con tendencias a absorbente y a tirano...

Todo ese conjunto de síntomas acusa la llegada de la pubertad y de la tristeza, la fatídica sombra que, desde ese momento, acompañará o tratará de acompañar esa existencia, si no lo impide una acertada educación, que no puede ser otra que la *educación con gracia*, en los dos sentidos de ésta.

4066. No escribo un tratado de psicología ni de pedagogía y, por eso, con lo dicho basta para llamar la atención a los educadores sobre ese fenómeno de la tristeza, que me atrevería a llamar trascendental, por las consecuencias que en el orden moral, social, familiar, fisiológico y de carácter personal para toda la vida, tiene el que se deje crecer a los jóvenes y a las jóvenes roídos, enervados y debilitados por la tristeza o robustecidos y regocijados de cuerpo y alma con una sana alegría.

4067. La tristeza de suyo no es un mal, pero puede ser causa, efecto y síntoma de muchas cosas malas.

Y vaya por delante la autoridad del Espíritu santo: «Echa de ti la tristeza, porque la tristeza ha muerto a muchos, y no hay en ella provecho alguno»[2]. «Todos los males vienen de la tristeza»[3].

Y si esto es verdad en todas las edades, en la edad tierna, en la que despiertan el corazón, la imaginación y las pasiones, es dos veces verdad.

El proceso de toda tristeza

4068. Probada la existencia del misterio de la tristeza apenas aparece la pubertad (después os hablaré de la tristeza de los niños) detengamonos unos instantes en ahondar sobre la naturaleza, causa y efectos de toda tristeza.

¿Qué es la tristeza?

[2] Si 30,24

[3] Ib. 25,17

4069. ¿Es un fenómeno puramente fisiológico? ¿solamente psicológico? ¿mixto?

No es una enfermedad y, sin embargo, la suele acompañar, unas veces produciéndola o sosteniéndola, y otras naciendo en ella.

No es dolor y duele. No es odio y pone en disposición de odiar. No es miedo y el miedo no puede vivir sin ella. No es pereza, pero enerva, afloja, y atrofia. No es la aversión, pero la inspira. No es ira, pero la reconcentra y acumula. No es la envidia, pero los envidiosos están siempre tristes.

4070. ¿Qué es la tristeza?

Los psicólogos responden, o mejor diría, *salen del paso* respondiendo que, ya se le considere como afecto del alma o como pasión del apetito sensitivo concupiscible, es un movimiento o estado de desagrado por la presencia de un mal.

Pero ¿define esa palabra «movimiento o estado de desagrado» la naturaleza de la tristeza?

Si a esa palabra «desagrado» se le da una amplitud de significación que comprenda desde la displicencia más ligera, producida por un mal también ligero, hasta la angustia de corazón más torturadora, producida por el mal sobre todos los males, el pecado, puede aceptarse.

4071. «Desagrado por la presencia de un mal». Es lo propio de la tristeza: el mal que se ve venir produce la *audacia* para impedirlo, si hay arrestos para ello, o el *miedo*, si éstos faltan.

El *mal presente* real o ilusorio, propio o ajeno, fisiológico, moral o espiritual ése es el productor de la tristeza, pero productor fulminante y diría automático. A la manera que la inmersión de un ácido en un vaso de leche la pone agria, el roce del mal pone triste al corazón con más o menos intensidad, según su sensibilidad y valor.

Tres clases de tristeza

4072. Como en el hombre se pueden distinguir estas tres cosas: un cuerpo, un alma y un alma viviendo en un cuerpo, tres son las clases de males que pueden afligirle: males puramente del cuerpo, como la enfermedad, el frío, el hambre, etc.

Males de sólo el alma, como el error, el odio, la ingratitud, el pecado, etc., no sólo propios, sino ajenos, por la compasión que sufre como propios los ajenos, y no sólo reales, sino ilusorios, por la imaginación o desequilibrios mentales del apetito sensitivo, y males mixtos de cuerpo y alma, como los desórdenes y rebeldías de las pasiones del aparato sensitivo que tan fácilmente afectan al alma.

4073. Correspondientes a estas clases de males y por razón de su origen se pudiera establecer una triple clase de tristeza, a saber: la patológica, la espiritual y la pasional.

Como se verá, reflexionando en cada una de ellas, la tristeza aparece y obra naturalmente como *protesta* o como *expiación* forzosa del mal presente. Como protesta, si el mal es involuntario. Como expiación, cuando es voluntario.

Tristeza patológica

4074. Por la unión tan íntima del alma con el cuerpo y por el comercio tan misterioso como real entre una y otro, causas puramente fisiológicas pueden producir estados morales de bienestar y alegría, como de tristeza y desolación. Y viceversa, una fuerte alegría y una honda tristeza pueden producir efectos patológicos.

Desde luego, la experiencia enseña que la debilidad corporal, así como algunas afecciones, algunos temperamentos y singularmente los trastornos nerviosos facilísimamente se convierten en tristeza del alma y propenden a declararla crónica.

4075. A esta tristeza patológica reduzco yo las producidas y sostenidas por la neurastenia, psicastenia, el histerismo y las mismas locuras tristes... ¡Cuántas veces las caras pálidas y ojerosas, no ya de los niños, sino de los mayores, acusan la presencia de una gran debilidad física y, como consecuencia, de una gran melancolía moral! A esta tristeza sin causa moral, pero con efectos morales, llamo yo *tristeza patológica.*

Ésta es tristeza de todas las edades, así como es común al hombre con el animal y en cierto sentido con el vegetal.

4076. El niño enfermito, singularmente de anemia, no ríe ni siente ganas de jugar, como el perro enfermo no salta ni hace fiestas a su amo, y las hojas de las ramas de la planta caen lacias y marchitas, cuando la raíz o el tallo enferman. En un mismo día todos tenemos un humor distinto al levantarnos, hartos de dormir, y al acostarnos, cansados de trabajar. Somos más benévolos sin hambre que con hambre, nos sentimos más alegres, halagados por el fresco que acosados de frío o calor. Con buena digestión, somos optimistas, y con mala o difícil pesimistas.

En estos casos la tristeza no es una *expiación;* sino una *protesta* o una *queja* de la naturaleza, como el dolor y la fiebre son la protesta contra la infección o intromisión de los elementos extraños.

En los niños

4077. Puesto que en favor de ellos van escritas estas paginillas, detengámonos unos instantes ante el fenómeno de la tristeza patológica de los niños.

Como decía, esta clase de tristeza apunta en el hombre desde que nace, ¡como si protestara desde ese primer momento de luz contra el cúmulo de males que le esperan en la vida!

Todos nacemos llorando y, durante los primeros años de nuestra vida en la tierra, el medio de expresión que más usamos son las lágrimas, que ciertamente no son señales de alegría, sino de tristeza.

4078. Con las lágrimas el infante protesta contra el hambre, contra el dolor, contra los brazos que no lo acostumbran llevar y contra todo lo que le oprime, le molesta y le extraña. Su vida primera casi se reduce a llorar para mamar y para dormir, y a mamar y dormir para que no llore, es decir, toda su vida gira en torno de sus lágrimas.

-¡Mi niño ya se ríe, no llora!, es la fórmula de la satisfacción máxima de una madre y del equilibrio de salud y bienestar de su hijo. Y es verdad que, a medida que crece el niño, llora menos y por consiguiente, tiene menos tristeza, pero no ciertamente porque aparezca sin eclipses ni sombras el sol de la alegría.

4079. Aparte de las incursiones que hace en el alma de los niños, aun en la de los más diminutos, la tristeza de las pasiones, que luego estudiaremos, no faltarán dolorcillos y privaciones, enfermedades y molestias en sus cuerpecillos que humedezcan sus mejillas con lágrimas y hagan de sus ojos fuentes de aguas amargas.

4080. Y cuenta que, siendo la primera infancia la más pródiga en lágrimas, no es la edad más triste. Diríase que en derramar esas lágrimas infantiles está toda la tristeza y toda la protesta de su naturaleza contra el mal, sin que el interior (pensamiento y voluntad) llegue a enterarse, por la sencilla razón de que aún duerme.

Algo así como ocurre en esas protestas, ahora tan de moda, en pro o en contra, en forma de un minuto de silencio o unas horas de puertas cerradas de establecimientos... se cierran las bocas y las casas y después protestantes y protestados siguen tranquilamente su marcha.

¡Son más amargas y desabridas las tristezas *secas*, las que no se disuelven en agua de ojos!

Remedios

4081. Para *los mayores*, o sea para los tristes porque se sienten enfermos o sin sentirse enfermos lo están, el remedio, fácil de decirlo y no tan fácil de tomarlo, pero único y eficaz es:

1º Poner en cura su enfermedad, y

2º Tratar de sustituir la *tristeza*, que todo lo ve sombrío, lo siente contrario y lo juzga severo, con *la paciencia* cristiana que sufre con paz en unión con Jesús, espera con confianza en su misericordia y ve en la enfermedad, no un verdugo, sino un misionero de Dios que de Él le habla, a Él le lleva y con Él lo consuela y cura. Compárese esta receta con la que está llenando los hospitales de enfermos, los manicomios de locos y los hogares de amargos y desesperados, a saber: contra enfermedad, aturdimiento de placeres, y contra tristeza, desesperación. En suma, más enfermedad y más tristeza.

4082. Si mi voz llegara a todos los tristes enfermos y a los enfermos tristes, les diría: Amigos, curad vuestro estómago, vuestro hígado, vuestros dientes y muelas, vuestros nervios, más que con medicinas y *potingues*, a ser posible, con buen régimen de comidas, de aires y de espíritu, y os aseguro que, a medida que os curéis, os iréis convenciendo de que ni las personas que os rodean son tan malas, ni las circunstancias tan adversas, ni vuestra suerte tan negra, ni vuestra cabeza tan próxima a la locura, ni vuestros días tan grises, como os estaba haciendo sentir o temer la tristeza de vuestras debilidades y achaques.

4083. *Para los pequeños tristes:* Distingamos los casos para darles con acierto la solución. Si la tristeza infantil solamente proviene del mal de hambrecillas o de malecillos, con satisfacer aquéllas a su tiempo y curar éstos, se ha hecho todo lo que se puede hacer.

Pero si además con la tristeza patológica se mezclan las rabietas de la tristeza pasional, que después descubriré y tiene también en los pequeñuelos, casi desde que nacen, sus manifestaciones, el remedio es la educación *graciosa* que deje al triste o enrabiado apasionadillo en paz, sin dejarle salir con la suya.

Para remedio de una y otra tristeza son infalibles e insustituíbles los besos y las industrias cariñosas de las madres con *gracia*.

La tristeza espiritual

4084. Estudiada la tristeza nacida de los males del cuerpo, os presento hoy la tristeza que llamo espiritual por nacer precisamente de males y desórdenes del espíritu.

Como el cuerpo animal, así el alma racional reacciona y protesta contra el mal que la aflige poniéndose triste.

Persiguen al alma males propios como al cuerpo los suyos.

Brevísimamente enumeraré los principales.

Los males que pueden afligir y entristecer al alma son reales o ilusorios, propios o ajenos, actuales de hecho, o como actuales por recuerdo o presentimiento.

Males reales: Y digo real por oposición al ilusorio, no porque el mal propiamente sea una realidad, sino privación del bien. Esos males reales pueden afectar a las distintas facultades del alma:

4085. 1º *Males del entendimiento:* el *error* y la *ignorancia*.

Advierto que estos dos males, con ser tan graves, producen poca o ninguna tristeza, por la sencilla razón de que los afectados por ellos no se dan cuenta; el errado se cree en la posesión de la verdad y el ignorante en posesión de todo saber. Más bien sufren la tristeza de estos males los vacilantes que no acaban de encontrar la verdad que buscan y los sabios que, mientras más cosas saben, más echan de menos las que no saben.

4086. 2º *Males de la voluntad libre:* Si el acto propio de esta facultad es inclinar al alma al bien y adherirla al que le muestra el entendimiento, o sea, inclinarla a amar y a ser amada, los males que pueden afligirla y entristecerla son el desorden en el querer; es decir, amar como bueno lo que equivocadamente el entendimiento le presenta como tal, o preferir el bien inferior que le presenta o sugiere el apetito sensitivo al bien superior que le presenta el entendimiento, o el desorden en ser querida, por no recibir la correspondencia debida, que son el odio y la ingratitud. O recibirla en grado excesivo, que pudiera llegar hasta la idolatría.

4087. La voluntad, por tanto, puede entristecer al alma como agente, pecando con su querer desordenado y, como paciente, recibiendo odios e ingratitudes.

La tristeza del alma por este mal del odio y de la ingratitud recibida es sólo protesta natural contra el mal, pero la tristeza del pecado, que se llama remordimiento, es mucho más. Es el más hondo, trascendental, amargo y adherido desagrado del alma, como *protesta y expiación* por toda transgresión de la voz de la conciencia, que es el dictamen práctico de la razón, y como el eco inconfundible e inextinguible de la Ley de Dios en el alma.

4088. Ejemplos inequívocos y formidables de esa tristeza son Adán y Eva huyendo aterrorizados por la presencia de Dios en el punto y hora en que desobedecen su mandato de no comer del árbol prohibido.

Caín, condenado a vagar errante y tembloroso huyendo del ojo de Dios airado contra él por la muerte de su hermano Abel. Judas apartándose de la vista de Jesús por su traición entregado a sus enemigos.

Y cada hombre, ignorante o sabio, joven o viejo, bajo o alto, sintiendo en lo más íntimo del alma el aguijón del remordimiento en el mismo instante de consentir libremente en deseos, palabras u obras contra Dios y contra su conciencia.

San Agustín llama a la tristeza del pecado la *inmortal tristeza.*

4089. 3º *Males de la memoria y de la imaginación:* La memoria y la imaginación que son unas excelentes y fieles servidoras del alma y de sus facultades superiores, el entendimiento y la voluntad, cuando sus jefes van por caminos de orden, ellas les suministran recuerdos o representaciones de ejemplos buenos que imitar, consejos rectos que seguir, fechas y datos con que ilustrarse y enriquecerse.

Pero, cuando sus maestros y jefes, la razón y la voluntad, se sublevan contra Dios, que es el orden y el Ordenador supremo, las dos facultades inferiores se insolentan y se dedican a vengar a Dios y al orden despreciados, atormentando con el recuerdo fijo, torcedor, obsesionante y la representación alarmante y con fúnebre matiz del mal consentido.

4090. Tristeza de los pecadores, aun de los que ríen y alborotan por fuera, ¡qué amarga y pegajosa eres!

El Hijo pródigo del Evangelio, llevado por sus lujurias a trocar las honestas delicias y comodidades de la casa paterna por la vida miserable y dura de un porquero, ¡qué horrible ejemplo de esa roedora tristeza!

4091. *Los males ajenos:* Pueden ser causa de tristeza del alma que, por compasión a los que sufren, los siente como propios.

Ésa es precisamente la noción y el oficio del misericordioso, o *miserum cor,* del corazón que se siente miserable compadeciendo la miseria de su prójimo.

Y como este mal, aunque ajeno, se llega a sentir como propio, produce también su tristeza. El ejemplo soberano de esta tristeza nos lo da el Corazón de nuestro misericordiosísimo Jesús sintiendo aquella tristeza de muerte que le hace sudar sangre, más que por los tormentos que veía

venir sobre Él en su inminente pasión y muerte, por los pecados con que sus hermanos los hombres habían de inutilizar y pisotear la sangre que por ellos iba a derramar.

4092. Y, siguiendo el ejemplo del Maestro, ¡cuántos santos y cuántas almas generosas han sufrido tan al vivo los males de alma y cuerpo de sus prójimos y de sus pueblos que han llegado hasta a enfermar y morir de tristeza!

4093. *Los males ilusorios:* ¡Cuánto abundan y cuánto entristecen, a pesar de su nada!

Tienen casi siempre su origen en las fantasías de una imaginación enfermiza y no educada y sus auxiliares que son una cabeza *dura,* una voluntad débil y una nerviosidad exagerada.

Los males con que afligen y entristecen al alma esas imaginaciones enfermizas son:

1º Sentir síntomas de enfermedades que no tienen o agrandar irracionalmente las que ya se padecen.

2º Tomar como pecados cometidos los que no se han cometido, o como confesiones mal hechas las que se hicieron bien.

3º Sentirse víctimas de designios malévolos, de intenciones depravadas, de persecuciones injustas de parte de todos o casi todos con los que se convive. Y

4º Vivir en miedo y sobresalto constantes por todo y de todos, de lo presente, de lo pasado y de lo por pasar, sin más razón ni motivo que la *mala suerte,* el *sino,* la *fatalidad,* el *castigo de Dios,* de un dios que no es el de verdad, sino de *pesadilla,* puesto que no le señalan otra cosa que hacer, que castigar a los infelices.

4094. Pero repito, no por ilusorios, estos males producen menos tristeza en el que los padece, y tal y tan honda que quizá sea la más difícil y no pocas veces imposible de curar.

¡Pobres escrupulosos, condenados día y noche a angustias mortales por pecados que no habéis cometido, cómo os compadezco y quisiera devolveros la alegría y la paz de las almas rectas y sanas!

CÓMO LLEGA Y LLAGA A LOS NIÑOS Y A LOS JÓVENES LA TRISTEZA ESPIRITUAL

A los que no llega

4095. Así como todos nacemos esclavos de la tristeza que, por venir con los males o privaciones corporales, llamé *patológica,* excluyo de los dominios de la tristeza que brota de los males del alma a los pequeñuelos de la primera infancia.

¿Qué penas ni tristezas pueden venir del error o ignorancia del entendimiento, ni de los desórdenes de la voluntad a quien apenas si conoce ni quiere más que el jugoso pecho de la madre, la blanca boquilla del biberón y el sonajero o la pipa con que se adormece o distrae?

Duermen las facultades espirituales del niño en su primera infancia y por tanto no es sujeto capaz ni de alegrías, ni de tristezas espirituales.

¿Cuánto durará ese estado de *limbo* anticipado, sin pena ni gloria?

Cómo empieza

4096. Hay que esperar a que se vayan despertando las facultades espirituales y a que el mal pueda hacer llegar su primera gota de veneno sobre el alma del inocente, para que la fatídica sombra de la tristeza espiritual se proyecte sobre ella. Y hablo sólo de la tristeza por el pecado, porque de los demás males del alma, apenas ni noción se tiene en la primera y segunda infancia.

4097. Advirtamos en qué situación encuentra el mal al alma del niño. Si no está bautizado, el mal de fuera entra como aliado con el mal de dentro, el pecado original, con que nacemos todos.

Si está bautizado, el mal de fuera chocará contra la gracia elevadora y santificadora del alma y no contará con su aliado el pecado, pero sí con las inclinaciones al mal que, aun perdonado el pecado de origen, quedan en el alma y en los apetitos del cuerpo hasta la resurrección gloriosa de la carne en la que se completará la acción redentora de Jesús.

¿Cuándo?

4098. ¿Cuánto tardará en dar la cara el triunfo o la derrota de esa alma?

Esa pregunta equivale a esta otra: ¿cuándo dará señales de vida en el alma del pequeñuelo la conciencia?

Se ha convenido en fijar como término medio de la edad del discernimiento, y por tanto de la conciencia, la de siete años; y está bien pero hay que confesar que para quien conoce un poco el alma del niño, es un misterio la hora del despertar de la conciencia infantil y con la conciencia la hora de la responsabilidad de sus actos de virtud o de pecado.

No sólo las vidas de los santos, sino la misma experiencia, están llenas de ejemplos de graciosas precocidades ¡a los seis, a los cinco, a los cuatro años!

4099. Escribo estas líneas el día de santa Teresita del Niño Jesús que, precisamente, a los cinco años, como he dicho antes, ofreció hacer siempre en su vida todo lo que le pareciera que le pedía el Señor: ¡ofrecimiento en verdad valioso y de muy arduo cumplimiento!

¿De cuántos niños y niñas leemos en la vida de los santos que en la más temprana infancia ofrecían votos de virginidad, mortificaban sus cuerpecillos y hasta se imponían ayuno de mamar el pecho de sus madres?

Y si esas santas precocidades pudieran atribuirse a intervenciones especiales y extraordinarias de la gracia de Dios, ¿cuántas veces se pueden contemplar y admirar singularmente en los hogares de verdad cristianos flores preciosas de obediencias, generosidades, manifestaciones de piedad para con Dios y con los padres en pequeñuelos de poco más de tres años?

4100. Del mismo modo y haciendo contraste con esas victorias tempranas de la gracia del bautismo sobre las inclinaciones malas interiores y las perniciosas sugestiones del mal de fuera, aparecen en otros niños en esas mismas edades síntomas desconsoladores de derrotas espirituales y de pecadillos ocultos.

Y uso el diminutivo, porque así lo pide de justicia la debilidad de razón y de voluntad de aquella almita, no acabada de despertar de su sueño de cuna.

4101. Y con estos datos a la vista, puedo ya responder a la pregunta de si *llega y llaga* al alma de los niños la tristeza espiritual.

Y respondo que así como en la primera infancia ni la más leve sombra de esta tristeza se proyecta sobre el niño, en la segunda, y yo comenzaría a contarla desde los tres años cumplidos, de la misma manera que al alma puede sonreír la alegría que incesantemente sigue a los actos de virtud, pueden comenzar a sombrear, las oscuras alas del búho del remordimiento o de la tristeza espiritual, leve y pronto disipada, sobre todo en los principios, como leves son también los pecadillos que la atraen.

¿Pruebas?

4102. Al que me pidiera una prueba de cómo en almas tan chicas caben pecados y remordimientos, yo no le daría otra que la observación.

Del mismo modo que Adán y Eva, al cometer su pecado, se dieron cuenta y se avergonzaron de verse desnudos y por miedo trataron de ocultarse de los ojos de Dios, la gran señal de que un niño,

por pequeño que sea, se da cuenta o conciencia de que hace una cosa mala es que se oculta para hacerla y se avergüenza al confesarla.

Al tratar de la tristeza pasional hablo más por menudo de las tretas y habilidades con que pequeñuelos de edad inverosímil ocultan sus pecados y sus remordimientos y de los fenómenos tan extraños que se producen por falta de desarrollo armónico de los apetitos del cuerpo y las facultades del alma y con éstas de la conciencia.

El proceso

4103. Llega el niño o la niña a los 11, 12 ó 13 años ¡aparece la pubertad! ¡Qué diferencia de efectos en las almas, según las encuentre en estado de victoria o de derrota, en gracia o en pecado!

Sin tocar aquí los efectos producidos en el apetito sensible y por medio de él en el alma, conténtome con asegurar que, si la pubertad con el séquito que arrastra de atractivos misteriosos y repulsas inexplicables y de vaguedad y de exacerbamientos de deseos, gustos y sentimientos, coge al alma vencedora por gracia de Dios de sus malas inclinaciones y educada en el orden y en la disciplina, no sólo no la dañará, sino que la adiestrará en la lucha consiga misma y hará que se aproveche de las ansias misteriosas de vida nueva, que aquélla le trae, para estimularse en sus deseos de felicidad por la práctica del bien, el conocimiento de la verdad y el trabajo.

4104. Pero si desgraciadamente encuentra la pubertad al alma en derrota habitual de castidad, de obediencia, de laboriosidad y de piedad, ¡pobres almas!, ¡qué abismos de tristezas calladas y disimuladas, de debilidades afrentosas, de abyecciones morales ocultas, de hipocresías obstinadas e insospechadas y de males de alma y cuerpo se abren ante el pobre niño pecador al trocarse en joven vicioso!

Ángeles de la guarda de esos pobres alucinados, enterad a los padres y a las madres del peligro de sus hijos y de sus hijas y poned al lado de ellos maestros y educadores *con gracia,* con la sobrenatural y la natural, que las dos les hacen falta para volver a la alegría del bien vivir.

REMEDIOS PARA LA TRISTEZA ESPIRITUAL

Para la de los mayores

4105. A modo de recetas breves iré señalando algunos:

Contra la tristeza, por muy pocos sentida, de la *inquietud en el error,* la *humildad* en buscar la verdad, y contra la de la *ignorancia,* o mejor, de la ciencia echada de menos, la *sobriedad* recomendada por san Pablo: «No saber más de lo que conviene saber».

4106. Contra la *tristeza por males de la voluntad:* Contra el *pecado* propio, si grave, confesión sincera con arrepentimiento y propósito sincero, y, si leve, arrepentimiento y, en los dos casos, confianza sin límites en la misericordia del Corazón de Jesús y cautela para no recaer.

¿Que los pecados son muchos y muy repetidos?

Que también sean muchos y repetidos los actos de dolor, y de confianza. No se olvide que ni el pecado más leve ni el más grave se perdona con tristeza y abatimiento, sino con la receta dada.

4107. Contra la *tristeza de los malos recuerdos:* Si son recuerdos de ofensas hechas a Dios, se quita la tristeza con la confianza en su misericordia y con las ganas de no repetirlas; si de ofensas a los prójimos o de ellos recibidas, se borra con favores y oraciones por ellos. Si a más ofensas hechas o recibidas oponemos más caridad, la tristeza está demás.

4108. Contra la *tristeza de las malas imaginaciones:* contra la tristeza por *escrúpulos:* un director espiritual prudente que enseñe a despreciar dudas y vacilaciones, una obediencia tenaz para hacerle caso, buena cara habitual y reírse de la tristeza.

Contra la tristeza por propensión a recelos, presentimientos, sospechas temerarias, amagos de manías persecutorias y afecciones de males ilusorios: una enérgica y saludable despreocupación de cuanto tienda a turbarnos con estas o parecidas fórmulas: «Lo que Dios no me pide ahora, ¿qué me importa?». «Como el ayer no es mío, porque se me quitó y el mañana tampoco, porque no se me ha dado, haga yo bien lo mío de hoy y he cumplido todo mi deber». «Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta».

4109. Contra la *tristeza por los males ajenos:* Ésta no necesita remedio, porque es buena como hija de la caridad para con el prójimo, mientras sea ordenada, es decir, que sirva, no para sumergir al alma en un dolor inútil, sino para estimularla a librar al afligido de aquellos males. Es la tristeza que decía san Pablo que le devoraba su corazón: «¿Quién de vosotros está enfermo, y no enfermaré yo; quién se escandalizará, y yo no me abrasaré?».

Para las tristezas espirituales de los menores

4110. Mis experiencias y observaciones de almas de niños y de jóvenes me ha dado esta conclusión: Un muchacho o muchacha habitualmente o con frecuencia triste *está malo, es malo o muy pronto lo será.*

Esto es cierto, tanto como que son muchos los que padecen esa enfermedad.

La dificultad está en dar con ella, porque en el arte de disimular la tristeza son maestros y sobre todo maestras los roídos y las roídas por ella.

4111. ¿Remedios?

Si el mal que produce esa tristeza en los niños y en los jóvenes es el pecado, pues de los otros males puramente del alma, como errores, ignorancia, odios e ingratitudes, apenas es sazón ni tiempo para que se den entera cuenta, será remedio contra esa tristeza espiritual todo lo que les evite ese mal, los aleje del peligro, los robustezca en la tentación y los mueva a arrepentirse y enmendarse, para que se levanten, si desgraciadamente cayeron.

4112. Y ahí, en ese oficio de custodio y fomentador de alegrías espirituales por medio de la preservación, del robustecimiento y de las curas rápidas de las almas tiernas, entra con toda su eficacia la educación que llamo *graciosa,* porque opera con la gracia sobrenatural y la natural.

Y digo que sólo esas dos gracias, manejadas por el educador, llámese padre, madre, confesor, maestro, catequista, pueden contar con ese gran triunfo.

¿Cómo? ¿Por qué caminos llegará a este fin? ¡Contra la tristeza del pecado, la alegría de la limpieza de conciencia!

4113. 1º Esa educación *graciosa,* partiendo de la idea de que el alma del niño tiene por la gracia del bautismo a Jesús viviendo en ella, pondrá todo su empeño en que su educando se dé cuenta del Huésped que lleva dentro y de las ganas tan ardientes que Él tiene de entrar en diálogo afectuoso con el alma y recibir de ella obsequios y homenajes y en reciprocidad de cariño regalarla y defenderla.

4114. Poner al niño bautizado, lo más pronto y por los medios de expresión que se pueda en relación consciente de veneración respetuosa y cariñosa amistad con Jesús chiquito que llevan impreso y vivo en sus almas, ésa es, a mi ver, la gran obra, el más sólido cimiento de la educación.

Esto es, meter en la conciencia del niño la certeza, la persuasión, *¡el instinto!* de la *presencia amorosa de Jesús* en sus almas.

De un Jesús a quien hay que querer porque es nuestro Dios, nuestro Padre, nuestro Hermano, nuestro Amigo, y a quien hay que temer también porque todo lo ve y todo lo sabe, por muy oculto y a obscuras que el niño esté, que se pone muy contento cuando el niño es bueno, y se pone triste y disgustado cuando el niño no es bueno o hace cosas malas. Pero con temor de respeto y de cariño, no de miedo como al policía que mira para prender y castigar.

4115. No conozco resorte pedagógico y educativo más poderoso y que llegue más adentro del alma para adherirla al bien y separarla del mal y contra él prevenirla, que esa presencia afectuosa de Jesús conocida y sentida como por instinto.

Para un niño y para un hombre educado a base de esa presencia afectuosa de Jesús que premia con su complacencia y castiga con su disgusto, están de más los halagos de todos los premios materiales o terrenos y la amenaza de todos los castigos o tormentos.

4116. 2º La *vigilancia y asistencia cariñosa* que procura la misma educación con sus *gracias* y para aislar de contagios y escándalos.

3º *Directores espirituales discretos* y caritativos, esto es, *graciosos,* que inspiren confianza y adivinen hasta la sombra de manchas o peligros que se ciernen sobre el alma de sus inexpertos dirigidos.

4º La *comunión diaria* limpiamente recibida y fervorosamente agradecida y a ser posible la visita diaria; es decir, el trato familiar y frecuente con Jesús vivo en el Sagrario.

5º Despertar y avivar con *gracia* la *laboriosidad* y la *sinceridad.* De un muchacho sincero, ocupado y alegre se puede esperar todo lo bueno; de un muchacho reconcentrado, ocioso y triste se puede temer todo lo malo.

Y lo mismo y en mayor grado afirmo de las muchachas.

1117. 6º He observado que no pocas veces las reservas y tristezas de un niño o un joven proceden, o por lo menos son muy fomentadas, de acostumbrarse a vivir *solos* o sintiéndose solos, aun en medio de una familia numerosa o de una comunidad bien nutrida.

Solos, esto es, sin encontrar jamás o muy pocas veces palabras de interés y miradas de cariño para *él solo.*

4118. ¡Cuántas veces me he explicado por esa falta de *interés particular* de parte de los padres o los superiores la indiferencia, el despego y hasta las ganas de irse que se descubren con asombro en los hijos e hijas con respecto a sus hogares, y en los colegiales o colegialas con respecto a sus pensionados!

Generalmente las predicaciones, los avisos, los beneficios que se hacen a *todos* no son agradecidos ni correspondidos por *cada uno,* como si *sólo* a él se hubieran hecho.

Y 7º Con todos estos medios y modos ¡la oración y la observación! sobre el educando.

LA TRISTEZA PASIONA

Las pasiones

4119. Aparte de las influencias fisiológicas, que antes apunté, que provocan los estados de tristeza, que llamé *patológica* y de los males de espíritu que provocan la tristeza *espiritual,* tócame señalar las relaciones que hay tan estrechas entre la tristeza y las pasiones del apetito sensitivo, unas veces como causa y otras como efecto, que me atrevería a llamar a la tristeza la inseparable compañera de las pasiones.

4120. Seis son las pasiones del apetito que se inclina al bien bajo la especie de *concupiscible,* según las clasifica la psicología escolástica: amor y odio, deseo y temor, alegría y tristeza; y cinco

las pasiones del apetito *irascible* que son las que tienden al bien bajo el aspecto de arduo, de difícil: esperanza y desesperación, audacia y aversión e ira.

Como hijas o nietas de esas pasiones madres, pululan por el mundo humano otras como la envidia, el furor, los celos, etc. Aunque todas proceden del *apetito* sensitivo y pertenecen al hombre en cuanto animal, tienden a convertirse en *afectos* del alma y a obligarla a obrar según ellas.

4121. Pues bien, a poco que se examinen esos movimientos, ya del apetito, ya del alma, no hay más remedio que topar con la tristeza o como causa que la produce, o que la excita, fomenta, o conserva, o como efecto que queda.

¿Qué amor no tiene horas melancólicas?. ¿Qué odio no se revuelve y repudre en tristes amarguras? ¿Qué deseo y qué temor no propenden a sumergir al alma en mares de tristeza? ¿Y qué alegría ¡la misma antitética de la tristeza!, no se ve empañada por nubes de tristeza?

Y las esperanzas y audacias terrenas, ¿no están a menudo regadas con lágrimas de triste desilusión y desfallecimiento, como la desesperación y la aversión se ahogan en lágrimas de rabia y la ira se resuelve en cansancio y languideces de tristeza?

La tristeza, fenómeno universal

4122. Si el mal no es un ser o cualidad positiva, sino la privación o negación de bien, como el frío es la privación del calor, el pecado es negación de virtud y privación de gracia de Dios, el corazón humano, tan cercado de males mezclados con pocos bienes y de bienes mezclados con tantos males, tan indigente y tan ambicioso, tan débil como inquieto, ¡cuántas ocasiones tiene de sentir la tristeza!

4123. ¡Pobre corazón condenado a tristeza perpetua y universal por los bienes que echa de menos, por los males que le afligen y por la mezcla de mal que encuentra en los mismos bienes de que goza!

Por esa misma limitación del bien de que puede gozar el hombre y esa mezcla de mal y bien de todos los bienes terrenos, puede llamarse la tristeza la pasión que late o acecha en el fondo de todas las pasiones, o sea, la pasión universal.

Dos ejemplos

4124. Veámoslo en dos ejemplos, no más, de pasiones al parecer las más opuestas a la tristeza, el amor y el deseo. Dulce y agradable es el *amor* como pasión del apetito y como afecto del alma.

Pero todo amor humano está lastimado unas veces, y otras, acechado por el mal de las dudas o los celos; de la inconstancia o la grosería; del egoísmo, de la sensualidad o de los intereses y siempre por la pena de su limitación en el tiempo, en la presencia, en su intensidad, en sus manifestaciones... ¿Mal he dicho? Pues ya he nombrado la tristeza que está amenazando detrás de cada uno de esos males y limitaciones.

4125. Justo y bueno y agradable es vivir deseandolo que cada cual estima que le conviene y gusta. Pues veréis qué madriguera se abre la tristeza en esa pasión del deseo.

¡Es tan fácil desordenarse en desear ser lo que no se es, en desear tener más de lo que se tiene, y en desear gozar lo que no se puede o debe!

¡Ésa es la casi única ocupación del corazón humano, cuando no se domina! ¡Cuántas tristezas se están inoculando en él perennemente! ¡Como que le impiden, no sólo gozar del bien presente, sino que lo empujan a mirarlo como un mal!

4126. Unid ahora al mal de los deseos desenfrenados el no menor de los *temores sin razón,* temor de perder lo que somos, lo que tenemos y lo que gozamos, que es el temor constante en que vive el corazón, y veréis qué invitaciones tan irresistibles a la tristeza llueven sobre ese pobre corazón.

Causa de esta tristeza

4127. Diríase que, como la naturaleza castiga automáticamente los excesos del comer, del beber, del dormir y de las demás funciones orgánicas con enfermedades y ataques, la tristeza es el castigo automático también que la razón impone a toda pasión de apetito o afecto del alma desobediente o rebelde. De donde se deduce que todo deseo desordenado del apetito o del corazón es una fuente de tristeza, lo mismo en el joven y en el maduro que en el viejo, igual en el hombre que en la mujer.

4128. De ahí también se deduce que a más desorden en el amar y en el odiar, en el desear y en el temer, en el alegrarse y en el entristecerse, en el esperar y en el desesperar, en el atreverse y en el apartarse, así como en el airarse, corresponde menos felicidad y contento y a más desobediencia a la recta razón y desenfreno de todos esos movimientos del apetito y del alma, más tristeza.

Una dolorosa observación

4129. La experiencia de los años y de los acontecimientos me va enseñando que muchos, muchos, casi diría la mayor parte de los hombres y de las mujeres, llevan la cabeza sobre sus hombros *por mero adorno,* no para dirigirse. ¿No manda la cabeza, que es para lo que Dios la ha puesto encima de los hombros? Mandan, mejor, tiranizan, las pasiones.

A la desairada huésped de la cabeza, la razón, casi no le queda más ocupación que la de firmar para sí y para sus rebeldes súbditos una sentencia fatal:

¡La tristeza universal y perpetua!

Sentencia que fatalmente cumplen los individuos y los pueblos obstinados en vivir contra razón y ley de Dios.

El gran engaño de la tristeza

4130. ¡Qué engañados andan los hombres, aun los que pasan por sabios y discretos! ¡Empeñados en desear lo que no deben, o por los medios que no deben; o en temer lo que en realidad no es temible, son roídos por tristezas como de pobre miserable nadando en riquezas, como de enfermo incurable gozando de inmejorable salud, como de despreciados y desgraciados sin que nadie haya ni soñado meterse con ellos!

4131. Si se estudiaran al través de estas sencillas verdades muchas de las tristezas llamadas estados neurasténicos, psicasténicos o histéricos, y muchas de las situaciones alarmantes y desesperadas de individuos y familias, se vería claramente que eran, debidas más que a envenenamientos o desbordamientos de nervios o humores y males de hacienda, enfermedades o contratiempos, a deseos y temores, a amores, envidias y odios trocados en pasiones tiranas, a fuerza de no ser dominadas, y enloquecedoras del corazón y de la cabeza.

4132. ¡Cuántas veces en mi trabajo y empeño favorito de alegrar almas me siento con ganas de salir por el *buen nombre* de los nervios, de las enfermedades, de la pobreza, de la misma ruina económica y de las demás cosas a las que se suele achacar el sambenito de las tristezas crónicas, ocultas o descaradas, que sufre más de la mitad del género humano!

El secreto de muchas tristezas

4133. No, no, señor o señora, habría que decir muchas veces, usted está triste y con tristeza crónica, no por la neurastenia incurable, ni por la ruina irremediable de su casa, ni por la enfermedad pesada que le ha sobrevenido, sino de *indigestión de orgullo,* de *empacho* de *gula,* de *apolillamiento* de pereza y ociosidad, de hastío de *lujuria,* del *cólera morbo* de su ira, de la *hidropesía* de su avaricia o modestamente de la *inanición* de su cobardía...

¡Usted está triste porque ha destronado a su razón y ha entronizado en su lugar a sus pasiones!

¿Remedios?

4134. ¿Quiere usted curarse de su tristeza? Podría continuar.

Arrincone potingues e inyecciones, cábalas y cálculos, cavilaciones y lágrimas por lo que pasó, por lo que vendrá o no vendrá y dedíquese en serio y confiando en la gracia de Dios, a quebrantar o debilitar el orgullo de su cara despectiva y palabra petulante, con el propósito de una *buena cara* con *boca cerrada tragando saliva.*

4135. Su pereza, haciendo personalmente y con un poquito de trabajo algo útil para sus prójimos cada día. Su lujuria, huyendo a todo correr de peligros y ocasiones o levantándose del cieno con el auxilio de una buena confesión. Su ira, sonriendo cada vez que le vengan ganas de gritar o irrumpir, su avaricia, no dejando pasar día sin gozar del placer de contentar caras y corazones con sus monedas y sus obsequios. Su cobardía, ensanchando su corazón con la confianza en la misericordia del Corazón de Jesús y en la dulce providencia del Padre celestial y al cabo de una temporada de *régimen* no lo conocerán ¡ni en su casa! ¡Tan en otro lo convertirá la alegría!

4136. Dice el autor de la Imitación de Cristo: «Resistiendo las pasiones se encuentra la verdadera paz del corazón, mas no sirviéndolas.»

¿Que toda esa *contrarrevolución* cuesta trabajo?

Cierto, ¡mucho trabajo!

Pero, con ser tan duro el trabajo del vencimiento de las pasiones desordenadas, es incomparablemente más duro el yugo de la tristeza de los derrotados por ellas.

El remedio de los remedios

4137. O mejor, la fuerza para facilitar e intensificar el remedio. Lo ha dado el Espíritu Santo por boca del apóstol Santiago: *¿Está triste alguno de vosotros? Ore.* Si, como se ha dicho, nunca es el hombre más grande que cuando está de rodillas, nunca es el hombre más racional y menos animal que cuando ora.

Una oración humilde, confiada y perseverante, ¡qué lumbres da a la cabeza, qué fuerzas al corazón, qué triunfos tan excelsos al alma racional sobre la bestia humana!

¡Haced la prueba, hermanos tristes!

LA TRISTEZA PASIONAL DE LOS NIÑOS Y JÓVENES

El perro triste

4138. Al igual que la *patológica,* esta tristeza *pasional* no sólo es de todas las edades del hombre, sino que también da señales de vida y con frecuencia en los animales que tienen su apetito sensitivo, claro es, muy inferior al del hombre.

Como prueba apreciada por todos, pongo el perro, el más tratado y tratable de los animales. ¿Quién no ha tenido ocasión de ver los casos de tristeza de los perros caseros por la envidia de sentirse postergados a un niño que nace y hasta al gato mimado?

¿Quién no se ha emocionado al ver al perro leal sin probar bocado días y días al pie del lecho en donde yace enfermo o agonizante su amo? ¿Quién no ha oído contar historias de perros muertos de tristeza e inanición sobre la sepultura de su dueño?

El pequeñín apasionado

4139. En el niño, mucho antes que la razón y que los afectos del alma, se despiertan las pasiones del apetito sensitivo, tanto concupiscible como irascible.

Puede afirmarse, sin miedo a ser desmentido, que, a la par que el niño abre sus ojos a la luz y su boca para el alimento, se descubren las pasiones de su apetito.

¿Da risa hablar de pasiones de niños de pecho?

Reíos cuanto queráis, pero observad cómo con los miembros y sentidos y por los medios de que puede valerse y a medida que van éstos creciendo va el niño mostrando sus pasioncillas en agraz, pero pasiones reales y verdaderas. Como que el alma no actúa más que como principio vital, mientras sus facultades duermen o se van despertando, el niño obra no por reflexión, sino por instinto de la vida animal, en la medida que el desarrollo de los órganos lo va permitiendo.

4140. La primera pasión que se revela en un niño es de quererlo todo para él solo: un ensayo de egoísmo.

Por eso los niños, aun los más pequeños, aman con un amor totalmente sensible, exclusivo e instintivo a la mujer que les da de mamar, que los acaricia, los pasea, los duerme, y se entristecen y lloran y patean cuando se la quitan y lo mismo digo del *sonajero,* biberón verdadero o fingido y de cualquier objeto que les entretenga.

4141. Después del egoísmo, y, sirviéndole de escolta, no pasará mucho en que aparezca la *envidia* en forma de celos del hermano chiquitín que ha nacido después de él, y la *audacia* pegando, mordiendo y arañando a quien no le deja salirse con la suya, y el *miedo* asustándose y huyendo, y la *pereza* y la *vivacidad* en no hacer nada o en hacer demasiado...

4142. Pero obsérvese que todo este movimiento de pasiones infantiles ni está mandado ni ordenado por la razón ni la voluntad, que duermen o no han acabado de despertar, sino sólo por la necesidad de la naturaleza que en esa edad es sumamente indigente y, a fuer de tal, egoísta, o por la excitación del apetito.

El niño en la primera infancia come, bebe, corre, duerme, acaricia, rabia, huye del peligro y lo busca, ríe y llora, quiere y odia porque sí, por pasión ciega, porque se lo pide el cuerpo como vulgarmente se dice, en una palabra.

4143. Crece el niño y se despierta lentamente el alma y con ella la razón y la voluntad racional. ¡En qué situación más lastimosa encuentran estas serenas facultades superiores a sus inferiores apetitos!, ¡en plena anarquía!, ¡todos mandan y nadie obedece! La razón trata de imponer su superioridad de dirección y manda, y se le ríen en sus barbas las pasiones anarquistas del apetito.

Se dice al niño goloso: no comas tanto de ese dulce porque te hará daño y tendrás que pasar el mal rato de un purgante... Y la pasión de la gula responde con un encogimiento de hombros que equivale a decir: muera Marta y muera harta.

4144. Y por el estilo van respondiendo a la razón la pereza y la envidia y la ira y el egoísmo de los cinco, de los seis, de los nueve, de los once años. ¿Quién vencerá? ¿La razón humana? ¿La pasión animal?

Si vence aquélla, es decir, si consigue que el niño quiera y odie, desee y tema, busque o repela sólo lo razonable y en una medida razonable, el niño, al hacer razonables sus pasiones sensitivas, se ha salvado moral y espiritualmente, ha dado su primer paso, el más decisivo de todos los de su vida, para llegar a ser hombre cabal.

4145. Si, por lo contrario, vence la pasión y a fuerza de gritos, seducciones y amenazas irrumpe en el alcázar del alma y pone a sus pies a la razón y a la voluntad y se erige en tirana, el niño, ¡pobrecillo!, saca su matrícula de esclavo y comienza la triste carrera de criminal, presidiario o loco.

El remedio

4146. ¿Quién o qué dará la mano y energía y acierto a esas vacilantes y recién despertadas razón y voluntad del niño para ayudarle a vencer las pasiones y a convertirlas en afectos rectos y ordenados del alma?

¿Quién o qué tendrá influencia sobre las pasiones infantiles para prepararlas y llevarlas a la sumisión y al orden?

¿Quién o qué?

Respondo: la *educación graciosa.* Ésa es su obra, su gran obra.

¿Cuándo comenzará?

Desde que nace el niño.

¿Hasta cuándo?

Hasta conseguir que su educado busque y haga el bien natural y sobrenatural *por carácter* con la misma facilidad y espontaneidad con que buscaba su gusto y conveniencia cuando niño por instinto de pasión.

¿Con qué medios?

Con los que da al educador la gracia sobrenatural y la natural.

¿Cómo?

Dos tiempos

4147. Señalemos: antes y después del uso de la razón.

Antes: El educador, padre, madre, sacerdote, catequista, maestro, ponga en juego la *gracia* que produce la bondad al servicio del ingenio, en hacerse amable y atrayente al pequeñuelo. Con esa misma *gracia* observe sus pasioncillas y dese trazas con buen modo y tesón (tesón más que riñas, castigos y malas caras) para *hacer de razón y de voluntad* en aquel diminuto *estado libertario* de pasiones e instintos sin rey ni Roque.

4148. En ese oficio de razón y voluntad *interinas* del niño fomente las buenas pasiones, dé objeto bueno a las malas e impida a todo trance que éstas se *salgan con la suya.*

Un ejemplo: el infante de uno, dos, tres años pide como puede un objeto (un dulce, un juguete) que para él es peligroso; se le quita de la vista y en su lugar se le da, si se puede, otro parecido. Su *señoría* no se digna darse por complacido y llora y pernea y levanta la mano y el grito. Al punto se le quita el objeto sustituto y, con gran tranquilidad de cara y de gestos, se le deja llorar y protestar hasta que se canse y convenza de que por el camino de las *huelgas* de *hambre* y de rabietas no consigue lo que quería ni lo que se le concedía.

4149. El procedimiento repetido hace al niño sin uso de razón razonable.

Antes también del uso de la razón el educador ha de poner toda su *gracia* en evitar contagios de malos ejemplos y de malos amigos a sus educandos, sin que valga la razón que tantas veces se da de que ¡es tan chico!, ¡sin uso de razón no se da cuenta!

Precisamente ésa es la razón por la que hay que evitar esos contagios, porque por la fuerza de adhesión de las primeras impresiones, por la libre entrada que les deja la falta de uso de razón y la inclinación a lo malo de las pasiones de nuestra naturaleza viciada por el pecado original, esos malos ejemplos y cosas malas aprendidas en la primera edad comienzan por dar dirección mala, aunque inconsciente, a las pasiones y acaban por habituar al niño a actos malos que después será imposible o muy difícil desarraigar.

4150. En materia de sexto y séptimo mandamientos ¡cuántos inconscientes infractores al principio y viciosos empedernidos después han hecho esas funestas iniciaciones en el mal antes del uso de la razón por malas artes de criados, amigos y parientes corruptores!

4151. *Después del uso de la razón:* ¡Qué bien vendrá a esa debilísima razón, más dormida que despierta, la ayuda de la *gracia* del educador para darle posesión quieta, pacífica y durable del reinado sobre las pasiones e instintos!

Y esa *gracia* tiene el encargo de dar una medicina, la misión de *dorar la píldora* de una eficacia maravillosa para curar y prevenir todas las tristezas y todos los males que la producen.

Esa medicina prodigiosa se llama *la austeridad.*

CAPÍTULO XI

LA GRACIOSA AUSTERIDAD

4152. ¡Que no, no están reñidas esas dos palabras, gracia y austeridad, queridos lectores y críticos pedagogos!

La alegre y ligera palomita de la *gracia*, tanto sobrenatural como natural, no sólo no está reñida con la, al parecer, adusta, fría, seca, medrosa esfinge de la austeridad, sino que, a la sombra y en los rinconcillos y repliegues de sus vestiduras, gusta poner su nido.

¡Qué buena tesis para un educador!, ¡la gracia en la educación por medio de la austeridad! o más claro; la austeridad es fuente de gracia educadora.

Estado de la cuestión

4153. Ante la austeridad en la educación veo dos bandos extremos y uno intermedio, cuyas esencias pueden expresarse así: *nada de austeridad, todo con austeridad y austeridad para preservar y reparar.*

Primer bando, la antiausteridad

4154. Seguramente estaréis hartos de oír y leer frases parecidas a éstas, procedentes de padres, madres y maestros: ¡pobrecitos niños!, ¿para qué contrariarlos tan chicos?, ¿qué saben ellos ahora de eso? Con tal de que no lloren y no se enrabien, hay que darles lo que pidan... ahora, que gocen, que disfruten de cuanto se les antoje, que tiempo vendrá en que tendrán que llorar...

Es decir, ¡nada de austeridad!

Y veo tan nutrido este bando que para estudiarlo y darlo a conocer bien, necesito subdividirlo en tres grupos: 1º, el de los educadores bonachones; 2º, el de los educadores medrosos, y 3º, el de los educadores pervertidos.

Los educadores bonachones

4155. Y, lógicos con la doctrina que encierran esas exclamaciones, los educadores *bonachones,* ¡hay que llamarlos de alguna manera!, dejan a sus educandos en plena libertad de selva.

Estos niños y estas niñas con ese salvoconducto de que no hay que hacerles sufrir, crecen a sus anchas con amplios poderes para poner todas las malas caras a sus papás, nodrizas y maestros, que se les antoje, para gruñir, levantar las manos, hincar las uñas y dar codazos y pataditas a cuantos no estén rendidos a sus caprichos, y para poner a cuantos les rodean la cara agria, la sangre negra y las palmas de las manos con hormiguillas para descargar buenas bofetadas por el insolente egoísmo con que se acostumbran a salirse con la suya, pese a quien pese, y caiga quien caiga.

Los pequeños tiranos

4156. Este bando de los educadores bonachones suele estar correspondido por parte de sus educandos con otro bando de pequeños tiranos.

Lo mucho que he tratado con niños y lo no poco que he tenido que montar a caballo o en mulo en mis correrías apostólicas me ha enseñado que unos y otros se parecen en lo pronto que se dan cuenta de la clase de persona que les guía.

Caballos que, montados por jinetes expertos y enérgicos, los he visto hacer piruetas y primores de circo, manejados por mí, que harto hago con ir pegado a la silla sin molestarles en lo más mínimo, se me han parado a pie firme a comer la yerba de las laderas de los cerros que atravesábamos, o han tomado carreras vertiginosas, cuando les ha venido en gana, a pesar de mis dulces requerimientos al buen paso. ¡Qué pronto se enteraban del jinete que los montaba!

Y esto exactamente, o más bien, aumentado con muchas creces, ocurre con los niños. ¡Qué pronto se dan cuenta, por pequeños que sean, del régimen en que viven!

4157. Allá en mis años mozos solía ocupar mis vacaciones de seminario repasando lecciones de niños que no habían *podido* o, mejor, *querido* aprobar sus asignaturas en junio. Y, aunque no todos eran iguales, ni tenían los mismos motivos, el caso éste de los hijos tiranos por lo bonachón de sus papás, ¡cuánto me hizo sufrir!

Entre el calor de la canícula sevillana y de los sofocones que la *frescura* de algunos de aquellos estudiantes me propinaban, ¡qué veranos de fuego me venían!

4158. Recuerdo siempre que la gran razón que en una u otra forma me aducían para no darme la lección ni atender a lo que yo pacientemente les explicaba era ésta: «Como papá es tan rico y tiene tantas influencias con los catedráticos, ¿para qué tengo yo que darme malos ratos estudiando?

Y como papá y mamá me quieren tanto y se disgustarían con usted, si me riñe o me impone algún castigo, es inútil que usted tome en serio el hacerme estudiar».

4159. Y que no era una mentira o una falsa excusa de mi discípulo, sino perfecta persuasión del terreno que pisaba, me lo demostraban las abdicaciones de autoridad que veía en los papás imponiendo en un momento de enfado un leve castigo, como de no comer dulces o no montar a caballo aquel día, y la dispensa inmediata del mismo, unida hasta con su poquito de censura al profesor que «realmente se empeñaba en que estudiara demasiado el *pobrecito niño*». ¡Así decían delante del mismo!

Ocasión hubo en que el *pobrecito niño* se permitía el placer refinado de *ofrecerme*, durante la lección del día siguiente, algunos dulces de los que le sobraron el día anterior, ¡el del castigo sin dulces!

Padres y maestros bonachones, ¡qué mal queréis! y ¡qué malos resultados podía contaros de vuestras blanduras!

Los educadores medrosos

4160. Echo mi vista por el campo de la educación y me tropiezo con *cuatro miedos* acechando a los educadores para estropearles su trascendental labor.

1º El miedo a la ejemplaridad para con sus educandos. 2º El miedo a la carga de velar sobre ellos. 3º El miedo al ridículo, y 4º el miedo a las bajas de caja.

4161. Yo invito a los padres y educadores, enemigos sistemáticos de quitar gustos o contrariar a sus educandos, que se dignen pasar la vista por estos rengloncillos, y que se interroguen a sí mismos sobre la relación que puedan tener con los siguientes cuadros de miedo en la educación.

¡Veo a tantos padres, madres y educadores deficientes o detenidos en su misión educadora por esta sola razón, disfrazada las más de las veces con nombres más sonoros que verdaderos: *el miedo!*

4162. *Primer miedo:* ¡el de *la obligación de tener que confirmar con el ejemplo propio lo que se enseña!* Un maestro iracundo, ¿qué interés razonable puede tener en educar en mansedumbre y paciencia a sus discípulos?

Un padre disoluto y una madre divertida, o aficionada al mundo, ¿qué empeño pueden mostrar en reprimir en sus hijos e hijas atisbos de vanidad y de aficiones mundanas y promiscuaciones con compañias sospechosas?

4163. Convengamos en esto: se tienen recelos no pocas veces a la austeridad y se pasa la mano a rabietas y caprichos de párvulos y a imposiciones egoístas y a tiránicas exigencias de jóvenes porque falta valor para predicar con el ejemplo.

¡Cuántas veces, ante madres llorando amargas lágrimas por el abandono y el desprecio en que las dejan sus hijas enloquecidas por divertirse sin ellas con chicas y chicos, se viene el recuerdo de cuando esas mismas madres dejaban abandonadas en manos extrañas horas y días a sus hijitas para divertirse ellas!

Recuerdo esta respuesta de un hijo, que empezaba a trasnochar, a su padre que le reñía: ¿Cómo? ¡Si yo me creí que me iba usted a premiar por parecerme ya a usted...!

4164. *Segundo miedo: a la carga pesada* y ligera a la vez, si la lleva el verdadero amor, *de velar* perennemente sobre el hijo o el discípulo a quien se educa.

Dar un beso al infante en los brazos de la nodriza; dar *una audiencia* a los chiquillos cuando vuelven del colegio o los deja la institutriz, es cosa fácil y grata. Pero educar es mucho más que eso, exige más unión, más convivencia, más estar encima, más vigilancia y esto infunde miedo a veces.

4165. Si el labrador se lleva días y días con lluvias y vientos, con fríos y soles atendiendo al cultivo de sus campos, el cultivo de un alma, de un carácter, de una vida, ¿no merecerá incomparablemente mayores cuidados y más penosas atenciones?

No, no basta para ser padre dar al hijo el ser y el pan, hay que dar el cariño, el cuidado de cada día, de cada hora. Y esto en una época en la que hay que divertirse como la nuestra, ¡pesa tanto!

4166. *Tercer miedo: el miedo al ridículo.* La moda, que de por sí no sería nada, si el diablo no consiguiera aliarla con la vanidad y la sensualidad de los que la aceptan y con la ambición de los

que la imponen, se ha metido en la educación, ¡y de qué manera y con qué cantidad de estragos, la mayor parte de las veces irreparables, y en seres indefensos!

4167. La moda tirana, pisoteando leyes de moral, dictámenes de conciencias, tradiciones venerandas, legítimos sentimientos naturales, manda cómo han de ir vestidos, o mejor, desnudos los niños y las niñas, los muchachos y las muchachas, pese al pudor y a la salud; cómo y con quiénes y en qué condiciones han de jugar, higienizarse, bañarse y ejercitarse en los juegos gimnásticos; qué espectáculos, qué revistas, qué novelas, qué cuentos han de ser preferidos, sin preocuparse de contagios morales ni de peligros de sexo o de trato.

Y lleva al colmo su tiránica intromisión hasta imponer el color de la cara y de las uñas, el perfil y la silueta, la palabra chabacana, el mohín chulesco, el rufianismo despreocupado. ¡Pobres niños y pobres jóvenes *educados* por tan cruel nodriza!

4168. Y todo esto y mucho más que omito, y las desastrosas consecuencias que de ello se derivan, lo ven, lo oyen, lo palpan, lo lamentan hasta con cierta indignación los papás bonachones y las mamás timoratas y... ¡pobre autoridad y dignidad paternas!

Y, sin embargo, consienten en la tiranía de la moda y ponen bajo su hacha asesina la salud, la inocencia, el pudor y la alegría de sus hijos y la paz de sus conciencias y el porvenir risueño y *cristiano* de sus hogares...

Si preguntáis la explicación de esa locura colectiva, no os darán más que ésta: ¡es tan ridículo ir contra la moda!

Poder trágico del *miedo al ridículo*, ¡qué estragos estás produciendo en las falanges de la inocencia y de las conciencias juveniles! ¡Se huye del sano rigor de la austeridad cristiana y se cae en las crueldades de la tiránica moda!

4169. *Cuarto: miedo a perder clientela,* es otra forma de la educación medrosa que vengo denunciando. ¡La caja peligra!

¡Cuántas veces se han lastimado mis oídos oyendo a directores y directoras de centros buenos de enseñanza cristiana estas excusas de libertades permitidas o toleradas a sus discípulos o discípulas en el vestir, en el acatamiento y obediencia de los superiores, en las chanzas, en los juegos, en la asistencia y compostura de los actos religiosos, etc., etc.: «Si apretamos demasiado, se nos van... hay que transigir para que vengan...»

4170. ¡Que no se nos vayan!, ¡que vengan! ¡Está bien!, he dicho y me digo muchas veces; pero que eso no sea el fin, que el fin del maestro cristiano no sea ver su escuela llena, sino procurar que los que en ella están, asciendan, se eduquen, se hagan cada día un poco más buenos, más cristianos, más hombres cabales...

Si no es para eso, ¿para qué han de llenar esas escuelas?, ¿para qué han de ser buscados esos educadores?, ¿para que no les falten los ingresos tan sólo? ¿No os parece que sería más leal y valdría más quitar la escuela o quitarle el rótulo de religiosa...? ¡Cuántos *miedos* a las bajas de *caja* impiden el *alza* de la educación cristiana!

Los educadores pervertidos

4171. ¡Qué trabajo cuesta a la pluma escribir juntas esas dos palabras: *educador y pervertido!,* ¡como si escribiera: fuente envenenada, blancura negra... madre asesina de sus hijos...!

Desgraciadamente, cueste lo que cueste a la pluma escribirlo y al alma dictarlo, hay, para ignominia de la pobre familia humana, padres envenenadores de las almas de sus hijos, madres explotadores criminales del alma, del pudor y de la carne de sus hijas y maestros y jefes y mentores de maestros entregados en alma y vida a pervertir, a corromper cabezas, corazones y costumbres de sus indefensos discípulos.

En qué coinciden

4172. Todos estos guías pervertidos coinciden en la antipatía a la austeridad cristiana. ¡Nada de contrariar inclinaciones de los niños! (las malas, se entiende, que contra las buenas ya luchan despiadadamente).

¡Nada de sujeción a una ley moral que cueste trabajo, ni de una fe que refrene mostrando los destinos eternos del hombre y las sanciones eternas de sus obras! ¡Más que el uso ordenado de la libertad, el derecho al capricho y a la pasión sin freno!

4173. ¡En vez de la obediencia y sumisión, la despreocupada altanería! ¡En lugar del pudor y de la vergüenza que impone reservas, vencimientos, alejamientos de peligros y escándalos, las excitaciones, el hacinamiento de sexos, la chabacanería en el hablar, la osadía en descubrir con delectación morbosa lo que para el niño debía permanecer secreto!

4174. En una palabra, ¡en vez de apartar del mal y de su más remoto riesgo, empujar hacia él!

Y empujar no por desvarío o impremeditación de un momento, sino por sistema que, a las veces, hasta se atreven a llamar científico, por cálculo frío, por degeneración habitual, y me atrevería a decir por odio enconado, más de diablos que de hombres, a Dios en el niño, por ser éste el más terso espejo en donde Él se mira y los hombres lo ven, la más parecida semejanza que lo representa y por gozar de su más marcada predilección.

Y ¡todo a título de respeto, de no coacción a la libertad del niño!

En qué se diferencian

4175. Este numeroso bando de *educadores pervertidos* presenta distintos matices, según el elemento que más haya influido en su perversión.

Los hombres se pervierten por el corazón los unos, los más, por la cabeza los otros, si bien es verdad que en la práctica viene, si no se ataja a tiempo, a confundirse y hacerse una sola la perversión del corazón con la de la cabeza.

4176. Conforme con esas dos perversiones, pueden establecerse *tres clases de educadores pervertidos:* de *corazón,* de *cabeza* o de *uno y otra.* Os aseguro que para describir cada uno de esos tipos y los estragos que producen su palabra, su ejemplo y hasta el aire que levantan, hay que mojar la pluma, más que en tinta, en sangre de víctimas inocentes...

Ya lo iréis viendo.

Educadores pervertidos de corazón

4177. ¡El educador inmoral!, ¡qué perversidad! ¡Cuántas veces ante cuadros y escenas de hijos, hijas y discípulos ingenuos como palomas, puros como ángeles, entre las garras de padres ebrios, lascivos, blasfemos, de madres depravadas o de maestros degenerados, cuántas veces, repito, me he quejado cariñosamente al Padre que está en los cielos!: Tú, que te recreas tanto en la inocencia y en el candor de los pequeñuelos, ¿por qué permites tanto poder destructor en las garras de los milanos y tanta indefensión en la blandura de las víctimas?

Un recuerdo triste

4178. De toda mi vida sacerdotal conservo, sin saber de quién ni de dónde, una palabra que, por caer en mis oídos a los comienzos de mis ministerios, tanto los impresionó, que no se ha borrado aún.

-¡Vendí a mi hija en sesenta duros!

Era el término de una misión parroquial y, sin duda, como fruto de ella, la gracia de Dios, despertando y espoleando conciencias, empujaba a una desventurada mujer a repetirme entre gritos y sollozos, con mirada extraviada y sin miedo a ser oída por los demás: -¡Vendí a mi hija... en sesenta duros...! ¡Y para siempre la perdí...!

Se me ha borrado de la memoria la cara de la mujer y la historia con que, entre alaridos más que sollozos, contaba su desventura. Pero el ¡vendí a mi hija!, más que en mi memoria, se ha grabado imborrable en mi corazón...

Negra revelación

4179. Fue un mundo desconocido e insospechado de perversión el que se me abría con aquel grito.

Después, sin que me lo diga nadie, ¡cuántas ventas de pudor, de felicidad, de fe, de alma y de carne de hijos y de hijas he presenciado o presentido! Con la sola diferencia de precio o de forma; en lugar de los sesenta duros, ¡con qué pagas tan variadas se avienen o se contentan la ambición, la lujuria, la depravada perversión de los esclavos de las pasiones...!

Pero, ¿qué digo?, ¡a cambio de qué pagas se venden hijos e hijas! ¡Hasta sin paga! Es decir, hartas veces no se venden, se entregan de balde, *¡se tiran!*

¡Ésa es la palabra!

¡Tan dura como exacta!

4180. Cuando veo puertas y taquillas de cines, teatros y kioscos de todos colores, menos el blanco y el azul de la inocencia, con colas interminables de niños y gente joven y por las calles, paseos y carreteras parejas solitarias de muchachos y muchachas en actitudes y ademanes que levantan sonrojo y asco, no puedo menos de decir: ¡pobres huérfanos abandonados!, o ¡pobres niños tirados al arroyo!

¿Por quién?

Educadores pervertidos de cabeza

4181. Después de denunciar a los pervertidos de corazón, casi hago caso omiso de los pervertidos de sólo la cabeza, porque o no se dan en la práctica común, y, si se dan y como caso raro, más que pervertidos, son equivocados o ignorantes.

Un hombre de ideas malas y de obras naturalmente buenas, es decir, un hombre que obra mejor que piensa, lógicamente es un absurdo que, si de verdad y sinceramente se da, debe terminar o en que el mal de la cabeza eche a perder la bondad de la acción, o en que el bien de la acción ponga buena la cabeza.

4182. Si la lógica es invencible, eso debe terminar de uno de esos dos modos.

Y, por lo que atañe a nuestro tema de educación, mientras se soluciona uno u otro proceso y el maestro bueno de moral se convierte en maestro bueno también de ideas, o el maestro malo de ideas acaba de pervertir al maestro bueno de moral, la educación que de él irradie yo no me atrevería a llamarla mala, pero sí enferma, infeccionada, o en peligro de una u otra cosa.

Casos sin lógica

4183. ¡Cuántas veces hemos visto el caso tan falto de lógica como sobrado de buenos sentimientos, del padre masón, librepensador, racionalista, extremista, o por lo menos a esos bandos adscrito, empeñado en que sus hijos reciban enseñanza y educación en colegios religiosos!

Conozco padres, que se llaman a sí mismos ateos, y cuidan con rigurosa insistencia de avisar a su esposa e hijos los días y horas de misa y de vigilias y ayunos...

Es gracioso el encabezamiento que pone a sus cartas un conocido mío a un señor a quien trata con afecto y es tan bueno de sentimientos y procederes como malísimo de ideas: *«Mi querido medio amigo»:*

Y lo dicho basta para la presentación de estos educadores *a medias,* y las más veces ni a *cuartillo...*

Una última observación sobre ese tipo

4184. El trato con los hombres me ha enseñado, entre otras cosas, ésta: que son legión los que gustan de vivir en *carnaval* perpetuo y que el oficio, a que con más frecuencia se dedican, es al de *máscaras.*

¡Hay más pensares y procederes malos disfrazados con caretas de buenos!, y ¡hay más pensares y procederes buenos disfrazados de malos! ¡Vivimos entre tantas máscaras! ¡Casi, casi diría que, quien más, quien menos, tenemos, si no vida, por lo menos días y horas de mascarita!

¡Misterios de la psicología...!

Educadores pervertidos de cabeza y de corazón

4185. Ése, ése es el tipo completo de pervertido y, a fuer de tal, de pervertidor por antonomasia. San Agustín ha descrito en dos palabras el proceso de esas perversiones integrales: «Nemo incredulus, nisi impurus». A la incredulidad no se llega sino por la inmoralidad. La incredulidad es la asfixia de la inteligencia producida por los gases deletéreos que se desprenden de los corazones lujuriosos. ¡Dios mío!, ¡qué plaga de ellos ha caído sobre nuestros niños y jóvenes!

4186. Las siete plagas de Egipto, segando vidas de hombres, animales y plantas, no son ni una sombra del estrago que está produciendo en las almas tiernas esa plaga de maestros y pedagogos que les ha caído, cuya ciencia y cuyo progreso pedagógico parece que lo han puesto en la audacia de decir y hacer ante los niños e inducirlos a decir y a hacer lo más blasfemo, impío, inmoral, antipatriótico y antinatural que concebirse puede.

Las apariencias

4187. Bajo un aparato de ciencia, progreso, respeto a la libertad y a las ideas e inclinaciones de los discípulos y sentando como principios errores mandados recoger hace siglos, como la prescindencia de Dios, por no poderse conocer científicamente, la bondad natural en que nace el niño, la moral universal sin dogmas en que se funde, ni sanciones que la hagan observar, la ficción de que el pudor es invento y artificio y otros postulados, más que de la razón, de las pasiones sin razón, vienen a caer y a hacer caer a sus discípulos en abismos tenebrosos.

Las realidades

4188. ¿No lo están viendo nuestros ojos y oyendo nuestros oídos y partiéndose de pena nuestros corazones? ¿No estamos viendo que la prescindencia de Dios en la escuela se está trocando en negación y odio de Dios hasta la monomanía?

Dos muestras

4189. ¡Y podría citar tantas! Me refiero al *saludo* y al *reto* de Dios enseñado por algunos maestros (a Dios gracia pocos) laicos. El *saludo* es obligar a los niños al entrar y al salir de la escuela a proferir la blasfemia de «no hay Dios ni lo ha habido nunca» y el *reto* es proponer a los niños que las cosas de la escuela que necesiten se las pidan a Dios con el plazo de un minuto.

«Dios -se le hace decir al niño o a la niña-, necesito papel, tinta, un libro... si no me lo das en el plazo de un minuto, no existes...». Y transcurrido éste, el pobre diablo del maestro estalla en una carcajada estúpida dando al niño lo que pedía y celebrando el *miedo* de Dios al reto: ¡el reto de las hormigas!

4190. Y la tan cacareada bondad ingénita del niño o sea, la negación del desorden introducida por el pecado original y la falsa tesis de lo artificioso y perjudicial del pudor que impone respetos y distancias entre sexo y sexo, ¿no está dando por resultado un espectáculo más que bochornoso y degradante de hombres y mujeres, investidos del poder y la autoridad que da un título de maestro, dedicados al *bajuno* oficio, ridiculizado y escupido en todas las literaturas y por todas las conciencias, de *echar* los niños a las niñas, las muchachas a los muchachos y a unos y a otros al vicio prematuro, al rebajamiento de la raza, a la relajación de los sexos, a la decrepitud anticipada, que a eso equivale ese suicida empeño de la coeducación con todos sus horribles efectos en lo fisiológico, en lo moral, en el carácter, en lo espiritual y, no digo nada, en lo cultural y educativo?

4191. ¡Nada de austeridad!, ¡educación libre!, ¡nada de frenos!

¡Libre!, ¿para qué?, ¿para convertir la escuela y centros docentes en blasfemadores, en antros de odio, en criaderos de pretuberculosos y eriales de flores marchitas, en vestíbulos de cabarets, clubs y tugurios en los que todo desorden, toda rebeldía, toda inquietud tiene su asiento?

Un recuerdo

4192. Pasaba yo por una calle, próxima a un centro de enseñanza secundaria, a la hora precisamente de salir de sus clases alumnos y alumnas.

Delante, y casi a mi lado, marchaba un grupo de ellos, no más de doce años, enfrascados en ruidosa conversación que, aun sin pretenderlo, teníamos que seguir los que íbamos cerca de ellos.

Imposible trasladar a un papel decente el olor y el color de la infantil y bulliciosa conversación. Era el comentario rufianesco y desenfadado a la conferencia y a los dibujos en la pizarra que sobre la generación humana les había dado el profesor y a la repetición de la misma lección con sus correspondientes dibujos por *Fulanita*, de la misma edad y clase que ellos... ¡Qué cosas había preguntado y hecho decir a la pobre niña el profesor!

Y rebosándome a borbotones la compasión hacia aquellas indefensas almas infantiles, más contagiadas que malas, y la indignación hacia sus corruptores, me alejaba exclamando: ¿Pero esos maestros son hombres...?

CAPÍTULO XII

LOS ENEMIGOS DE LA PROPIA AUSTERIDAD

POR EXCESO

4193. Ante tu vista, lector amigo, han desfilado tres tipos de *educadores* (permíteme que subraye la palabra) enemigos más o menos declarados y sistemáticos de la austeridad graciosa, que es la que trato de presentarte como fuente inagotable de bienes en la educación: los educadores *bonachones,* los *medrosos* y los *pervertidos.*

Permíteme que, dando una vuelta a la medalla, te presente, después del anverso de la no austeridad, el reverso de la austeridad exagerada.

Extremo es éste, si no tan execrable como el anterior, digno al menos de ser remediado, a fuer de provocador de no pequeños entuertos en la educación.

Tres tipos de rígidos

4194. Para proceder con la mayor claridad, reduciré a tres grupos las manifestaciones de austeridad excesiva en la educación.

1º El educador de corazón de hielo.

2º El educador de mano de hierro, y

3º El educador de cara de vinagre.

¡Ya hay qué decir de esta *sociedad anónima de productos antipedagógicos!*

El educador de corazón de hielo

4195. Que para educar, que es bastante más que instruir, hace falta corazón y en tanta o mayor cantidad que cabeza, no necesita demostración.

Si para instruir, para enseñar a uno, basta con que dos inteligencias, la del que enseña y la del que aprende, se pongan de acuerdo, para educar hace falta además que se pongan de acuerdo dos corazones, y más que de acuerdo, en contacto, en transfusión mutua.

Es decir, que el que más ama está en la mejor disposión para educador, y el que más le corresponde con su cariño es el mejor dispuesto para ser educado.

4196. Con este ciertísimo dato a la vista, pregunto: ¿hay educadores y maestros sin corazón, o con tan poquilla cantidad de él, que disimulan perfectamente su existencia?

¡Con qué pena tengo que poner al pie de esa pregunta un *sí* tan grande como cierto!

¿Quién no recuerda en su vida escolar o de estudiante algún maestro de figura larga, escuálida (si no fisiológica, moralmente), de ademanes a compás, de rostro sin músculos contráctiles, de palabras con cuentagotas para no gastarse la garganta y con cierta sonoridad para agradarse el oído, desdeñoso para todas las debilidades y para todos los triunfos de sus discípulos, imperturbable e inaccesible a todas las emociones...?

4197. ¿Quién no recuerda aquellos nombres de *don Estoque o doña Berlinga* o aquel *príncipe del Congo* o *Alcalde de Lisboa,* o *don Pim, pam, pum,* con que la picaresca lengua estudiantil se vengaba de aquellos maestros todo fachada y nada centro?

¿Quién no recuerda y lamenta aquellos años perdidos en asistir a clases en las que a través de las frías, sosas y monótonas explicaciones del profesor y de los aburridos bostezos y posibles *rabonas* de los alumnos, no se oía en realidad más que este perpetuo diálogo: -Vengo porque me pagan, del maestro, y -vengo para que me aprueben, del discípulo?

¡Allí, en aquel desierto de corazones, no había que conseguir más que eso!

4198. Pero traslademos el escenario; pasemos de la clase o del colegio tieso, rígido y frío de *don Estoque* al hogar paterno presidido por un padre o una madre de corazón de hielo, ¡los hay!, por un padre o una madre que jamás sonríen, que apenas besan, que casi no tratan a sus hijos, unas veces porque molestan llorando, otras porque alborotan jugando, otras por los negocios y atenciones sociales, otras por cualquier cosa que les incomode, siempre por esta única y verdadera razón: ¡el egoísmo! ¡Pobres niños criados en nieves perpetuas!, ¡pobres huérfanos del corazón!

4199. Si el maestro de corazón de hielo hace perder el tiempo a sus discípulos y éstos se vengan llegando hasta a convertir ese tiempo perdido en chacota y en caricatura contra el maestro egoísta, el hogar helado ¡cuántos fuegos buenos de almas, de corazones, de sentimientos apaga, o mejor, no permite que se enciendan...!

Dos casos

4200. Conocí a un profesor, conde por más señas, de este tipo *siberiano* que vengo presentando.

Era un señor para el que la universidad, la ciudad en que vivía y el mundo entero era él solo, con sus lentes de oro, sus pañuelos blanquísimos de doblez irreprochable, su chistera brillante, sus fúlgidos puños, sus encharolados zapatos, etc., etc. ¿Lo demás, fuera de él? ¡Psch!, ¡poca cosa!, ¡nada!

Un buen día hizo su mala estrella que el ambiente, cargado de aburrimiento de su clase se turbase por una carcajada general de bocas y pies. ¿Qué había ocurrido?

El señor conde, así gustaba que le llamasen sus discípulos, en la hora y en el minuto en que cada día sacaba su blanco pañuelo para enjugar el *presunto* sudor de su rostro, sacó del bolsillo de su impecable *chaquet* y desdobló, como siempre, ante la curiosa mirada de sus alumnos, un blanco... ¡calcetín! -¡Descuidos de la señora condesa! -fue la exclamación con que en el mismo tono sonoro reanudó la lección, después de la celebración estrepitosa de la ocurrencia...

* * *

4201. A un chiquitín de ilustre familia hago la pregunta con que tan frecuentemente se abre y facilita la conversación con los niños.

-¿A quién quiere tú más?

El interrogado me contesta abriendo sus grandes ojos negros y apretando sus labios, como si me dijera: no entiendo lo que usted dice.

Atribuyendo su silencio a cortedad, insisto:

-Sí, seguramente a tu papá... a tu mamá... a tus hermanitos... a...

La cara del chiquito se iba cambiando de asombrada en contrariada, como si me dijera:

-Me está usted molestando.

Picadas no sé si mi curiosidad, mi gana de alegrar al misterioso contrariado, o las dos cosas juntas, me acerco a él, tomándolo por el hombro, y en el más confidencial y amistoso de los tonos vuelvo a preguntarle muy quedito:

-¿No es verdad que tú quieres mucho, mucho a quien más te quiere a ti? Movimiento afirmativo con la cabeza. ¡Ya vamos entrando en diálogo!

-¿No es verdad que quien más te quiere es tu mamá? (negativa rápida con la cabeza) ¿Tu papá? (otra negativa) ¿tu... (antes de terminar, otro ademán negativo). Perplejo ante aquellas negativas, guardo silencio mirándolo bondadosamente, ¿qué misterio habrá en el alma de este niño? me decía a mi mismo.

4102. Los niños tienen el olfato muy fino para darse cuenta de quién los quiere, y aquel niño olfateó mi cariñosa preocupación por él y rompió por fin, no sin mirar a un lado y a otro con miedo:

-¿Sabe usted a quién yo quiero más? Pues ¡a la señorita! (la institutriz) ¡Es la uniquita que se acuerda de mí y me mira a mí en esta casa...!

¡Terrible sentencia contra padres de corazón de hielo!

Y no se diga que los niños pequeñitos no sienten esas ausencias y esos hielos porque ¡no se dan cuenta!

Allá va una confirmación.

Un precioso sermón por un predicadorcete de cuatro años

SERMÓN EN DOS ESCENAS

ESCENA 1ª

4203. Luisito, tan guapo de cara como de alma, ha visto a su papá enfermo y, sin decir nada, ha salido a la calle; a los pocos minutos aparece con la cara radiante preguntando a gritos desde la escalera:

-Mamá, ¿se ha *ponido* ya papá bueno? se lo he pedido a la Virgen del Rosario, y me ha dicho que sí.

ESCENA 2ª

4204. A los pocos días se han vuelto las tornas; Luisito está malito en la cama y a pesar de todo el esmero con que sus papás lo cuidan, le sorprenden llorando, primero muy quedo y después con el corazón encogido y a sollozos.

-Pero, ¿qué te pasa Luisito? ¿estás peor? ¿te duele algo?, ¿quieres alguna cosa? le preguntaban desasosegados los padres.

-No, no -respondió, al fin, Luisito-; es que se puso malo papá y salí yo corriendo a pedirle a la Virgen del Rosario que lo pusiera bueno... y yo... (nueva lluvia de llanto desconsolado) yo... llevo diez días malito y ni papá ni mamá han ido a la Virgen del Rosario a pedirle que se ponga bueno su Luis. Y eso... (lluvia) eso no está bien ¡ea!

....

El remate de besos de arrepentimiento y de propósitos de la enmienda con que los papás terminaron el sermón de su chiquito, huelga describirlo.

Los educadores de mano de hierro

4205. No creo que haya quedadp duda a ninguno de mis amables lectores de que la rigidez de hielo de algunos educadores no educa.

Ahora trato, no de demostrar, que no lo necesita, sino de hacer constar que la rigidez de la *mano de hierro* de todavía bastantes educadores y maestros tampoco educa.

La letra con sangre entra

4206. Se ha dicho y dice hasta la saciedad para justificar todos los castigos que en forma de palmetazos, bofetadas, zapatazos, pellizcos, correazos, puntapiés y tirones de pelos, particularmente

de los llamados *del coraje*, cayeron y caen sobre manos, caras, cabezas, brazos y espaldas de la infancia traviesa o transgresora, tarda en aprender o rebelde en obedecer.

¿Se puede admitir?

4207. ¿Es justo, educativo, pedagógico, humano ese sumarísimo código penal infantil sintetizado en el conocido adagio?

Antes de responder quiero dejar sentados un principio y un hecho.

El principio: Que es lícito, necesario y útil para el individuo y la colectividad castigar aun corporalmente, a los delincuentes voluntarios.

Dejémonos de las *blanducherías* hipócritas e irracionales de los pseudo-penalistas para los que los criminales son siempre o locos o amargados que no deben ser castigados en las cárceles, sino curados en sanatorios o en confiterías...

4208. La justicia social, la ejemplaridad, el escarmiento y la expiación exigen pena aflictiva al voluntario delincuente.

El hecho: Me lo describía un buen maestro de escuela: hay días y horas en que por las excitaciones de nervios, por el espíritu de contradicción, fenómeno tan infantil, por los malos instintos tan insolentemente manifestados, por la misma falta de reflexión y hasta por la influencia del estado atmosférico, los niños ponen al maestro en peligro inminente de *catástrofe*...

Reconocidos ese principio inconmovible y ese hecho desgraciadamente universal y constante, digo:

4209. El educador o maestro *pegón* o de *mano de hierro* ordinariamente 1º no es *justo:*

a) porque castiga faltas cometidas las más de las veces sin voluntad (aquí aquello de san Juan Crisóstomo a los niños de su catecismo: «¡Estaos quietos, si podéis»).

b) porque no guarda la gradación debida en la aplicación de la pena, imponiendo súbitamente la última y más dura.

c) porque suele castigar más lo que contraría o molesta a su oído, a su tranquilidad o amor propio que la falta al deber.

d) porque no hay derecho a infligir castigos tan duros a sujetos tan débiles.

Y e) porque, y ésta quizá sea la primera de las razones, hay inversión de orden: más veces merece el castigo la falta de pericia o de paciencia del maestro que la indocilidad del discípulo...

4210. 2º El maestro *pegón* no educa:

a) por el mal ejemplo que, con su ira y con las tonterías e inconveniencias que ésta hace decir, da el que pega y maltrata a los niños.

b) porque amedrenta, encoge, irrita, exaspera, afectos contrarios a una buena educación.

c) porque a la manera del alcohol que en un momento dado estimula y excita al que lo bebe y a lo largo embrutece, el mal trato podrá obtener en un momento dado una lección mejor sabida, un ademán de sumisión, una palabra de respeto, un rato de silencio, pero administrado con frecuencia acaba por embrutecer al niño.

d) porque la irritabilidad, los deseos de venganza, el embrutecimiento que producen los golpes de la *mano de hierro* cierran la puerta y endurecen al alma para que no entren ni arraiguen en ella las semillas de los buenos pensamientos y sentimientos que han de alimentar la buena educación.

4211. 3º El maestro o educador *pegón* no es pedagogo, entre otras razones, porque esos malos tratos y violencias, más que para *guiar niños,* que es lo propio de la pedagogía, son para domar fieras...

Cierto que los niños, por las malas inclinaciones que dejó en ellos el pecado original y no pocas veces por la mala herencia y malos ejemplos de su casa y de la calle, tienen horas e instintos de

fiera, ¡pero también es cierto que aun en esas horas tienen un alma educable, racional y libre con tendencias y destino de ángel!

4212. Y 4º La *mano de hierro*, además de injusta, antieducativa y antipedagógica, es *inhumana*, ¡es cruel!

El espectáculo de un hombre o una mujer, llámese padre, madre o maestro, empleando las fuerzas de sus dedos, puños y de sus pies, redobladas por el furor de una ira que no se domina, que se desborda, en abofetear, pellizcar, arañar, golpear, patear a un niño o a una niña, este espectáculo, repito, no hay duda ninguna que tiene más de cruel que de humano.

Recuerdos de la infancia

4213. No recuerdo que me hayan pegado, cuando niño, mis buenísimos padres que de Dios gocen. Un movimiento de cabeza o una simple mirada de disgusto, recuerdo que era la más eficaz corrección y el más sentido castigo. ¡Aún me escuecen! Como tampoco se me olvidan las medidas represivas que usaban algunos de mis maestros...

4214. Con caracteres de tragedia todavía surgen en mi memoria aquellas duras *palmetas* de encina con agujeritos (para que picara más, decían los escolares) que dejaban las manos hinchadas y ardientes para un buen rato y aquellas *bichibotas* (trenzas de piel y de cáñamo) que, después de pasarse el año *acariciando* manos, caras y espaldas de muchachos, se nos repartían a pedacitos las vísperas de Navidad, como aguinaldo, a cambio de los que le ofrecíamos al *amable* maestro...

4215. Y flotando por encima de todos esos instrumentos *educativos* se me reproduce de cuando en cuando la figura sombría (bastante prieto de color era el señor) y peluda presentándose invariablemente en la clase con una sinuosa y trágica vara de fresno, colgada del botón superior de su abrigo y diciendo con voz como salida de sótano o de cántara vacía a todo ciudadano que no le daba la lección o alborotaba: -¿En dónde quieres que te dé con ésta...? y sin esperar la respuesta, ¡vaya si daba!, ¡y con qué ganas! ¡Con las mismas por lo menos con que por lo bajo echaban *jaculatorias* los compañeros del pobre apaleado al *tío de la vara...!*

¿Verdad que no es un título muy honroso para un educador ni *tío de la vara* ni *mano de hierro...?*

Los educadores de cara de vinagre

4216. Aún andan por esos mundos de Dios bastantes señores y señoras para los que las palabras autoridad, dignidad, cargo oficial, magisterio y cualquier otra que los coloque, siquiera sea unas horas, un dedo por encima del resto de los mortales tienen que ir acompañadas de estas otras dos: *cara de vinagre.* Y estamos tan acostumbrados a la inseparabilidad del *vinagre* y del ejercicio del cargo, que más de una vez habrían oído exclamar a algunos después de hablar con personajes o personajillos, en el más extrañado de los tonos: -¡Digo!, ¡qué amable!, ¡si no parece juez, o rector, o infante, o duque!

4217. Una vez oí decir a la popular Infanta Isabel (q.s.g.g.) lo que le caía en gracia oír exclamar a los que la trataban, sorprendidos de su afabilidad y llaneza: ¡si no parece una Infanta!

¿A qué bicho, replicaba ella riéndose de la sorpresa, deberán parecerse las Infantas para estar en carácter?

¿Queréis ejemplos?

4218. ¡Un simple monaguillo! por tener derecho a tocar las campanas y repartir las escurriduras de las vinajeras, ¿no habéis advertido la *posse* que echa ante el grupo de menudos aspirantes a esas delicias?

Al hombre más amable y llano ponedle una gorra con galones o un uniforme y tendréis al revisor de tren que por su cargo de picar el billete de vuestro viaje se siente con derecho a interrumpir vuestro sueño, a entrar en vuestro departamento, sin más saludo que el de una mirada seria que viene a decir: ¡aquí estoy yo! y un movimiento de abajo a arriba al instrumento picante, como diciendo: ¡déjese picar! Y cuando no al revisor, encontraréis al guardia, o al modesto conserje o portero de casa grande, o a los empleados de centros oficiales y estad seguros que, mientras estén en funciones, más horas están y hablan y miran agrios que dulces y afables.

4219. Y si de las escalas modestas subimos a las superiores, ¡qué fácil y frecuentemente los ostentosos símbolos de autoridad, aristocracia o poder sirven de marco o pie a *vinagreras...!*

Y de la frecuencia con que hemos visto en altos y bajos el avinagramiento de la cara y del gesto en el ejercicio de sus respectivos cargos ha surgido sin duda la extrañeza que nos causa ver buenas caras en personas revestidas de ellos.

4220. Una confirmación sin duda de esta *inflación* de caras por el vinagre es el refrán tan conocido y tan probado de «si quieres conocer a Fulanillo, dale un carguillo». En los juegos de los niños, ¡cuántas veces lo he advertido! Al más travieso, juguetón y vocinglero lo nombran capitán, maestro, abuelito, criado ¡cualquier cargo! y al punto se obra una transfiguración: la cara tiesa, la voz ahuecada, despótica o gruñona, la mano amenazadora... ¡el carguillo!

El vinagre en la educación

4221. No son desgraciadamente excepciones los maestros y educadores de la ley del *vinagre ministerial* algunas veces.

La esfinge del *Domine Cabra* se pasea con harta frecuencia por las clases y las casas de educación.

Caras que, para no desmerecer de su alto pedestal, no se contraen por la sonrisa, ni por la compasión, ni por la benevolencia, que miran más que olímpicamente, como los de corazón de hielo, que no hablan sino para definir *ex cathedra* o para fulminar rayos y centellas en forma de rapapolvos, malas notas o reprobación... ¡qué caras tan a propósito para repeler, en vez de atraer, para deformar en vez de formar, para deseducar y relajar en lugar de educar!

4222. Visitaba una alta autoridad un pensionado, algún tanto alarmado por noticias de tratos duros de los dirigentes con los pensionistas. Cuando veía alguna puerta cerrada o entornada preguntaba, sin entrar, el destino de la pieza, y obtenía estas respuestas: -¡Psch...! ahí tenemos un poco de vinagre... Ahí, un resto de vino agriado... aquí, el vinagre para el año.

Al oír por tercera vez sonar el vinagre, la alta autoridad, entre risueño y amostazado, replica: -Bien, bien, ya me lo explico... y, mirando al director con toda seriedad, le dice: -Borre usted el letrero que tiene en la fachada y ponga en su lugar: *Bodega de vinagre* (y recalcando) *¡al por mayor y menor!*

4223. Padres, maestros, educadores todos, dejad para los porteros y guardianes las caras de vinagre de que quizá han menester para sacudirse moscas y moscardones, y acordaos de lo que atrae el dedalito de miel y repele el barril de vinagre.

4224. Si al niño hay que educarlo contando con él y no a pesar de él, os aseguro que con la cara perpetua de vinagre no tendréis derecho a esperar a contar con él, si no es con sus miedos primero y sus mofas y desprecios después.

Dad a vuestra alta investidura la gravedad y seriedad que pide, pero con miel y alguna que otra gota de *vinagre*, que también sirve de condimento...

CAPÍTULO XIII

LA GRACIOSA AUSTERIDAD, ¿QUÉ ES?

4225. Presentados a juicio y sentenciados los enemigos de la austeridad en la educación, unos por defecto y otros por exceso, ya es hora de presentar a la propia dama sin los tristes adjetivos, con que la suelen vestir, como antipática, seca, férrea, fría, heladora, huesosa y qué se yo cuantos más y tocada sólo del *graciosa,* que es como sostengo y defiendo que llena a las mil maravillas su oficio de educadora.

¡La graciosa austeridad!

4226. ¡Mezcla extraña de palabras!, ¿verdad?, pero no por extraña menos realmente bienhechora.

Es cierto que quien dice austeridad, dice mortificación de sentidos, pasiones, inclinaciones y gustos y esto de suyo no hace ni pizca de gracia a nuestra naturaleza tan comodona, sensual y tan propensa a saltarse la ley por buscar su gusto. Pero también es cierto que la austeridad es fuente de placeres y gustos más finos y superiores a los obtenidos por la transgresión de la ley.

En esta austeridad hay que educar al niño: sin ella no sabrá sacrificarse cuando sea hombre, ni mantenerse dentro del deber, ni formar su carácter, ni dominar sus pasiones, ni apreciar los legítimos goces de la vida.

Dulce de lo amargo

4227. Y, ¿sabéis quién es el mago misterioso que saca dulzuras de lo amargo?

La gracia, la sobrenatural y la natural.

Lo iremos viendo.

Que todo hombre nace desordenado y mal inclinado es un hecho que, no sólo lo proclama el dogma de la transmisión del pecado y desorden original, de nuestra fe católica, sino que lo confirma la experiencia de los siglos.

No nacemos *espiga* gentil y derecha de trigo, sino *grama* retorcida y pegada a la tierra.

La ley del espíritu y la ley de la carne

4228. Antes y después del uso de la razón, el bien y el gusto sensibles nos atraen más que los intelectuales y espirituales.

La gentilidad, por boca de su más eximio poeta Horacio, y la fe por la de su gran apóstol, san Pablo, están de acuerdo en predicar esa contradicción y rebeldía constantes del placer contra el deber, de la pasión sensible contra la razón recta, del cuerpo contra el alma, de la ley de la carne contra la ley del espíritu.

4229. Decía san Pablo: «No hago el bien que quiero, antes bien hago el mal que no quiero... echo de ver otra ley en mis miembros la cual resiste a la ley de mi espíritu» (Rm 7,9-23). «Veo lo mejor y lo apruebo; mas sigo lo peor» -decía el poeta gentil.

4230. San Agustín, aquel gran corazón y aquella gran cabeza conocedora de los secretos del corazón humano, decía sobre aquellas palabras de san Pablo: *El espíritu desea contra la carne:* «No penséis, hermanos míos, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene odio a la carne. Pues ¿qué es lo que allí aborrece? Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinaciones, aquella exención y contrariedad que la carne tiene contra la razón, eso es lo que aborrece. Que a la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla, como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra ella pelea, que al enfermo antes le ama.

4231. Y pruébalo muy bien; porque amar a uno, dice el filósofo, es quererle y desearle bien, y aborrecerle es querer que le venga algún mal.

Pues el que trata de mortificar su cuerpo e irle a la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura para el cuerpo el mayor y sumo bien, que es el descanso y gloria eterna, así como la tranquilidad del orden en esta vida y así, ése es el que le ama verdaderamente.

Y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno en la otra vida y el desorden y la desesperación en ésta. Y así es el que verdaderamente aborrece su cuerpo».

4232. ¿Contradicción, desorden, rebeldía, he dicho?

He llamado a la mortificación, que es expiación y medicina de esos desórdenes.

Expiación sobrenatural ante Dios, supremo Ordenador y supremo Ofendido por nuestras transgresiones del orden.

Medicina sobrenatural y natural que cura y evita debilidades, torceduras, heridas de las facultades superiores.

4233. ¿Cómo?

Violentando, como pueda, al inferior para que obedezca al superior, es decir, reforzando la inteligencia del rebelde, sea éste la propia pasión o la del hijo o discípulo, para que vea más claro su deber y las consecuencias que se siguen a la rebeldía y a la sumisión, fortaleciendo la voluntad para que no se deje vencer por el apetito ni la pasión desordenada, imponiendo actos contrarios a los desordenados y repitiéndolos hasta formar hábitos buenos o rectas inclinaciones.

El campo de acción de la austeridad educadora

4234. Aunque toda mortificación es austeridad, pues represión es una y otra, y formas las dos de la virtud cardinal de la templanza, tiene un campo de acción más extenso que ésta.

La mortificación se dedica en general a la represión de todo lo prohibido y de algo de lo permitido expiando, curando o evitando las transgresiones, y la austeridad se especializa en la represión de lo *permitido,* para poner lejos de lo prohibido al que la ejercita.

Y precisamente en esa especialidad está el valor educativo de la austeridad, sobre todo, cuando a fuerza de actos de represión, llega a formar hábito.

4235. Austeridad es, por ejemplo, tener abundancia de poder y autoridad y, fuera de casos precisos, no mandar a los demás lo que uno puede hacer por sí mismo; preferir rogar por favor a mandar por imperio y esto para evitar el peligro de llegar al despotismo o tiranía.

4236. Austeridad es ser rico y poder usar ricas telas para vestir y exquisitos manjares y bebidas para la mesa y diversiones y espectáculos a todo pasto, e imponerse moderación en el vestir, comer

y divertirse para no caer en las zonas prohibidas del lujo, de la gula, de la embriaguez, de la disipación, ociosidad, pereza y sensualidad.

4237. Austeridad es el hábito de contentarse libremente con *lo menos* para no caer en el vicio de la esclavitud de *lo más.*

Diríase que el *deber* es la barrera que nos separa de la transgresión, del desorden, del pecado, y la austeridad es la *contrabarrera* que nos pone más adentro del deber y más lejos del mal.

Y así como los que ven los toros desde la barrera están más expuestos a ser cogidos por ellos que los de la contrabarrera, los que se parapetan en hábitos constantes de austeridad en el uso de sus sentidos, recursos y facultades, gozan si no de la inmunidad, que no cabe en este mundo, del equilibrio, el acierto, la alegría y la paz de los rectos y justos, vencedores de sí mismos y verdaderos reyes de la tierra.

4238. Ésa ha sido precisamente la gran labor, la labor sin precio a fuerza de subido, de la Iglesia católica en la moralización de los pueblos, primero: conservar, dar relieve, señalar indeleble la línea del deber impuesto por la ley de Dios, y después, ir formando con paciencia de madre, con sabiduría de maestra excelsa y con experiencia de siglos en torno y en defensa de la línea del deber esa amplia, luminosa, perfumada zona de nuestras costumbres cristianas.

4239. ¡Y qué rica ha sido y es, a pesar de las osadías innovadoras y disolventes de hijos extranjerizados, nuestra España en esos tesoros! Y ¡qué tristeza me producen esos cristianos y cristianas de *moral* que podría llamarse *métrica*, puesto que la hacen consistir en medir los centímetros de carne que pueden enseñar y los milímetros que han de distanciarse del peligro...!

4240. ¡Bendita y fecunda austeridad cristiana que no pregunta jamás: ¿hasta qué peligro puedo llegar sin pecar?, sino, ¿en dónde estaré más lejos del peligro de pecar?!

Ésta, ésta es la austeridad que ha de hacer de nuestros niños y niñas hombres y mujeres cabales, caracteres enteros y felices en la tierra y en el cielo.

Frutos de la austeridad

4241. La austeridad, singularmente en la educación, que es como aquí la presento, tiene ocupación en el niño desde que nace, puesto que desde ese momento comienza a rebelarse el rebelde...

Pese a las lágrimas (única arma de que dispone) del *anarquistilla,* se le da el alimento, el baño y el paseo a sus horas y en la calidad y medidas razonables. Pese a las lágrimas y a las nuevas armas que va adquiriendo del pataleo y arañazos del ya parvulillo, se le suministra lo que la razón de los padres o educadores dicta, aunque no sea de su gusto.

4242. Y lo mismo en el recién nacido y en el parvulillo como en los niños mayores, mientras haya un educador que mande y se imponga a las lágrimas, rabietas, malas caras y duras maneras de las pasioncillas derrotadas y fomente en el niño o en la niña hábitos de *laboriosidad,* aunque no necesiten después vivir de su trabajo. De *modestia* en el vestir. De *moderación y parquedad* en los manjares exquisitos, aunque les sobren éstos y las ganas de comerlos. De *respetuoso afecto,* no sólo a los superiores, sino a los iguales o inferiores. De *puntualidad y diligencia* en hacer cada cosa a su hora, aunque le sobre el tiempo. De *perdón* pronto y amplio de agravios y resentimientos. De *urbanas maneras,* aun jugando con los hermanos.

4243. Si pacientemente fomenta, repito, el educador estos hábitos, ásperos de imponer, ciertamente, recogerá ¿quién lo duda?, frutos sorprendentes: niños morigerados, sobrios, ordenados en sus ideas y en sus afectos, equilibrados de temperamento y, a fuer de todo eso, alegres y ¡con carácter!

Si el carácter es el modo uniforme y constante de manifestarse una persona que ha llegado a poseerse a sí misma, yo no conozco instrumento que lo labre mejor que la austeridad educativa.

4244. Un muchacho formado sin ella tendrá horas y rasgos de buen carácter o de mal carácter, pero no tendrá carácter.

¡Sin carácter! ¿Hay ser humano más inútil y desgraciado que un hombre o una mujer sin carácter?

Si por el contrario, se deja crecer al niño o a la niña como se le antoja y según las malas inclinaciones de las pasiones que lleva dentro desde que nace, y se le deja a su capricho comer, beber, vestir, holgar, jugar, reñir, gruñir, pegar a los más pequeños, insolentarse con los mayores y *vivir* su *vida,* como se estila, sin freno ni medida, no esperéis que salga de ese torbellino de pasiones y egoísmos sin domar, de esos niños, que *no son niños,* y de esas niñas, que *no son niñas,* sino viejecillos embrujados, o ¡hastiados de vivir!, un hombre o una mujer, sino fierecillas de mujer o de hombre, enfermos del alma, de la libertad y muy probablemente del cuerpo, condenados a padecer y causar desequilibrio y malestar perpetuos en donde quiera que se hallen.

Un retrato de mano maestra

4245. Infinitamente mejor que todos los pinceles de la tierra, la pluma del Espíritu Santo describe el fruto de la austeridad en la mujer fuerte.

«¿Quién hallara una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo.

En ella pone su confianza el corazón de su marido; el cual no tendrá necesidad de botín o *despojos para vivir*».

4246. «Ella le acarrea el bien todos los días de su vida y nunca el mal.

Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos.

Viene a ser como la nave de un comerciante, que *con la industria* trae de lejos el sustento.

Se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones a sus domésticos, y el alimento a sus criadas.

Puso la mira en unas tierra, y las compró; de lo que ganó con sus manos plantó una viña.

Revistióse de *varonil* fortaleza y esforzó su brazo».

4247. «Probó y echó de ver que su trabajo le fructifica: por tanto, tendrá encendida la luz toda la noche.

Aplica sus manos a los quehaceres *domésticos, aunque* fatigosos, y sus dedos manejan el huso.

Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado.

No temerá para los de su casa los fríos ni las nieves, porque todos sus domésticos traen vestidos aforrados.

Se labró ella misma para sí un vestido acolchado: de lino finísimo y de púrpura es de lo que se viste».

4248. «Su esposo hará un papel brillante en las puertas o *asambleas públicas,* sentado entre los senadores del país.

Ella teje *finísimas* telas y las vende, y entrega también *ricos* ceñidores o *fajas,* a los *negociantes* cananeos.

La fortaleza y el decoro en sus atavíos; y estará alegre y *risueña* en los últimos días.

Abre su boca con sabios discursos; la ley de la bondad o *amor* gobierna su lengua.

Vela sobre los procederes de su familia; y no come ociosa el pan.

Levantáronse sus hijos, y aclamáronla dichosísima: su marido *también,* y la alabó, *diciendo:*

Muchas son las hijas o *esposas* que han allegado *riquezas;* mas a todas tú has aventajado.

Engañoso es el donaire, y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, ésa será celebrada.

Dadle *alabanza para que goce* del fruto de sus manos, y celébrense sus obras en la pública asamblea de los jueces»[4].

4249. ¡Cómo agradecería esa mujer fuerte a sus padres la austeridad con que la educaron!
Si los esbeltos cipreses fueran capaces de recrearse en su esbeltez y de sentir la gratitud, ¡cómo se la guardarían al rígido rodrigón que en sus años tiernos los aprisionó y enderezó!
Ésa es la austeridad y ése su oficio. ¿Cómo administrarla para que produzca el máximo rendimiento con la menor aspereza posible?
Hacedla graciosa.

Cómo se hace graciosa la austeridad

4250. Quizá me diréis: conformes con toda conformidad con la necesidad de la austeridad en la educación; pero, como es amarga, ¿cómo se administran esas amarguras a paladares tan sensibles como los de los niños?
Si para moderar y hacer agradable la amargura del café se ha encontrado el azúcar, para suavizar y hacer agradable la austeridad hay que echar mano de una azúcar soberana, la gracia, la de Dios y la de los hombres.
Padres, madres, maestros, si contarais con la gracia más de lo que contáis, ¡cómo no lloraríais tantos fracasos!

CAPÍTULO XIV

CÓMO LA GRACIA DE DIOS HACE AGRADABLE LA AUSTERIDAD DE LA EDUCACIÓN

4251. Esta gracia puede tomarse en un doble sentido: estricto y amplio. La gracia, estrictamente considerada, es un gran refuerzo y una gran elevación del alma y de sus facultades superiores, el entendimiento y la voluntad. Se adquiere, como todos saben, por el sacramento del bautismo y se aumenta por la oración y la práctica de las virtudes, por la Confirmación y la comunión y, perdida, se recupera por la Confesión.
He aquí un gran medio, el más eficaz y fecundo de todos, de hacer agradable la austeridad educativa, a saber, ungirla con gracia de Dios, o hacerla sobrenaturalmente graciosa.

4252. Un niño recién nacido bautizado tiene, por la gracia del bautismo, a más de otros dones preciosos sobrenaturales, un germen misterioso de vida superior, un principio excelso de fuerza dominadora de sus malas inclinaciones que no tiene el hombre más sabio y más valiente no bautizado.

4253. Si educar es no sólo llevar conocimientos al educando sino desarrollar sus energías internas dormidas o adormiladas, el oficio del educador de niños cristianos, antes que improvisar ideas o fuerzas coercitivas y enderezadoras, es contar con ese germen divino de la gracia sembrado en el alma del niño y desarrollarlo enseñándole cuanto antes, *¡hay prisa!*, a orar y a hacer pequeñísimos actos de virtudes y, a su tiempo, a recibir los otros sacramentos.
Ah, ¡si este oficio se cumpliera bien, *de verdad bien*, sin apresuramientos, ni rutinas, sin pretexto de que son tan chicos, son tan distraidos, son tan...!

[4] Pr 31,10-31

4254. Si los padres, maestros, catequistas se dedicaran *en serio* a enseñar a sus niños a orar, esto es, a hablar con Dios nuestro Padre y con Jesús nuestro Hermano y con María nuestra Madre, a hacer y a repetir actos de humildad, de caridad, de paciencia, de las demás virtudes; a que se confiesen con sinceridad y con dolor; a que comulguen y traten a Jesús sacramentado vivo en el Sagrario, a que oigan su misa *dándose cuenta* de ella, (¡ah, si los niños se enteraran de las delicias y riquezas del Sagrario!); solamente con esta forma suave y paciente de colaboración del educador a la acción interior de la gracia del niño se ha quitado a la austeridad buena cantidad de violencias y amarguras y las más de las veces casi no se nota su intervención.

4255. Si a esta acción interna, silenciosa y eficaz de la propiamente gracia, se le añade la de la gracia exterior, o en sentido amplio, la obra educadora de vencer, enderezar y desarraigar desórdenes de pasiones y egoísmos, y fomentar hábitos buenos, adquiere una extensión e intensidad maravillosas. ¿En qué consiste esa gracia exterior?

En el influjo que producen en el alma los ejemplos y las palabras de Jesús, de María, de los Ángeles y de los Santos, ¡el Evangelio sobre todo! explicado, desmenuzado, hecho leche hasta para los más pequeñuelos.

El gran secreto de la catequesis y de la educación cristiana

4256. En estas horas de angustias ante la persecución del alma de los niños y de ansias porque conozcan y amen a Jesús, yo quisiera que por los catequistas, maestros y educadores cristianos y de modo singular por los padres y madres de familia se leyeran muy despacio y se meditaran estas líneas en las que he tratado de condensar lo que sobre este tema me ha enseñado mi experiencia de catequista y de director de almas.

4257. Jesús, que en el Evangelio es el *Autor* y el *Maestro* soberano de palabra y obra del catecismo, en la Eucaristía además es el *modelo* perfecto y la *fuerza* para cumplirlo.

La misión educadora de los padres y maestros cristianos se reduce en realidad a poner a sus niños *tan cerca de Jesús*, que aprendan *de Él*, en el Evangelio y en Sagrario, todo el catecismo, no ya de memoria, sino de entendimiento, voluntad e imitación.

4258. ¡Ah! y que se hable en todas las formas a los niños de Jesús, que, con que sólo lo vean en una estampa o imagen, o en el Sagrario, ya sepan lo que les dice. Que *los niños se sepan a Jesús vivo:* eso es todo.

El educador que consiga que sus niños desde que casi nacen, no sólo conozcan, sino que traten y quieran (según su modo), y se sepan a Jesús, serán los de verdad educadores y formadores de cristianos, de vida, carácter y conciencia cristianos.

Quizá tenga tan poco arraigo la instrucción que se da del catecismo, aun por los buenos maestros porque se da más letra que espíritu, más lecciones de memoria que ejemplos vivos, más libro de Jesús que Jesús de libro.

4259. Jesús debe tener tal atractivo y tan gran influencia sobre los niños, y deben éstos sentir tal inclinación hacia Él que en su Evangelio no *manda* jamás que vayan los niños a Él, ni que se los llevemos, sino que *los dejemos ir,* no les impidamos ir a Él.

Forma esto contraste con su conducta con la gente mayor, los cargados, los pecadores, los candidatos para apóstoles, etc., a los que manda: «Venite... veni... sequere me».

4260. Sin duda el niño por su pureza e inocencia y, si está bautizado, por la gracia que tiene, pone tan pocos obstáculos a unirse con Jesús, que no hace falta mandato, sino que basta que no les impidan ir a ver, oír y tratar a Jesús, es decir, que, con que se vean, se ponen en inteligencia y en

relación de cariño el Jesús del Evangelio y de la Eucaristía y el Jesús chiquito de la gracia habitual del alma del niño.

Éste, mejor que nadie, que aun el sabio y el teólogo, ve y gusta a Jesús lleno de gracia y de verdad.

Madres, madres

4261. Antes de nacer vuestros hijos; de bautizarlos; de tener uso de razón; balbuceando ¡como sea y como estén!: haced con ellos lo que la Virgen hacía o pudo hacer con el suyo..., habladles como Ella le hablaría.

Orad *con* ellos y *por* ellos. Ofrecedlos muchas veces a Jesús y a la Madre Inmaculada. Dadles el más perfecto ejemplo y, a ser posible, no regateadles el néctar que Dios puso en vuestros pechos para ellos. Contadles muchas cosas del Niño Jesús y de su Madre María.

4262. Ingeniaos en buscar modos de rozar a vuestros hijitos con Jesús... Que su nombre sea la primera palabra que balbuceen, el beso para Él el primer beso, darle gusto la gran razón del bien que hagan, no disgustarlo el gran motivo para que no hagan mal, sufrir porque Él sufrió, perdonar porque Él perdonó, amar como Él amó y ama...

Madres, que vuestros niños conozcan y quieran la cara y el Corazón de *Jesús* antes que ninguna otra cara ni ningún otro corazón: ¡que *se sepan a Jesús!*, porque vosotras, vosotras antes y mejor que nadie, se lo hayáis enseñado.

Educadores

4263. Seguid vosotros la labor de esa madre de verdad cristiana. *Vivid en gracia* de Dios y procurad que en ella vivan vuestros educandos... Vivid en gracia, y la castidad pondrá aromas y atractivos en vuestra palabra y en vuestra mirada para atraerlos, y la paciencia, que no se cansa, sustituirá a la compasión natural que se gasta pronto, y la caridad paciente, benigna, no ambiciosa, que no obra mal, que no se busca a sí propia, os hará fácil lo que para la simpatía y el cariño natural es difícil o imposible: *quered siempre* y a pesar de ingratitudes y de fracasos y de días grises y de malas índoles a vuestros niños.

4264. Y la luz de la lámpara del Sagrario reverberando cada mañana en la hora de vuestra comunión y cada tarde en vuestra visita, sobre vuestra cabeza, reforzará vuestra inteligencia con lumbres de Dios, incomparablemente más intensas que las de los libros de los hombres...

4265. Procurad que *vivan en gracia* de Dios vuestros niños y jóvenes: solamente con ella y por ella *vivirán su verdadera y completa vida,* vida de *pureza* que de los niños hace ángeles y de los ancianos hace niños, vida de *humildad* que es la base más sólida para la virtud y la ciencia, vida de *fe,* de *esperanza* y de *caridad* que afinan, agigantan y espiritualizan lo que tocan y mueven, y que hacen un Jesús de cada niño.

4266. Sin gracia de Dios, ¿qué aguas regarán el lirio de la pureza en el alma de los niños y de las niñas?, y, ¿quién conservará la frescura y los encantos del pudor en sus caras? ¿la ciencia?, ¿la urbanidad?, ¿la despreocupación?, ¿el miedo de perder la salud o la buena estima?, ¿la contemplación de la fealdad del vicio?

¡Qué pocas horas de pureza y continencia da todo eso, si no va reforzado con la gran fuerza de la gracia de Dios!

CAPÍTULO XV

LA GRAN DEFENSA DE LA gracia

4267. ¿Que es muy frágil, como de barro, el vaso en que llevamos ese rico tesoro de la gracia?

Cierto. Desde san Pablo a nosotros bien se han oído lamentaciones sobre las tristes consecuencias de la flaqueza de nuestro barro agravada en los niños por su misma inexperiencia y escasa comprensión de los peligros.

¿Un preservativo contra la flaqueza del barro?

Lo hay y se llama

La piedad

4268. Que es un dulce y devoto afecto con que tratamos a Dios como a Padre que es, a María como a Madre nuestra en el cielo y a la Iglesia como a Madre nuestra en la tierra.

4269. Piedad es inculcar en los niños desde los albores del conocimiento y del cariño con machacona insistencia que Dios que está en los cielos y en todas partes, es su Padre, que los ve en donde quiera que estén, no con ojos de policía, sino de bondad y protección; que se pone contento cuando los niños hacen, piensan o quieren cosas buenas; y disgustado cuando son cosas malas y que, junto a ese Padre tan bueno y tan poderoso, tienen a una Madre, hermosísima, riquísima, santísima, que se llama María, que los conoce por sus nombres, los acompaña a todas partes, los defiende de todos sus enemigos, los pone buenos cuando están malos y se pone triste cuando son malos y radiante de gozo cuando son puros, humildes, obedientes, generosos y estudian y dan sus lecciones bien, etc.

4270. Que para que tengan noticias de ese Padre y de esa Madre del cielo y puedan comunicarse con Ellos y aprender a darles gusto, les ha dado Padre Dios otra madre en la tierra que se llama la Iglesia católica, apostólica, romana, tan rica que es la depositaria de todas las cosas buenas que necesitamos saber, hacer, recibir y rezar para dar gusto a nuestros Padres del cielo y ser felices en el tiempo y en la eternidad...

4271. Si en frase de san Pablo, «la piedad es útil para todo», yo no conozco resorte más poderoso ni elemento más útil para conservar la gracia de los niños y formarlos en una austera y fecunda educación como la piedad.

Hacer a los niños piadosos es enterarlos de su familia espiritual y *encariñarlos* con ella hasta el punto de que, por *instinto,* los móviles, la regla y el fin de sus acciones, aun las más ocultas, sean éstos: Mi Padre Dios me ve, mi Padre Dios quiere... No quiero que mi Madre llore...

¿Cómo se inculca?

4272. Primero por medio del ejemplo propio del educador, después por el aviso o consejo oportuno e incesante, por la descripción de imágenes, historias o escenas a ella referentes, entresacadas principalmente de la Historia sagrada, del Evangelio, de la misma vida de familias piadosas.

Y, por último, muy singularmente por el *roce consciente* con la Liturgia de la Iglesia, dándoles a conocer y a saborear los significados de sus ceremonias. A tomar parte activa en los actos litúrgicos, según la edad y el sexo, y llevando al hogar y a la escuela el espíritu y los sentimientos de cada

fiesta y tiempo del ciclo litúrgico, como de alegría pastoril en Navidad con su Belén, Noche Buena y Reyes Magos.

De mayor austeridad y abstención de diversiones, espectáculos y fiestas ruidosos y mundanos, durante la Cuaresma.

De desbordante alegría, en el tiempo pascual.

De exuberancia de fervor mariano, en el mes de mayo.

De obsequios y cultos populares eucarísticos, en la fiesta del Corpus.

De regocijo tradicional, depurado de las corruptelas paganas introducidas, en las fiestas votivas de los santos Patronos; etc., etc.

4273. Hacer, repito, a los niños piadosos con su Padre Dios, su Madre María y su madre Iglesia y formarles el hábito de pensar, querer, sentir y obrar a *estilo de la familia, y por tenerlos contentos* y de horror al mal *por no disgustarlos,* es educación de la más buena ley y la única duradera. No conozco resorte pedagógico, ni régimen moral, que llegue más adentro del niño, de su entender, de su querer y de su sentir.

Un gráfico de piedad educativa

4274. Yo me permito proponer a los educadores, padres, madres, sacerdotes, maestros y catequistas un gráfico, no escrito ni pintado, sino real y vivo, para que primero lo copien ellos y después lo hagan copiar a sus educandos.

Este gráfico de la piedad es

La Hostia consagrada

4275. O sea, el Hijo de Dios hecho hombre perennemente sacrificado para honrar y desagraviar a su Padre.

La Hostia, es el modelo y la fuerza de la piedad.

4276. ¿Qué es la Hostia consagrada?

Por dentro: Si piedad es, en frase de santo Tomás, el «dulce y devoto afecto a Dios como Padre», la Hostia *por dentro* es el amor filial llevado hasta el sacrificio perpetuo en honor de un Padre: es el Hijo de Dios que lleva el amor a su Padre, ofendido por los pecados de los hombres, hasta hacerse hombre y sacerdote para ofrecerse a Sí mismo en sacrificio de reparación y alabanza.

4277. Con el fruto de ese sacrificio, que es la gracia de los sacramentos, el Hijo sacrificado desea hacer de los hombres de todos los siglos, hijos adoptivos de su mismo Padre, de los cuales Él sea el primogénito, un solo cuerpo del que Él sea la Cabeza, y con el Corazón suyo y con los corazones de todos, formar un solo corazón en explosión perenne e inmensa de amor al Padre.

4278. Por fuera: Accidentes de un blanco pan sin levadura que se labró con muchos granos de trigo molido, se amasó con agua y se coció con fuego.

Ésta es la piedad que debe aprenderse y vivirse en la familia cristiana.

Por *dentro,* amor hasta el sacrificio al Padre que está en los cielos y al Jesús de nuestras misas y Sagrarios.

Por *fuera,* blancura de *pureza,* ácimos de *sinceridad* en el hablar y de *verdad* en el pensar, *trato suave* de hermanos como granos de una misma torba, *buena cara* para dejarse moler por el molino de la disciplina y vencimientos propios y hacerse harina, sin nada de levadura de *malicias ocultas,* jugo de *lágrimas de contrición y calor de intimidad* en el trato afectuoso con el Corazón de Jesús vivo en el Sagrario.

Ésa es la piedad.

Piedad completa

4279. Y como en el orden natural somos hijos de padre y madre, en lo sobrenatural nuestro Hermano Mayor Jesús, no sólo nos ha dado Padre en su Padre Dios, sino que también nos ha dado Madre en su Madre, la Virgen María y en su Esposa la santa Iglesia...

¡Qué dos Madres! La una desde el cielo con su intercesión y sus ejemplos, y la otra en la tierra con su sacerdocio jerárquico, su misa, su credo, sus mandamientos, su oración y sus sacramentos.

¡Cómo invitan y ayudan a los cristianos a ser ellos muy hijos del Padre Dios, de la Madre Inmaculada y de la madre Iglesia, y a sacrificarse con su Hermano Jesús para multiplicarlos entre los hombres!

4280. Si san Pablo ha dicho que la «piedad es útil para todo», nosotros podemos añadir: ¡cómo embellece y fecunda la piedad la vida y la acción del cristiano! ¡No vivir para sí, sino para sacrificarse cada día a fin de poblar la tierra que va pisando de buenos hijos de Dios, de la Virgen y de la Iglesia!

4281. Espíritu Santo, dador del espíritu de adopción de hijos y del don de Piedad, derrama sobre los niños y sus padres y educadores y sobre mí torrentes de la *Piedad completa que enseña y produce la Hostia consagrada...*

¿Es posible esto?

4282. Antes de pasar adelante quiero dejar bien sentado que, si inculcar esta piedad en los niños es difícil, sobre todo en la más tierna edad, no es imposible ni obra *de romanos,* y como los hechos convencen más que las razones, allá van unos cuantos que os harán reír, pensar y decidiros.

Dar a saborear a Jesús

4283. ¡Cuántas veces, madres, os he dicho que vuestra misión, vuestra más dulce y urgente misión, es la de hacer que vuestros hijos se sepan a Jesús en el doble sentido de la palabra, conocerlo y saborearlo!

Os voy a contar una escena que me refieren unos comulgantes, y que ellos presencian conmovidos, de una madre que cumple a las mil maravillas ese misión en la Parroquia de uno de los barrios de Madrid.

No saben su nombre; deducen que debe ser de muy modesta posición, por el pobre, aunque limpio atavío con que la ven en el templo. Cada mañana la ven acercarse a comulgar, llevando en brazos a una pequeñina de año y medio a dos años. Mientras comulga, los ojos de la niña siguen con singular devoción a la sagrada Hostia desde la mano del sacerdote hasta la boca de su madre.

A la par que ésta, cuando recibe a Jesús, cierra los ojos como si fuera ella la comulgante, hasta que al tratar de levantarse la madre del comulgatorio, se yergue graciosa de entre los brazos y le estampa un beso muy calladito en la boca, y con las manos juntas delante del pecho vuelve con Jesús y con su madre a su asiento.

¡Preciosa, finísima comunión espiritual a los dos años!

¡Ingeniosísimo modo de dar a conocer y a saborear a Jesús aun antes del uso de la razón!

Los ahogos de una contemplativa de seis años

4284. Merceditas, ¿por qué durante el recreo te pasas tanto rato en la capilla? ¿No tienes bastante con el ratito de la bendición?, pregunta, un tantico intrigada, a su sobrinita, colegiala de un convento de religiosas, una buena María, tía suya.

-¿Sabes por qué, tita?, dice respirando muy fuerte la sobrinilla; pues te lo voy a decir: mira, me voy a la capilla porque tengo tantas cosas que pedirle al Señor que, durante la bendición me ahogo, de lo pronto que se acaba, y no me da tiempo para eso, eso es, para desahogarme a mi gusto... Y lo que yo le digo: bueno, como Tú estás ahí siempre, espérame que ya vuelvo para echar un ratillo más largo...

....

La tía, como es natural, me lo cuenta embobada con su sobrinita y yo me creo que no es sólo a la tía a la que le pasa eso, sino que también al lado allá de la puertecita dorada hay un Señor más embobadito con la fe tan viva y tan ingenua de su contertulia.

Jesús comentado por los niños

4285. ¡Cuánto me hace disfrutar oír a los niños hablar de Jesús, de cómo se lo representan ellos! Hablo de los que ya conocen, por la cristiana educación de sus padres y maestros, un poco la vida de Jesús. ¡Qué comentarios tan deliciosos y pintorescos sobre los hechos y dichos de Jesús son las ingeniosas, inocentes y acertadas espontaneidades de los niños! Y añado acertadas, porque lo que en ellos falta de ciencia y de estudio lo suple a veces con aumentos la penetración que en las almas pone la pureza.

«El corazón puro, dice el autor de la Imitación, penetra el cielo y el infierno».

Varios casos

4286. Teresita del Niño Jesús, y no la que está en los altares, sino una Teresita sevillana, de casi cuatro años, de carne y hueso, aspirante *rabiosa* a comulgante, está encantada con una vida ilustrada de Jesús que le han regalado sus papás. Repasando sus páginas y contemplando sus vistosas estampas ¡qué bien distingue a Jesús niño, adolescente, hombre ya, y qué bien sabe poner en su boca y en sus ademanes la palabra que debe estar diciendo o la lección que debe estar enseñando!

4287. Aquí, comenta Teresita, está diciendo el Señor a estos feos que le quieren pillar en un embuste: ¡hipócritas; *¿se creéis ustedes* que me la vais a pegar a Mí?... Aquí ha visto a ese niño que estaba llorando porque le había dado sin querer un pisotón este apóstol y le dice: ven acá, hombre, y le da un beso y un abrazo muy apretado... Aquí se mete en el río Jordán para que lo *bautise* san Juan Bautista...

-¿Y qué diría al meterse en el agua, Teresita?, preguntó una hermana mayor que le sirve de maestra a ratos. -Yo no lo sé, responde tranquilamente, pero te aseguro que si a mí me meten en un río lo primerito que digo es, *¡Jesú*, que fría está!, y el Señor como tenía tanta paciencia, se calló y no dijo ni *¡Jesú...!* Aquí está lavando los pies a los apóstoles...

-Oye, ¿y por qué se los lavaría?

-Pues, hija, ¿por qué se los iba a lavar?, pues porque los tendrían sucios y al Señor le gusta todo muy limpio...

¿Veis?

4288. ¡Qué bien conocido y sentido y dado a conocer y sentir está Jesús en los labios y en el corazón de Teresita!

Cuando oigo a los niños comentadores de Jesús, paréceme verlo al lado de ellos sonriente y gozoso...

Padres, maestros, catequistas, daos prisa para que vuestros niños empiecen a saber, desde que puedan balbucear, no sólo el nombre de Jesús, sino lo que dice y lo que hace Jesús: ¡Le hace gozar a Él tanto y les hará a ellos tanto bien!

Un catecismo entre moros y cristianos

4289. En una de mis parroquias de terreno africano, tienen establecido un catecismo diario para niños de todas las religiones que por allí abundan, singularmente, cristianos, hebreos y moros. Quiero presentaros un caso que a mí me ha hecho reír y casi llorar.

Explicaba en uno de los grupos, en que casi todos son moritos, una catequista *especialista en moros* la pasión del Señor.

He de advertir que la Pasión en tierras de cristianos y hebreos, como la que nos ocupa, tiene una actualidad mayor y un interés, si vale así decirlo, más personal que en tierras de solos cristianos.

La idea de que éste es hijo o nieto del que escupió, pegó o mató al Señor, se ocurre fácilmente a las inquietas cabezas de los niños cristianos y les pone en ocasión de solidarizar a los descendientes con los ascendientes y de echar sobre aquéllos la indignación que aquellas injusticias suscitan en sus almas. De ahí la suma cautela con que maestros y catequistas traten de estas cuestiones y eviten luchas y represalias.

4290. ¡Qué fecundidad, me digo yo cuando contemplo estos casos, qué fecundidad la de los actos de nuestro Señor Jesucristo! ¡A los veinte siglos de relato de sus penas levanta oleadas de dolor y de indignación aun entre niños juguetones y volubles!

Voy a mi caso: explicaba mi *especialista* en *moritos* a un grupo de ellos la pasión y observa que a uno de ellos le iba subiendo el rojo sobre su tez morena, le iban asomando dos lágrimas por los ojos y se notaba que hacía esfuerzos por tragar en seco o echar fuera algo que le costaba trabajo salir...

-Zeñorita, exclama al fin en tono compungido y con acento andaluz neto, ¿bamo a cambiá la conversación? Porque no pueo má... Y un resoplido y un puñado de sollozos salieron al fin de sus cárdenos labios como explosión de aquel corazoncillo moro ahíto de dolor por los dolores de Jesús...

pasión de mi Señor Jesucristo compadecida y llorada a los veinte siglos por los niños moros de África, ¡qué grande y qué divinamente fecunda eres!

¡Vaya si se dan cuenta los niños!

4291. Son dos casos de dos personajillos que ni se conocen entre sí, pero que van conociendo ya casi por instinto al Amigo de los niños, gracias a la acción del celo catequístico.

Uno es un Miguelito de unos tres años, amigo y muy amigo de una María que vive en un piso de su casa. Le encanta ver las estampas que ésta le enseña y sobre todo se le ha quedado grabada, más en el corazón que en la memoria, una de Jesús crucificado a quien él ha dado en llamar compasivamente «¡El Señor de las espinas!».

4292. Uno de estos días nuestro Miguelito se cayó, haciéndose una herida debajo de la barba: echaba mucha sangre y el pobre niño lloraba sin consuelo. En medio del llanto decía: «¡Que me traigan al Señor de las espinas!», y lo le repetía hasta conseguir le llevaran una estampa, pero viendo no era la que él pedía prosiguió llorando y pidiendo *la de las espinas.*

Se la llevaron por fin, y, aunque más consolado, no se quedó conforme: su fe era algo parecida a la de aquel Régulo del Evangelio que pensaba no podía Jesús curar a su hijo sin ir a su casa y tocarle.

4293. Nuestro Miguelito instaba a la María diciéndole: «¡Que me la vea!, ¡que me la vea!» En vano le respondían que el Señor de las espinas veía su herida sin quitarle la venda. Él no se conformó hasta que descubriéndole la herida le pusieron muy cerca la estampa *¡para que Jesús la viera!* Entonces, ya convencido de que el Señor de las espinas había visto compadecido su herida, se quedo tranquilo y callado, exclamando después muy contento: «¡Ya se me quitó!»

¿No da mucho que pensar el caso de Miguelito...? ¿No pensaría él, a su modo: El Señor que sabe lo que esto duele, porque Él tenía muchas heridas de las espinas, se compadecerá de verme y me curará? Y, en efecto, le consoló y le calmó el dolor.

¡He aquí la influencia de una buena catequista!

4294. El segundo caso es de un niño de un pueblo cuyos habitantes suspiraban por la lluvia para sus campos agostados. El chiquillo harto de oír lamentaciones y súplicas por la lluvia, se asoma a su balcón y, con todas las fuerzas de sus pulmones grita mirando al cielo: «¡¡Niño Jesús, que llueva, que te voy a mandá una *cañadú* al cielo!!»

La influencia del ambiente de un pueblo que, aún cree y espera en que de Dios ha de venirle el remedio.

4295. ¡Familias cristianas, pueblos cristianos, Marías, catequistas, apóstoles cristianos, luchad cuanto sea preciso para que vuestros niños no se queden sin ese Jesús que los hace puros, candorosos, creyentes, fuertes, valientes y... hasta graciosos!

Un error frecuente en los educadores:
¡Como el niño no se entera!

4296. He oído hartas veces esta razón a padres, maestros y educadores para no cuidarse de vigilar a sus educandos y observar sus inclinaciones, enderezando las torcidas al punto de aparecer, robusteciendo las rectas y saludables y sembrando piedad.

-¡Es todavía tan inocente mi niño o mi niña!, ¿de qué cosa mala van a ser capaces?, ¿para qué preocuparlos antes de tiempo?, ¡al fin y al cabo, cosas de niños! ¿Cuántas veces no habéis oído esas frases o parecidas a los educadores, para justificar la libertad y el desamparo moral y de tutela en que dejan a las tiernas plantas a sus cuidados confiadas?

4297. He dicho y no me cansaré de repetirlo: hay que empezar a educar a los niños desde que nacen y hay que dar más tiempo y cuidado a la vigilancia y observación de los niños, y mientras más inocentes, más que de los mayores.

Es más fácil, prudente y económico arrancar la mata que apunta y enderezar el tallito que comienza a crecer, que arrancar o enderezar el árbol viejo.

Vaya un caso

4298. entre mil de cómo entre niños muy pequeños y muy inocentes, apuntan defectillos de fácil curación en sus principios y dificilísima después.

Dos hermanitos, el mayor de seis años y el menor de cinco, vienen a visitarme vestiditos de blanco los cuerpos y transfiguradas las caras con la luz y la alegría de la primera comunión.

¡Qué felices venían de recibirla y con qué alegría me saludaban poniéndose de rodillas para que los bendijera!

Después de la bendición y de las enhorabuenas de rigor, entramos en el comentario de acto tan hermoso realizado en tan corta edad.

4299. -Quería yo saber, les preguntaba, cuál de los dos ha hecho mejor su primera comunión.

Y anticipándose el mayorcito y hablándome con la viveza de sus ojillos negros y el meneo de sus manecillas enguantadas de blanco me responde:

-Mire usted, señor obispo, de mí no sé qué decirle a usted, porque uno, ¿qué va a decir?, pero de éste, de este niño sí le puedo decir que casi todito el tiempo se lo ha pasado mirando para un lado y para otro, para acá y para allá y un servidor me lo quería comer con los ojos pero ¡como estaba delantito de mí!... Al uniquito que no miró nunca fue a un servidor... ¡pero yo no hacía más que decir: ¡valiente niño!, ¡valiente niño!

4300. Como el chico oía al mayor con cara complacida y su misa y no se defendía, salí yo a su defensa.

-Pero mira, digo al blanco acusador, tu hermanito habrá estado en su comunión muy distraído, mirando, como tú dices, a todos lados y no al altar o a su librito o rezando con los ojos cerrados; pero me parece a mí que tú has estado más distraído que él...

-¿Yo?, ¡cá!, no señor, si no he mirado para ningún lado y hasta me duelen los ojos de tenerlos tan cerrados...

-Pues yo creo que por lo menos has estado tan distraído como tu hermanito con tanto mirarlo tú...

Momento de silencio y de perplejidad cortado súbitamente con una sonrisa de triunfo.

-¡Cá!, no, señor obispo, es que usted no sabe en donde estaba yo... mire usted, mi niño estaba aquí (y lo coloca un poco más allá) y un servidor estaba detrás, pegandito a las monjas, así que el altar estaba allí al frente, mi hermanillo en medio y yo detrás. Así que para mirar yo al altar, tenía que mirar sin querer a este niño...

4301. Bien, bien, así es que según tú, la mejor primera comunión ha sido la tuya.

Y dándose rápidamente cuenta de su no airoso papel de acusador del hermano y de alabador propio, cambia de tono y en el más compungido de ellos cierra el diálogo.

-Mire usted; mejor o peor Dios lo sabe... porque, como dice mi tita, ¡es uno tan pecador...!

¿Véis en esa graciosa salida de humildad el golpe oportunamente dado por una educación vigilante al brote que apunta en esa almita inocente de orgullillo acusador?

Educadores, ¡con qué ganas repito: hay que educar a los niños desde una hora después de su nacimiento!

Las sinceridades infantiles

4302. ¡Qué encantadoras son! Y, ¡cómo me complazco en provocar esas deliciosas ingenuidades!

Un caso

EN MADRID

-¿Y rezas todos los días, por la mañana y por la noche, tus oraciones?

-Sí, señor.

-¿Y con formalidad, sin distraerte ni dormirte?

-Sí, señor.

-Y, ¿todos, todos los días?

-Sí, señor, y mire usted, algunas noches rezo los cinco Padre nuestros de la noche y los cinco Padre nuestros de la mañana.

-Y, ¿para qué tanto?

-¿Para qué?, pues para que no se me vaya a olvidar rezarlos por la mañana, y digo: ¡ya está eso arreglao!

Otro caso

EN SAN SEBASTIÁN

Un plebiscito

4303. ¿Quién es más buena?, pregunto a cinco chiquitas de seis a ocho años.
Todas sonríen y callan.
-¿Cuál te parece a tí más buena de las cinco?
-Ésta.
-Y, ¿a tí?, pregunto a todas, y con rara unanimidad todas proclaman por más buena a la misma.
En efecto, yo, sin conocerla, sólo por su cara, también le doy mi voto.
-Ahora vamos a la pregunta al revés: ¿Quién es la más mala?
Una mirada hacia abajo, como de rubor, y otra de reojo y como a hurtadillas hacia un mismo punto es la respuesta callada que me dan, porque con la boca ninguna responde.
-¿Os cuesta trabajo decir quién es la más mala?, ¿verdad? Pero no os costará tanto decir cuál es de las cinco la que tira los pellizcos más fuertes a sus compañeras...
Otra mirada más acentuada y menos recatada a una misma.
Me dirijo a la aludida, una chiquita vestida de celeste, con cara de ángel picaruelo y le pregunto:
-¿Tú tiras pellizcos muy fuertes a tus hermanitas y a tus primitas, cuando te enfadas con ellas?
Y, con sonrisa entre candorosa y picaresca y con cara de no querer decir mentiras, me responde enseñándome sus dedillos enfundados en blanco guante:
-Cuando tengo esto puesto, tiro unas pellizquillos muy flojos...

Hambre de Jesús en una primera comulgante

ESCENA 1ª

EN EL COLEGIO DE UNA BUENA MAESTRA

4304. Una chiquita de ojos muy vivos y centelleantes y de cara afilada decía uno de estos días a su maestra que preparaba a sus alumnas para la primera comunión:
-Señora Directora, dice mi mamá que no quiere que haga la primera comunión.
-¿Tu mamá? ¿Pero tu mamá no es cristiana?
-Si, señora, pero dice que como no tengo traje blanco que no puedo.
-¿El traje blanco?, pero, ¿qué importa?, lo que hace falta es llevar blanquita el alma. El traje, con tal de que esté limpito, como sea.
-Pues eso le he dicho yo muchas, muchas veces... y ella ¡que no y que no! La niña rompe a llorar.
-Pobrecita mía, ¿por qué lloras?
La niña entre sollozos:
-Lloro... porque... yo tengo muchas... ganas... muchas... de recibir al Niño Jesús.
-¿Tanto le quieres?
-¡La mar!
La niña corta de pronto el llanto y cambiándolo con una sonrisa, aún mojada por las lágrimas, exclama en tono de la más decidida convicción:
-Bueno, pues yo le digo a usted que tengo que comulgar pronto... ¡muy prontito!
-Y, ¿por qué dices tú eso?

-¿Por qué?, y besándole las manos con efusión y alborozo se despide diciéndole: ya lo verá usted y ¡qué prontito!

ESCENA 2ª

SALA DE NIÑAS DEL HOSPITAL PROVINCIAL

4305. A los pocos días de la anterior conversación se encuentran en el hospital rodeando la camita de una niña recién operada los padres y la maestra. ¡Era la niña sin traje blanco!

Demacrada aún por los sufrimientos de la enfermedad y por la operación en extremo delicada, pero rebosándole la alegría por sus ojillos vivos, coge con su manita derecha la de su madre y con la izquierda la de su maestra como para incorporarlas más hacia ella y con cara inocentemente picaresca dice a las dos:

4306. Bueno, tengo que darles una noticia muy buena, muy buena... y es que el Niño Jesús y yo nos salimos con la nuestra... con lo que queríamos... Usted (dirigiéndose graciosamente a su madre) se empeñó en que si trajecito *pacá,* si trajecito *payá* y yo fui y me empeñé con el Niño Jesús en que tenía que comulgar, fuera como fuera... y mire usted cómo me ha hecho caso..., me puso malita para que me trajeran aquí y antes de la operación le dije a la Hermana si podía llamar al padre capellán y vino y me confesé y por la tarde me acordé de otra cosilla y se lo dije a la hermana y vino otra vez el padre y al otra día ¡mi primera comunión...! ¡Más rica...! ¡Estuve tan a gusto!, ¡casi no me enteré después de la operación y de todos los pinchazos que me han dado por ahí, por el cuerpo...!

Más que palabras, fueron besos, mojados con lágrimas de arrepentimiento de la madre y de la familia y de satisfacción de la buena maestra el comentario y la respuesta.

....

4307. Padres, maestros, gobernantes, ¡no prohibáis a los niños acercarse a Jesús! Dice tanto esa primera comunión teñida en rojo de sangre inocente en sustitución del traje blanco!

Los escrúpulos de una comulgante de siete años

4308. «Una chiquita de siete años preguntaba si el Niño Jesús no querría venir a su pecho porque habiéndosele roto las mangas, su madre, que no podía comprarle otro traje, se las había recortado...»

El amor hasta el sacrificio de la piedad infantil

4309. Ved lo que me escribe una educadora *rebosante* de Jesús:

«El día de la Inmaculada hicieron diez, entre niños y niñas la primera comunión; entre ellos una con cinco años y su hermanito con seis, contándome su padre que, durante la noche, se despertaron muchas veces para preguntarle si era ya hora de levantarse, y al decirle a la niña que por qué no se dormía, le contestó que iba a recibir al Niño Jesús y, si se dormía, no iba a estar temprano en casa de la señorita. Viven en el campo y, aunque estuvo lloviendo toda la noche, fueron los primeros en llegar. Esta misma niña ofreció por la tarde una azucena a la santísima Virgen con las mortificaciones que había hecho durante la preparación, siendo algunas heroicas.

4310. Y ¡qué mortificaciones han ofrecido algunos primeros comulgantes!

Uno muy charlatán ha estado hablando por señas muchos días. Otra muy embustera ha dicho la verdad, aun en contra suya, edificando mucho a los demás.

Dos de cuatro años pedían hacer su primera comunión y, al decirles yo que no sabían lo que eso era, me contesta una de ellas que sí lo sabía; que no le faltaba más que poner la lengua y luego el Niño Jesús se entra en mi corazón y yo lo aprieto como Tarsicio y me matan y no lo suelto, y cuando yo *me acoste*, *se acosta Él* y cuando yo juegue, *juga* conmigo.

4311. Uno muy travieso y muy pobre, pero buenísimo y que lo tengo en el catecismo desde mucho tiempo, me lo encuentro el otro día y me para, para decirme que está deseando que su padre trabaje para poder ir al colegio católico, que lo estaba deseando y, por último, llego una mañana y me lo encuentro allí. Le pregunto que cómo era aquello y dice que su madre estaba colocada y que las primeras pesetitas eran para su colegio».

De cómo niñas obreras rodeadas de odios comunistas se hacen piadosas

4312. El día de retiro que tenemos para las niñas mejores de los catecismos de Málaga, es de unos resultados consoladores en extremo. ¡Cuántas niñas ya mayorcitas se van iniciando en la piedad, en la oración y se van dando cuenta de la vida interior gracias a esos días de retiro en Villa Nazaret tan adecuados a ellas!

Véase cómo una de las pequeñas ha cogido en su libreta de apuntes lo que más le ha llamado la atención de algunas pláticas. Respetamos la *ortografía original*, que junto con modismos populares andaluces agradará a nuestros lectores:

«De las prácticas que dijo el padre el día 8 de enero de lo que estubo hablando fue de todo lo que hacía el Niño Jesús y lo que hablaba que cómo dormía el Niño Jesús en cuanto se dormía empezaba a ensoñar y no es como otros niños que cuanto se acuestan ensueñan que le han comprado uno zapatos y que va a ser muy rico al contrario el Niño Jesús ensoñaba que el era pobre.

4313. *Cuando jugaba hay otro niños que jugando y nadamas que están pegándose y diciendo palabra fea y él el Niño Jesús cuando veía jugar a su primo y de más amiguitos no podía está estaba deseando que le dijera su madre que se fuera a juguar y en cuanto se lo dijo se puso muy contento como todos los niños cuando les dice su madre que jueguen y el Niño Jesús no juguaba como otros niños que esta juguando y peleándose y el Niño Jesús cuando jugaba su juego era hablarle de Dios y cuan beía un pajarito decía el Niño Jesús tu no ve ese pajarito ese lo ha hecho Dios y van por un campo beía flores que no estaban en jardines y le decía veis esa flores que ni la cuidan ni nada y miras que bonitas esta todo esto lo ha hecho Dios y aquellos niños que lo estaban escuchando su primo diría no ves que primo tan bueno tengo y los otros se quedarían con la boca abierta y dirían que Niño tan bueno y no sabían que el Niño era el mismo Dios el que a derramado su sangre en una cruz clavado por nosotros y también no nos dejó como otros niños cuando se mueren que dejan un vestido y unas cuantas cosas asín y esa madre acordándose de su hijo guarda muy bien aquel vestido y Jesús antes de morir ni nos dejo un poco de sus vestiduras si no que nos dejo su mismo cuerpo y nosotras que poquita le damos a el nos pide que nos ponguamos el vestido más largo y nosotras decimos como que yo me boy a poner el vestido y todo se lo recateamos y el no nos recatea nada.*

4314. *Los propósitos que he sacado de la práctica de esta mañana han sido lo que a dicho el padre de las tres o de la ovejita obediente ofrecida. Un ejemplo de la ovejita mi madre a comprado de postre naranjas y hay unas más goldas y otras más menudas y me dan una de las menudas y aniguar de decir que esa no la quiero porque es muy menuda estarme callada y comérmela mejor que si fuera una más golda, otro ejemplo de la obediencia. Mi madre me manda que valla a la compra y me dijo mi madre que biniera pronto y llendo a comprá me encontré con unas cuanta amigas y me dijeron bienes colmigo que nos vamos arei mucho y yo aniguar de decir de sí pues*

mira yo no puedo ir porque mi madre me a dicho que no talde y tu comprendas que tengo que obedecer a mi madre.

De este retiro he sacado la obediencia.

S.A.»

De este pulimiento de almas, aparte de otros bienes, ¡cuántos se pueden sacar para el apostolado *entre semejantes,* el de las niñas por las niñas!

Las niñas apóstoles

4315. Y con el cultivo de la piedad, ¡cómo se fomenta el celo del apostolado entre sus semejantes!

Si el espíritu de sacrificio reparador va siendo característico en estas niñas escogidas de los catecismos malagueños, que, por medio de los días de retiro y del trato frecuente con las Marías se van formando en la verdadera piedad, no es menos característico en ellas el espíritu de apostolado. ¡Cuán interesante es formarles la conciencia de sus deberes apostólicos!

4316. Véase cómo practican estas niñas *el apostolado entre semejantes* que tanto recomiendo. Ellas mismas han escrito lo que cada una ha hecho durante el mes.

Dice una:

«¡Viva Jesús mi amor!, ¡muera el pecado traidor!

En el mes corriente he hecho que tres o cuatro niñas que no conocían a Jesús lo conocieran llevándolas al catecismo, a misa. Estas niñas iban mucho al cine y ya no van porque el Señor me ha dado fuerzas para que yo haga que le conozcan; las he traído al retiro.

Les he dicho que cuando vayan a la iglesia estén con respeto, porque es la casa de nuestro Señor Jesucristo. Les he dicho que hagan sacrificios, también les digo que cuando sus madres las manden a un mandado que ellas no tengan ganas de ir que vayan, así hacen un sacrificio y a la vez obedecen. Rezo el rosario diariamente por todos los pecadores del mundo. También he hecho sacrificios de no darle gusto a la vista y dárselo a Jesús.

Todo esto lo hago por amor a mi *Jesucito* y a la santísima Virgen y para quitarle las espinas al Corazón de Jesús que tanto le duelen y clavárselas al mío, aunque me duelan mucho sufrirlo por Jesús».

4317. Otra escribe en su papelito:

«Medios con que he sido apóstol:

1º Llevando niñas a mi casa a enseñarles juegos que me enseñan en Nazaret.

2º Yendo a su casa a por ellas y llevarlas al catecismo.

3º Llevarlas a que oigan la santa misa.

4º Me llevaba una niña a mi casa y la preparé para que *isiera* la primera comunión porque su padre no la dejaba *hir* al catecismo.

5º Llevármelas a comulgar y prepararlas antes.

6º Llevándome las niñas a Nazaret.

7º Cuando he ido por una para llevarla a misa y no *a* querido *enves* de no ir yo pues *boy* y le pido al Señor por ella entonces he sido apóstol por el ejemplo.

8º Cuando faltan al catecismo voy *a ver* por qué no van.

9º Llevar niñas al retiro».

4318. Otra que sabe el «arte de ser apóstol» menudo y gracioso:

«Medio en que he sido apóstol ha sido *llendo* en busca de una niña para que *baya* al catecismo y al retiro.

-Otro medio de ser apóstol: he cogido a unas cuantas niñas y me *la* he *llevado* a mi casa y le estoy dando catecismo y muchas tardes *voy* a la iglesia de la Victoria con todas las niñas y *resamos*

rogativas de los niños ante el Sagrario para hacerle una visita a Jesús que está noche y día *enserradito* en el Sagrario esperando que *ballan* a consolarle.

-Otro medio: yo tengo unas cuantas amigas que le gusta mucho el cine y un día iba yo para el catecismo y le digo ¿a donde *bay?* y me dicen: -al cine-.

-¿Queréis venir a otro cine que no os cuesta nada?, pues *mirá* en la Victoria lo echan. -Es que no tenemos aquí el velo.

-Y yo le dije, pues vamos *ir* a tu casa *mientras* que empieza y después nos fuimos todas y estando *hayi* las niñas decían *verso* y después me dijeron que ya iban a venir siempre al catecismo y que ya no irían tanto al cine.

4319. Yo conozco a un matrimonio y tienen a una niña sin bautizar porque el padre no quiere y yo le dije un día: *¿usté* por qué no quiere que se bautice la niña?, y él me contestó: eso son tonterías.

Después le pregunto a la madre y me dijo que sí, entonces yo le dije al padre que cómo se *llamaba* sus padre y el me lo *hiba* diciendo y después lo puse en un papelito para que no *me se olbidara, entose* fui yo y se lo dije a una catequista y ella me dijo que sí que se lo diría a un Padre. Y el Padre le dijo que sí que la podía llevar cuando quisiera.

4320. Vivía por allí una niña que yo no la conozco y le dige un día adios y ella me contestó adios y al otro día le dige: ¿te vienes conmigo a mi casa que *bamos a jugar* mucho?, y ella me dice: -bueno- y ya que estuvo un buen rato se fue y al otro día se *biene* también y le digo, mira ¿a tí no te gusta de ir a misa ni al catecismo?, y me dice: yo como no he *hido* nunca... pues mira mañana hay catecismo ¿tu vas a venir? -bueno- *entonce* la llevé y cuando ya se terminó el catecismo me fui yo con ella y me dijo que ya siempre va a venir y le gusta mucho y que está *deceando* de que lleguen los días de catecismo.

A.S.R.»

4321. ¿No es verdad que esas niñas que tan bien van aprendiendo los menudos apostolados de la amistad, del saludo, del juego, del ejemplo, de la palabra persuasiva y cariñosa, de la oración y del sacrificio no tardarán en merecer «sobresaliente» con diploma de honor en el *Arte de ser apóstol como Dios manda?*

Una maestra de las graciosas me escribe:

4322. «Estos niños se electrizan con el Jesús del Sagrario que tan bien conocen y tanto amor le tienen. ¡Si los oyera comentar los párrafos del Evangelio a su estilo...! Una de primera comunión me contaba ayer con toda la ingenuidad de sus seis años, pero sin omitir detalle, la parábola del Buen Pastor.

Hoy sólo le referiré el caso edificantísimo de una niña que se fue al campo y, cuando vino, me trajo a otra niña preparada por ella para la primera comunión. Vino con su catecúmena tres días antes para que yo viera si estaba bien, y al mismo tiempo que me decía que le había contado todo lo que les decían en el catecismo y lo que a ella le enseñó la señorita para comulgar, me dijo que como no tenía recortes de hostias, no se comió los barquillos que le llevó su padre y le sirvieron para el ensayo.

4323. Una vez aquí y examinada, pudo muy bien comulgar la niña, como así lo hizo, pues el señor cura la encontró muy bien dispuesta.

Diez años tiene la niña y su pequeño apóstol, nueve. A última hora surgió una grave dificultad: el padre de la niña se oponía a que su hija fuese al pueblo con el pretexto de que en otra ocasión iría y haría la primera comunión. Eran inútiles todas las razones alegadas por las dos pequeñas. Ni siquiera accedió a las súplicas que, de rodillas, le hacía la inocente catequista..., pero al fin se rindió.

4324. El secreto de esta conquista, según me dijo la angelical Catequista con toda reserva, se debió a que ella «le dijo a santa Teresita que le rezaría un rosario en cruz...».

Esta misma niña daba catecismo diariamente a todos los niños y niñas que vivían en aquellos campos, en donde carecen de toda instrucción religiosa».

Menudos apóstoles y confesores de la fe

4325. *Una catequista de cuatro años:* «María Cristina, así se llama, se dispone para ir al catecismo (a enseñar la doctrina, dice ella) diciendo a su tía: *-Títa, quítame el rizo de la frente, que voy a la iglesia a enseñar la doctrina...* (Traslado el aviso oportunísimo a las catequistas maquilladas y aligeradas de ropa y gravedad cristiana).

Se ha dado cuenta de que van al catecismo niños, ya *grandes*, que no saben nada, y dice que ella quiere enseñarles a todos quién es la Madre del Niño Jesús, que es la Virgen María».

¡Qué rica misionera mariana!

Un niño aspirante a mártir

4326. Me escriben de Málaga:

«Como sé cuánto le gustan las cosas de sus chaveítas le voy a contar una cosa, que le ocurrió a un niño, al venir del colegio esta Semana Santa.

Venían él y su hermanito muy formales por la calle, del colegio a su casa, y en éstas un hombrote que los para y, dirigiéndose a uno de ellos le pregunta: Oye, niño, ¿tú crees en Dios?, y el chaveíta, muy serio le responde: ¡Sí, señor! Y entonces el hombre descargó sobre el niño toda su furia y empezó a golpearle y a decirle palabrotas, sin que el maltratado replicará ni hiciera por defenderse y, cuando ya se hartó aquél, se fue y los niños también se fueron hacia su casa, el uno llorando porque hubieran pegado a su hermanito y el otro nerviosillo, colorado y medio llorando.

4327. A las preguntas de la madre, alarmada al verlos llegar así, se lo cuentan todo, y el pequeño confesor de la fe le dice después: Mamaíta, esto que me ha pasado será que el Señor me quería probar para ver si lo negaba.»

Que el Amo bendito guarde en su Corazón a ese simpático aspirante a mártir.

Delicadezas de sentimientos de unos niños para con los sacerdotes

4328. Me escriben de Granada:

«Con ocasión de la detención y prisión de un Canónigo, un padre jesuíta y dos párrocos, todos dignísimos, que, junto con varios caballeros honorables fueron encarcelados en julio pasado, sin que hasta ahora se sepan los motivos de la detención, cuatro niños de la catequesis espontáneamente fueron a la cárcel a visitarlos y, llenos de pena al verlos allí encerrados, pensaron cómo distraerlos y cada uno compró un periódico católico y se lo llevaron *pa que* no se aburrieran en la cárcel...

Como son pobrecitos, uno no tenía los diez céntimos y *engañó* a su hermanillo para que le diera una perra gorda que tenía. Tan delicado obsequio mereció ser festejado por todos.»

4329. catecismo, educación cristiana, ¡qué semilla tan fecunda eres de delicadezas, heroísmos y graciosas precocidades!

Reparación finísima

4330. Privado por mi forzosa separación de mi diócesis de darme el gran gusto de asistir a los catecismo y pláticas con mis queridos chaveítas, recibo consuelo grande al leer y saber noticias que buenos curas y catequistas me dan.

Ved un ejemplo.

Entre las niñas más constantes al catecismo y que siguieron fieles después de aquellos dos años en que tantos escándalos recibieron los pequeñuelos, había algunas de comunión diaria, que hacían su día de retiro mensual y ofrecían muchos sacrificios al Señor.

4331. Es muy gracioso ver el ingenio que tienen: Hicieron un pesito o balanza de cartón. En un platillo colocaban unos saquitos llenos de serrín con sus respectivos letreros. En unos dice «blasfemias», en otros «profanaciones», en otros «quemas de conventos» y así sucesivamente en cada saquito una clase de pecados.

En el otro platillo, ponen los sacrificios que han hecho para reparar esas ofensas y son cosas que admiran y edifican...

4332. En aquellos papelitos que van depositando las niñas en el platillo de la reparación se lee: «misas de rodillas», «privarme de la merienda», «muchos ratos de silencio», «comer una cosa que no me gusta», «tomar el café sin azúcar», «meterme unos chinos en los zapatos». Y otros muchos de ese repertorio de cosas al parecer quizá pequeñas, pero de un mérito incalculable no sólo en niñas sino aun en personas mayores.

4333. Y es que los niños, cuando dicen a tomar una cosa en serio no lo hacen a medias: propuestos a no dejar pasar ocasión de ofrecer un sacrificio por una idea que les llegue al alma, como en este caso es la de consolar al Corazón de Jesús por las amarguras que otros le dan, aguzan su ingenio y saben aprovechar tan bien cuanto se les ofrece, que es para avergonzar a los mayores.

4334. Quizá esa balanza de *original manufactura* no podrá dar *exacta* la diferencia entre los saquitos de serrín y los papelitos de sacrificios, pero en la balanza del Corazón de Jesús ¿no es muy probable que el platillo de los sacrificios infantiles baje hasta lo hondo de ese Corazón divino derramando en él purísimo y refrigerante bálsamo de consuelo que, compensando el peso abrumador de los sacrilegios, logre dejarlos tan en alto que salgan por completo del Corazón del Amo no pesando ya más sobre Él?

CAPÍTULO XVI

CÓMO LA GRACIA NATURAL AYUDA A HACER AGRADABLE Y FÁCIL LA AUSTERIDAD EDUCATIVA

4335. Lo sobrenatural está sobre lo natural y no sólo no lo excluye sino que cuenta con ello y sobre ello se asienta.

La gracia sobrenatural eleva, robustece y purifica la obra de la gracia natural.

Si la gracia natural, o *buen ángel,* es hija, como dije en capítulos anteriores del casamiento del ingenio con la bondad, bien puede pedirse al ingenio y a la bondad de los educadores que los empleen en suavizar la aspereza de la austeridad necesaria para la educación.

¡Y cuánto pueden!

4336. Sin pretender hacer un reglamento sobre el uso de una cosa tan sutil, fluida y múltiple como esa buena gracia, me permito poner ante la vista de los educadores, más que una lista indigesta de

reglas, un ejemplo, y nada menos que de Dios que está por encima de educadores y educandos y tiene la suprema autoridad.

Propongo a los que han de velar sobre el desarrollo armónico de las facultades, sentidos y actividades de los niños y jóvenes

La imitación de la acción educadora y conservadora de Dios en la naturaleza

4337. ¿De quién mejor que de Él, supremo educador y conservador del orden y armonía en que se mueven, crecen, se desarrollan, se perfeccionan y se multiplican los seres todos del mundo pueden y deben aprender los educadores a imponer y conservar orden y armonía entre los distintos elementos intelectivos, sensitivos y vegetativos del *microcosmo* o pequeño mundo de los niños?

Estudiemos, pues, esa acción de Dios en lo que atañe a nuestro tema.

4338. educador debe imitar en su labor educativa, poniendo a contribución todos los recursos de su bondad e ingenio, los siguientes rasgos o contrastes que se observan en la acción educadora y conservadora (respecto a los seres libres) de Dios en la naturaleza.

La acción de Dios es:

1º Gradual e irretractable, 2º eficaz por sí sola, pero admite y exige nuestra cooperación, y 3º vigilante y amplia.

1º La acción de Dios es gradual e irretractable

4339. *Gradual:* Graduación en los reinos, el reino mineral inferior al vegetal, éste al animal, éste al espiritual; graduación dentro de cada ser en su formación, crecimiento, alimentación y multiplicación; graduación en la acción de los elementos, físicos, químicos, orgánicos, espirituales, ni siempre calor ni siempre frío, ni siempre día, ni siempre noche; primavera y otoño como estaciones intermedias entre las extremas; los crepúsculos intermedios entre el día y la noche, el dolor graduado por la enfermedad, el placer por la función a la que sirve de estímulo, las fuerzas por el ejercicio, la virtud por la repetición de actos, etc., etc.

4340. *Irretractable:* la semilla de trigo, paso a paso llegará a ser espiga de trigo, pero no vara de nardos, ni otra cosa más que trigo: el oxígeno y el hidrógeno en la proporción debida será agua y siempre agua; la naturaleza no se retracta a sí misma.

Educación gradual

4341. Esto es, un paso después de otro paso, lento pero incesante, que no pase un día y a ser posible una hora en que por medio de una palabra de luz, de calor o de un buen gesto caiga una *gota* de educación en el alma del niño, de menos a más, de lo fácil a lo difícil, de lo más sabido a lo menos sabido. No todo de una vez. Ni una sola cosa siempre ni a un mismo tiempo: no todo ha de ser estudiar, o comer, o jugar, o divertirse: graduación en el estudio, en el juego, en las amistades, en las sanciones o castigos, como por ejemplo, por la negación de una buena cara, de sonrisas, de caricias, de cosas que gusten al pequeño delincuente, de libertad, de comodidades, etc.

4342. Las transgresiones de esta gradación se pagan caras; tan dignos de lástima son los *niños-prodigios* que, a costa de su cuerpo enfermizo, lo saben todo y lo sienten todo, como los *niños-topos* que entierran sus almas entre las pellas de manteca de sus gulas y perezas.

Educación irretractable

4343. *Educación gradual pero irretractable:* es decir; que el paso que se dio ayer no se desande hoy; que el buen consejo que se dio de palabra no se retracte por el ejemplo del mismo educador o de otro; que la voz y el ejemplo del maestro sean eco y confirmación de palabras y de obras de los padres, y que maestros y padres sean eco del maestro Jesús; que la lección señalada se dé, que el castigo impuesto por el maestro se sostenga por el padre y por la madre, que el plan propuesto se cumpla con puntualidad.

Este tesón o irretractabilidad, desde luego en las buenas normas y medidas de educación, es de una eficacia superior a la de los castigos más dolorosos y a la de los premios más seductores.

Un desastre entre mil por falta de tesón

4344. ¡Podría contar tantos casos, verdaderas tragedias!

Me contento con presentaros la siguiente en dos actos.

Acto primero con dos escenas: Personajes: Un niño bueno de salud, con unos padres buenos, una posición buena, una inteligencia buena y una cantidad de voluntad virgen más buena que todo lo demás.

Me tocó, allá en mis años mozos, durante unas vacaciones, ser profesor del voluntarioso y ¡buen verano me dio! No había podido aprobar las asignaturas en junio y mi misión era que aprobara en septiembre, como quiera que fuera.

4345. *Escena primera:* Una mesa que *debía* ser de estudio y que era en realidad un *potro* sobre el que el discípulo atormentaba al profesor y éste a aquél.

Diálogo diario o motivos sobre los que versaba el diálogo de cada día: -¿Has estudiado? -¡Psch!, ¡hace tanto calor! -Yo explicaré. -Psch, ¿para qué se va usted a cansar?, ¡estoy tan cansado...! -¿Cansado?, ¿de qué? -¡Nos acostamos tan tarde anoche! -¿Estudiando? -¡Cá, no señor, en el teatro, y esta noche, no es nada lo que van a echar! -Bueno, a mí eso no me importa; ¿vamos a la geografía? -¡Tengo un sueño...!

4346. En gracia a la brevedad, corto el diálogo y le ruego al lector que rellene mentalmente ¡dos horas! con preguntas y respuestas parecidas, en las que los ruegos, encarecimientos, mañas, caras buenas y caras serias del profesor no conseguían del discípulo cinco minutos seguidos de atención, con la particularidad graciosa de que la antífona más repetida por el discípulo era ésta: Usted lleva mucha razón en lo que dice y me explica; pero yo también la llevo en no estudiar y en importarme un rábano el que me aprueben o me cateen...

Y proseguía razonando su sinrazón: Verá usted, primero, a mí no me catean, porque papá es... papá, y no hay un catedrático que me catee a mí; y segundo, que con el dinero que tienen papá y mamá, ¿a mí que falta me hace estudiar?

Perplejo, cansado, con ganas de enfadarme y de irme unas veces ante la obstinación del rapaz ¡de unos trece años!, y de reír otras, ante su frescura, acababa casi siempre por reunir en consejo a los buenos papás y de entre la indignación por la conducta del niño salía la determinación de ¡nada de teatro! ¡nada de dejarlo salir con amigos! ¡nada de postres! y otras penas parecidas...

¿Se cumplían?

4347. *Escena segunda:* Por el mismo *castigado* sabía el resultado de todas aquellas sentencias tan enérgicamente dictadas: que la mamá lloró de verlo contrariado por no tener paseo ni dulces, ni teatro. Que el papá se enterneció y, después de convenir delante del mismo niño en que el profesor era *muy exigente* en hacerle estudiar y aprender *tanto*, y en que el niño ¡pobrecito! era muy pequeño todavía, se acordó levantarle el castigo...

-¿Usted lo ve?, terminaba el muchacho en el más regocijado de los tonos, el relato de su triunfo. ¿Usted ve cómo llevaba yo razón?

Y efectivamente, en este primer acto la tuvo: ¡no lo catearon en el Instituto!

4348. En donde desgraciadamente no llevó razón fue en el

Acto segundo: Transcurrieron muchos años: el rapaz ya hombre casado. Los padres murieron; en la única carrera que aprendió a gusto de sus malos amigos, la de tahur, llegó un día, después de perderlo todo, a jugar ¡a su propia mujer! y después ¡al crimen!

¡Faltas de austeridad y de tesón de los educadores, a dónde lleváis!

2º La acción de Dios es eficaz por sí sola, pero admite y exige nuestra cooperación

4349. Dios es autor y gobernador sumo del aire, del calor, del agua, de la luz, de la vida, de todo. «Él dijo y las cosas fueron hechas». «Todo está sometido a tu poder». Y sin embargo, sin las alzas y bajas del calor no hay vientos; sin la acción preservadora de la sal, las aguas de los mares se pudrirían y con su putrefacción infectarían y darían muerte al mundo de los vivientes; las semillas, si no se siembran en la tierra o no se cultivan adecuadamente, no producen sus semejantes; la luz, el calor y el sonido necesitan sus hilos o sus ondas como vehículos; y en la vida de los hombres, tanto en la natural como en la sobrenatural, la palabra, la acción, la intención de los unos son necesarias, por disposición de Dios, para la vida, la salud, la ilustración, la perfección de los otros.

4350. Y tanto se ha dignado Dios elevar el valor de la cooperación humana a su acción, que ha dejado ésta condicionada a aquélla.

Los padres, los maestros, los médicos, los sacerdotes, si cooperan bien a la acción de Dios, salvan. Si tibiamente, malogran. Si mal, pierden y matan.

¡Qué dignación la de Dios para con sus criaturas al admitirlas a su colaboración!

Apliquemos este contrates a la

Educación cooperada

4351. Primero por el educando y después por todos los obligados a educarlo.

Dios ha dado al niño un alma espiritual, inmortal, con inteligencia y con voluntad, y un cuerpo admirablemente organizado; pero un alma y unas facultades como dormidas y un cuerpo tan menudo, tan indefenso que no se puede valer; hay que esperar a que se despierte y se desarrolle hasta que aquello tan chico llegue a ser un hombre cabal. Ésa es la educación.

4352. No se puede educar al niño, he dicho antes, sin contar con él y mucho menos a pesar de él. El primer paso que tiene que dar el educador para comenzar su oficio es *ganarse* al niño. Y aquí ¡sí que necesita bien que ponga en juego todos los resortes de su ingenio y bondad para hacerse *gracioso* y hacer *graciosa* su acción cerca de su educando!

No tenga prisa en pasar de aquí, mientras no tenga indicios al menos de que se le *da parlamento* y se pone el *placet* a su persona y cargo en los adentros de la pequeña fortaleza infantil.

4353. Ya el gran san Jerónimo, a pesar de la aspereza en que pasó la mayor parte de su vida, daba este consejo a Leta, hija de santa Paula, para una nieta: «Evita por encima de todo que la niña tome con disgusto el estudio.» ¡Ahí viene la gracia abriendo paso! ¡de ahí el enseñar jugando!

No conozco otro resorte para quitar ése y los demás disgustos de la gente menuda, tan poco contentadiza por la tremenda.

4354. Pero no basta la cooperación del niño a la acción educadora; necesítase imperiosamente la de todos los llamados a educarlo, padres, sacerdotes, maestros y los que sobre él ejerzan influencia.

Si no hay de verdad en el universo obras aisladas, si un cabo de hilo, una gota de licor, una tachuelilla insignificante son efecto de una múltiple acción conjunta de agentes físicos, biológicos y voluntarios, no hay obra que exija y presuponga más cooperación que la de formar un hombre cabal.

Monseñor Dupanloup nos enseñó esta preciosa observación: «¡Cómo se nota falta de suavidad y corazón en la educación en que la madre no ha tenido bastante parte, y cuánta debilidad y vacilación en la que ha faltado el padre!».

4355. ¡Qué desastres de educación y qué pena de almas ineducadas y destrozadas por el escándalo de los educadores, o que deberían serlo, en pugna, el padre enseñando lo contrario que la madre, éstos en contra de los maestros buenos, los maestros malos contra los padres buenos...! ¡Pobres almas infantiles trocadas en campos de guerra desoladora!

¿Qué flores de virtudes van a lucir y a perfumar esos eriales? ¿Qué pajarillos de alegrías infantiles van a revolotear en torno de ellos? No hay nada que exija tanto la unidad y el acuerdo en la colaboración como educar. ¡Son tan impresionables y tan lógicas las almas de los niños!

4356. Para ganarse la cooperación del niño hay que ganarse su cariño, y para ganárselo hay que darle antes cariño; pero en esta forma: la mitad o tres cuartos, *de balde,* el resto, o sea, el cariño total hay que darle a entender que tiene él que *ganárselo.*

Una advertencia muy interesante

4357. Y es acerca de esa conquista del cariño de los pequeños y jóvenes educandos, llámense hijos o discípulos.

La conquista del cariño es fácil mientras se conservan puros. Una sonrisa, una caricia, una simple mirada de interés los gana.

Pero cuando esa maldita sanguijuela que chupa todos los jugos buenos del alma y del cuerpo, que se llama la impureza, comienza a introducirse en el alma infantil o juvenil, en la misma proporción que se pegue se va despegando el cariño bueno del corazón, como se despega de las mejillas el sonrosado de la salud, y de los labios la sonrisa de alegría del alma limpia, y de los ojos la ingenuidad del candor y de la mirada el brillo del pudor.

4358. ¡Ah!, ¡cuántas veces de los labios de padres, de madres, de maestros salen lamentos envueltos en un acento de tristeza y de amargura de los despegos que van advirtiendo en los que hasta entonces habían sido cariñosos y confiados! Desapegos de hijos con sus padres, malestar de las hijas con la compañía de sus madres, durezas de corazón de hijos y discípulos para con los que por ellos se sacrificaron; fríos, asperezas y hasta crueldades de trato en los hogares, ¡cuántas y cuántas veces sois la sucia huella y el aliento infecto de la maldita sanguijuela, roedora, disecadora y marchitadora de corazones, de caras, de labios y hasta de pulmones y cerebros de niños y de jóvenes!

Un caso típico

4359. ¿No recordáis el caso típico de éste, al parecer, extraño, pero real y frecuente maridaje entre la lujuria y la crueldad? ¿No recordáis la fatídica escena en la que Herodías, diabólica seductora del adúltero Herodes, pide y consigue de éste que le presente al punto en rica bandeja y en pleno festín la cabeza de san Juan Bautista?

¡Cuántas veces confirmo esta observación, cuando veo a madres tan complacientes o tan débiles con sus hijos y singularmente con sus hijas en permitirles cines, bailes y toda clase de compañías y *planes* de diversión, sin más limitación ni condición que la de que sea con *gente bien*, y después las oigo llorar y quejarse de la sequedad, reserva y hasta dureza de sus hijas para con ellas y de lo que les pesa y espanta el hogar propio!

4360. Padres, madres, maestros, autoridades, en torno de vuestros hijos o discípulos tended el *cordón sanitario* contra la impureza y todos sus agentes y fomentadores y los ganaréis para Dios y para vosotros!

¡Todos a una en favor del niño indefenso!

3º Acción de Dios vigilante y amplia

4361. ¡Qué aspecto tan interesante y orientador presenta este contraste de la acción conservadora de Dios en la naturaleza!

¡Vigilante hasta del más menudo pormenor de sus criaturas, como si no tuviesen éstas nada que hacer, y a la par dejándolas en una amplitud y libertad, como si Él no interviniera para nada en ellas!

Vigilancia, no de policía o juez que observa y espía para amenazar, sentenciar o castigar, sino solícita, cariñosa, protectora, alentadora, regaladora, previsora y sólo, cuando no quede otro remedio, castigadora y vengadora...

4362. ¡Qué bella y dulcemente cantan los sagrados libros ese avizoramiento cuidadoso de Dios sobre las obras de sus manos!

En el libro de los Salmos se canta la mirada de Dios «que ahonda en los abismos» de la tierra y del mar, y «escudriña los riñones y los corazones» que son los abismos de la vida humana; que «se posa sobre la redondez de la tierra y la hace estremecerse; sobre los montes y humean» y «sobre las llanuras y se cubren de verdor». Y «abre su mano y todos se hartarán de bienes: Mas si aparta su rostro, turbánse; les quita el espíritu y vuelven a parar en el polvo de que salieron».

4363. Y esa mirada que lo abarca todo y todo lo vivifica, vela, según el Evangelio, «sobre el pan que ha de comer cada día el hombre, y la casa que ha de habitar y hasta sobre el débil cabello de su cabeza, y sobre el granito que ha de alimentar al pajarillo de la selva y el vestido que ha de cubrir y adornar al lirio del campo».

Y ¡qué contraste!, bajo esa vigilancia tan minuciosa y tan íntima, con qué amplitud y soltura se mueven, y a veces chocan unos con otros, los seres todos de la creación.

¡Qué ímpetus de vientos, qué ruidos y qué fuerzas de aguas, qué fragor y rapidez del rayo destructor, qué erupciones de gases y fuego y lavas de las entrañas de la tierra, qué movilidad y agilidad de las aves del cielo, de los peces del mar y de los animales de la tierra, qué actividad y qué fecundidad tan silenciosa y tan sin cuenta la del mundo infinitamente pequeño y de la química orgánica y de las almas humanas!

Número, peso y medida de todo ese vértigo de movimientos tan dispares y tantas veces encontrados entre sí, ¿quién lo lleva?

4364. Dios y sólo Él, como supremo moderador y conservador del mundo, ha podido armonizar su imperio absoluto, su vigilancia y providencia sobre cada ser y cada uno de sus movimientos con esa casi infinita amplitud y libertad en que se mueven y en la que, sin darse cuenta los unos, como los irracionales, y aun sin pensar o con voluntad contraria otros, como tantos racionales, de un modo o de otro cumplen la voluntad de Dios y están sometidos a su ordenación soberana.

Educación vigilante y amplia

4365. Tarea es ésta quizá la más difícil de la austeridad educadora: unir la vigilancia, que no debe faltar, con la amplitud conveniente para que aquélla eduque y *no ahogue.*

Que el educando, esté en la edad en que esté, necesita vigilancia, ¿quién en sana razón puede dudarlo?

4366. En el alma del niño o de la niña y del joven o de la joven hay algo como llama que se levanta, y en torno y fuera de ella hay mucho que puede arder como estopa, y viceversa, en el niño y el joven hay mucho que puede arder como estopa y alrededor de ellos hay muchas llamas... Sin una exquisita vigilancia, ¿quién impedirá que el fuego de dentro prenda en la estopa de fuera y, a su vez, que el fuego de fuera prenda dentro, y achicharre...?

4367. «El niño es una flor, ha dicho Michelet, y la flor humana es la que tiene más necesidad de sol».

El niño es una flor y, tanto como del sol, necesita de la humedad del riego y de la defensa contra los vientos asoladores y los insectos que la puedan corroer.

¿Quién dará al niño a su tiempo esa ración de calor y de humedad y esas defensas saludables? Sin el sol se marchitarán; pero siempre bajo el sol se achicharrarán.

4368. Es la *vigilancia* del padre y de la madre y del maestro, cariñosa y solícita y a la par amplia, que estimule el interés, los instintos de conservación y las facultades del niño a buscar por sí mismo su sol y su agua, y a defenderse de sus enemigos

Vigilancia adaptada a la edad, al sexo, a las individualidades y a las ocasiones, pero administrada con tal delicadeza y amplitud que haga nacer y crecer en el vigilado el sentimiento de sus propios riesgos y de su propia responsabilidad y la confianza de que la libertad con que lo vigilan se la tiene que ir ganando con su rectitud y fidelidad, esto es, ¡libertad vigilada!

4369. Entiendan los educadores que nunca cesan en el deber de prestar servicio a los que de ellos dependan. Yo no les digo que han de estar perennemente cosidos a sus vestidos, pero sí física o moralmente presentes a ellos.

La mejor defensa de un hijo o de una hija es estar en donde los vean sus padres o en donde o con quien sepan sus padres que están.

Ha dicho La Fontaine que «la desconfianza es madre de la seguridad»; y a nadie más que a los padres y educadores urge tener en cuenta ese dicho.

4370. Educadores, os digo que tenéis derecho y deber de ser desconfiados.

De ese derecho y deber a la par, no os exime nada de eso que decís o que os dicen: ¡es tan pequeño!, ¡tan mayor!, ¡no se reúne más que con primitos o primitas o niños educados!, ¡es tan inocente!, ¡para qué hacerlo trabajar tanto si el día de mañana no le hará falta!, ¡se aburre tanto en casa!, ¡se enfada tanto con mi compañía!, ¡es tan natural que se divierta!, etc., etc.

4371. Padres, madres, educadores, mientras lo seáis, nada ni nadie os puede eximir de vuestro derecho y deber de vigilar. Si no podéis, como Dios que está en todas partes, seguir a vuestros hijos con vuestros ojos, con vuestro cuerpo, a todas partes, seguidlos con vuestras oraciones por ellos, con vuestra legítima curiosidad y con las industrias de vuestro cariño. Que ellos estén ciertos de que los veis o podéis verlos...

4372. Pero para que vuestra desconfianza no abrume, ni encoja, ni ahogue a los que queréis, poned todos los recursos de vuestro ingenio y de vuestra bondad en desconfiar *con gracia.*

Esa mezcla de vigilancia y desconfianza *graciosa* tendrá su meta y su más sazonado fruto en que os *ganéis la confianza* de vuestros cariñosamente vigilados.

felices vosotros, padres, madres, maestros y educadores todos, cuando vuestros hijos o discípulos os den la prueba suprema de la seguridad con que cuentan con vuestro cariño, discreción y defensa, contándoos espontáneamente sus secretos ¡todos!, ¡los que los enaltecen y los que los humillan!

¡Qué gran triunfo de la educación!

CAPÍTULO XVII

EL ARTE DE GANARSE A LOS NIÑOS

4373. Si, como he dicho, los niños se ganan con gracia de Dios y con gracia humana: con aquélla como conquistadora y con ésta como facilitadora y allanadora, y la gracia, si es sobrenatural, es *gratuita* y por eso se llama gracia y, si es natural, es también casi regalada o como congénita, no es cosa llana hablar de arte y de reglas para ganar niños y penetrar sus secretos, puesto que equivaldría a sujetar a reglas y a arte el tener gracia y el ser gracioso. ¡Qué poca gracia tendría el *estudiante de gracioso!*

4374. Pero si no a dar reglas, sí se puede tender a presentar modelos o casos de procedimientos graciosos con el fin dicho, y de eso trato ahora.

Dejando aparte los procedimientos para adquirir para sí y obrar en los demás la gracia sobrenatural, señalo o apunto, no más, procederes que atraen a la gente menuda, porque les *hacen gracia.*

4375. Teniendo en cuenta que la gracia natural es hija de la bondad y del ingenio, lo primero que hay que pedir al que quiera ganarse a sus educandos es la *bondad* para con ellos. Bondad *sincera* (los niños la huelen y la descubren al punto) *incansablemente paciente* y más propensa a excusar que a acusar y que con esa bondad mire, escuche, pregunte, responda, aguante impertinencias, sin descomponer la cara ni desatar la lengua, en una palabra, que la bondad interior irradie en los ojos, oídos, boca, gestos y modales del educador.

4376. Y sobre ese fondo de bondad venga el ingenio poniendo una sonrisa, un gesto de atención, de compasión, una palabra de donaire, un relato que despierte interés, una pregunta o una afirmación de algo que afecte a lo íntimo del niño. Un cambio de tema y de tono en la conversación, de ocupación, de ambiente que rompa monotonías y rutinas y que ponga estrellitas y luceros brillantes en las noches y luz y calor del sol y flores de primavera en los días de invierno del alma del niño, que aun para los niños hay obscuridades y ruidos de noche y fríos de invierno.

Pero os he dicho que no se pueden dar *reglas de gracia* y lo que os llevo dicho tiene mucho parecido a ellas.

Prefiero que paréis vuestra atención y vuestros ojos en escenas de

Educadores graciosos

4377. Y el primero de los primeros es el maestro Jesús. ¡Cómo atraía a las muchedumbres de niños, que en tal cantidad y alboroto debían cercarlo y oprimirlo que llegaban a provocar las protestas y hasta la ira de los apóstoles!

Para mí, más que la sabiduría de sus sermones y el brillo de sus milagros, lo que atraía y arrastraba a los niños en torno de Jesús era su mirada.

4378. Es cierto que presentarse Jesús en un pueblo y verse seguido y aclamado por todos los niños era una misma cosa. ¡Cómo miraría Jesús a los niños! Muchos triunfos de Jesús, cuenta o deja entrever el Evangelio, por su sola mirada. ¡Lo que sentirían los corazones sencillos al verse envueltos o bañados por una mirada de Jesús...! Así me explico por qué curaba a muchos mandándoles que lo miraran. «¡Mírame!».

4379. Padres, maestros, antes de que se turbe o extravíe vuestra mirada por los arrebatos de la ira contra los niños, acordaos de cómo los miraba Jesús... Os aseguro que muchas veces ellos se contentarían y se os entregarían con que sólo los mirarais con cariñoso interés.

4380. He hecho mis ensayos y comprobaciones acerca del poder de una mirada intensamente bondadosa sobre el alma de un niño.

He sido algunas veces apedreado o molestado por golfillos de la calle; en lugar de amenazarlos o correr tras ellos, o reconvenirles, me he parado y me he puesto a mirarlos uno a uno sonriéndome, no como diciéndoles: ¡Si os cojo!, sino como si me cayera en gracia la faena... La mirada ha vencido a los apedreadores que, o se han ido retirando avergonzados, o se han entregado a discreción.

A este propósito traslado aquí unas notas de mi destierro en Gibraltar el año 1931, expulsado por los revolucionarios de Málaga.

Apostolado de ojos

4381. Raro el título y extraño el apostolado, ¿es verdad? Es, sin embargo, el apostolado que me he visto obligado a ejercer durante mi largo destierro de Gibraltar con los niños ingleses.

Mi viejo oficio de catequista empedernido me empuja, casi sin darme cuenta, a *meterme* con toda la gente menuda que me encuentro al paso en calles, campos, trenes, visitas, iglesias, etc. Ya sea por lo machacado que tengo el oficio, sea porque, como he dicho muchas veces, los niños y los perros se dan cuenta al vuelo de quién los quiere, es lo cierto que ninguno de mis abordados se me extraña ni descompone, antes bien entra en el diálogo como antiguos conocidos y camaradas.

4382. Pero allá en Gibraltar tropecé con una dificultad, la de la lengua. Aunque casi todos los naturales del país hablan inglés y castellano, y por cierto andaluz y del más pintoresco y sonoro, pero hay muchos niños hijos de militares y funcionarios ingleses y por añadidura protestantes, ¡nueva dificultad para la camaradería con ellos!

¿Qué hacer? ¿Resignarme con verlos y dejarlos pasar sin meterse con ellos? Eso hice en mis paseos de los primeros días al monte, sobre todo cuando los veía jugar alrededor de los enormes cañones, casi todos ellos trofeos de antiguas victorias, con que los ingleses adornan plazas, jardines y encrucijadas.

Veíalos yo, repito, jugar en torno de aquellos cañones.

¡Qué contraste tan fuerte el formado por aquellos inmóviles monstruos de bronce sirviendo de lomo de cabalgadura, de rincón para esconderse, de trampolín para saltar y otros humildes y pacíficos menesteres y aquellos racimos de cabecillas rubias, de ojos azules, caritas sonrosadas y lenguas de jilgueros!

4383. En lo que no había contraste sino uniformidad humillante era en la actitud del cañón y la mía con respecto a los chiquillos.

El cañón y yo éramos dos testigos mudos de aquella explosión de alegría infantil inglesa... Pero, gracias a Dios, no por mucho tiempo, porque entre las miradas de rabillo de ojo de los inglesillos al *Bishop* y las miradas llenas de benevolencia del compañero mudo del cañón, se rompió el cerco y las miradas recelosas del principio se trocaron en miradas francas y en sonrisas plácidas unidas a

alguna que otra caricia que les hacía y así hemos venido entendiéndonos largas temporadas sin decirnos ni una palabra.

4384. ¿Serían protestantes? ¿hebreos? No lo sé, pero sí sé que en el depósito de sus recuerdos cuando vuelvan a Inglaterra y sean hombres, dejarán un rinconcito de luz y alegría para recordar a aquel *Bishop* que ahuyentaba las lágrimas de su destierro riendo con ellos en torno del cañón serio...

¿No os parece que en todo eso hay algo de apostolado, aunque sean de ojos, y ganancias de almas?

Y después del maestro de los maestros, ¡qué estela de gracia han dejado sus discípulos predilectos, apóstoles, obispos, santos fundadores de familias religiosas, de maestros y maestras!

Por todos citaré a uno que es perfecto dechado de *educador con gracia*, ¡con las dos!

Se llama

San Juan Bosco

4385. Su nombre solo hace asomar una sonrisa de veneración y de cariño.

Es el gran conquistador de muchachos con su gracia. Les gana la atención, la simpatía, el cariño, la lealtad acrisolada y los secretos de sus pensamientos.

¿Cómo?

Don Bosco es sabio escritor y polemista, fundador y organizador eximio de obras inmortales, pero no fue ése su secreto de conquista. Abrid su biografía y leeréis: Don Bosco saltimbanqui, prestidigitador, violinista, narrador maravilloso de historias y ejemplos, hacedor de milagros jugando, sembrador de Evangelio lo mismo desde el púlpito que sentado en el suelo rodeado de sus chiquitos, acogedor de golfos, raterillos y abandonados del arroyo.

4386. El solo, sin guardias ni defensas de ninguna clase, saca de la cárcel centenares de presos a darles un día de campo, sin que se evada ni uno; siempre sonriente, nunca descompuesto; sereno y ocurrente, tenaz y flexible; olvidado de sí, de su comer, de su dormir y de sus muchos achaques y pendiente del menor apuro del último de sus niños...

Adivinador de las conciencias

4387. Permitidme que os transcriba unos párrafos de su vida en los que culminan las conquistas de la gracia y de las gracias de Don Bosco.

«Leía también, nos atreveremos a decirlo, habitualmente en lo íntimo de las conciencias. Desde 1848, corría la voz en el Oratorio que confesando descubría a los penitentes los pecados que había olvidado o no se habían atrevido a confesar. En estos casos solía decir: «¿Y de este pecado, no te acusas? ¿Y de este otro, no te acuerdas?».

Pero lo más maravilloso era que, al descubrir a un joven su pecado, añadía todas sus circunstancias: «Tú en aquel año, en tal ocasión, en aquel lugar hiciste esto o aquello»...

Y precisaba con exactitud la calidad y el número de culpas.

4388. «Un día, después de las funciones de la iglesia, escribe Don Berto, encontré en el patio a un jovencito que había venido al Oratorio poco tiempo antes, el cual, viendo pasar al siervo de Dios, lo siguió con la mirada un buen rato. Se volvió hacia mí un poco turbado y me dijo: «¿Quién es aquel sacerdote?» -«¿Por qué me lo preguntas?, añadí yo¿No lo conoces todavía?». «¡Lo pregunto porque esta mañana me he confesado con él y me ha dicho todos los pecados que he cometido en mi casa!».

4389. «Era tan notorio este don del siervo de Dios que algunos jóvenes, temerosos de que les leyese en la frente su interior, permanecían alejados de él.

Y si por cualquier razón, o porque los llamara, debían presentársele, descubriéndose la cabeza por respeto, solían tener la gorra delante de la frente, o se cubrían ésta con los cabellos, como si esto bastase a esconderles la conciencia.

4390. Don Bosco les tendía bien sus redes para atraérselos; y cuando conseguía decirles una palabra al oído, la victoria era segura. Con frases un poco veladas, los corregía de las faltas ocultas.

Por ejemplo: «Tú tienes cuentas que ajustar con Dios». Otras veces, al ver a alguno melancólico, le decía: «Querido mío, es necesario quitar el demonio del corazón para estar tranquilo».

4391. Refería Don Rúa que ciertos jóvenes encontraron bajo la almohada un billetito del santo con estas palabras: «¿Y si murieses esta noche?». O bien: «Si mueres esta noche, ¿qué será de tu alma? ¿Estás seguro de ir al paraíso?». O también: «Si tuvieses que morir, ¿estarías tranquilo?».

Eso bastaba para que corriesen al punto a los pies del siervo de Dios a confesarse».

4392. Ante este brillante cuadro de triunfos de la *gracia en la educación,* me siento autorizado para decir a todos los que tienen deber u oficio de educar: ¿Queréis ganar a vuestros niños?

No os digo que os hagáis *saltimbanquis* y adivinadores de conciencias; pero *graciosos,* sí.

¡Como se pueda!

CAPÍTULO XVIII

EL DESIDERATUM EN LA EDUCACIÓN

4393. Cuanto llevo dicho sobre gracia de Dios y sobre gracia de la tierra y de sus decisivas influencias en la educación de niños y jóvenes me autoriza para sentar las siguientes conclusiones:

1ª Que en la igualdad de ciencia instruye y educa mejor quien tiene más gracia.

2ª Que los sin gracia o malas sombras no pasarán de medianos enseñadores y jamás llegarán a educadores.

3ª Que sólo debe tenerse por bien y completamente educado el que de verdad pueda llamarse *hombre cabal.*

4ª Que en tanto un hombre será más cabal en cuanto más se parezca a nuestro Señor Jesucristo que es el prototipo del hombre.

4394. 5ª Que sólo la gracia sobrenatural, que hace hijos de Dios y hermanos de Jesús, es la que puede dar esa semejanza a los que la reciben y a ella cooperan libremente.

6ª Que son, por tanto, más hombres, o más cabales los que tienen más gracia de Dios.

7ª Que la gracia natural o de la tierra es un fiel mensajero, leal servidor y aposentador y aptísimo instrumento de la gracia sobrenatural.

8ª Que en igualdad de gracia sobrenatural educará mejor y sacará más fruto el de más gracia natural.

4395. 9ª Que por consiguiente el mejor educador será el más lleno de gracia de arriba y de abajo, o sea, el *más gracioso* y por consiguiente el *educador santo,* que de ordinario suele ser también de *buena sombra.*

Y 10ª Que el mejor discípulo será el más *agraciado* o más beneficiado por ambas gracias.

Conclusión final

4396. Que el supremo *desideratum* de la *educación* activa (en los que la dan) y pasiva (en los que la reciben) es que sea:
Graciosa o sea dada por
Padres graciosos ayudada y secundada por
maestros graciosos y entre unos y otros formen para gloria de Dios, recreo del cielo y delicia de la tierra

el hogar gracioso
y
la escuela graciosa

¿Y si no?

4397. ¿Y si los padres y los maestros se obstinan en ser unos *desgraciados* o *malas sombras*?
¡Pobres niños!, ¡pobres familias!, ¡pobres pueblos! ¡Todos desgraciados! ¡Hogares sin fuego!, ¡escuelas sin luz!
Escribo estas líneas al son de los tiros de niños y ¡niñas!, de doce y catorce años, *educados* en el odio de infierno de escuelas sin Dios y sin moral, por estas regiones del norte en que me hallo hoy 6 de octubre de 1934.
¿Y si los educandos se empeñan en no ser educados o en deseducarse después?
¡Está tan adentro y tan inabordable el fortín de la libertad, aun del niño más menudo!

4398. Y sin contar con la libertad, ¿quién y cómo educa?
Escribiendo estas líneas surgen ante mis ojos del alma legiones de madres llorosas, de padres avergonzados y tristes; de maestros comiendo el pan duro y amargo del fracaso... Y en frente de esa legión de contrariados y doloridos oigo carcajadas y palabrotas de orgía y huelo el vaho hediondo, a pesar de los perfumes con que se mezclan, de corruptores de almas jóvenes y aun de cuerpos tiernos... ¡Son las caravanas de los pródigos, de los agustines que se van lejos, muy lejos a gastar dinero, salud del alma y del cuerpo, sudores y lágrimas de padres y maestros buenos viviendo lujuriosamente...!

¿Qué hacer?

4399. Para consuelo de los que sembraron y cultivaron y no recogieron diré:
1º Que las siembras hechas con gracia de Dios tarde o temprano *siempre* dan sus cosechas de virtudes y cuando no de virtudes, de remordimientos.
2º Que, por tanto, si no os dejan sembrar virtudes, sembrad remordimientos.
3º Que, por muy depravado que llegue a ser vuestro hijo que fue bueno, o sobre el que trabajasteis para que lo fuera, sabed que siempre será menos depravado que el que nunca tuvo fe ni buena crianza.
4º Que la oración y las lágrimas de una madre y las oraciones y los brazos siempre abiertos de un padre obran aun a distancia un misterio de atracción entre los agustines y los pródigos.
5º Que Padre Dios no paga nuestras cosechas por la cantidad de grano recogido, sino por las horas de trabajo y gotas de sudor y lágrimas o de sangre con buena intención que nos ha costado...
6º Que por misterios de herencia, libertad, predisposición fisiológica, ambiente, temperamento e inescrutables designios de Dios y operaciones de su gracia, salen niños buenos y aun santos a pesar de padres y maestros malos y viceversa: a pesar de padres y maestros buenos, salen niños malos.

4400. De unos mismos padres, Adán y Eva, salen un Abel justo y un Caín fratricida.

Del Patriarca Isaac salen Jacob el fiel y Esaú, el enemigo a muerte de su hermano gemelo.

De los doce hijos del patriarca Jacob, que fueron los jefes de las doce tribus del pueblo escogido, diez fueron acusados a su padre de un *crimen pésimo* y vendieron por envidia en unas monedas al hermano bueno José.

Del mejor colegio que ha existido y existirá en el mundo, que fue sin duda el colegio apostólico como fundado y dirigido por el mismo Jesús, salieron once discípulos santos y uno ladrón y traidor.

CAPÍTULO XIX

COMO EPÍLOGO

4401. Permitidme presentar como Epílogo y resumen *vivido* de cuanto aquí llevo dicho de la influencia de la gracia en la educación

Un caso precioso de educada y educanda graciosas

No creo que razones de espíritu o de sangre me impidan hablar con serenidad de una sobrina y a la vez hija espiritual que el Corazón de Jesús tuvo a bien, y yo lo bendigo, trasladarla a vida mejor el 30 de julio del año 1933 en Sevilla.

En esta crisis de pudor, de alegría juvenil, de cariño filial, de *juventud sana,* en una palabra, que padecemos, y en este diluvio que nos invade de frivolidades y promiscuaciones de lo más grande del espíritu, como es la comunión, con lo más turbio y bajo de la carne, como bailes, playas, desnudismos, cines, novelas, creo que puede servir de reactivo y desinfectante el ejemplo de unos veinte años femeninos verdaderamente vividos.

4402. Anita María González Ruiz (no os voy a contar una cosa extraordinaria), *ha vivido* en cada uno de esos veinte años *su vida,* como ahora se dice.

Obediencia, estudio, laboriosidad, cariño a sus padres y hermanos; asco y prescindencia absoluta de mundo y de sus diversiones y sobre todo eso y condimentándolo y avalorándolo: *piedad* de comunión diaria, casi desde la primera comunión; y *alegría* de mucho reír, saltar y jugar con sus hermanitos.

Eso fue, en la proporción que a cada año correspondía, con las mezclas consiguientes de flaqueza y limitación de nuestro barro, eso fue, repito la vida que vivió nuestra Anita María.

4403. *Graciosa* con la sal de la buena salina de su tierra, Sevilla, era para hacer reír verla tan sencilla de vestir, como limpia e inteligente de cara y radiante de mirada, sortear, poner en solfa y hasta cambiar en bien situaciones difíciles y conversaciones entre visitantes de su misma edad, pintadas hasta los dientes y empeñadas en cantarle las excelencias de la frivolidad mundana del día. O en convencerla de la necesidad de que se decidiera a *vivir su vida,* como ellas, ¡de *payasos* fingiendo despreocupaciones y alegría por fuera a costa de perpetuo desasosiego y roedora tristeza por dentro!

4404. Piadosa de buena cepa, con la piedad que se mama desde que se nace, ¡con qué seriedad llevaba, desde muy pequeña, su rato de meditación, de lectura y muy singularmente en el catecismo, su rosario en familia, sus ejercicios internos cada año y su medalla de María de los Sagrarios-Calvarios!

4405. ¡Qué bien entendía lo que debía ser una María y cómo ansiaba con verdaderas ansias ir al pueblo de su Sagrario! Y cómo en esas visitas, singularmente al abandonadísimo de Palomares, precisamente en el mismo en que hace ya largos años presentí la Obra de las Marías, se descubrieron y desarrollaron sus aficiones, y más que aficiones, su vocación catequista que en su parroquia de Santa María la Blanca de Sevilla hicieron de ella la catequista idolatrada, la que yo sueño para todas mis catequesis; la que atrae y subyuga, no con premios materiales sino con la *gracia* de su buena cara y de sus buenas lecciones y la confianza en la *gracia* del Corazón de Jesús.

Pero no he tomado la pluma para contaros una vida, sino para daros cuenta de un examen y precisamente el último examen de una vida de María y de catequista, que encierra muy consoladoras enseñanzas.

El último examen de una catequista graciosa

4406. *La examinada:* Ana María (hacía pocos días que acababa de examinarse de su último año de carrera de solfeo y piano con las mejores notas). *La mesa del tribunal:* el lecho de su última enfermedad. *Los jueces:* presididos por el supremo Juez y, a la vez, buenísimo Padre nuestro, los Ángeles de la enferma, de los niños por ella adoctrinados y los de su Sagrario.

Impedido de asistirla (Tú sabes, Jesús, ¡con qué pena y paz te ofrecimos ella y yo este sacrificio!) por las circunstancias que me tienen, hace más de cuatro años, errante y alejado de los míos, os daré, como *acta* del examen, la relación que a petición mía sus padres y sus hermanos me transmiten.

4407. Creo que, sin pasión de cariño, puedo afirmar que eso es una *lección práctica* extraordinariamente bella de bien morir, como corresponde a una María de verdad y a una catequista completa. ¡Qué buen examen de doctrina cristiana sabida, practicada y enseñada!

¡Quién iba a decirle a ella y a mí, hace dos meses, no más, que en lugar de las *ocurrencias graciosas* de sus *chavales* que me mandaba y que yo publicaba muchas veces en la sección «de mi catecismo» de EL GRANITO DE ARENA, la ocuparía con la respuesta, de verdad graciosa, que de palabra, alma y acción ha dado al Padre celestial al recibir la muerte ¡cantando!

4408. Ved el examen.

Me escriben desde Sevilla:

«Diecisiete días solamente ha durado la enfermedad de Anita. De estos diecisiete días sólo los cuatro últimos ha revestido bastante gravedad.

El día 27 de julio por la mañana, después de haber pasado una noche de terribles dolores, el médico de cabecera declaró que el estado de la enferma era grave y que quizá habría que proceder a una intervención quirúrgica. A la enferma no se le dijo nada, pero no obstante, no se le pudo ocultar la gravedad de su estado.

4409. Descubriólo ella misma, pues al ver la cara de su madre llena de lágrimas, preguntóle que si la tendrían que operar y que si estaba grave y, al responderle negativamente, echóse a llorar diciendo que no quería le ocultasen la gravedad de su estado, porque no tenía miedo ni a la operación ni a la muerte.

Entonces dijo llamaran a su padre, que por su gesto y palabras descubriría ella si realmente estaba grave o no.

Viendo su padre que el ocultarle su estado le disgustaría y perjudicaría, le manifestó lo que el médico había dicho: que quizá tendrían que operarla. Desde entonces, quedóse completamente tranquila y muy contenta en medio de los dolores más atroces.

4410. *El 28,* a las seis de la mañana, después de haber pasado más mala noche y con más y nuevos dolores que las anteriores, túvose una consulta de médicos, los que declararon que el estado de la

enferma era gravísimo y que sería inútil recurrir a toda operación quirúrgica. En seguida se pensó en prepararla para morir. Hízose, según su deseo, venir al padre La cruz, jesuita, quien le confesó y le administró el santo viático y la extremaunción, sacramentos que recibió con una alegría y fervor más para verlo que para decirlo. Cuando el padre La Cruz acabó de administrarla, le dijo la enferma: «Padre, ¿por qué no me encomienda usted el alma? Para que vean ustedes que no es verdad eso que dicen de que el Señor viene a asustar y poner peor al enfermo; al contrario, mirad qué contenta estoy».

4411. Luego estuvo hablando con su madre y le dijo: «Mamá, ¡cuánto me alegro ahora de no haber ido en mi vida a cines ni a teatros, ni haber seguido la moda...!»

También se le oyó decir: «La muerte de los cristianos es una cosa muy hermosa». Desde aquellos momentos su único pensamiento fue el de la muerte.

4412. Empezó a no quejarse de sus dolores, porque no quería hacer sufrir a su madre, que junto a la cabecera de su enfermita lloraba sin consuelo, y prueba de esto es que muchas veces, cuando su madre no estaba presente o estaba ocupada en otras cosas, haciendo señas para que se inclinara a un hermano suyo que a su lado estaba, le decía en voz baja: «Manolo, ¡qué mala estoy!, ¡cuánto sufro! Pide al Señor que me dé paciencia y no me desespere».

A su madre, besándola, le decía: «Mamá, cuando la beso se me alivian los dolores».

4413. Al ratito de recibir los últimos sacramentos, pidió a su hermano que le rezara el *Te Deum* para dar gracias a Dios, y a continuación empezó a hablar de la muerte y del cielo, como de cosas muy cercanas ya.

4414. Para consolar a su madre, le decía: «Mamá, ¿usted no estaba muy contenta, porque yo iba a ir en septiembre una temporadita a Madrid? Pues... ¡cuánto mejor es irse al cielo que a Madrid! Mire usted, mamá, siguió diciendo, lo que me ha dicho el padre La Cruz: la muerte es como una taquilla en la que se compra el billete para el cielo. Ante ella están todos los hombres esperando que les llegue su turno, yo, por mi edad, debía de estar en el trescientos o por ahí, y así como a uno que está tan lejos de una taquilla, si de pronto le ponen el segundo o el tercero se pone muy contento, ¿no lo he de estar yo? Pues eso es lo que ha hecho conmigo el Señor: hacer que dé un salto de los últimos a los primeros. Figúrese usted (seguía diciendo a su madre para animarla) que la puerta de la habitación es la del cielo; mire usted qué cerquita estoy de Él». Y en verdad; estaba su madre tan desconsolada que ella misma lo notó y así se lo dijo al padre La Cruz: «Mi madre está tan abatida que tengo yo misma que animarla».

4415. «Mamá, perdóneme usted, y dígale a mis hermanos que me perdonen». También pidió perdón a su profesora de piano. Habiéndole dicho su madre que iba a ofrecer a Dios su vida para que el Señor le diera salud, le dijo ella sonriéndose y haciéndole caricias: «No, mamá, no ofrezca usted esas cosas, que eso es malo, pues su vida hace mucha falta y la mía no hace ninguna».

Aquel mismo día la visitaron unas religiosas del colegio en que se había educado y, como le preguntasen a qué santo quería que pidieran por su salud, ella les contestó que a cualquiera. Pero como las religiosas insistieran en preguntarle les respondió: «Pedid al Santo de los santos».

4416. Por la tarde fueron algunos de sus hermanos para pedir al Amo por su querida enfermita y, antes de que se fueran, dijo a uno de sus hermanos pequeños: «Pedid al Señor que me dé paz y fortaleza para sufrir y que me mande todos los males y sufrimientos que Él quiera, pero que me dé mucha paciencia».

Era esto de la paciencia su preocupación continua, que muchas veces preguntaba y decía a los que le rodeaban: «¿Perderé la paciencia? ¿Me desesperaré? Pedid al Señor que me dé paciencia».

4417. *El día 29* disminuyeron algo los dolores del vientre a primera hora de la mañana, pero el Señor quería probarla con el sufrimiento hasta última hora. Le envió unas ansias y fatigas horribles, junto con una sequedad, aspereza y mal gusto de boca que le hacían pedir agua continuamente.

La respiración se le hacía ya algo fatigosa. Fue aquel día en que todos creíamos que se moría. Las fatigas iban aumentando y lo que más le molestaba era el no poder vomitar, a pesar de tan grandísimas ansias.

4418. El sufrimiento era terrible. Una vez, mirando a los que le rodeaban y viendo cómo todos pedían insistentemente por su salud, dijo: «No pidáis para mí la salud, ni la muerte, sino resignación y algo más». Al preguntarle un hermano suyo qué era ese algo más, respondió sonriente: «¡Si el Señor quisiera darme un poquito de alegría en los sufrimientos!».

4419. Aquel día aumentó el dolor de vientre por lo que una tía suya intentó ponerle agua bendita, pero ella no quiso y temiendo después la enferma que a su tía le hubiese extrañado su negativa dijo a su madre: «Mamá, que no he querido dejarme poner agua bendita, porque no quería que se me quitara el dolor, para poder sufrir más por Dios».

4420. Viendo que la hora de su muerte se acercaba, y con la tranquilidad que su alma, ya dispuesta, le daba, pensó en preparar sus cositas. «Mire usted, mamá, dos encargos solamente tengo que hacerle: El primero que de las cartas de tito Manolo (director espiritual suyo) se encargue usted de ellas y las queme. Y el otro que el dinerillo que tengo yo de mi día sea para sufragios de mi alma y lo que sobre se lo den a Andrés», y añadió sonriendo: «Ése es mi testamento». (Este Andrés es un niño de su catecismo al que ella favorecía mucho, porque no tenía qué comer por estar su padre sin trabajo).

4421. Uno de sus hermanos le preguntó: ¿Cómo te encuentras? «En cuanto al alma muy bien», le respondió. Recibía con mucha fe y devoción las reliquias que le aplicábamos para curar y mitigar sus grandes dolores.

Aquel mismo día manifestó deseos de recibir la bendición de María Auxiliadora y como se esperaba que muriese de un momento a otro, hízose venir a un padre salesiano que se la dio y además le impuso una reliquia de Don Bosco consistente en un pedacito de su carne. Preguntó a uno de sus hermanos qué tenía ella que hacer para salir del purgatorio al sábado siguiente.

4422. *La noche del 29 al 30* durmió un poquito, como una hora poco más o menos. A las dos despertó otra vez con fatigas y volvió a repetirle a su hermano que allí estaba: «Manolo, ¡qué malita estoy! Yo me muero».

No obstante, a la mañana siguiente (domingo día 30) amaneció más tranquila. Las fatigas desaparecieron, aunque no por eso dejó de devolver y de sentir la gran sequedad de boca y garganta por falta de secreción de las glándulas salivares.

Animóse ella un poquito al sentirse sin fatigas. Lavóse la cara y los dientes, le arreglaron el pelo; los labios se le pusieron muy rojos por efecto del agua salada con que casualmente se lavó. Su aspecto era mejor.

4423. Mostró deseos de que la viera el doctor Royo y se le llamó por darle gusto. Vino el doctor y la encontró lo mismo de grave, aunque, según decía, tenía el pulso algo más rehecho. Esto nos dio un poquito de esperanza. Ella, al sentirse algo mejor y vernos a todos más animados dijo a sus padres: «¡Vaya! ¡vais a recobrar a vuestra chica!» y volviéndose a su madre, que había hecho promesa de no comer dulces en toda su vida, le dijo: «Mamá, lo que yo siento es que no va usted a comer más dulces».

4424. A las once de la mañana un hermano suyo viéndola mejorcita se fue al catecismo y cuando volvió tuvo, para complacerla, que darle cuenta detallada de todo, pues su celo y entusiasmo

teníalos consagrados al apostolado catequístico. Cerca del mediodía le llevó otro hermano una rosa de la tumba de Pío X, que su tío le enviaba desde Madrid por conducto de unos señores sacerdotes, junto con una estampita con oraciones a dicho pontífice y su retrato. Se le dijo que debía tomar parte de la rosa y mostró un vehemente deseo de hacerlo en seguida. A esto, entró su padre con la estampita de Pío X y todos los presentes de rodillas rezaron la oración impresa en ella. A continuación tomó su padre la rosa y partió tres pedacitos en reverencia de la Santísima Trinidad y, echándoselos en un poco de agua, se los dio a Anita, que los tomó muy devotamente. Todo esto le produjo sin duda un gran consuelo.

4425. Aquella mejoría fue la mejoría de la muerte, como suele decirse, pues a las tres de la tarde empezó a subirle la fiebre de modo extraordinario. Poco después de las cuatro empezó a decir algunas incoherencias mezcladas con frases o conversaciones normales. A eso de las nueve llegó el padre La Cruz y, entonces, estaba ya ella en pleno delirio.

Entró el Padre y estuvo un rato a solas con ella. Al salir dijo el Padre que la había encontrado en estado de perfecto juicio, contestando muy acorde a cuanto él le preguntó y haciéndole ella a su vez preguntas que revelaban la mayor lucidez, habiendo vuelto a reconciliarse.

4426. Estando el Padre fuera del cuarto, contándonos esto, volvió a delirar Anita. Alternaba entre grandes congojas y extremada alegría llegando en este último caso a palmotear con fuerzas. Pero lo notable y hermoso, aun dentro del contraste que formaban las circunstancias, fue cuando con una voz potentísima y muy firme, a la vez que dulce, cantó varias coplas a la Santísima Virgen, como «¡Oh, María, Madre mía, oh consuelo del mortal! amparadme y guiadme a la patria celestial». Y esta seguidilla: «A la Virgen del Carmen quiero y adoro, porque saca las almas del purgatorio». Cantó también: «¡Viva María, viva el rosario, viva santo Domingo, que lo ha fundado!».

4427. Empezó a cantar el himno del Papa: «Firme la voz, serena la mirada...». La lucha con el demonio debió ser grande, aun en el acceso de locura, pues mirando fija a un sitio decía: «El demonio», y se estremecía. «¡Qué horror!, ¡vete, vete! y dando un grito fortísimo dijo: ¡¡¡Viva Cristo Rey!!!». Y todos espontáneamente respondieron: ¡Viva! y volvió a decir: «Ave María Purísima! ¡Muera el pecado!».

Después dijo aquellas palabras del Evangelio: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!».

Dijo además por tres veces con voz potente: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía».

4428. Después de un rato de delirio, en que forcejeaba por salir de la cama y pedía ropa para vestirse, volvió en sí y dijo muy triste: «¡Ay! ¡Cuando yo le escriba a tito Manolo y le diga la ejemplaridad con que estaba llevando esto... y ahora cómo estoy...!». Y sonriéndose añadió: «Pero, no, no tengo yo la culpa... ha sido un acceso de locura. La paciencia, la paciencia», decía ella. Y uno de los presentes añadió: «todo lo alcanza».

Y entonces ella prosiguió el conocido verso de santa Teresa y dijo: «Quien a Dios tiene», y respondiéndole: «nada le falta», «sólo Dios basta», terminó ella. Entonces volviéndose a su padre y abrazándole, le decía: «papaíto, papaín, mi niño chiquito».

4429. A continuación abrazó a uno de sus hermanos, sin quererlo soltar. Él empezó a hablarle de lo contento que estaba el Señor con ella y de lo mucho que la quería, pues tan duramente la probaba, y ella a todo respondía: «¡Sí, sí; es verdad!».

La muerte avanzaba rápidamente. Eran ya las diez de la noche. La enferma casi no podía hablar, solamente se le oyó hacer un acto de perfecta contrición: «Dios mío, perdonadme lo que os haya ofendido; os amo, os adoro; tened misericordia de mí».

4430. Y a continuación hizo la comunión espiritual que le había enseñado desde pequeñita una tía suya: «Creo, Jesús mío, que por mi amor estáis en el santísimo Sacramento, os amo sobre todas las

cosas y deseo recibiros. Pero, como ahora no puede ser sacramentalmente, venid a lo menos espiritualmente a mi corazón y, como si ya hubierais venido a mí, os abrazo y me uno a Vos». Estas fueron las últimas palabras que distintamente se le oyeron.

4431. Poco después, parece que decía, con voz casi imperceptible: «El agua se ha perdido». Esto se lo hacía decir la continua y espantosa sequedad de su garganta, pues casi continuamente su madre le introducía en la boca el pico de un pañito empapado en agua. Todavía estuvo como un cuarto de hora sin hablar, mirando vagamente a los que le rodeaban, hasta que entró en agonía.

4432. Empezó ésta a las diez y cuarto y duró tres cuartos de hora. Un hermano suyo le hizo la recomendación del alma, mientras acudía el señor cura que ya había sido llamado. Llegado el señor cura, le dio la absolución de nuevo; rezóse el santo rosario y los salmos de Horas menores de dominica y, a las once y cinco, o poco más, murió. Era el domingo, 30 de julio del Año Santo de 1933 en el décimonono centenario de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, en cuya compañía, con fundada confianza, la creemos gozando la bienaventuranza, y rogando por los suyos, a quienes tanto amó y de quienes tanto mereció ser amada.

Tenía al morir la edad de 20 años.

NOTA. El día 28 recibió el santo viático y continuó comulgando el 29 y el 30.

4433. *Nota simpática:* Durante todo el día 31 en el que estuvo Anita de cuerpo presente desfilaron ante su cadáver centenares de personas.

Llamaron en gran manera la atención los niños y niñas del catecismo adonde ella iba. ¡Cuánto lloraban todos al ver el cadáver de su querida «señorita»! Hubo una niña de unos ocho añitos que no quería irse de la sala donde estaba el cadáver, y allí permaneció gran rato llorando y rezando. Estos mismos niños, al día siguiente, se presentaron en la casa con once pesetas y media que habías reunido entre todos para misas por la «señorita».

4434. Fue un rasgo de cariño muy hermoso, si se considera la extremada pobreza de la mayoría de estos niños. ¡Dios sabe cómo se las valdrían algunos para contribuir con sus cinco, diez, veinte, treinta céntimos... y hasta con una peseta!

Otro rasgo fue el ir muchos chiquillos corriendo hasta el cementerio, para acompañar a su catequista, y hubo uno que se colocó en el último lugar de la larga fila de hombres que iban dando la «cabezada», después del entierro, y realmente constituyó la representación oficial y solemne del catecismo en el duelo, según la frase del padre La Cruz.

4435. ¿Qué os parece la lección y el examen de María y de catequista?

¡Con qué ganas pondría yo el *sobresaliente y matrícula de honor* al pie de ese acta de examen brillante de doctrina cristiana práctica; de paciencia llevada al heroísmo; de cariño finísimo a sus padres, hermanos y cuantos la rodeaban; de limpieza, dominio y paz de alma; de olvido de sí; de devoción confiada al Corazón de Jesús sacramentado y a la Madre Inmaculada y de alegría que canta y dice hasta chistes (a lo san Lorenzo) en el mismo trance de la muerte!

¡Corazón bueno de Jesús, ponle Tú el *sobresaliente* de la *Gloria* a nuestra Anita, como con lágrimas en los ojos y gozo y dolor en el corazón, te pedimos y lo esperamos.

DICHOS, HECHOS Y LECCIONES

Cosas grandes que hace Dios con cosas chicas

4436. Sólo Dios es grande y sólo Él hace de verdad cosas grandes.

Y quizá la más grande de sus obras es la grandeza de su generosidad.

Y quizá en nada se muestre esa grandeza de generosidad de Dios como en el misterio de poder que ha depositado en multitud de cosas chicas.

En el orden natural

4437. ¡Qué grandeza la de la generosidad de Dios con los a veces imperceptibles granos de semilla de los seres vivientes!

Los montes más altos de la tierra, los astros más gigantes del cielo son incomparablemente más pequeños que la partícula más microscópica del polen de una yerbecilla perdida en la selva. Ni el monte ni el astro tienen ni dan vida; la partícula, sí.

¡Qué grande y qué rumboso y adorable siente mi alma a Dios escondiendo el *gran misterio suyo,* el misterio de la vida, vegetal o animal, en un cuerpecillo microscópico!

En el orden sobrenatural

4438. ¡Qué rumbo, qué derroche de poder, de fecundidad, de eternidad ha escondido la generosidad de Dios en cosas insignificantes!

Un poco de agua con unas cortas palabras infunden en la frente y en el alma sobre las que se rocía y se dicen, ser y vida de Dios, herencia de su reino y hermandad con su Hijo eterno; unas palabras convierten un pedazo de pan y un poco de vino en carne y en sangre de Jesucristo. Una gota de lágrima de contrición borra los más negros pecados, cierra el infierno y abre de par en par las puertas del cielo...

4439. ¿Para qué poner más ejemplos, locuras de rumbo de Dios a favor de las cosas chicas? ¿No es nuestra religión bendita la religión del perenne engrandecimiento y de la eterna glorificación de lo chico, que es el pesebre de Belén, la obscuridad de Nazaret, la cruzdel Calvario, el silencio y el abandono del Sagrario de Jesús, las gotas de lágrimas de los penitentes y portadores de cruz, de sudor de los apóstoles, de sangre de los mártires y el aroma como de incienso quemado de tanto sacrificio oculto y no agradecido?

¡Qué bien se entiende y con qué ganas se canta la alabanza a Dios de san Agustín!: ¡Dios grande en las cosas grandes y máximo en las mínimas!

¡Ése es nuestro Dios!

¡Sembradores de granitos de mostaza!

4440. Una mirada cariñosa, una palabra de instrucción, un consejo a tiempo, un caramelo con comentario, un juego con segunda intención, un cuento con moraleja, hasta un tironcillo suave de oreja, granos de mostaza son ¡es verdad!, pero depositados en el alma de los pequeñuelos, que pasen a nuestra vera, en nombre y con la gracia de nuestro Señor Jesucristo y con la poca o mucha nuestra, producirán o contribuirán a que se desarrollen ¡los veáis o no los veáis!, árboles frondosos.

4441. ¿Que se perderá semilla?, ¿que se frustrará?, ¿que la siembra del mal es más abundante y fecunda?

Lo que queráis; pero no hay derecho a esperar cosechas sin siembras y no hay deber ni razón ni ocupación que exima de una labor tan fácil, tan a la mano y tan barata y por otra parte tan urgente, tan necesaria y tan fecunda como la de sembrar cosas tan menudillas.

Todos sembradores

4442. Sí, ninguno se exima de esa ley, de hacer un poquito más bueno a todo el que pase por su lado singularmente a los pequeñuelos, el clérigo y el seglar, el alto y el bajo, el ocupado y el desocupado, todo el que tenga en su pecho un corazón cristiano, que con eso basta para llegar a maestro en el oficio de *sembradores de granitos de mostaza.*

Y precisamente para estímulo y, añadiré, hasta recreo de los ingresados y por ingresar en la *orden* de los *sembradores,* echo al mundo este librillo con notas de *color, olor* y *sabor* de mis prácticas del oficio entre la gente menuda.

Como a mí me han hecho gozar y sufrir el recogerlas, estoy cierto que harán reír y sufrir hasta llorar a los que las lean.

4443. Lector, de verdad paciente, si has llegado a leer hasta aquí y sigues con ganas de seguir leyendo, métete por entre esos montoncitos de semilla buena y de sal de mi tierra, y en Dios y en mi ánima te auguro buenos ratos para ti, buenos frutos para tus siembras, buena sombra para tus apostolados y otras muchas cosas buenas en ésta y en la otra vida, como para mí deseo.

MANUEL GONZÁLEZ, *Obispo de Málaga*

Láriz: Vigilia de la Natividad de nuestra Señora de 1930.

EL TERRENO EN QUE HAY QUJE SEMBRAR Y CÓMO HAY QUE SEMBRAR

El alma de los pequeñuelos

4444. Siguiendo el símil de la agricultura que hemos tomado, puedo comparar el alma de los párvulos, niños y jóvenes, a una tierra de siembra.

¿Cómo está esa tierra?

4445. Con la luz que da la experiencia de muchos años de cultivo de tierras nuevas y jóvenes, y sobre todo, con la revelación de la fe sobre la naturaleza y efectos del pecado original (sin cuya revelación la tierra del alma infantil es más misteriosa que las tierras de las selvas vírgenes inexploradas), con esas dos luces, repito, por guía, puedo responder que la tierra del alma de los niños, tiene todas las ventajas y todos los inconvenientes de las tierras vírgenes o por explotar; las ventajas de lo nuevo, la feracidad y la fecundidad de lo no tocado ni agotado y los inconvenientes, o mejor, el gran inconveniente de la anticipación, aprovechando el hambre de vivir y el ímpetu de la tierra nueva, de las siembras espontáneas, anónimas o clandestinas, y, como tales, desordenadas, funestas y hasta venenosas o en grave peligro de llegar a serlo.

4446. ¡Ay de las tierras contagiadas de malas semillas y plagadas de malas yerbas! ¿Quién las limpiará? ¿Quién las volverá a su estado virginal, a su inocencia?

Ése, ése es el gráfico del alma de los niños. Es una tierra buena, buenísima, como substancia espiritual creada inmediatamente por Dios, pero sometida a una doble y opuesta influencia, la del Espíritu Santo y la del espíritu del mal.

La influencia del Espíritu de Dios

4447. Por la fe sabemos:

1º que esa substancia nobilísima viene a la vida enferma con una grave infección, la del pecado original, heredada de los primeros padres.

2º que por el bautismo y por la semilla de *gracia* santificante que por medio de él siembra el Espíritu Santo, la infección se cura, en lo que tiene de mal de culpa.

Y 3º que el alma queda sana y elevada a una vida superior, sobrenatural, la misma vida del Hijo de Dios a quien se hace semejante y de quien se hace hermana, pero conservando latente una tendencia al desorden, a la rebeldía y a la ignorancia, que sólo en la resurrección gloriosa de la carne, que nos hará hombres perfectos y totalmente semejantes al Hombre cabal, Jesús, último fruto del bautismo, desaparecerán.

4448. Por la experiencia sabemos que si sobre esa tierra nueva abonada con luz, fuerza y vida de Dios, caen cultivos buenos de frecuencia de sacramentos y oración, de educación cristiana y ejemplos buenos de padres, maestros, amigos y circunstantes, la divina semilla, la gracia, produce frutos sabrosos de virtudes; adornadas y avaloradas con el rico perfume de la inocencia, y a veces de la santidad consumada.

La influencia del espíritu malo

4449. Pero ¡ay!, cuántas veces se mezclan y hasta se anticipan a aquellos buenos cultivos los siniestros cultivos de las tendencias nocivas que dejó en el alma el desorden del pecado original por obra del demonio con sus tentaciones; del mundo con las seducciones de sus malos ejemplos y falsas enseñanzas de amigos, lecturas, espectáculos y hasta padres malos y de la carne y de los malos apetitos que despiertan más pronto de lo que ordinariamente se cree!

Consecuencias

4450. Como resultado de esas siembras y cultivos de bien y de mal, públicos y confesables unos, y clandestinos y envenenados los otros, ¡cuántos peligros, cuántos riesgos para la inocencia del alma de los niños, para la virginidad de esas pobres tierras nuevas!

Hartas veces tiene esa inocencia menos tiempo de vida que la flor que se abre lozana por la mañana y muere marchita por la tarde, no quedando de ella más que una apariencia, a pesar de todo, bella porque aun a esa malicia precoz que brota, más inconsciente que consentida, acompañan brotes de ingenuidad, jirones de candor y encantos de infantilidad...

4451. Y como mi intento en el presente librito no es hablar ni enseñar yo, sino presentar palabras, hechos y enseñanzas de chicuelos, corto las reflexiones que se agolpan a los puntos de mi pluma y doy entrada a nuestros enseñadores.

Que hablen primero las almas blancas, las influidas por la gracia de Dios, las que parece que por su inocencia son boca del Espíritu Santo.

Después os presentaré las almas, si no *negras,* que da miedo y pena poner ese adjetivo a las almas infantiles, *sombrías* o *sombreadas* por las negras alas de malos sembradores y perversos o descuidados cultivadores.

La influencia del Espíritu Santo en las almas de los niños

4452. La experiencia me va enseñando, o mejor dicho, *comprobando* que el Espíritu Santo obra y habla por los niños pequeñitos más de lo que parece y que muchos de los casos que atribuimos a

graciosas *precocidades* de ellos son verdaderas manifestaciones del Espíritu que, en frase de la Escritura, «hizo elocuentes las lenguas de los párvulos».

4453. Y nada de extraño tiene esta afirmación sabiendo que por el sacramento del bautismo el cuerpo y el alma del bautizado quedan convertidos en *templos vivos* del Espíritu Santo en los que habita gustoso y en los que sin duda puede y suele manifestarse de diversas y maravillosas maneras.

¡Estará tan a gusto y obrará tan a su placer el Espíritu de la Pureza y del Candor en esos angelitos en carne humana en los que ni la malicia ni la ficción han anidado!

4454. Educadores, padres y maestros, ¡ésa es vuestra tarea y vuestra misión! La de custodiar los templos que el Espíritu Santo se ha edificado en cada uno de vuestros niños. ¡Ojo con los profanadores o los destructores!

EJEMPLOS

1. Un caso entre mil

4455. Madina -preguntaba con una media lengua encantadora un chiquillo de siete años la víspera de la primera comunión que tuve yo el gusto de darle-, Madina, ¿en dónde tengo yo puesto el corazón?

-Aquí, aquí en el lado izquierdo del pecho. ¿Y para qué te hace falta a ti saber eso?

-Para una cosa mía -replica el fisiólogo curioso con una sonrisa picaresca.

Al día siguiente, al rato de haber recibido su comunión, se lo encuentra la madrina entretenido en la tarea de cogerse con los dedos besitos de la boca y echárselos sobre el lado del corazón...

-¿Qué haces, chiquillo?

-No era nada, madina, era que le estaba tirando besitos al Niño Jesús de mi corazón...

2. Uno de sus propósitos

4456. Estoy pensando, madina, que le voy a decir a papá que no me lleve más al cine.

-¿Por qué?

-Porque yo no debo ir a donde se hacen pecados.

-¿Pero tú has visto pecados en el cine?

-Sí, madina; que allí salen unos hombres que le pegan a los otros y a la mujeres, y pegan tiros y matan a la gente y también, mira, he visto yo allí que salen ladrones que se llevan las cosas y no las devuelven y, en fin, allí salen cosas que yo no me entero pero que no deben ser buenas porque lo hacen al escondite, ¡para que no los cojan!... Sí, sí, yo ya le he dicho al Niño Jesús que yo no quiero que me lleven a donde lo ponen triste...

3. Una cubanita inspirada

4457. Una antigua discípula de mi catecismo de Huelva, actualmente religiosa por tierras de América, llena de celo por sembrar la buena semilla, que ella tan bien supo recoger en las catequesis tenidas junto a mi antiguo Sagrario de Huelva, me escribe:

Le voy a contar un hecho edificante de una pequeñita de seis años, que ama mucho al Niñito Jesús.

Siempre que puede venir conmigo lo hace, para que le hable del cielo, del Sagrario y del Niño Jesús. Yo gozo con ella como si estuviera en oración.

4458. La tengo acostumbrada a que vaya conmigo a hacer la visita. Un día le dije que no podría venir porque no encontraba su velito y muy graciosa me contesta: -Tápeme con su capita.

Otro día no la pude acompañar y la mandé sola, al ver que yo tardaba tanto, pensé habría marchado con sus compañeras, y al cabo de mucho rato me viene llorando. Al preguntarle yo el motivo, me contesta haciendo pucheritos: -Me han sacado de la capilla porque estoy mucho rato allí, y yo no estoy cansada de estar de rodillas, como dice la madre.

A mí me enterneció mucho la pequeña, y para consolarla le dije: Ahora vamos a comer, y después yo te acompaño otra vez. Pero ella no se quería consolar y me dice: madre yo no tengo ganas de comer, porque el Niño Jesús se queda solo y muy triste y Él tampoco come; ¡yo quiero estarme con Él!, ¡yo quiero ir al cielo...!

4. Lo bien que se entienden los niños con Jesús

4459. María de Lourdes es un ángel encarnado en niña sevillana de cinco años y medio y por consiguiente con cara de ángel y *golpes y salidas* de ángel andaluz.

Hace poco tuvo la ansiada y soñada dicha de recibir su primera comunión y no sé cuántas *salidas* de ángel tuvo hablando de su Jesús.

-¿Comulgaste ya, María de Lourdes?, le preguntaban.

-Sí, señora.

-¿Y el Niño Jesús que hace ahora?

-Por ahí dentro anda paseándose -responde con la ingenuidad del que cuenta lo que está viendo.

-Y tú, ¿que le haces?

-Pues yo, de cuando en cuando, le echo unas florecitas...

-¿Florecitas?

-¡Sí, de cosillas mías! Hoy le he echado tres claveles gordos; uno era que a mí no me gustan los plátanos y me comí uno que me dio mamá; otro, que entré en un cuarto oscuro que a mí me da mucho miedo y otro que me dijeron una cosilla que no me gustó y no puse mala cara...

¿Verdad que María de Lourdes con sus claveles gordos se sabe entender bien con Jesús?

¡Que se sigan entendiendo todos los días...!

5. Fe viva en la Eucaristía

4460. Una niña de cuatro años de un pueblo de Málaga le pregunta a su tía cuando viene de misa: -Tita, ¿has comulgado -Sí, -le contesta. -Pues entonces saca la lengua para que te la bese.

6. Una buena comunión espiritual

4461. Otra niña del mismo pueblo, de ocho años, que comulga con mucha frecuencia y que, por estar muy endeblita, un día no se atrevían a dejarla, deseaba tanto comulgar que su madre consintió en ponerle una inyección y dejarla ir a comulgar, pero en el camino hubo de volverse llorando amargamente porque no tenía fuerzas para llegar a la iglesia. ¡Con qué gusto recibiría Jesús aquel querer y no poder de su menuda y débil comulgante!

7. Un beso del Espíritu Santo

4462. Yo creo que así puede llamarse el beso que describe ese párrafo de una carta que acabo de recibir.

Una madre joven y piadosa tenía la dulce costumbre de dar un besito a su chiquitín después de su comunión diaria:

-Toma, hijo -le decía-, éste me lo ha dado Jesús para tí.

Un día, el nene que ya hablaba, al recibir el consabido beso de Jesús, se cuelga del cuello de su madre y, estampando un beso ardiente en sus labios, le dice: *«Toma, ése para Él»*.

Excuso decirle lo que la madre sintió al recibir tal encargo».

8. Un gran regalo para el Congreso Eucarístico de Toledo

4463. ¿A onde va osté señólbispo?, me pregunta casi en el estribo para Toledo un chaveílla de unos ocho años y unos ocho mil churretes en su cara.

-Al Congreso Eucarístico de Toledo.

-¿Al qué de Toledo?

-Hombre, a una reunión de mucha gente para decirle al Corazón de Jesús que está en el Sagrario muchas cosas buenas y sacarlo por las calles y cantarle muchas coplas y pedirle perdón y...

-¡Ah, sí!, interrumpe mi chavea con aire de enterado y cara de entre ángel y pícaro, *¡una corría de gala a benefisio del Señó!...* ¡Lástima que *no me llevara usté...!*

-Ojalá, pero...

-Pos ¡tome usté pa que se lo yeve payá!

Y con el garbo del mejor torero y la gracia de un ángel, dando una vuelta entera sobre el talón derecho y llevándose su mano a su boca tira un beso sonoro y restallado diciendo: ¡Pa el Corazón de Jesús de Toleo!... y ¡güen viaje!

Grandes obsequios llegaron a Toledo en aquellos días; pero quizá ninguno tan grande como el de mi chaveíta... ¿verdad?

9. De cómo sienten y platican sobre los atributos de Dios dos pequeñuelas

4464. Una maestra, buena en verdad, sorprendió sin que se dieran cuenta las interesadas, el siguiente diálogo:

Una de cinco años y medio:

-De modo que el Señó está enterito en una mijita de Hostia como en toíta la Hostia grande?

Otra de siete u ocho.

-Enterito.

-¿Aunque la mijiya de Hostia sea como la puntiya de una horquiya invisible?

-Enterito.

-Pos, hija, ¿cómo dise la hermana que el Señó es tan glande y luego cabe en una cosiya tan remenúa?

-Pos, hija, por eso mismito, porque es glande hase toíto lo que le da su realísima gana. ¿Te enteras?

-¡Cabalito! ¡Cabalito!, responde lentamente y como preocupada. Entonse por eso tamié no le veremos ni lo tocaremos, cuando comulgamos...

Cambiando de tono y con rapidez:

-¿Pos no parese hija, que el Señó está jugando al escondé en el Sagrario?

-A lo mejón dise: ¡ay!, y va uno y parece que ya no está y está. Y otra vese sin decí na ni na se trompiesa una con Él.

Y con tono de una santa Teresa exclama:

-¡Cuidao que es glande el Señó!...

10. ¡Eso era antes!

4465. Recreábame días pasados recibiendo las deliciosas confidencias de un feliz comulgante de cinco años, vivo, gracioso y penetrante.

-Oye, le decía yo entre serio y broma, ¿y aquellas mentirillas y rabietas y malos modos y caprichitos y respuestas de «no me da la gana» con gestos de vinagrillos?

Y con un semblante a la par grave, candoroso y humilde me dice recalcando cada palabra:

¡Eso... era... antes!... ¡Cuando yo no comulgaba!

Os digo la verdad que la salida del chiquitín me supo a sermón, a sentencia, a reproche... ¡Qué!, ¿no debiera nuestra comunión dividir nuestra vida en dos partes completamente distintas y opuestas?

¡Con qué asombro se enterará ese niño, andando la vida, que no pocos de los que comulgan son lo mismo *que eran antes de comulgar...!*

Chicos y grandes comulgantes, por honor y por justicia y por gratitud al Jesús santísimo de nuestras comuniones, ¿vamos a ser después de cada una un poco más buenos *que éramos antes?*

11. Los aguinaldos de los ángeles

4466. ¡Así! Así deben llamarse las cinco monedas de cinco céntimos que me han traído estas Pascuas.

A uno de mis familiares rodea un grupo de cuatro pequeñinas, tan pobres de vestidos como ricas de alegría en sus caras, y preguntan sin más exordio:

-¿Se echa aquí pa esos niños de mu lejos que se están muriendo de no tené qué comer ni qué ponerse?

-Sí, sí, para los que pide el Papa limosna ¿verdad?

-Pos güeno: aquí tiene usted una gorda mía que, mandao para un mantecao y ¡otra mía!, y ¡otra chica mía! ¡Pobrecitos!, ¡que se jarten siquiera estas Pascuas! Pos yo, añadió tímidamente la cuarta, que era la más menuda, no les puedo echá ná, porque toavía no mandao ¡ni una chica!; pero ¿verdá osté, que se les puede echá unas cuantas de Comunione?

....

¿No tiene esa escena toda la gracia y el encanto de ángeles... andaluces?

12. Ingenuidad infantil

4467. Acababa de hacer su Primera comunión Antoñita G., angelical hija de unos muy buenos padres cristianos y amigos nuestros, y rebosándole la alegría de la presencia de Jesús, dice en tono solemne y decidido a una primita suya que poco tiempo antes había pasado por la misma dicha:

-Te digo que lo que es yo no peco más; se lo he dicho muy fuerte, muy fuerte hoy al Niño Jesús...

Y con aire de vieja maestra, le responde la prima en el mismo tono solemne:

-Tú caerás.

-¿Yo?

-Sí, tú, tú, como yo he caído, y eso que toditas las mañanas le digo al Corazón de Jesús que no quiero pecar; pero ¡hija! me caigo a lo mejor...

La verdad es que no sabe uno qué admirar más en estas dos inocencias: si la generosidad de la una o el desencanto precavido de la otra.

13. La prisa del demonio en tomar posesión del alma de los niños

4468. A los que aún andan afanados e inquietos con escrúpulos y vacilaciones sobre las comuniones prematuras de los niños y se empeñan en exigirles tantos y más cuantos años de edad y grados de cultura religiosa para que *se preparen bien* y no cometan *sacrilegios*, les diré lo que mi experiencia ministerial me viene enseñando.

De entre los miles de niños y niñas que he tratado, no conozco un solo caso de sacrilegio, aun material, por falta de años o de cultura y en cambio conozco muchos, muchísimos casos de primera comunión sacrílega de niños y sobre todo de niñas (da horror ¿verdad?), por sobra de malicia, verdaderamente inverosímil, en tan menudas edades.

4469. Y esto que digo es tan cierto como horroroso.

Por eso con toda mi autoridad de obispo y toda mi pena de amigo de Jesús entristecido por sacrilegios de niños y de niñas, digo a los párrocos, padres, maestros y catequistas: «Daos prisa, daos prisa en llevar a vuestros niños a comulgar».

Mirad que el demonio tiene mucha prisa en entrar antes que Jesús en las almas infantiles y *en cimentar la vida* de los que no ha podido impedir que sean cristianos *en una primera comunión sacrílega.* ¡Sabe él tan bien la triste vida que sobre ese sacrilegio se edifica!

Educadores y guías de los niños ¡no os dejéis ganar en prisa por el demonio!

14. La influencia del horror a decir la verdad

4470. Mi experiencia de chiquillos, por no hablar ahora de gente mayor, me ha enseñado que así como los físicos han registrado en su vocabulario la frase *¡horror al vacío!,* los moralistas y psicólogos deben mandar registrar esta otra aplicada a mucha gente menuda: el *horror a decir la verdad...*

15. ¿Las verdades de los niños?

4471. Y para hablar con rigor de justicia... ¿las verdades de las niñas?

Contra el conocido refrán de que «los niños y los locos dicen verdades» tengo yo que actuar de *tío Paco* metiendo su famosa rebaja, en lo que atañe a las niñas.

Porque es el caso que en mi vida de catequista me he topado muchas, muchas veces con niñas reñidas con el octavo mandamiento y por cierto con un desparpajo, una sangre fría y una naturalidad que al más incrédulo ponen en trance de tragarse sus *bolas.*

4472. Hartas veces me he puesto a buscar la explicación de esta facilidad y serenidad de mentir y debo confesaros que acabo por no encontrarla satisfactoria.

¿Es exceso de imaginación? ¿Pero cómo aseguran los pedagogos que ésta es la última facultad que se despierta en el niño?

¿Es picardía? Pero si casi se puede asegurar que no pocas de esas profesionales del embuste conservan la fragancia de su inocencia.

¿Es insuficiencia de percepción de las cosas? Pero si la urdimbre con que sustituyen la verdad supone más ingenio y habilidad que la exposición de ésta lisa y llana.

4473. Póngase en aprieto a una chiquita de estos nuestros catecismos o escuelas sobre quién ha roto tal cosa, quién la ha quitado, quién dijo tal palabra, quién tuvo la culpa de tal o cual falta, etc., y aunque es verdad que hartas veces brilla y triunfa la ingenuidad, no pocas le salen a uno con unas historias tan interesantes y unas afirmaciones tan rotundas y unas actitudes y protestas tan sinceras que la desorientación más completa se apodera del ánimo del que pregunta.

Claro es que si el refrán de que «más pronto se coge a un embustero que a un cojo» es cierto aplicado a los mayores, lo es mucho más, si cabe, aplicado a los pequeños.

Pero así y todo ¡cómo la pegan! ¡Y de qué tretas y habilidades ha de valerse el catequista para quitarles tan feo y nocivo vicio!

16. De cómo abundan los y las chaveas que mienten más que hablan

4474. Entre los niños y las niñas, y me dejo en el tintero ahora a los hombres y a las mujeres que ¡ya ya!, hay quienes cultivan la mentira como si de su cosecha esperaran todo su vivir.

Conozco ejemplares en uno y otro sexo menudo a los que ni por distracción se les escapa una sola verdad.

El mentir de estos ejemplares no es el mentir caviloso, turbado, a medias palabras o palabras ambiguas o con rostro avergonzado del que miente por excepción, o por salir de un mal paso, o por malicia, no.

4475. El mentir de estos ciudadanitos es un mentir tranquilo, sin titubeo, sin precaución para que no los cojan, y diría que, a semejanza de esos daltonianos que no pueden ver ciertos colores, hay gente reñida con la verdad y que a fuerza de no ocuparse ni preocuparse en su vida de ella, el mentir de esa gentecilla es un mentir inconsciente, rutinario, casi de *sport* habitual, como el dar puntapiés a cualquier cosa con que topen en forma de pelota, en blando o duro.

4476. Aunque a veces me hacen reír, siempre siento ante estos embusterillos pena y miedo: una lengua mentirosa es fuente de incontables cosas malas y de ninguna cosa buena.

Muestras de estas mentiras a caño libre y de estos profesionales de la tramolla podría presentaros a miles, y conmigo no pocos maestros y catequistas de niños, y sobre todo de niñas, que se ven negros para sacar un átomo de verdad de un quintal de palabras infantiles.

Es de una incontestable certeza que hay niños y ¡ojalá no fueran tantos! embusteros por esencia, presencia y potencia, capaces de cansar, aburrir y exasperar al más hábil y paciente pedagogo.

17. Una frase

4477. Que dice mejor que todos los hechos lo arraigado y difícil de curar de ese mal de la *mentira por respiración* (creo que así merece llamarse).

Me decía una muchacha, metida ya a buena y a virtuosa de verdad, después de contarme sus luchas y victorias sobre otras malas cualidades desarraigadas:

-Lo que no sé, padre, es cuándo me voy a quitar de ser tan reteembusterísima como he sido desde que tengo boca... Mire usted ¡me salen los embustes como el hipo! ¡sin poderlo remediar!...

Al oírle esta declaración tan sincera de sus mentiras, me convencí de la verdad y del valor de su difícil conversión.

18. Una escena de familia cristiana y un embusterillo hasta en sueños

4478. Reunidos todos delante de la imagencita de la Virgen rezan padres, hijos y criados el santo Rosario.

No rara vez los más chicos tienen que hacer proezas de estirones de párpados para no quedarse dormidos; la mamá de cuando en cuando hace de despertador... ¡Fulanito, que te duermes! ¡Zutanito, que te quedas *frito!*... Protestas en los despertados abriendo desmesuradamente los ojos y rezando más fuertemente... Noches atrás a propio intento deja de rezar la madre el Padrenuestro al santo ángel de la guarda y pregunta para cerciorarse si lo habrán echado de menos los tentados de sueño:

-Vamos a ver, fulanito, esta noche no me puedes decir que no te has dormido, ¿a qué santo hemos dejado de rezarle? Y el fulanito, de unos cinco años, más en el otro mundo que en éste, responde a medias palabras: «Sí... que... nos... hemos comido... el *Padrenuestro*... de... de... de... ¡los municipales...!».

19. La influencia de las pasioncillas infantiles y singularmente de la gran pasión de salirse con la suya

4479. La misma falta de malicia y por tanto de arte de disimular pone más al descubierto en los pequeñuelos los primeros síntomas de pasiones, ira, avaricia, venganza, lujuria y sobre todo de la terrible pasión, causa ahora de todas sus rabietas, desobediencias, malas caras, cabezas duras y vengancillas y causa después, cuando mayores, de eso mismo, pero desnudo de lo gracioso de la infantilidad y vestido de lo ridículo de la vanidad o lo trágico y funesto del orgullo, rebelde a veces hasta el crimen.

4480. Padres, maestros, educadores, desechad como máxima falsa, dañosa y funesta ésta que corre tanto para disculpar y hasta reír rabietas y terquedades de niños: ¡como es tan chico! ¡cuando sea mayor se le corregirá! ¡Las enfermedades se curan cuando empiezan, los arbolitos se enderezcan cuando están chicos...!

20. Un pedagogo de siete años

4481. Visitaba días atrás las clases instaladas por los beneméritos hermanos maristas en las del antiguo seminario y preguntaba entre otras cosas a los parvulillos:
-Vamos a ver: ¿qué os gusta más, jugar o estudiar?
(Cara de querer decir la verdad y de no atreverse a decirla en todos los menudos espectadores)
-Nada, la verdad, que cada cual diga lo que quiera con verdad.
-Pue a mí, rompe un sincero, a mí me gusta má jugá.
-¡Y a mí! ¡Y a mí! ¡Y a míííí tamié!... Tres o cuatro sólo se quedaron sin responder.
-De modo, proseguí yo, ¿qué os gusta más: la clase o el patio?
Y rompiendo su silencio uno de los hasta entonces callado, y de los más chicos por cierto, responde con la gravedad de un Licurgo:
-Cada cosa para lo suyo: para estudiar la clase, para jugar el patio... ¡eso es lo que me gusta a mí!
Los hermanos todavía no acostumbrados a estas precocidades andaluzas, me miraron con asombro mientras yo proponía y comentaba a los inquietos parvulillos la gran receta pedagógica que acaba de propinarnos su compañero.

21. Sobremesa infantil

4482. La infantería tan numerosa como despierta y graciosa de unos buenos amigos míos, discuten a los postres de la cena sobre quién sabía más de Geografía. LLegó la discusión a qué reino pertenecía cada capital y pueblo de España.
-¡Zaragoza!, gritaba uno.
-¡Reino de Aragón!, gritaba otro u otros.
Y después de un largo tiroteo de pueblos y reinos propone:
-¡san Sebastián!
Y una de las chiquitas que por andarse en los comienzos de las primeras letras no había podido echar su cuarto a espadas en la discusión de sus hermanos, grita más fuerte que todos y en son de triunfo:

-¡Reino de los cielos!

22. Las medias generosidades de los niños

4483. Más de una vez he afirmado en estas páginas que una de las manifestaciones más claras del rastro del pecado original es la conocida y tradicional tacañería de los chiquillos y el excesivo uso y apego del posesivo *mío.*

Ésa es la *media rasante* de la simpática infantilidad.

Claro que como todas las leyes tienen sus excepciones, ésta de la tacañería infantil tiene las suyas tan escasas como preciosas.

Y como en la luz, acontece que además de su sombra tiene su penumbra, entre la ley general del no dar nada y la singularísima de darlo todo, hay una intermedia que es la que aquí llamo *media generosidad.*

23. La influencia del escándalo en el alma de los niños

4484. El mundo de las intimidades de los niños y de los jóvenes es más dilatado, complejo y oculto de lo que parece ordinariamente a padres y madres bonachones y a maestros superficiales, sobre todo desde que hay cines, revistas, novelas, *coeducación,* convivencia de ambos sexos en escuelas, paseos, jiras, excursiones y se ha puesto de moda *el prescindir del pudor* y no tener en cuenta para nada los riesgos de la pureza.

4485. Nada me hace gozar ni sufrir tanto como bucear por el mundo de las almas de pocos años; gozar, porque aun a veces en ruina o amenazando peligro de ella, se encuentra uno con la inocencia o con pétalos caídos de ella, que es la flor más olorosa y bella de los jardines de la vida terrena; y sufrir, ante la indefensión, a veces irremediable, en que la mayor parte de las veces se encuentra uno al alma del niño frente a la invasión del mal que marchita y achicharra las flores de su inocencia, de su pureza, de su ingenuidad y de su alegría.

4486. Las niñas aburridas, lánguidas, a pesar de sus *planes* de vértigo de diversiones; los niños hastiados, los pequeños desesperados y los precoces suicidas que tanto se repiten hoy, ¡qué aldabonazos tan fuertes son para la conciencia y la atención de educadores y autoridades!

24. La queja de los maestros buenos

4487. Trabajamos, dicen en una forma u otra, hasta más no poder, con nuestros niños para hacerlos cristianos, ilustrados y útiles a la religión, a la Patria, a sus familias y a ellos mismos.

Ése es nuestro afán, dicen; pero no es ésa nuestra cosecha.

Nuestros niños, y ¡cosa extraña! singularmente nuestras niñas, en gran parte salen de nuestros colegios con conocimientos de doctrina y práctica de algunos deberes religiosos. Pero tan desnudas sus almas de piedad como su cuerpo de ropa, tan desatinados por los deportes y cines y bailes y diversiones del mundo como inapetentes de comer y visitar a Jesús, de tratar con Él y de vivo afán de tenerlo contento...

4488. ¡Qué tristezas y qué amarguras de desaliento pone en nuestras almas ver las caras aburridas o indiferentes con que reciben nuestras instrucciones y apremios para la vida interior, y comprobar que para la mayor parte de nuestros educandos y educandas, sobre todo los de los internados, el ideal único con el que se sueña a todas horas, velando y durmiendo, es el salir pronto del colegio

para *divertirse mucho*, sin freno ni medida, como se divierten sus padres y sus madres, sus hermanos y hermanas, sus amigos y amigas, ¡como lo pide la moda!

¡Triste cosecha en verdad para siembra tan dura!

25. La queja del Maestro

4489. Si los maestros se quejan de lo que ven por fuera, ¿cómo no ha de quejarse el maestro que ve por dentro?

¡La cara de Jesús en los Sagrarios de muchos pensionados! ¿Creéis que es la cara alegre y regocijante del Jardinero que se recrea en los aromas y en los colores de las flores de su jardín? Cierto, que no le faltarán flores de inocencia, de pureza, de humildad, de generosidad, ¡pero amenazan la vida de esas tiernas plantas y la eficacia de los trabajos de sus fieles cultivadores tanto microbio mortífero, tantos fuegos devastadores, tantos vicios de aguas envenenadas!

Y ¿creéis que las almas minadas y corroídas por esas funestas influencias pondrán dulzuras en el Corazón del Jardinero y gestos de agrado y complacencia en su cara?

4490. Paréceme, por lo que conozco al Corazón de Jesús, que después de muchas comuniones de niños y sobre todo de niñas y jóvenes, Jesús pregunta con tristeza infinita: ¿Pero y los niños dónde están? Porque esas almas a donde me han llevado, no tienen aromas ni sabor de almas jóvenes, sino hediondeces de pecadores viejos y de empedernidos enemigos.

¿Verdad que es acerbamente desolador oír preguntar por los niños a Jesús rodeado de ellos en comuniones, en visitas, en cultos y en colegios que tienen la dicha de contarlo por vecino y huésped suyo?

26. El gran mal

4491. Esas dos quejas tan justas como amargas, denuncian este gravísimo mal. El espíritu diabólico del *escándalo* está arrebatando al maestro Jesús y a los maestros suyos el alma de los niños desde la más tierna edad.

El *escándalo*, que da a los niños y jóvenes la sociedad en que viven, roba y robará a Jesús almas, si los sacerdotes, padres y maestros no se dan con toda decisión e industria a iniciarlos y sostenerlos en una educación no sólo cristiana, sino sólidamente piadosa y eucarística.

27. ¡Las madres!

4492. Y hago un triste aparte para las madres.

El mundo pagano y judío había contemplado la degollación de los niños inocentes por Herodes, coreada por las lágrimas de pena, los alaridos de desesperación de las madres; estaba reservado a nuestro tiempo cristiano el espectáculo de ¡madres! preparando y festejando la degollación de las almas inocentes de sus hijos, por los Herodes impuestos por la moda atrevida, el cine escandaloso, el baile agarrado, el baño al desnudo, el vestido sin pudor...

28. ¿Que no se dan cuenta los niños?

4493. ¡Cuántas veces tratamos de excusarnos de la necesidad y obligación de hablar y obrar ejemplarmente delante de los pequeñuelos con esa salida!

¡Son tan chicos! ¡Todavía no se dan cuenta!

Padres, maestros, mayores de edad, tened en cuenta que los niños por muy pequeños que sean y más, mientras más inocentes, tienen un espíritu o instinto de observación que les hace reparar en lo que las mismas personas mayores no reparan y por consiguiente que debemos estar delante de ellos como si estuviéramos delante de una cámara fotográfica o delante de una bocina para impresionar placas de gramófono. Así, como en una de esas dos placas, se graban en el alma de los chicos las palabras y los ejemplos de los mayores.

29. Un ejemplo

4494. El día de Pascua de Resurrección se me acerca a besarme el anillo un amigo de unos cinco años, redondo de cara y reluciente de pelo, y por más señas mellado de tres dientes.

-Señolobispo, mirusté cómo hoy se ríe usté y mira pa cá y pa yá!

-¿Y por qué no me he de reír?

-Pos la otra noche, ibusté en las prosesione y lo vi yo y agarré y me puse a sisearle pa que mirara pa cá y ¡ná! ni se reía ni miraba pa nadie... (Y cambiando de tono y como entrando en razones) ¡claro! como habían matao lo judío al Señó tenía usté que yebarlo al sementerio... Y la Vinge y tó iban yorando... Y ya, como hoy es Pascua, ya ha salío volando el Señó del nicho y lo judío san queao tragando salivita... Y mirusté cómo hoy se ríe usté conmigo y con la gente y con tó...

30. Lecciones de cosas

4495. A los catequistas que andan pesarosos por no tener premios y regalillos que ofrecer a sus catequizandos y no se ven rodeados de gran número de éstos, yo les daría, entre otras, esta ligerísima receta como lección previa: aprendan el *arte de narrar* y tendrán a su alrededor cuantos niños quieran.

Arte que, después de todo, no cuesta ni gasta dinero.

No creo necesario detenerme en la demostración de la eficacia de esa receta, porque al alcance de la experiencia del menos pedagogo está la evidencia.

4496. ¿No habéis visto lo que ocurre con los sermones largos? Cuando ya van los treinta minutos de sermón, todo lo elocuente que queráis, bien pasados, y los ojos y los oídos de los oyentes se van pasando también del estado de abiertos y atentos al de soñolientos y cerrados, de pronto esta palabra del orador dicha en torno narrativo: *ocurrió una vez...* vuelve al estado de abiertos y de atentos todos los ojos y oídos que se le iban yendo.

31. El arte de narrar

4497. ¡Saber contar cosas!

¡Vaya un gran secreto para cautivar muchedumbres de chicos y de grandes!

¿Que cómo se adquiere?

Más que con reglas pedagógicas se aprende ese arte observando a los niños... ¿cómo cuentan sus cuentos los niños?

Ése es el ejemplo que imitar.

...Esto era un viejecito, muy viejecito, muy viejecitooo... con una barba muy larga, muy larga, muy larga... y unas gafas muy grandes, muy grandes, y muy negras, muy negras y como era muy viejecito le temblaban mucho la cabeza y las barbas y las gafas y la boca y las piernas y las manos y... *tó* le temblaba y como temblaba tanto echaba mucho rato en andar a cualquier parte... y al pobrecillo se le caían unas gotas de sudor de la calva y de los pelos de la barba y sudaba la *má*...

4498. ¿Qué género literario es ése? ¿Que ni siquiera es literario eso a fuerza de machacón? Conforme; pero a los niños les presentáis un personaje con esas repeticiones y machaconerías con su acompañamiento de ademanes que exageren, de voces ahuecadas y misteriosas, de miradas y gestos de interés, y se harán viejos, y sus recuerdos se borrarán todos menos el viejecito aquel de largas barbas, gafas negras, chorros de sudor y temblores de azogado y con la figura del viejecito la hazaña de que era protagonista y la moraleja que de ella se sacaba.

¿Quién no guarda en el almacén de cosas viejas de su memoria de niño figuras, historias y esperpentos de enseñanzas por ese procedimiento adquiridas?

32. El arte de preguntar

4499. Es por demás interesante para el catequista conocer la puerta por donde puede entrar su explicación en la inteligencia de sus niños.

¡Qué difícil es saber preguntar! Y precisamente de esa dificultad dimanan no pocas veces faltas de comprensión, de interés y de atención por parte de los niños en cosas que al catequista o maestro parecen claras como el sol.

La experiencia me ha enseñado que el mejor medio para vencer esa dificultad es aprender a preguntar como preguntan los mismos niños.

Me sugiere esta reflexión la siguiente pregunta que hacía a su catequista días atrás una chiquita de nuestros catecismos y que más parece propuesta de rompecabezas que pregunta sencilla de chiquilla.

4500. Señorita, diusté, ¿pa ser mala hay que pensá?

Como veis la pregunta o no significa nada o es peligrosísima de contestar a una niña.

Pero bien pronto saca de los apuros a la catequista la *salida* de otra chicuela que, por ser de la misma edad, instrucción y palabra, entiende la pregunta y la responde satisfactoriamente:

-Pa sé mala, sabe tú, hay que pensá lo mismito que pa sé güena: o sinó semo tonto o mulo, que son malo sin pensá...

¿Cabe expresar en menos palabras y más gráficamente las condiciones para la moralidad de un acto?

maestros, catequistas, no olvidemos que el mejor libro para estudiar a los niños son los niños mismos.

33. ¿Y si no quieren venir?

4501. Os propongo entre mil industrias la *receta del acordeón.* Copio de la carta de una María andaluza: «En la última Junta que tuvimos nos reímos mucho porque teníamos que salir el domingo siguiente por parejas buscando niños por todas las calles para que fueran al catecismo, pues iban muy pocos. A cada una se le ocurría una cosa.

C. como es tan fervorosa y siempre está pensando de qué modo se atraerá mejor a los chiquillos, se le ocurrió darle a uno de ellos un acordeón para irlo tocando por todas las calles. El niño del acordeón iba delante y ella con *D.* un poco más detrás y cuando veían un grupo de niños atraídos por la música se acercaban ellas y se los traían al catecismo. Después contándonos ellas las cosas que les habían pasado, no podíamos de risa porque eran cosas graciosísimas...

4502. Muchos bancos de la parroquia se llenaron de chiquillos. Al domingo siguiente ya no hizo falta ellas detrás del acordeón. A la música de éste iban engrosando filas los niños y el del instrumento vuelve ya todos los domingos a la iglesia con su numeroso séquito después de darse una vuelta por las calles; así que ahora, en vez de acudir al catecismo al toque de campana es *al toque del acordeón...*»

¿No recuerda algo esta escena a aquella de la vida del san Juan Bosco haciendo de saltimbanqui para llevarse gente a la iglesia? ¡Sí: el ingenio del celo de la caridad es inagotable!

Marías catequistas, cuando la asistencia disminuya en vuestros catecismos acordados de *la receta del acordeón...*

34. De cómo de un paseo por el monte se saca una buena lección de catecismo

4503. Un mi amigo tan metido en kilos como en ganas de enseñar la doctrina cristiana a chicos y grandes *ad Laudes et per horas*, bajaba la otra tarde por uno de los montes del seminario poniendo un poco en riesgo el equilibrio e integridad de su respetable persona con los trancos y saltos que lo abrupto del terreno le hacían dar:

Divisarlo unos menudos latinos que trabajaban en las laderas del monte de enfrente en sus huertos y dejar palas y azadones para salir en auxilio y compañía del catequista, todo fue uno.

Todos se le ofrecen para el oficio de báculo. Y, mientras apoyado sobre el hombro de dos báculos de carne y hueso escogidos, desciende lentamente a la cañada y sube al monte de enfrente por el que pasa la carretera, da su clase de catecismo montuno.

4504. ¡Qué bien huele por aquí!, dice a la par que aspira fuertemente uno de la comitiva.

¡Qué buena lección nos da ese olor!, replica el catequista.

¿Sabéis quién nos regala con ese aroma tan fino? Precisamente unas pobres víctimas de nuestros pies: ¡las yerbas! Mirad qué ejemplo de generosidad y abnegación nos dan las yerbas del monte; traídas por los vientos o las aguas y sembradas por nadie, crecidas entre peñascos y sin cuidados ni mimos ningunos sirven de alfombra blanda para el que las pisotea, y hasta de medicina para el que las arranca y las pone al fuego... ¡Qué contraste!; estas plantitas no han recibido nada de los hombres y ¡cuánto dan a los hombres! y nosotros... nosotros...

4505. Nosotros, interrumpe vivamente un chiquitín con cara de indignado y acento de profunda convicción, nosotros somos unos *tragalotodo* y todo para mí y nada para los demás. La sentencia fue coreada y aprobada convirtiéndola en la proclamación del viejo lema del Seminario:

Lo mejor y lo primero
para mi compañero.

Y se terminó el paseo y la lección.

35. Lección de catecismo bajando y subiendo montes con los chaveítas

4506. Vamos, a ver, pregunta el catequista, a quien habían servido de báculo sus chaveítas, cuando iban llegando al fin de su camino:

-¿Qué clase de obra de misericordia habéis hecho conmigo sirviéndome de báculo para sostenerme e impedir que tropezara?

-¡De las corporales!

-¡De las espirituales!

-De las dos un poquillo, gritaban distintos coros.

-¿En qué quedamos? Vamos poco a poco; ¿a cuál de las catorce se parece más el servir de báculo? Y que hable uno después de otro.

4507. Yo digo que el servir de báculo pertenece a *corregir al que yerra*, porque evita que se equivoque en un mal camino o en un mal paso.

-Pues yo digo que se parece más al *dar posada al peregrino* porque aunque no le hemos dado posada, le hemos dado nuestra compañía para que llegue derechito a su casa que es como una posada.

-Para mí, esto es *dar buen consejo al que lo ha menester,* porque usted decía: vamos por aquí, creyendo que aquel camino estaba bueno y nosotros le decíamos: Mire usted que hay un hoyo tapado con yerba y se va usted a caer.

-Pues yo digo que el servir de báculo esa *aguantar las flaquezas de nuestros prójimos* y cuidadito con reírse (retintín) porque aunque el padre no está flaco el no poder subir y bajar un monte sin báculo es una flaqueza como otra cualquiera.

-Pues entonces digo yo, que también es *Consolar al triste,* porque aunque al padre no le vemos triste nunca ¡un consuelillo bueno es echarle una mano!

-Pues para mí, dice filosóficamente el que se había quedado más rezagado, aquí no se ha hecho más que la obra de misericordia de *enterrar a los muertos*... (explosión general de risa). Sí, sí, ¡poco a poco!. Enterrar a los muertos al revés. Porque yo digo que si es una obra de misericordia ayudar a enterrar a un muerto, también debe serlo ayudar a un vivo a que no se muera y lo tengan que enterrar y no es *ná* lo que pasaría al padre si se diera un *trompezón* en un *peñasquiyo* de ésos...

4508. El catequista, asombrado de verse objeto de tantas Obras de Misericordia terminó la lección y el paseo diciendo a sus misericordiosos acompañantes:

-Vamos a ver, ¿y yo no he hecho con vosotros ninguna Obra de Misericordia?

-¡Sí, sí, sí señor!, todos a coro.

-¿Cuál?

Y si obras se habían apuntado los acompañantes, ahora faltaban bocas para apuntárselas al catequista y todos a la vez.

-No, no, replicó éste, que hable uno sólo y nos entenderemos mejor.

-*Pos miusté* -dice un retaquillo con cara de hombre formal-, la *mejó* cosa que aquí se ha hecho esta tarde es que *usté,* pa enseñarnos cosas buenas, se haya *venio a subí y bajá* por esos vericuetos y se haya *fiao* de acá...

-¡Muy bien, muy bien!, gritaron todos.

4509. Pregunto ahora: ¿Y quién ha puesto esa misericordia en nuestros corazones?... ¿de dónde se nos ha pegado?

Todos: ¡Del Corazón de Jesús!

-Pues a ver quién me dice con más fuerzas y con más ganas: ¡Viva el Corazón más bueno de todos los corazones!

36. El catequista de piedra

4510. Así, como suena, no metafóricamente, sino en toda realidad de verdad cuento con un catequista de piedra y un gran catequista.

La monumental fachada del palacio episcopal de Málaga remata con una artística hornacina que guarda dentro de ella una hermosa Virgen de las Angustias sentada al pie de la cruzcon su santísimo Hijo muerto sobre sus rodillas y todo ello de tamaño natural.

Alumbran por las noches a las sagradas imágenes unas luces que atraen sobre ellas las miradas de los numerosos transeúntes.

Esa imagen de la Virgen es la gran catequista de piedra.

37. El catecismo perenne

4511. Todo el que pase por la plaza del palacio y más si es de noche, sea bueno, sea malo, venga del deber o vaya al vicio (¡y pasan tantos en esta última dirección!) se lleva, quiera o no quiera, su ración de catecismo.

El dar los balcones de mis habitaciones a esa misma fachada me permite el gusto y el consuelo de asistir frecuentemente a esas tomas de catecismo.

Ya es el obrero del puerto o de la fábrica que muy temprano pasa medio quitándose la gorra y medio rascándose la cabeza.

Ya es el grupo de libertinos y desgraciadas que vuelven gritando de madrugada de una noche de orgía y al pasar ante la Virgen dolorida se enmudecen.

Ora es el basurero, que mientras da agua en la pila del centro de la plaza a su mulo, subido sobre su carro de basura y echado sobre los varales se canta unas malagueñitas o unas soleares mirando hacia Ella.

Ora es el pelotón de soldados que regresan de África y desembarcan en el vapor de la mañana que la saludan cuadrándose o tirando sus gorros al aire...

4512. Sí, mi plaza es casi siempre una clase de catecismo más o menos a las claras. Allí se dicen o quieren recordar oraciones, se santiguan o intentan santiguarse hombre y mujeres, se recuerdan verdades olvidadas, se excitan virtudes, se levantan remordimientos, se ofrecen actos de fe, de esperanza, de caridad y de contrición.

¡Cuántas veces he visto enjugar lágrimas con pañuelos de encajes y mangas de chaquetas y blusas! Allí, en una palabra, se aprende, se recuerda, se practica el catecismo.

38. Contra el demonio mudo

4513. Harto saben los catequistas sacerdotes y por tanto confesores, lo que trabajan en las confesiones de los niños y más singularmente de las niñas los demonios mudos.

Diríase que a veces los mismos confesores sienten la presencia de ese gran enemigo de las confesiones sinceras y que casi los ven apretar con sus garras las lenguas de los pobres penitentes para que callen los pecados más vergonzosos o por lo menos los digan disminuidos y desfigurados.

(Cuidado que esto no reza con las pobres almas escrupulosas atormentadas por un enemigo contrario al *demonio mudo*, el *enemigo* de la *lengua larga*, que las impulsa a explicarse más de la cuenta y a no quedarse tranquilas nunca por mucho que se expliquen).

4514. El *demonio mudo*, repito, cogido a la lengua de los niños y singularmente de las niñas, ¡cuántas confesiones sacrílegas, y por consiguiente, cuántas comuniones igualmente sacrílegas produce y con qué cadena tan larga y tan recia de sacrilegios va enredando y amarrando esas almas tan buscadas y deseadas del Corazón de Jesús!

¡Verdaderos milagros de su gracia son necesarios para romper en los jóvenes y en los ya maduros esas cadenas labradas por el maldito *demonio mudo* de las confesiones de la niñez!

39. La predicación constante contra el demonio mudo

4515. Enterado primero por los libros y después por la experiencia de mi ministerio del daño tan horrible, tan extendido, tan disimulado y a veces tan irremediable de las confesiones y comuniones malogradas por ese maldito demonio que en ellas trabaja agrandando la vergüenza y achicando o encogiendo la lengua, procuro no desperdiciar ocasión de hablar con niños y jóvenes de uno y otro sexo para darles, en el tono que las circunstancias pidan o permitan, una llamada de atención y prevención contra la perniciosa acción del demonio mudo en sus confesiones.

Y ¿querréis creer que, aun hablando sin acentos duros ni amenazadores en tono familiar y cariñosamente insinuante, no pocas veces veo rostros cambiarse de color y ojos entornarse por no encontrase con mi mirada como si mis palabras estuviesen descubriendo sus interiores?

4516. ¡Corazón de Jesús, con qué ganas te digo muchas veces: Ten misericordia y misericordia grande de las pobrecitas almas presas por el demonio mudo!

Os presentaré un juego con el que se puede ayudar al catequista a meter por los ojos de los niños el horror al enemigo de sus confesiones.

40. El gráfico de las gradas. Contra el demonio mudo

4517. Hay que inculcar mucho en los niños, con respecto a la confesión, el horror al sacrilegio que se comete confesando unos pecados y callando o desfigurando otros por vergüenza.

Apuntaré aquí algún gráfico de que me valgo para hacerles ver claramente que, callando o desfigurando pecados por vergüenza, no sólo no se perdonan los otros confesados, sino que se comete uno más gordo, que es el sacrilegio.

Como las catequesis suelen ser en las iglesias y todas tienen sus gradas de presbiterio por lo menos de púlpito, de las gradas me valgo para escenario del gráfico para representar el estado de gracia que es estado de elevación. Me sirvo de varios *personajes* o *personillas:*

4518. 1º El pecador con los bolsillos y, si no los tiene, con los puños llenos de chinas o guijarros de la calle, que representan los pecados y lo que ellos pesan.

2º A su lado derechos dos amigos buenos que representan el *ángel de su guarda y su conciencia,* de camino digo el oficio de uno y otro.

3º A su lado izquierdo o detrás, otro niño que representa el demonio mudo, o sea el demonio de las malas confesiones, y también sobre eso doy un ligero repaso.

4º En el plano del presbiterio o en lo alto del púlpito un niño que represente a Jesús, que es el santo por excelencia, el único santificador y perdonador por los méritos de su pasión y muerte y por medio de los sacramentos.

4519. El pecador, abrumado por el peso de sus piedras o pecados y por estar privado de la gracia de Dios, aparece mal sentado o caído en el suelo fuera de las gradas.

El niño que hace de Jesús, desde lo alto lo llama con la mano y con ella señala su Corazón lleno de misericordia y de ganas de perdonarlo, y a su Madre, representada en el retablo del altar, que es el refugio y la Madre de los pecadores, le señala también hacia el cielo y hacia el Sagrario como recordándole que para subir a aquél y comer en éste su divino Cuerpo hay que descargarse del peso y de la suciedad de los pecados; señala por último hacia abajo, hacia el infierno, a donde van los pecadores que no se confiesan o se confiesan mal.

(El niño-Jesús no tiene que hacer más que ir señalando con su mano los puntos de que el catequista va hablando).

4520. El niño-ángel después de mirar atentamente a Jesús se inclina hacia el niño-pecador y trata de cogerlo por los brazos para levantarlo, mientras el niño-conciencia le va sacando piedras del bolsillo o de la mano y tirándolas al suelo.

4521. El niño-pecador aligerado del peso se va dejando levantar y llevar hacia las gradas y hasta llega a poner un pie sobre la primera. Pero el demonio mudo, que ha estado observando lo que hacen los dos amigos buenos, puesto que el demonio no puede ver por dentro las almas, se dedica a recoger las piedras tiradas y con una mano quiere meterlas de nuevo en el bolsillo del pecador, que representa el caso frecuente de desmentir o desfigurar los pecados ya declarados y con la otra

forcejea para que no acabe el niño-conciencia de sacar las que quedan en alguno de los bolsillos de la chaqueta, blusa o babi, que representa el callar y guardar algunos pecados.

(El catequista va exponiendo las sinrazones con que el demonio mudo amarra la lengua; el miedo a que lo sepan, a que lo digan, a que le riñan, la vergüenza de cosas tan feas, etc., etc...).

4522. Si el niño-conciencia puede más y vacía los bolsillos o las manos al niño-pecador, el niño-ángel tira de él y lo sube a la última grada del presbiterio y cogiendo su mano derecha golpea con ella su pecho en señal de dolor y el niño-Jesús levanta, abre los brazos en señal de perdón, y se acerca al niño arrepentido y lo abraza y lo levanta.

4523. Si el niño-demonio mudo puede más, en uno de los empujones vuelve a arrojar al suelo al niño-pecador y le llena los bolsillos y las manos de las mismas piedras tiradas y, para indicar el triunfo y hacer más difícil la conversión, se coloca con los brazos abiertos entre el niño-Jesús y el niño-pecador para que éste no vea a Aquél y mientras tanto los niños que representan a Jesús, al ángel y a la conciencia, se ponen tristes y se llevan las manos a los ojos como si lloraran.

....

Certifico que, como el catequista ensaye un poquito de antemano a sus personajillos y vaya explicando con vivos colores la acción de ellos al menudo auditorio, éste asiste y se penetra con atención y hasta con emoción.

41. La lección del maestro Almendro

4524. ¡No siempre va a ejercer el magisterio el veterano Ciruelo! ¿Quién no ha oído hablar del maestro Ciruelo?

Al pie de la obra de mi seminario me ha salido un maestro *Almendro* que da quince y raya al compañero. Allí, de entre cascotes y ripios, granzones y piedras se yergue mi almendrito desnudo de hojas y cuajado de florecillas blancas como copos de nieve.

Y le he dado el título de maestro y como a tal lo presento a mis semninaristas porque ¡vaya si está enseñando a las mil maravillas la gran lección, la lección fundamental del apostolado sacerdotal que expresó el maestro divino en aquellas palabras: «¡Haced mucho bien sin esperar por él nada!».

¡Que bien lo enseña mi almendro!

4525. Cuando debía estar achicharrado de tanta cal como lo rodea o tronchado o caído de tanto tropezón de piedras, maderas, carrillos y pies de operarios. Cuando por lo menos podía mostrarse enojado y encogido de tantos menosprecios y malos tratos, mi paciente y generoso almendrito se ha cubierto este enero de más flores que ningún año y que los compañeros que lo rodean y viven con más buen trato.

¡Si vierais las veces que me he detenido con los que me acompañan para recibir la lección del maestrillo!

4526. ¡Qué bien está cumpliendo él a su modo lo que todos los sacerdotes y maestros de las almas debiéramos estar haciendo siempre! ¡Hacer bien, mucho bien, aunque nos den palos y pedradas, aunque nos pisoteen y quemen!... ¡Sin esperar por el bien que hagamos nada! ¡Nada!

Maestro Almendrito de mi seminario, ¡que nos aprendamos bien tu lección!

42. Una lección sudando la gota gorda

4527. Me pidieron en una de las clases prácticas de catecismo que se dieron en el Congreso Catequístico de Granada unas palabritas de corona estimulando la constancia de maestras y alumnas.

El calor reinante, la aglomeración de niñas y la larga hora de lección tenían ya al menudo auditorio más que en peligro de explosión.

Y en estas circunstancias, ¿quién echaba un discursito con probabilidades de ser oído?

Eché mano a la buena de Dios de mis recursos catequísticos y allá va.

La lección

4528. En medio de un sordo murmullo, presagio de la ebullición de aquella gran olla de cabezas y bocas y pies y manos infantiles, levanto la voz y digo:

-¡Labios cerrados y manos arriba!

Silencio absoluto, caras risueñas y cientos de manos agitándose sobre aquel mar de cabezas.

Como si la electricidad acumulada se hubiese escapado por las puntas de los dedos, cuando mandé bajar las manos, las bocas permanecieron silenciosas y los ojos muy abiertos en gran expectación.

4529. Ahora os pregunto: ¿A qué se parece eso que habéis hecho? ¡Vengan parecidos!

Y ¡vaya si salieron! Desfilaron los pájaros, las palomas las mieses meciéndose, las alas de los ángeles, los diablillos y qué sé yo cuántos parecidos. Y cuando hubieron agotado la lista de sus ocurrencias, proseguí:

-Todavía no habéis dado con el parecido que yo buscaba... Vamos a ver si llegamos. Si yo digo de una de vosotras: esta niña es así (muevo lentamente mis dos manos abiertas horizontales al suelo) ¿cómo diréis que es esta niña?

Todas: ¡muy tranquila! ¡muy paradita!

-Eso es. Y si digo de otra: ésta es (y pongo mi dedo índice sobre la sien).

-¡Chalá, chalá!

4530. Y si de otra digo: (y levanto mis manos sobre la cabeza agitándola).

-¡Que tiene la cabeza muy ligera!

-Y para decir de una que es muy sufrida y muy constante en cumplir su deber porque quiere mucho, mucho al Corazón de Jesús, ¿cómo la representaré?

Silencio.

-Más claro; el que más nos quiere a todos nosotros y con más paciencia nos aguanta, ¿qué figura tiene? ¡A ver! ¿quién lo acierta?

-Todas: *El Señó en crú.*

-Entonces para representar a una niña o a una catequista que viene todos los domingos a la doctrina, está muy atenta y se aprovecha de todo lo que se dice y de todo saca más amor al Corazón de Jesús, que está vivo ahí en el Sagrario, y más paciencia después para su casa, para representar a esa alma, ¿qué figura usaremos?

Todas en cruz.

-¡Así mismito!

....

4531. Corazón de Jesús que estás oyéndonos y viéndonos desde tu Sagrario, echa una bendición de fortaleza y aliento sobre estas buenas maestras y alumnas para que por su modestia sean paraditas y juiciosas, por su amor a Ti, chifladas, por su constancia en venir y su gran deseo de conocerte, amarte e imitarte cada vez más, como Tú, crucificadas y nunca, nunca cabecillas ligeras como de gorrión (a la par iba haciendo con las manos el parecido) y en señal de que todas así lo

quieren y prometen, recibe el beso apretado y sonoro que con todas sus ganas te tiran a las puertas de tu Sagrario.

Y una descarga cerrada de cientos de besos fue el *amén* placentero y ruidoso de mi menudo auditorio...

43. La mejor oración de un chaveíta de la playa

4532. Después de un buen rato de explicación práctica y repetida de lo que es la oración, de sus condiciones y de la mayor facilidad de obtener del Señor las cosas espirituales que las materiales, pregunta una de nuestras Marías catequistas de un pueblecito costeño vecino a Málaga a uno de sus más atentos oyentes, un playerillo descalzo de pie y pierna y de ojos tan azules como la mar en cuya playa vive.

-Vamos a ver, ¿qué vas tú a pedir con más ganas al Corazón de Jesús y con más seguridad de alcanzarlo?

-¿Yo? ¿Yo? ¿Yo? Pos le voy a pedí con toiticas mis ganas que mande salí mucho só pa que se ponga el lagua muy calentita y nos puéamos está bañando to er día...

Y como si ya estuviera disfrutando del favor que iba a pedir, acompañaba su palabra alargando sus brazos, cuerpo y cara como en pleno baño...!

44. Catequistas de la calle

4533. El curso pasado, cuando los seminaristas teólogos fundaron el catecismo de San Felipe, el lleno era espantoso, durante los tres primeros domingos la iglesia rebosaba materialmente de niños. Ya se pensaba en no sé cuántas divisiones y grupos: sección de primeras oraciones, de mandamientos, de preparación a la primera comunión, de adultos, de perseverancia..., y hasta de ciegos, porque también concurrían cuatro de ellos.

4534. En los recreos del seminario se proponían métodos de enseñanza, se discutían planes y se estudiaban libros y revistas de catequesis; no se pensaba en otra cosa que en medios de fomentar el catecismo ya fundado: lo veíamos ya perfectamente organizado y siempre nos lo imaginábamos con un sinnúmero de niños, pero... ¡Oh decepción!, al cuarto domingo la asistencia había disminuido considerablemente y con gran pena vimos venir a tierra los proyectos forjados en nuestro seminario contentándonos con hacer la división más adaptada a la triste realidad: al domingo siguiente la concurrencia no llegó a cinco niños y, ¿qué hacer entonces?, ¿cruzarnos de brazos?

4535. Un procedimiento muy sencillo, a la vez que muy práctico, vino a sacarnos de apuros; consistía en hacer dos grupos de los catequistas: catequistas de la iglesia y catequistas de la calle. Los primeros habían de cuidar de la enseñanza del catecismo a los niños que les fueran llevando los segundos, quienes, divididos en grupos de tres recorrían todas las calles de la parroquia, hablando a los niños que se encontraban en ellas.

4536. A los que consentían ir al catecismo los llevaban de la mano a la iglesia y a los que preferían quedarse jugando, allí mismo, en plena calle les daban el catecismo. Naturalmente por lo insólito del caso iban agrupándose poco a poco niños y personas de edad y todos recibían la lección del catecismo *callejero.* Eso se fue repitiendo todos los domingos, y ya basta que den un paseo por las principales calles de la parroquia para que los niños, al distinguirlos por su beca roja, les digan a sus mamás que les laven la cara y les vistan el babi limpio para ir al catecismo.

4537. Otros se levantan de donde estaban jugando y corren a pedirles permiso a sus padres; otros en fin ya preparados, en cuanto nos ven se van derechos al catecismo; ya no los tenemos que llevar

de la mano. Nos dicen que tardamos mucho tiempo en llegar a la iglesia, naturalmente tenemos que recorrer otras calles, y se marchan solos para llegar así más pronto a la iglesia en donde los espera el otro grupo de catequistas. Nuestra misión de catequistas callejeros está concretada a buscar niños que no asisten al catecismo.

Éste ha sido el procedimiento que ha conservado el número de los niños del catecismo.

45. Un gráfico precioso del misterio de la Trinidad

4538. Oían la explicación de este misterio algún tantico confundidos sin acertar a explicar el *uno* y el *tres.*

-¿De modo que el Padre es Dios?, preguntaba la señorita.

-Sí, señora.

-¿Y el Hijo... y el Espíritu Santo...?

-Sí, sí, zeñora.

-Entonces son tres Dioses o uno?

Y cuando el interrogado se atarugaba en la respuesta, uno de los asistentes señalando la tira de pleita que estaba haciendo (ocupación perenne de chicos y grandes en aquellos cerros tan poblados de palmas y palmitos) dice con desenfado y con más expresión en la vista que en la palabra:

-Mia tú: aunque son tres personas se *entruensan en uno...* como esto.

¿Verdad que es un bonito gráfico, los tres cabitos de palma formando una sola tira de pleita?

46. Una respuesta a lo san Juan de la cruz

4539. A uno de estos zagalillos que se preparaba para su primera comunión preguntaba el párroco del pueblo que para este acto había ido a aquellos montes.

-Dime, ¿tú quieres mucho al Niño Jesús?

-Hombre, hombre, le diré a osté... ahora mesmamente no lo quiero... pero má alante me país que lo quedré... porque yo digo que pá querello hay que rosallo...

¡Para querer a Jesús hay que rozarse con Jesús!

¿Qué os parece la profundidad y enjundia de la sentencia?

47. Tratamiento especial contra los estragos del escándalo en los niños

4540. Hablo a maestros y educadores. No toca a ellos quitar ese mal de escándalo que asfixia y degüella las almas inocentes; pero sí prevenirlas y robustecerlas para que no se dejen vencer por él.

¿Cómo?

No contentándose con hacer de sus educandos niños o niñas instruidos en el catecismo cristiano, sino *sólidamente piadosos y eucarísticos;* esto es, no sólo conocedores, de su doctrina y practicantes de su Ley, sino *aficionados* a la comunión frecuente y diaria, a la oración diaria no sólo vocal, sino mental, según la edad permita, a la mortificación de sus gustos y de sus caprichos, aficionados en una palabra, a la amistad y al trato íntimo con el Corazón de Jesús *vivo en el Sagrario.*

4541. ¡Que los niños se acostumbren a contar con Jesús vivo a todas horas, a hablar con Él, como si estuviera en medio de ellos (que así es), a jugar, a estudiar, a reír, a llorar con Él y porque a Él le gusta! ¡Santa y divina pedagogía! ¡Eficacísimo modo de preservar el escándalo!

48. ¿Es posible inculcar en los niños la presencia afectuosa del Corazón de Jesús vivo en el Sagrario?

4542. Trataré de responder a varias preguntas que se me pueden hacer sobre la dificultad de despertar la fe viva de los niños en la presencia real de Jesús *vivo* en su Sagrario y de habituarlos a tratar y contar con Él como tratan y cuentan con sus propias madres y sus más íntimos amigos.

¿Es posible?

4543. La cuestión del poder es la primera que tratan los filósofos; tratémosla nosotros en estas charlas de filosofía barata.

Y respondo a esa cuestión precisamente con el filosófico axioma: «del hecho al poder vale la consecuencia» es decir, que, si una cosa se ha hecho, demuestra que es porque ha podido hacerse.

Increpaba un policía a un beodo que vomitaba su vino de más en medio de una calle céntrica:

-Oiga usted que ahí no se puede vomitar.

-Pues, pues, ¡mire usted cómo vomito!, respondió con calma filosófica el beodo.

4544. Pues parodiando al beodo del cuento, digo o afirmo que es posible que los niños desde su más corta edad entren en comunicación íntima y afectuosa con el Jesús vivo de su Sagrario porque de hecho hay muchos, muchos niños y jóvenes que viven en esa dulce, encantadora y afectuosa comunicación y por ella se conservan puros, limpios y preservados de todo contagio de pecado.

49. Maestros locos

4545. Si el mundo espera a las puertas mismas de nuestros colegios a los niños y a las niñas para ponerlos locos, esa es la palabra, por sus modas escandalosas y diversiones insensatas y disolventes, es menester, es urgente que los maestros educadores de verdad cristianos, y por ende celosos, hasta el sacrificio, de la preservación de las almas de sus discípulos tomen medidas extraordinarias para prevenir ese frenesí de locura que les amenaza.

50. La pedagogía de la locura de amor

4546. Yo no encuentro ni veo en las pedagogías de los hombres ninguna receta eficaz y definitiva y sí sólo en la Pedagogía sobrenatural encuentro ésta que reúne todos los requisitos: a saber, si el maestro de los maestros, Jesús, no salva ni redime al perdidísimo género humano, sino a fuerza de *locura* de Calvario y de Sagrario, los maestros de Jesús no pueden salvar ni preservar almas amenazadas de tan recios peligros y fieros combates, sino dejándose contagiar de la locura del Sagrario y contagiando de ella a sus discípulos.

4547. A los que se me rían compadecidos de mis beatíficas recetas, no registradas en los índices pedagógicos, yo les respondería que, cuando se cansen de sonreír y compadecer, busquen en las listas de *gente cuerda* conocida nombres de *maestros* (así con M mayúscula) ¡trabajo les costará encontrarlos! En cambio entre los locos, los *chiflados* por una idea grande, por un amor noble, por un método o sistema ¡cuántos Maestrazos!

51. Un viaje por el mundo de nuestros recuerdos escolares

4548. Pero no hay que buscar esa lista ni esas comprobaciones muy lejos. Basta que giremos una visita por nuestros propios recuerdos de niño y de joven. Todos, cada cual en su ramo, han tenido una porción de maestros; de letras, de enseñanzas superiores, de oficios, de artes, hasta de picardías.

Tres clases de huellas ha podido dejar el paso de esos maestros en nuestra vida.

No quiero mentar el montón de maestros indolentes, fríos, mercenarios, sin vocación, de los cuales ni el nombre quedó.

Unos dejaron huella sólo en las palmas de nuestras manos y en los mofletes de nuestras caras, o en nuestras orejas: que aún parece que sienten el escozor de los palmetazos y bofetadas y pellizcos y tirones de los maestros iracundos, de los de «la letra con sangre entra».

¡Huella de dolor del maestro esclavo de la ira!

4549. Otros la dejaron en los músculos de la risa que todavía se contraen recordando el grotesco gesto en que lo vieron tantas veces nuestros ojos, excitados por una vanidad pedantesca, una irratibilidad a plazo fijo o un atorullamiento humillante en que lo ponían su ignorancia y nuestros atrevimientos y otros tantos flacos y resortes conocidos y explotados mejor que por nadie por la burla cruel de sus discípulos.

Ahí está para no dejarme mentir esa fecunda y variadísima literatura picaresca estudiantil en torno y a costa de la delgadez u obesidad del maestro, de sus bigotes largos, o cortos, de su indumentaria raída o flamante, de sus gestos dramáticos o cómicos, de sus flacos y hasta de sus glotonerías y hambres.

¡Huella de risa del maestro esclavo del ridículo!

4550. Y encontramos a las veces por último en ese mundo de recuerdos una huella honda, luminosa y brillante aún, a pesar de los años transcurridos, no sólo en la memoria sino en la cabeza y en el corazón. Es la huella del maestro bueno, con sinceridad, señor de sus nervios y de su gesto y a la par vehemente enamorado de sus discípulos y de su asignatura, de su clase, de su especialidad, de su *chifladura.*

4551. A los maestros de las dos huellas primeras llamamos a lo más por don Fulano o doña Fulana y a lo menos por el mote que con sus crueldades o flacos se habían ganado; al de la tercera huella llamamos a boca llena *mi maestro, mi maestra.*

Y así es en toda verdad, porque muerto él y convertidos en polvo sus carnes y sus huesos, aún sigue siendo enseñanza iluminadora y preservadora el dedo índice con que señalaba, la mirada con que alentaba o reprendía, el gesto con que alegraba y atraía y el fuego de la palabra y la transparencia de su vida con que tantas veces tocó y alimentó nuestra alma.

4552. Cierto que aquella fidelísima consecuencia que guardaba en todas partes a lo que en clase enseñaba. Aquel no transigir con medias tintas ni papeles mojados. Aquel único y constante gesto grave y atrayente a la par de su vida. Aquel subordinarlo todo, lo fácil y difícil a lo que para él era lo principal, le valía hartas veces el mote de exaltado, extravagante, chiflado, loco, de sus mismos compañeros y discípulos.

Pero, apagados por el tiempo y la justicia de Dios los fuegos de la envidia, del despecho y de la irreflexión, el *loco* aquel es el que se ha quedado siendo para siempre *maestro* de nuestra vida, y hasta los gestos de su cara se han elevado a la categoría de guías de nuestra conciencia.

52. El triunfo del maestro loco

4553. Como para mí no tiene duda que la escuela no es el lugar ni el mobiliario, ni el emplazamiento, ni el material pedagógico, que no pasan de ser accidentes, sino que esencialmente es el maestro, insisto en la necesidad absoluta de que el maestro sea, no sólo cristiano, sino buenísimo cristiano, hombre o mujer de muy depurada piedad eucarística, si queremos escuelas que no solamente bañen a los niños en un tinte cristiano, sino que los inmunicen contra el contagio del gran mal del mundo moderno, el *mal del escándalo de las almas jóvenes.*

4554. Si el maestro romano de la retórica pudo definir al orador, «un hombre bueno perito en el decir», nosotros podemos definir al maestro «un hombre bueno, o una mujer buena perita en el arte de enseñar» y, a medida que la enseñanza encuentre más dificultades para ser recibida y guardada, urge que aumenten los grados de bondad del que ha de darla para que con los aumentos de ésta se venzan los de aquélla.

Es decir, a más riesgos y peligros para la perseverancia de la educación, más *locura* de bondad y virtud de los peritos en el educar.

Y esa locura precisamente no se obtiene sino por el trato cada vez más íntimo con el *divino maestro loco* del Sagrario.

53. De cómo cuando el maestro está aficionado a la oración y al trato familiar de Jesús, lo inculca en el alma de sus niños de muchos modos

4555. Insisto mucho con mis catequistas en que no se contenten con enseñar a rezar a sus catequizandos sólo con los labios, sino que los introduzcan y hagan andar por los caminos de la oración mental.

Y que no se me extrañen ni alboroten los que crean que pedir a los niños eso es pedir peras al olmo. Que una experiencia, gracias a Dios muy repetida, me tiene demostrado que el *olmo* o el alma de los niños, convenientemente cultivada, es capaz de dar *peras* de muy jugosa y subida oración, y hasta contemplación.

Pero en fin, no es ésa mi tesis de ahora, sino apuntar los modos que aquí vamos ensayando de ir nutriendo a estas almitas inquietas y juguetonas, por el doble título de pertenecer a niños y a andaluces, esto es, a chaveítas masculinos y femeninos...

54. Un modo infantil de oración mental

4556. Uno de los procedimientos ensayados con éxito brillante, y por cierto no sólo entre gente menuda sino también entre gente ya granada, es inducirles a que se vayan todos los días al Sagrario, un ratito por la mañana o por la tarde, o los dos mejor, y mirando muy fijamente a la puertecita dorada y contando firmemente con que desde el lado de allá hay unos ojos que los miran, unos oídos que los oyen, unas manos llenas de cosas buenas y un corazón muy bueno con muchas ganas de darlas al primero que se llegue a pedírselas, se pongan a contar al Señor del Sagrario muy por menudo todas las cosas que les han ocurrido desde el ratito anterior: alegrías, penas y penillas, riñas, regaños, descalabros; cosas ocurridas en su colegio, con sus compañeros, con sus maestros, con sus padres, hermanos y vecinos, faltas o sobras; deseos o temores, de lo espiritual como de lo temporal.

4557. Todas las cosas, en una palabra, de su *mundo infantil,* y que se pongan a contar estas cosas como si el Señor no las supiera, y tuviera muchas ganas de que se las contáramos, las buenas para ofrecérselas y darle gracias y las malas para pedirle remedio o perdón... Y después de haber dicho todo lo que se les ocurra, que se estén calladitos interiormente esperando que Jesús les conteste a lo que le han dicho.

Y como Jesús es tan atento, les contestará, y como es tan rumboso en la respuesta dará más de lo que se le ha pedido.

Cuando un catequista se pone a enseñar esta doctrina y la hace practicar ¡cuántos ejemplos y confirmaciones va sacando de lo que va ocurriendo a sus niños sometidos a este provechosísimo tratamiento!

55. Un rato de oración mental con un grupo de niñas sobre el estado de relaciones en que cada cual estaba con el Corazón de Jesús

4558. En una de las tardes largas de verano hallábanse en torno mío y a la sombra del pórtico de la granja del seminario sentadas en escalones, bancos y en el suelo mondo y lirondo unas cincuenta mozuelillas de un asilo con el corazón gozoso del buen día de campo pasado, el estómago en magnífica disposición de alabar a Dios, a fuer de lleno, y la cara refrescada con las caricias de la brisa del mar que tenemos delante.

Contándome las peripecias del día, vino la conversación a parar a cómo y con qué cara habría estado Jesús en sus almas en la comunión que me decían habían recibido por la mañana.

¿Vamos a contar las caras de Jesús

4559. O sea las caras con que nos lo presenta el Evangelio?

Puesto el tema, los ingenios se aguzan, las memorias se aprietan y en cerca de una hora de charla, que bien merecía llamarse oración mental, sacamos en limpio *seis caras* a Jesús con sus correspondientes seis modos de mirar a las almas según sus distintos estados.

Y allá va el índice:

4560. *Cara llorando de compasión* ante Jerusalén y el sepulcro de Lázaro. Así mira a las almas muy duras que de ningún modo quieren convertirse.

4561. *Cara de indignación* contra los mercaderes que profanan el templo y contra los apóstoles que le quitan y maltratan a los niños. Con esta cara mira a los que profanan el templo de Dios con sus desnudeces e inmodestias en el vestir, mirar, hablar y conducirse y a los que con conversaciones malas y ejemplos malos abren los ojos y pervierten a los niños y se los roban a Jesús.

4562. *Cara de admiración* delante del Centurión y de la Cananea por su grande y viva fe y humildad. Con esa cara regala Jesús a los niños que, a pesar de tener padres malos o descuidados que nos les han enseñado ni a rezar ni nada de religión, van a las iglesias y aprenden el catecismo y confiesan y comulgan y rezan por los que los maltratan por ir a la iglesia... ¡Cómo admira y quiere Jesús a esos niños y niñas, que no son pocos!

4563. *Cara de misericordia*. Ésa era su cara de siempre y especialmente con los más apenados y afligidos, como enfermos, pecadores, perseguidos, familias de muertos, etc.

Con esa cara también nos mira siempre pero especialmente cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y lloramos nuestras penas.

4564. *Cara de misericordia y reproche a la par* que fue con la que miró y convirtió a san Pedro cuando lo negaba y con la que miró y perdonó a la Magdalena que le ungía los pies con sus lágrimas y la defendió contra las censuras de los murmuradores.

Con esta cara triste y seria a la par mira Jesús a las almas que se confiesan con poca sinceridad y poco o ningún arrepentimiento y comulgan por rutina, por vanidad, por no llamar la atención, por pasar por buenas, pero teniendo pecados ciertos callados o escandalizando por su inmodestia en el vestir.

4565. *Cara de complaciencia*. Con esta cara, que era la única con que se sonreía, miraba a muy poquillas personas, o sea, a las siempre puras como a su Madre, a san Juan y al joven aquel que siempre había cumplido todos los mandamientos.

Con esta cara se fija en las almas de los niños y de las niñas que no tienen malas compañías y que no han manchado ni sus labios, ni sus ojos, ni sus manos, ni su cuerpo, ni su alma con nada feo.

....

4566. ¿Y cuál es la cara con que Jesús os habrá mirado esta mañana cuando entró en vuestra boca y con qué cara os estará mirando ahora?

¿Qué cara desearía cada una de vosotras para siempre?

Algunas pedían *su* cara de Jesús; las más callaban y respondían con una lágrima que se escapaba temblorosa.

4567. Y como vi que más era ya hora de afecto y propósitos, callé y convinimos en dejar para otros ratos seguir la contemplación de las *caras de Jesús,* de *majestad excelsa* en el Tabor; de *dolor* en Getsemaní y en el Calvario; de *avergonzado* delante de Herodes; de *paciencia* ante las impertinencias y groserías de sus amigos y... ¡son tantas las caras que el amor sin fin a los hombres y las infinitas posturas que el pobre corazón del hombre toma delante de su amor, le hicieron poner en sus tres años de vida mortal y en sus siglos de vida eucarística!

¿Verdad que cada cara de ésas es no sólo un gran punto de oración sino un gran estimulante de virtud y amor y un gran gráfico de los misterios de la vida sobrenatural?

56. Un caso de gracia

4568. Terminaba en una de mis visitas a pueblos mi instrucción a los niños pidiéndoles un beso muy apretado para el Corazón de Jesús vivo en el Sagrario como desagravio de todos los abandonos en él sufridos y después de responderme con una descarga cerrada de besos, les digo:

-Me parece que no han sido muy fuertes esos besos... yo los quisiera más fuertes todavía... Nueva descarga que sonó como una explosión.

-¡Ea! ¡el último! ¡más fuerteee!...

Y, dominando el ruido de los cientos de besos sonoros como cascabeles, oigo la voz de un muchachote rojo de cara y recio de pelo, que, después de tirar dos besos, no con dos dedos sino con todo el puño y con todas sus ganas, exclama con acento de cansancio: *¡ya no pueo má!*

57. Extracto de una plática de primera comunión

¿Qué vemos aquí?

4569. Cuadro de extraordinaria *grandeza* cristiana en derredor de dos cosas *muy chicas.*

Un niño pequeñito y una Hostia *más pequeña* aún que ese niño.

¿Qué tiene o quién es esa Hostia pequeñita que tanto agranda todo lo que toca?

Fortaleza

4570. Miremos aquellas iglesias oscuras y profundas en donde entran hombres y mujeres y niños de corazón encogido y ánimo contristado; allí han doblado sus rodillas, han abierto sus bocas y han recibido en su pecho a esa Hostia chiquita y blanca, y, después de esto, han salido de las catacumbas corazones gigantes y ánimos esforzados para luchar con las fieras de la tiranía coronada. Ha salido un Tarsicio, que se ha dejado arrebatar la vida del cuerpo antes que la Hostia blanca que apretaba sobre su corazón. ¿Quién eres tú, Hostia chiquita, que así agrandas los corazones?

-¡Soy la Fortaleza!

Sabiduría

4571. Vienen hombres, como Tomás de Aquino, que se arrodilla ante esta Hostia pequeña, se pone en contacto con ella y escribe obras gigantescas que son la admiración de los siglos. Pero ¿quién eres tú, Hostia blanca y chiquita, que así agrandas e iluminas la inteligencia del hombre?

-¡Yo soy la Sabiduría!

Paz

4572. Llegan familias, que tienen agitaciones de negocios, preocupaciones de hijos, deslealtades de amigos, alborotos de mundo y, doblando sus rodillas, abren sus bocas para recibir la Hostia pequeñita de la comunión y, cuando la han recibido, la paz va inundando y endulzando todos sus afanes.

¿Quién eres, Hostia pequeñita? Y la Hostia nos responde:

-¡Yo soy la Paz!

Vida del cielo traida a la tierra

4573. Hay en la Iglesia jardines hermosísimos y encantadores, en donde en vez de flores hay virtudes y en vez de plantas hay almas que aromatizan y embellecen a la Esposa del Cordero.

Son estos jardines los conventos de religiosos y religiosas, son las parroquias escondidas a veces en las fragosidades de la montaña. Son las almas de toda condición y estado en quienes florece con vigorosa lozanía la humildad, la pureza, la caridad, la abnegación y todas las virtudes.

4574. ¿Quién os riega, oh jardines venturosos? ¿Quién os cultiva tan sabiamente? ¡La Hostia chiquita de nuestra comunión!

Pero, otra vez te pregunto, ¿quién eres tú, Hostia blanca y pequeñita?

-¡Yo soy la vida del cielo traída a la tierra!

¿Quieres, Hostia maravillosa, decirnos de una vez todo lo que tú eres?

-¡Yo soy Dios Hombre para hacer hombres dioses!

El único que tiene poder para agrandar todo lo chico que quiera ponerse en contacto conmigo. *Dios haciéndose chico para hacer grande todo lo chico* que se ponga en contacto con Él.

4575. Jesús engrandecedor, agrándanos el alma, el corazón, la cabeza, los alientos, y sobre todo el amor a Ti y al prójimo.

Padres, madres, maestros, educadores todos, ¿queréis hacer de verdad grandes a vuestros pequeñuelos?

¡Que vean, traten, amen, coman con hambre la Hostia chiquita del Sagrario!

58. Oración para antes y después de la primera comunión

4576. Andando por esos mundos de Dios en busca de sosiego y fresco, deparóme el Amo la buena dicha de dar una primera comunión a un ángel del cielo con seis años de estancia en la tierra que se llama Ignacito y que tiene unos padres tan buenos hijos de Dios como amigos buenos míos.

Estos dos actos que le compuse para que los recitara antes y después de su comunión os retratan el alma y las disposiciones con que el candoroso *Nacho* comulgó.

¡Con qué acento de ingenua firmeza me repetía: Yo quiero ser obispo y ángel!

¡Hágalo el Señor profeta!...

Antes de la comunión

4577. Jesús de la Hostia consagrada, Hijo de mi Padre Dios y de mi Madre María Inmaculada y Hermano mayor mío, yo creo en Ti; yo me fío de Ti, yo te amo más que a todas las cosas.

Mis buenos padres y maestros me han dicho que Tú quieres mucho a los niños, y que cuando Tú andabas por la tierra te gustaba sentarlos sobre tus rodillas, abrazarlos, besarlos y bendecirlos, y que te disgustabas mucho con los hombres que echaban para atrás a los niños que te buscaban, y que ahora, desde que te has venido a vivir en la Hostia consagrada, nada te gusta tanto como ver llegar junto a tu Sagrario niños de alma limpia como ángeles, con las manitas juntas delante del pecho y la boca abierta para recibirte y guardarte en su corazón.

4578. Animado con esa confianza, aquí tienes a tu Ignacito, sin miedo ninguno y con mucha gana de abrir su boca para que entres dentro de su corazón y no dejarte ir ya más.

Jesús mío, si Tú quieres mucho a los niños, Ignacito te quiere a Ti muchísimo también y tiene muchísimas ganas de recibirte en comunión.

Madre Inmaculada, ángel de mi guarda y san Ignacio mi Patrono, venid a preparar en mi alma una casita muy a gusto de nuestro Jesús.

Jesús, Jesús, entra muy contento en la boca y en el alma de tu Ignacito.

Después de la comunión

4579. Jesús, ¡con cuánta razón puedo llamarte ahora *mío!*

¡Qué contento estoy de que hayas cambiado tu casita del Copón de plata por la casita de mi alma! ¡Qué alegría! ¡Tu Ignacito ya no es más que *Copón de Jesús!* ¡Que eso sea toda mi vida! ¡Que ni un solo día, sea copón sucio, ni profanado, ni vacío!

¡Jesús, como ahora eres tan mío, con tu boca y con tu corazón, que también lo son, digo en unión de mis padres, de mis hermanos y de todos los que conmigo han comulgado:

¡Bendita y alabada sea la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo por los siglos de los siglos!

Amén. (Responde la familia).

¡Agradecida sea la santísima Trinidad por todos los beneficios espirituales y temporales que nos ha hecho y nos hará hasta el fin de los siglos! Amén.

4580. ¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos den el pan nuestro de cada día, la paz de nuestras almas con la alegría y la salud, y a nuestros queridos difuntos el descanso eterno de la gloria! Amén.

Madre Inmaculada, alaba, agradece, intercede por nosotros. Amén.

Santo ángel de mi guarda, san José, san Ignacio, agradeced mi comunión y preparadme muchas y cada vez más santas comuniones. Amén.

59. Los dos mejores libros de un maestro

4581. Decía yo a la terminación de un cursillo de formación de maestras teresianas:

«...Preguntáis por libros de Pedagogía y quizá defraudaré vuestras preguntas si yo no os respondo con unos cuantos nombres raros, extranjeros desde luego, y que suenen a violín destemplado...

Pues bien, pese a esos temores de desilusión, yo os digo en nombre de los años de más de la mitad de mi vida que llevo tratando, catequizando y educando niños, que los dos mejores libros de Pedagogía que he encontrado, y más diría, los dos libros insustituíbles para educar que he descubierto se llaman el Niño y el Evangelio.

4582. El estudio del libro del *niño* os enseñará mejor que nada ni que nadie a conocer lo bueno y lo malo del niño, los ratos que tienen de ángel y los que tienen de fierecilla.

Y el libro del Evangelio os enseñará cual ningún otro el procedimiento de ir agrandando el ángel y achicando la fiera y de ir convirtiendo los ratos y las manifestaciones de fierecilla de vuestros niños en ratos y manifestaciones de ángel y os dará el secreto del milagro de trocar lobeznos, que son los niños con los resabios del pecado original, la ineducación y los malos ejemplos, en dulces y generosos corderillos.»

60. Cómo se han de leer esos libros

4583. Como todos los libros: con dos ojos.

El libro del *Niño* hay que leerlo con el ojo de la *observación* constante y el de la *paz*, pese a todas las protestas y rabietas del genio, de los nervios y del mal humor.

El libro del *Evangelio* hay que leerlo a través de la *limpieza del corazón* y de la luz de la *lámpara del Sagrario...*

Cuando se lee el Evangelio con corazón limpio y con luz de Sagrario, se aprenden estas dos grandes lecciones que compendian toda la vida y toda la fecundidad del verdadero maestro:

Lección 1ª

4584. El maestro Jesús no enseñó nada que antes no hubiese practicado.

Antes de ser maestro de palabras hay que serlo de ejemplos.

Del maestro por antonomasia ha dicho el Espíritu Santo: «Comenzó a *hacer* y a enseñar».

¿Queréis que vuestros educandos aprendan a ser de Jesús, a ser *otros* Jesús?

Sed vosotros de Jesús: sed otros Jesús...

Lección 2ª

4585. San Pablo pudo definir al maestro Jesús y sintetizar toda su obra en estas palabras: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí».

A medida que el maestro o la maestra se acerque a ese amor y a esa entrega por sus discípulos, se acerca al tipo del verdadero maestro, es más maestro.

El gráfico del Maestro divino no es una tribuna, ni un birrete de doctor, sino esto sólo: una cruz... Como si dijera: Hasta aquí llegó.

maestros, ¿sabéis lo que significa para vosotros el Crucifijo que debe presidir vuestra escuela?

Hasta ahí debo yo amar y entregarme para ser de verdad maestro cristiano...

61. Mi gran deseo

4586. ¿Que quiero que mis queridos diocesanos, y mis amigos y mis enemigos, y los de dentro y los de fuera, y los chicos y los grandes, y los pobres y los ricos sepan el catecismo?

¿Que para que lo sepan es menester que se les enseñe?

¿Que el abandono del Sagrario, fuente única de vida, la inconsistencia y falta de arraigo de la piedad que padecemos y la paganización de las costumbres, que se nos mete por las puertas, viene de la ignorancia del catecismo?

¿Que la ignorancia religiosa es, en frase viva de nuestro santísimo Padre Pío XI, *la mancha más grande que afea las naciones católicas?*

4587. ¿Quién puede dudar de ninguno de estos extremos?

¡Enseñar catecismo!

¡A chicos y grandes!
¡A todas horas y en todas formas!
¿Puede un obispo y un sacerdote y un hombre de celo abrigar deseo más vehemente, voluntad más decidida, empeñó más sostenido?
«La obra del catecismo -dijo Pío X, de santa memoria- es la más excelente a que podemos dedicarnos: mejor que predicar y confesar y dar misiones y enseñar en el seminario y otros ministerios.»

4588. Pero tan firme como la voluntad de enseñar catecismo debe ser la de dar esa enseñanza adecuadamente; es decir, que no basta dar el pan de la doctrina a las muchedumbres hambrientas, sino que hay que *darlo partido en pedacitos, en miguitas, mascado,* si la debilidad de bocas y de estómagos espirituales así lo piden, y aun en forma de *leche*, como a los recién nacidos, según la delicada frase del gran catequista san Pedro. ¡El pan partido para los párvulos!
Y cuenta que ante la doctrina cristiana son párvulos casi todos los hombres de nuestro tiempo.
Desmenuzar el catecismo para que llegue a todos y a todos alimente, ¡cómo me halaga y aguijonea ese deseo!
Y, sobre todo, respecto a los niños.

62. ¡Salvemos las almas de los niños!

4589. ¡Pobres almas de los niños que, sin culpa suya, han nacido en un siglo que les tiene declarada guerra a muerte!
Yo no creo que haya habido tiempo en la historia en que con más saña se haya combatido el alma de los niños.
Como que la divisa de la impiedad moderna es esa: ¡Corromper al niño!

4590. ¡Pobres niños! ¿Y qué habrá para defenderse de estos *heroés* modernos de la escuela laica o de catecismo rutinario, del cuento y de la revista inmorales para niños, del cine corruptor y enloquecedor, de la coeducación sexual, etc. etc., que hacen bueno al Herodes de la historia?
¿Quiénes los defenderán? ¿Sus padres? ¡Ay! Si muchos de ellos encuentran en sus propios padres y en sus ¡mismas madres!, ¡los verdugos de sus almas!

4591. Yo me lo digo a mí mismo muchas veces: «Si nosotros los sacerdotes no amamos y defendemos las almas de los niños, ¿quién las defenderá? ¿Quién las va a querer?»
¡Qué hermoso lema para la bandera de un sacerdote! ¡Salvemos las almas de los niños!

63. Pedagogía o gramática parda catequística

4592. ¡Vaya si hacen falta pedagogía condensada y *agilibus*, y recursos inverosímiles para imponerse! Bueno, pues en ese estilo, que tiene ya en su favor la prueba de la experiencia y del buen resultado, voy a dar unas lecciones de pedagogía catequística, o quizá más propiamente, de *gramática parda* catequística.
El Papa manda a los obispos que abran cátedras de catequistas y yo gustoso abro esta cátedra ambulante sin seriedades académicas y sin aparatos didácticos, y, atento sólo a vulgarizar, condenso esta mi *pedagogía en un principio, tres refranes y un secreto.*

4593. ¡Quiera el Amo bendito que logren enterar a muchos de sus bautizados y, enterados, se decidan a vivir de acuerdo con su catecismo: *con todo* su catecismo, y con cada una de sus cuatro partes: credo, mandamientos, oración y sacramentos!

Quiera también que estos modos míos despierten y sugieran en ingenios más agudos y almas de más celo nuevos modos de dar *pan partido de catecismo* que produzcan en los alimentados aumentos incesantes de conocimiento, amor e imitación del Amigo que tienen los niños en el Sagrario!

¡Que una catequesis que no termine por tener *chiflados* por el Corazón que late en el santo copón, presenta muchas probabilidades de haber perdido el tiempo!

64. El principio fundamental

4594. Para mí todo lo que sobre pedagogía catequística hay que decir se encierra en este sencillísimo principio:

La catequesis es el catequista.

Si se ha dicho que la escuela es el maestro y que será mejor escuela aquella que tenga no el mejor local, ni el más rico material pedagógico, sino el mejor maestro, por la misma razón puede afirmarse que una catequesis es su catequista.

4595. Dadme un catequista con vocación, ya sea por deber, ya por caridad, con la preparación intelectual adecuada, que trate primero con el Corazón de Jesús en el Sagrario lo que va a tratar después con los niños y que, sobre todo ame a éstos con el amor que se saca del Sagrario, dadme un catequista así y no me digáis ya que ese catequista no puede enseñar, no puede cumplir su oficio porque le falta material docente, como cuadros murales, proyecciones cinematográficas, valiosos premios, jiras atrayentes, etc., etc.

4596. Ese catequista que os he descrito, ya sabrá arreglárselas para que los ademanes de su cara y las figuras y contorsiones de su cuerpo, sustituyan con ventaja a los cuadros murales o de proyecciones y valorará y aun suplirá con creces con su sonrisa y su palabra caldeada por el cariño, la bagatela o fruslería de que en su pobreza disponga para premio.

Y no tened miedo, que si alguna de esas otras cosas ricas necesita algún día, su trabajo, su oración y su amor a los niños sabrán dar fuertes y seguros aldobanazos, aun sin decir palabra, en el Corazón de Jesús y en el corazón de la gente buena...

4597. En resumidas cuentas, el problema de la instrucción y educación cristiana del pueblo más que problema de leyes, de organismos o de obras, es de *hombre.*

Dadme cristianos *llenos y rebosantes* del conocimiento, de la imitación y del amor de Jesucristo y yo os daré muchedumbres de verdad cristianas.

Dadme técnicos, oradores, especialistas, pedagogos, derrochadores de premios, de reglamentos y de planes y de procedimientos gráficos, pero vacíos de Cristo o más llenos de otras cosas que de Cristo, y os empeño mi palabra de que se ha perdido el tiempo, la saliva y el dinero y la muchedumbre no se ha encontrado ni se ha hecho cristiana.

¡Hay que formar catequistas de verdad! ¿Cómo? Esos refrancillos que pongo y explico a continuación os lo dirán.

65. «Nadie da lo que no tiene»

4598. ¡Oh! ¡si se tuviera en cuenta este refrán por el catequista! ¡qué frutos tan sorprendentes obtendría! Y cuenta que como aquí no hablo más que con catequistas, nada digo de predicadores y maestros de otras disciplinas.

Yo me permitiría, para meter no ya en la cabeza, que ahí está seguramente, sino en el corazón y hasta en los nervios de mis amigos los catequistas la transcendencia de este refrancillo, hacerles

unas preguntas, si queréis del mismísimo *señor de perogrullo,* cuyas son todas las observaciones y advertencias que aquí se van dando. *A cada uno lo suyo.*

4599. Dígame, amigo o amiga catequista, ¿qué pretende usted dar a sus catequizandos? ¿Conocimiento claro y cabal de un punto del catecismo, de un pasaje o un rasgo de nuestro Señor Jesucristo?

¿Tiene usted en su cabeza ese conocimiento claro y cabal? Es decir, ¿estudia usted? ¿Sí? Siga adelante. ¿Quiere usted, además de ese conocimiento, dar a sus discípulos un poquito de *gusto de paladeo* de ese punto, de ese pasaje que les excite el *cariño* a lo que van aprendiendo?

¿Tiene usted en el paladar de su alma y en el gusto de su corazón ese sabor, ese cariño? Esto es, ¿*ora* usted sobre lo que enseña, que es como se adquieren ese sabor y ese cariño?

¿Sí? Pues ¡adelante!

4600. ¿Quiere usted, además, que imiten lo que usted les va dando a conocer, a gustar y a amar?

Dígame: ¿Se parece usted a lo que enseña?

¿Sí? ¡Loado sea Dios!

¡Adelante, siempre adelante!

¡Otra preguntita! ¿Quiere usted que sus niños acudan con ganas, le oigan atentos sin miedo y alegres, sin disipación ni alboroto y se vayan con ganas de volver?

¿Usted enseña así también? ¿Sí? ¿Sí?

Pues entonces voy a decir de usted con toda mi boca y con los rasgos más fuertes de mi pluma que es un ¡catequista con tratamiento de excelentísimo señor! ¡Un catequista, que como la barca y las redes de la pesca milagrosa, estará a punto de sumergirse y romperse, ¡de tanta pesca!

66. Quien no posee a Jesús no puede dar a Jesús

4601. ¿Que no puede responder *sí* a todas mis preguntas anteriores?

¿Que estudia poco o nada, que ora menos todavía, que a lo mejor predica de Cristo manso de corazón con un genio de perros, o de Cristo casto con un traje inmodesto, o de Cristo amigo, paciente con los niños, repartiendo bofetadas o pellizcos a los suyos, etc. o, por último, que es catequista puramente por compromiso, por temor, por salir del paso, porque se lo pagan, porque se lo afearían si no lo fuese o por otras razones tan... *sobrenaturales* como éstas?

4602. Pues en cualquiera de estos casos sepa usted que por ley inexorable e inapelable de la lógica cae usted y su catequesis bajo el abrumador y humillante anatema de la esterilidad promulgada en mi refrán: «Nadie da lo que no tiene».

¡Así, así! Sin necesidad de echarle la culpa o el muerto a los tiempos presentes, a los niños del día, a la falta de recursos, a la índole de los pueblos, a los gobiernos, a... ¡qué se yo cuántos enemigos más!

¡Cuánto tira de mi lengua y de mi pluma el tema!

Pero... *al buen entendedor pocas palabras le bastan.*

67. Cómo no atraía el Maestro

4603. Jamás *plegó, enfundó o disimuló* su bandera.

A dondequiera que iba, en dondequiera que se presentaba, cualquiera que fuera el motivo o la ocasión, en público o en privado, ante ignorantes o ante sabios, perseguido o aclamado, desconocido o reconocido, Jesús no hablaba ni predicaba más que para dar a conocer el *Reino de Dios*, ni se ocupaba ni se preocupaba más que de establecerlo y arraigarlo.

El pudo decir con rigurosa exactitud ante el Tribunal: ...Yo he hablado siempre delante del mundo; no he enseñando una doctrina en público o a la masa y otra a los iniciados.

El Maestro no atraía halagando pasiones

4604. Entre mil ejemplos de su vida, valga éste: ¡Qué fácil le hubiera sido atraerse y formarse un gran partido con sólo haberse pronunciado un poco en favor de estas causas tan simpáticas y hondamente queridas de su pueblo: la independencia del yugo de la opresora y tiránica Roma o de la ominosa e irritante esclavitud de los fariseos.

¡Qué dos filones de simpatía popular llevada hasta el delirio!

El maestro no los roza siquiera; cuando se le obliga a hablar sobre algo con esos puntos relacionado ¡qué majestuosa libertad!

«A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César...!»

«Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos... dicen y no hacen..., imponen cargas insoportables...; haced lo que os dicen, pero no lo que hacen...»

El Maestro no atraía prometiendo cosas materiales a cambio de que se le oyera o se le siguiera

4605. Registro el Evangelio y no encuentro ni un solo caso de éstos; por el contrario, encuentro promesas y anuncios a granel de cosas desagradables y amargas para la naturaleza.

«Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz».

Al que le preguntaba por su casa y como que le pedía condiciones para seguirlo, el maestro respondía:

«Las zorras tienen guaridas, las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.»

¿Cómo atraía?

4606. En una sola palabra se puede decir: *Amando.*

En varias se puede explicar:

A *los apóstoles: Orando* toda la noche y *llamando* por la mañana a *los que quiso*, sin hacerles milagros ni prometerles nada.

A *las muchedumbres:* Ordinariamente, mandando por delante parejas de discípulos que las preparaban, o sea por el *apostolado del pueblo* por los mismos del pueblo, y después por su *presencia* y su *predicación.*

4607. Los discípulos iban con encargo de no llevar provisiones ni alforjas, ni dar más que la paz a los que les recibieren y comer lo que les pusieren.

Los milagros que tanto el maestro como los discípulos en su nombre hacían, más que para *atraer*, se obraban para *confirmar* la doctrina y su misión.

El Maestro no prometió que daría de comer milagrosamente a los que le siguieran por el desierto, sino que multiplicó el pan en favor de los que se olvidaron de él por oírlo.

Y ¡cuántas veces atraía *pidiendo!* A la Samaritana, agua; a Zaqueo, de comer, y a tantos y tantos pecadores, haciéndose invitar por ellos.

¿Cómo hemos de atraer?

4608. Con este ejemplo a la vista, la respuesta es muy obvia: *Amando a las almas.* ¿Cómo?

Primero: *Orando mucho* y asiduamente para que vengan los que Dios quiere que vengan.
Segundo: *Llamando a cara descubierta,* a catecismo, a misa, a confesión, a comunión, a escuela católica, etc., por todos los medios *limpios y aptos* para llamar conocidos y por conocer.
Es decir, no contentándose con el toque de campana o con el anuncio escrito en la puerta de la iglesia o hablando en la plática a los que todavía la oyen, sino llamando *con piadosa impruencia* a todo niño, niña, joven, viejo o vieja con quienes se tope, poniendo en el llamamiento el atractivo del buen trato y del buen ejemplo.
Don Bosco, para atraer niños, llegó hasta hacer titeres. De bastantes párrocos y catequistas sé yo que atraen a los niños jugando en la puerta de la iglesia a los soldados, a la rueda, etc.

4609. Tercero: Dando buen género a los muchos o pocos que vengan, ¡aunque no sea más que uno! Esto es, si de doctrina se trata, *enseñando bien,* no sólo a la memoria sino a la inteligencia y hasta a los sentidos y al *estilo* de los que la reciben.
Si de confesiones se trata, *confesando bien,* es decir, no contentándose con absolver atropelladamente pecados, sino dejando buen sabor del sacramento y valiéndose de él para informarlos en la vida de piedad.
Si de escuelas se trata, *enseñar bien,* esto es, sin rutina, con métodos probados, sin pegar, con cariño.
Y lo que de estas obras, digo de las demás similares.

4610. Cuarto: Tendiendo siempre a establecer el apostolado del niño por el niño, del joven por el joven, del pobre por el pobre... ¿Cómo? Fijando la atención particularmente, de entre los muchos o pocos que vengan, en los que por sus luces, bondad, aptitudes o circunstancias puedan ejercer mayor ascendiente sobre sus compañeros y trabajando por hacerlos sólidamente piadosos y caritativos. Enséñeles a reunir las perritas de sus sacrificios para visitar y socorrer al compañero enfermo y necesitado.

4611. ¡Qué gran medio de atracción es éste del apostolado del niño por el niño!
¡Qué finamente están ejerciendo este oficio de *selección,* perfeccionamiento y formación de niñas apóstoles unas Marías que yo conozco, que después de sus catecismos o en días distintos, llevan al campo o a la playa a sus escogidos, o a sus casas, y entre el cariño de predilección para con ellos, las instrucciones al menudeo, el buen ejemplo y la gracia de Dios, están sacando unos *apostolitos* que meten miedo al demonio por las almas de amigos y vecinos que le arrebatan!
Quinto: Y después de haber hecho esto y dispuesto a no dejar de hacerlo por fracasado que se sienta uno, *confiar* tranquilamente en que la *gracia* del Corazón de Jesús *hará lo suyo,* que será siempre lo mejor y más inesperado.

68. «No hay que pedir peras al olmo», o sea que: los niños son niños

4612. Sí, señores pedagogos; cuando acabéis de reíros de esta salida de pie de banco, os diré con toda formalidad,que el primer tropiezo serio que sufre todo maestro en sus intentos de penetración en el alma de los niños está en el olvido de que los niños son niños.
¡Se vienen a los puntos de mi pluma tantos y tantos casos por mí presenciados y, ¡por qué no decirlo!, por mí *perpetrados,* de infracción de esa ley, llamémosla de alguna manera, y de castigo inmediato de la misma!

4613. Explicar la doctrina, sea la materia que sea, en tono y en dimensiones de sermón; mantener sentados y con los brazos cruzados a cuerpecillos más de azogue que de plomo; empeñarse en entendérselas directamente con inteligencias adormiladas o empezándose a despertar, sin buscar la recomendación y el auxilio de unos ojillos chispeantes, de unas manos y unos pies en movimiento perpetuo, y de unos nervios disparados y de una sangre hirviente, que son la envoltura o la vecindad

de aquella inteligencia; obstinarse en que los niños piensen, quieran, se conduzcan y respondan a lo hombre...

¿No son casos tan repetidos como castigados por incomunicaciones perennes entre el enseñado y el enseñante, amén del fastidio y disgusto de aquél, y la decepción, si no la rabia de éste?

4614. Y si son niños no pueden prescindir de ser, por exigencia de su naturaleza, unos pies que corren mucho, y unas manos que se agitan sin cesar, y unos ojos siempre deslumbrados, y una atención movediza como el azogue y una inteligencia como cabeza de tortuga, tan pronto de manifiesto como escondida, y un cuerpo y un alma como *rabillos de lagartija.*

Y si eso son los niños, el catequista y el maestro en tanto entrarán más adentro del alma del niño y más y mejor clavarán en ella sus enseñanzas en cuanto más y mejor las adapten a esa movilidad.

Enseñar jugando

4615. La fórmula de *enseñar jugando* que tan tenaz y fructuosamente ha predicado el gran pedagogo, don Andrés Manjón en sus escuelas del Ave María es la fórmula exacta de una instrucción adecuada en sus procedimientos, eficaz en sus resultados, amena en su ejecución y sorprendente en sus alcances.

Pues bien; yo procuro enseñar el catecismo a mis niños haciéndome cuenta que voy a echar un rato de juego con ellos.

4616. En mi catecismo, los niños hacen de predicadores del Evangelio del día, reproduciéndolo por sí mismos, haciendo uno el papel de Jesús (deseado por todos), otros de enfermos, pecadores, turba, fariseos, escribas, etc. (cargos los últimos no muy apetecidos).

Representan o practican el catecismo *oficiando* de peticiones del Padrenuestro, de mandamientos de Dios o de la Iglesia, de sacramentos, de virtudes, de vicios o de tentaciones y hablando, discutiendo o portándose cada personaje según su papel.

Y como en todo esto los niños se levantan, se sientan, andan de un lado para otro, ejercitan la propia inventiva en perfilar el tipo que representan, y sobre todo se ríen a más no poder, he conseguido, entre otras ventajas: primera, que se enteren del Evangelio, del catecismo y de la vida cristiana con solidez y con esperanzas muy fundadas de que lo practiquen.

Y segunda, que las personas mayores, dejándose llevar del atractivo y de la amenidad del cuadro, se aficionen a asistir al catecismo parroquial.

69. El problema de la atención

4617. Y le llamo problema de problemas porque con él resuelto, todo, todo, aun lo más difícil y abstracto, se aprende, y sin él lo más llano y asequible se trueca en matemáticas sublimes.

Diríase que el alma, como el cuerpo, tiene su boca; y así como éste, con la boca cerrada, ni come ni bebe, el alma si no abre su boca, no recibe ni pasa nada, y así como la necesidad o el apetito hace abrir la boca de carne, la atención abre la boca del alma.

4618. Por eso, el primer problema del maestro, del catequista, del predicador, de todo el que enseña, es este problema de abrir y mantener abierta la boca del alma de los que van a recibir sus enseñanzas.

¡Que ya es tarea y habilidad!

Y como no voy a escribir una disertación sobre la atención, sino sencillamente a decir cómo me las arreglo yo para excitarla y sostenerla en mis auditorios *infantiles y andaluces,* ¡dos circunstancias más que agravantes!, me limito a dejar sentado esto que pudiera llamar principio fundamental de pedagogía casera:

La atención de los niños está en proporción directa del SILENCIO y del GUSTO con que asistan.

Silencio y gusto

4619. Es decir, la boquita de carne cerrada y la cara alegre, ¡cómo abren de par en par la boca del alma! Pero, oídlo bien: ¡Las dos cosas juntas!; una sin otra no producen el resultado apetecido.

Silencio sin gusto pudiera ser idiotismo, miedo, adormecimiento, enfermedad... Gusto sin silencio es... una *juerga.*

¿Cómo conseguir que los niños, aun los más revoltosos, guarden silencio y estén a gusto?

Porque sólo así, no lo olvidemos, abrirán la *boca* de su atención y comerán el pasto de nuestra doctrina.

Pero, y éste si que es un *señor* pero, ¿quién le pone los cascabeles al gato? ¿Quién es el mago o cuál la varita de virtud que logre reunir en una misma retorta ingredientes tan incompatibles y heterogéneos?

4620. ¿Un niño, y por añadidura andaluz, *callado y alegre? ¿Agradable en silencio?*

Yo evocaría las caras ceñudas y cansadas de todos los pedagogos nacidos y... por nacer, y todas, una a una, me irían confesando en el más desalentado de los tonos las derrotas y revolcones sufridos y los fracasos ganados en la busca o en la realización de la consabida receta.

70. De mi lección práctica de catecismo en el Congreso Catequístico de Valladolid

4621. Llamado por la bondad de aquel venerado y querido Cardenal Cos a dar unas lecciones prácticas de catecismo en aquel memorable y fecundo Congreso, quiero copiar este ensayo que hice allí con niños castellanos:

(Hablo a los niños)

¿Sabéis lo que acaba de pasarme?

Venía yo para esta iglesia, y, como es natural, venía pensando en vosotros, cuando de pronto me topo con un diablejo más tiznado que el cisco picón y con más cuerno que un venado y, sin más ni más, me dice:

-Yo también voy al catecismo de San Miguel.

-La falta que tú harás allí que me la claven en la frente -le contesté yo.

-Sí, sí; yo siempre voy a todos los catecismo, y por cierto que no voy solo, que llevo conmigo unos cuantos sobrinitos de mi real tiznada familia que me sirven de cuadrilla.

4622. Y mientras esto me decía, iban saliendo, como de entre las piedras del suelo, otros diablejos tan feos como su tío, y tan apañados como él para darle un susto al miedo:

-¿Y cómo se llaman los sobrinitos de la cuadrilla? -le pregunté yo, con más ganas de echar a correr que de aguantar aquella indigesta compañía.

-Mira, me replicó el tío de los cuernos, éste se llama el demonio de la *distracción,* éste el de la *bulla* (¡y qué ruido venía armando!), ése el de los *malos pensamientos* y aquél el de la *desobediencia.*

Con esta gente me meto en cualquier catecismo y ¡no es nada la que armo! Ningún niño atiende a las explicaciones; todos hablan y refriegan los pies por el suelo para armar ruido, se ponen a pensar maneras de hacer daño a los compañeros, y si el cura manda que se callen, ni le escuchan ni le hacen caso. ¡Valiente zafarrancho vamos a armar en el catecismo de San Miguel! ¡Vamos, sobrinitos míos, vamos de prisa a dar la corrida!

4623. Eché a correr yo también para tomarle la delantera al *tiznado* y poneros en guardia contra él, cuando, de manos a boca, me encuentro con un grupito de ángeles, vestiditos de blanco, con las caritas y las manos muy limpias y una sonrisa más dulce y unos modos más agradables...; mirad, se parecían a esta niña chiquita que está aquí junto a mí, con sus bracitos cruzados, oyéndome con mucha atención..., esta niña... (mostrándola) así eran los ángeles que me encontré (todos miran con un palmo de ojos). ¿Pues sabéis a dónde iban aquellos angelitos tan bonitos? Aquí, al catecismo de San Miguel; venían, según me dijeron, a darles una paliza a los diablejos aquellos y a defenderos a vosotros. ¿Sabéis cómo se llamaban?

-Uno se llamaba el *ángel de la atención,* otro el *ángel del silencio,* otro el *ángel de los buenos pensamientos* y el otro el *ángel de la docilidad.*

¡Vaya si eran bonitos!

A lo vivo

4624. Y como, tanto los demonios como los ángeles, son espíritu y no se ven con los ojos de la cara aunque estén a dos dedos de uno, vais a representarlos a lo vivo para que os enteréis bien de los amigos y de los enemigos invisibles que os están acompañando aquí.

Conque vamos a ver si hay entre los niños quien se atreva a hacer de diablillo aunque no sea más que por cinco minutos.

¡Cuidado, que son diablillos de *mentirijillas!*

Serlo de verdad, ¡ni un segundo, hijos míos!

¡Y hay tantos niños que son diablos no un segundo sino muchos segundos y muchos minutos, muchas horas y muchos días...!

¡Maldito el pecado mortal que hace a los niños diablos!

4625. ¡Conque vengan cuatro diablillos de mentirijillas!

(Se me acercan los cuatro que señalo en medio de la expectación regocijada de todos los demás niños, y les distribuyo oficio).

Tú vas a ser el *diablo de la distracción.* Pones las manos atrás y meneas mucho la cabeza mirando a todas partes sin fijarte en ninguna.

Tú serás el *diablo de la bulla.* Tu oficio será refregar, arrastrar mucho los pies por el suelo, sobre todo si éste es de madera, tirar los bancos para que armen ruido y hacer con la boca hueca: *juum, juum, juum...*

Tú, el de los *malos pensamientos,* pones los dedos tiesos sobre la cabeza de los niños, como si los fueras a arañar.

Y tú, el de la *desobediencia;* vas con la cabeza muy levantada, y de cuando en cuando, subes la mano derecha, con el dedo gordo tieso, hasta el hombro, diciendo: ¡me importa un comino!

4626. Y ahora.

¡Cuatro ángeles! digo a las niñas.

Y escojo a cuatro de las más chiquitas, vestidas de blanco y les doy su *papel.*

Tú el *ángel de la atención;* llevas los ojos muy abiertos y con las puntitas de los dedos te estiras las orejas.

Tú, el *ángel del silencio;* te pones el dedo sobre los labios.

Tú, el *ángel de los buenos pensamientos;* pasas por entre los niños levantando las manos hacia el cielo y bajándolas sobre las cabezas sin tocarlas.

Y tú, el *ángel de la docilidad;* vas con los bracitos cruzados y la cabecita baja, como diciendo; aquí hay que hacer lo que se mande.

Y ahora ¡en marcha!

4627. Ángeles del Señor, salid a acompañar a estos niños en esta hora del catecismo; corred, corred mucho, que los demonios vienen de camino a meter, la pata y el cuerno den esta obra tan buena.

¿Qué regalos traéis a estos niños?

-Yo, la atención.

Muy bien, para que se enteren de todo lo que se les enseñe.

-Yo, el silencio.

Perfectamente, así no tendré que ponerme ronco de tanto gritar como algunas veces.

-Yo, los buenos pensamientos.

Ajajá; mientras yo hablo por fuera, el Señor irá hablando por dentro.

-Y yo, la docilidad.

Eso es, para obedecer fielmente todo lo que aquí se manda.

Mirad, mirad, niños, cuántas cosas buenas os traen los ángeles del Señor.

Ea; corred al catecismo que ya me está dando en la nariz el tufillo a azufre de los diablillos.

Bajan de la plataforma los ángeles improvisados, e internándose por entre las filas de los niños, van haciendo su *papel,* por cierto con naturalidad y gracia.

Los alumnos exteriorizan su alegría y su atención con sus sonrisas que me dicen que se *van enterando...*

¡Los diablos!

4628. ¡Que ya van! Mis diablillos, tan simpáticos como inquietos, tienen unas ganas atroces de entrar en faena y al grito mío intentan correr hacia sus *víctimas* dispuestos a hacer una... diablura.

Hijos míos, los diablos están al llegar, y yo antes quiero enseñaros a matarlos.

¿Sabéis cómo se mata un mosquito?

A ver, ¿cómo se mata un mosquito que anda silbando *piiií* alrededor de la cara?

Los niños, que ya han entrado en el sistema de hacerlo todo a lo vivo, se dan sonoras palmadas en la cara, que les hacen reír a todo lo largo.

¿Y un toro? ¿Cómo se mata a un toro? ¿Hay por aquí algún torero? Y contra lo que yo esperaba de aquellos serios castellanitos, surgieron a montones los discípulos de Cúchares brindándose a lucir sus conocimientos en el arte.

Di la *alternativa* al que me pareció que respiraba más aire taurómaco -¡y vamos a ver cómo se mata un toro!

Y con un desparpajo singular comenzó a dar pases altos, bajos y en todas las direcciones al aire hasta que a mi indicación se lió el capote hipotético y se arrancó a matar tan en serio, que por poco no mete el puño que le servía de espada en la misma boca abierta de uno de los pequeños espectadores.

Después de una buena ración de «bravos» al precoz espada, vuelvo a mi cuento.

Bueno, ya veo que sabéis matar desde un mosquito hasta un toro; a ver si sabéis matar al diablo, que es un bicho con más cuernos y más mala intención que un toro de miura.

¿Cómo se mata al demonio y se le deja patitieso?

Y con una unanimidad que honra la instrucción de aquellos chicuelos, me responden:

-¡Haciendo la señal de la cruz!

Muy bien, muy requetebién; con la señal de la cruz se mata a todos los demonios habidos y por haber; pero que no se olvide que tiene que ser con la cruz *bien hecha.*

¿A que no sabéis de cuántas maneras hacen los cristianos la señal de la cruz? Yo os lo voy a enseñar.

Hay cristianos que se persignan *picando* su cara: son esos que se persignan con el puño cerrado y el pulgar tieso y como pinchándose la cara y el pecho.

Hay otros que se persignan *pasándose la muleta:* son los que con toda la mano abierta hacen unos cuantos garabatos delante de la cara.

Y los hay que se persignan *matando* de verdad al bicho negro, que son los que se persignan como enseña la doctrina.

Conque ¡preparen las armas! que los diablos van para allá y hay que meterles el resuello para adentro.

(Empujo a los diablejos, y haciendo cada cual su papel, van a meterse entre las filas de los niños).

¡El enemigo está encima! ¡De pie todos! ¡Apunten! ¡Fuego!

Y todos los niños, con voz enérgica, la mano derecha colocada en la frente, la mirada radiante de triunfo dicen a una:

Por la señal de la santa cruz... en tanto que los diablillos caen redondos al suelo haciendo deliciosamente el papel de demonio vencido y muerto por la santa cruz...

Acto tan sencillamente ejecutado emocionó tanto a los congresistas, que no pudieron sustraerse a dar un aplauso cerrado a la victoria de la santa cruz sobre el demonio.

Cantóse una coplilla al Corazón de Jesús para celebrar el triunfo, dar descanso y cambiar de ocupación.

71. El reloj del niño cristiano

4629. ¿No lo conocéis? Yo os lo enseñaré.

Es un reloj de carne y hueso.

¡A ver! Vengan acá esos seis niños de ese banco y los seis del otro... ¿Quién tiene la voz más campanuda? ¿Éste?

Tú eres la campana del reloj y las manecillas. Ahora poneos en círculo dándoos las manos unos a otros y *tú campana,* aquí en el centro. Voy a distribuir las horas; tú eres la una, tú, las dos; tú... hasta las doce...

¿Cómo funciona este reloj?

Muy sencillamente: tú, campana, no tienes más que extender el brazo, señalas una hora y das con tu boca tantos *tan* cuantos correspondan a aquélla; vosotros, los que sois reloj, vais contando.

4630. Vamos a ver funcionar este reloj.

¿Qué hora será, campana?

(Una de las ventajas de estos relojes de carne y hueso, es que se puede hablar con ellos).

El *campana,* con toda formalidad, señala con sus brazos extendidos las doce, y dice:

Tan, tan, tan...

Mientras los niños circunstantes van gritando: una, dos, tres, etc.

Alboroto general por el buen funcionamiento del *reloj vivo.*

Ahora vamos a utilizar este reloj.

Con su ayuda vamos a aprender el día cristiano de un buen niño.

-Venga para acá aquel rubito de babi blanco y, por las señas, de alma blanca.

¡Dios te la conserve siempre blanca!

Sea usted bienvenido, amiguito mío, y si usted no lo lleva a mal desearía saber qué hace su *merced* desde que se levanta hasta que se acuesta por la noche, porque esa carita me está diciendo que tú debes hacer las cosas como los buenos cristianos.

El niño, sin acertar por dónde salir, me mira un poco apurado, como diciéndome: «Ésas son muchas honduras.»

Bueno, prosigo yo -te vas a hacer cuenta de que este banco es tu camita... ¿A qué hora te levantas tú? ¿A las siete?

¡Buena hora para un mozo como tú!

¡Ea! Acuéstate en tu camita y échate a dormir que ya el reloj se encargará de despertarte.

(El niño, en medio del regocijo de sus compañeros, se acuesta en su cama improvisada, cierra sus ojos y... *se permite* hasta roncar).

¡Vaya si ha *cogido* bien el sueño el mocito!

A ver, señor reloj, ¡que den las siete!

Tan, tan, tan...

-¡Chiquillo, que son las siete!

Nuestro *hombre se despierta* y se sienta en la cama.

¿Qué haces tú al levantarte?

El niño con una ingenuidad deliciosa, me responde:

-Vestirme.

-¿Y después?

(Sigue la ingenuidad). Lavarme.

-¿Y después?

(El colmo de la ingenuidad). Tomar café.

Pero, niño, ¿no habíamos quedado en que tú eras un niño cristiano, muy buenecito? ¿Qué hacen los niños cristianos al punto que se levantan?

-Rezar.

-Pues reza tú como acostumbres.

Y de rodillas sobre su misma cama se persigna con sus manitas juntas sobre el pecho, el niño reza el Bendito, el Padrenuestro, Ave María, Gloria e inicia el credo y la Salve.

-Muy bien, muy bien, ya este niño ha empezado su día como al Corazón de Jesús le gusta, alabándolo. Este ha de ser un día bueno para este niño.

4631. ¿Sabéis como comienzan su día los pajaritos?

-Cantando.

-¿Y los cristianos?

-Rezando.

Eso viene a ser como los «buenos días» que los pájaros y los hombres dan a Dios.

Ahora yo quisiera que dieran las doce, a ver lo que estos niños tan buenos hacen.

-¿Qué deben hacer los niños al oír las doce?

-Rezar el Angelus.

-Eso es: para saludar a nuestra Madre Inmaculada al mediar el día que su Hijo santísimo nos ha dado, y pedirle su bendición para terminarlo en paz y gracia de Dios. ¡Ea! ¡Las doce!

(El reloj vivo). Tan, tan, tan.

Los niños se levantan a mi indicación y con gran sorpresa mía un coro muy afinado de ellos cantan el Angelus, respondiendo todos.

¡Qué lástima que de verdad sean las doce y toque a su término el plazo que me han señalado para esta lección de catecismo!

Si la hora se estirara, con la ayuda de este reloj, haríamos a lo vivo la salida y entrada en la escuela, el comienzo y remate de la comida, la oración de la tarde y de la noche, lo que los niños cristianos deben rezar cuando da la hora y otras muchas acciones de la vida cristiana.

Y cuando se me fueran *cansando las doce horas* de este reloj, las convertiría como por arte mágico en los *doce meses* del año, y a cada cual le iría preguntando. ¿Quién eres? ¿A qué vienes? ¿Qué traes? ¿Frío? ¿Calor? ¿Flores? ¿Frutas? ¿Hojas secas? ¿Agua o nieve? ¿Qué fiestas religiosas? ¿Patrióticas? ¿Qué encargos especiales? ¿Qué consejos?, etc., etc., y ¡bien que le sacaríamos la punta a todas esas cosillas, buscándoles sus analogías con las cosas del alma y de la vida cristiana!

72. La formación del primer hombre y de la primera mujer, contadas por chaveítas

4632. El director de la catequesis de Santo Domingo se ha llevado un buen rato explicando cómo hizo Dios a Adán y a Eva.

Vamos a ver tú, *Juanirri* (chaveíta de unos seis abriles no cumplidos). ¿Cómo he dicho yo que hizo Dios a Adán?

Juanirri, saltando sobre su asiento como si fuera de fleje:

-Po en un momentillo; ba y agarra Dió una mijilla é barro, se lo pone en la mitad de la mano, le da un resoplío y, ¡cataplum! sale un hombre hablando y to...

¿Cabe descripción más viva y pintoresca?

El director, dirigiéndose a las niñas:

-Dime tú -pregunta a otra chiquilla vivarachuela, deshecha porque le preguntara-; dime tú: ¿para qué hizo Dios a Eva?

La interrogada en el más convencido de los tonos y acompañando su palabra con la representación mímica más expresiva:

-Pos miosté, veráosté, el pobretico de Adán estaba mu agurrío, con la mano metida en los borsiyo sin tené un arma pa echá un ratiyo y el pobre no tenía quién le lavara la ropa, ni le barriera la sala, ni le hiciera de almorsá ni ná y ba Dió y dise: a ese pobretiyo le ba a entrá tirisia si se quea así y ba y le manda un sueño mu grande y ba er Señó mu quedito y le saca una costiya der cuerpo y dise: tu ba a sé la mujen de Adán y con el ruío se despertó Adán, y miosté, padre, por poco, por poco, no se quea bisco de be la mugen tan bonita y tan güena que le había regalao el Señó. Y ésa fue Eva.

73. El misterio de la Inmaculada Concepción, asimilado y contado por uno de estos «chaveítas»

4633. Conque ahora vamos a ver quién es el valiente que me repite la explicación que acabo de daros sobre el misterio de la Inmaculada Concepción.

Vamos a ver: ¿quién?, ¿quién?

Unas cuantas manecillas de nitidez problemática se abren queriendo decir: ¡aquí está ese valiente!

El favorecido con el uso de la palabra se levanta, se da dos tironcitos a la pretina de los pantalones, se rasca el cerebro tres o cuatro veces, se pasa la manga por las húmedas ventanillas de la nariz, carraspea y dice letra, más o menos.

4634. «La consesión de la Virgen fue un juego al escondé, que le hizo el Señó ar demonio. Como tos los niños chicos nasen moro, porque Adán hiso la grasia dde dejarno a tos moros, y encueraos, er Señó no quería que la Virgen que iba a sé madre del Rey de los cristianos y de todos los cristianos de to er mundo, fuera mora en un momentillo siquiera.

¡Hubiera estao bonito eso, er demonio que es el rey de tó los moros mandando en la Virgen!, ¡qué barbariá! güeno, pos va er Padre eterno y agarra a los ángeles y va y les dise: oí ustedes, ¿ustedes sabéis enterao de que ya yegó la hora de que se vaya mi Hijo pa er mundo pa meté aquello en berea?

Güeno, pues tengo que mandá primero a la madre y dispués alijo; y ¡vaya una Madre que tengo prepará!, pero una cosa voy a decir a ustedes, que es que como er mundo está enfangao con los pecao y er demonio tiene tan piyá toas las puertas, es menester vé cómo arreglamo la cosa que no mos vaya a piyá a esa niña que sin viví todavía me tiene ya loquito perdío... De mi Hijo no tengo miedo ninguno, porque como es Dió lo mismito que Yo, namá que con un sopliyo le hace da la má de vuelta de campana ar demonio.

Pero esa niña es mesté ve, es mesté mucho cuidao. Y ba y dise un ángel: no tenga usté cuidao, Padre terno, que su Hijo de usté tiene grasia pa é, pa su Madre y pa dejá bisco y tuerto ar tío de los pecaos. Güeno, dise el Padre terno, pus andá a bé a mi Hijo y desirle que empiece ya a echá grasia pa bajo que pa ya boy Yo a mandá el alma de la Virgen.

¡Y fue naíya lo que cayó! ¡Er diluvio universal! Paresía que toa las estreyitas der sielo y tos los luseros y er só y la luna y las nubes y tó se venía pa bajo. ¡Josú qué de ruío y que de candelas y qué relámpago! que a los demonios que estaban como los guardas e consumo a la puerta der mundo pa meté er pincho der pecao a tó er que pasara, le entró una jiña y un temblique y un doló e tripa que se

quedaron esmoresío y encandilao y a tó esto ¡cataplúm! se coló la Vinge en er mundo más limpia que un patena y más reluciente que er só y ba y dise entonces a su gente el capitán de los guarda consumo: juí corriendo que ahí sa colao uno sin pagá y salen tos payá corriendo más que er tío de la lista y ba un ángel y le dise con una mijita de guasa: ¡sí, andá ustedes que ya la piyásteis!

Y cuando llegaron los tío del pincho con el casiyo de la tisne ancá de san Juaquín se le cayeron de la mano tos los avíos, de lo que le sentró al bé una niñita mu chiquita, mu chiquita con una corona de estreyita en la cabesa y una tajá de luna debajo de los pies y la má de demonio berreando por detrá y echando espuma por la boca y disiendo: estamo perdió, perdío.

Y entonces sarmó un ruío mu grande por ensima del techo y soía cantá a los angelitos unas coplas mu bonita que se paresía a la que acá cantamos (cantan todos).

Todo el mundo en general
a voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original

Y se acabó ya.

74. El supremo recurso

4635. En mi larga carrera catequística tengo aprendido y comprobado que no hay mejor sedante para gritos y desafueros de los niños que el silencio y la impasibilidad del maestro.

Fiel a la experiencia, me puse de pie delante de aquella masa de cabezas y lenguas y manos en ebullición con la más tranquila de mis caras y el dedo índice cerrando mis labios.

Tras unos minutos de esta postura, los nervios se fueron aflojando, las lenguas encogiendo y me pudieron oír:

-Ya he visto que todos estáis muy bien despachados de lengua y de dientes; ahora vamos a hacer un juego con la boca cerrada. ¡A ver! ¡A taparse los dientes! ¡Que no vea yo un diente ni para un remedio! ¡Ajajá! ¡Silencio solemne! Así como estáis vais a oír una cosa que os voy a contar, y cuando tenga que preguntaros algo me responderéis con la cabeza o con las manos. ¡Con la boca no!

Y aprovechando el silencio y la curiosidad, les endilgué mi ración de doctrina, dialogando con diálogo mudo y mímico.

Graciosísimo.

La última pregunta:

¿Qué hace el Corazón de Jesús con los niños buenos? ¡Sin hablar!

Y todos con admirable unanimidad y la más sonriente de sus caras se ponen a tirar besitos y a dar abrazos al aire...

¿Y el demonio que hará con los niños malos? Y allí fue Troya; una lluvia de bofetadas, trompadas, puntapiés, empujones de codos y hasta de espurreo de saliva fue la respuesta, y sobreponiéndose al tumulto y olvidándose de la consigna del silencio, un chavea con voz de pregonar boquerones que dice:

-¡Naiya! ¡Er diluvio!...

75. De cómo hay que tenerse en cuenta por el catequista el carácter de cada región

4636. Ahora que ando por tierras del norte, en las que parece que toda seriedad, no sólo de las caras, sino del paisaje y hasta del cielo, tienen su asiento, y después de haber abordado a no pocos chiquitines de por acá con preguntas de catecismo, me acuerdo más y aprecio mejor la prontitud de

imaginación, la precocidad de inteligencia y la desenvoltura de carácter de mis chaveítas malagueños y de los niños andaluces en general.

He asistido por aquí a varios catecismos, y no acababa de salir de mi asombro al ver tantas filas de brazos cruzados, de ojos tranquilos y de pies inmóviles.

¡Lo mismo que por allá! Y cuenta que he encontrado niños y niñas que respondían a mis preguntas y repetían mis explicaciones con una seguridad, con un aplomo y con unas *honduras* que para sí quisieran no pocas gentes. Pero es la razón pausada y medida o la memoria ejercitada las que responden, pero la imaginación apenas si se asoma por ningún resquicio.

¡Lo mismo que mis chaveítas!

4637. Un caso a este propósito que me ocurrió poco antes de salir de Málaga.

Paseando por el campo con algunos sacerdotes, me encuentro con un rapazuelo de unos seis años lo más, con tantos tiznones en la cara como jirones en la blusilla y pantalón, y llevando sobre el hombro un tubo de hojalata como de dos metros de largo, propio para extraer agua de una fuente.

-¿A dónde vas?

-¡Pos a yevar esto!

-¿Y para qué sirve eso?

-¡Pos yo que sé!

-Mira; quizá sirva para esto y cojo el tubo, pongo un extremo en su oído, y por el otro, aplicando yo la boca, le digo ahuecando la voz: ¿Me conoces?

Y con la frescura del que toda su vida hubiera estado ejercitado en aquel oficio, me dice:

-Ahora yo -y acompañando la acción a la palabra, invierte la posición del tubo, poniendo un extremo en su boca y otro en mi oído, y con una vocecilla ronca y pausada me dice: ¡Qué te cojooooo...!

¿Qué os parece?

76. El catequista y un chaveíta de unos nueve años

4638. Conque ¿cuántos son los sacramentos?

-Siete.

-Y tú, ¿has recibido muchos ya?

-Miosté pa mi edad no son poquiyo.

-¿Tú has recibido el bautismo?

-Sí, señó.

-¿Cuántas veces?

-Pos una.

-¿Y la penitencia?

-Ésa, la má.

-¿Y la comunión?

-Tampoco me queao atrá.

-¿Y la confirmación?

-Miosté, por casualidá, sí, porque me piyó en el pueblo cuando vino el Señolobispo.

-Oye, y la extremaunción, ¿la has recibido?

Y el chaveíta, cuadrándose y con cara de indignación, responde:

-*Ni media bé, gracia a Dió...*

77. Una respuesta de mucha teología

4639. Andábamos a vueltas mis chaveítas y yo de por qué al Señor lo pusieron en la cruz*enclavado* y a los ladrones los pintan *amarrados* con cuerdas.

La *musa* del acierto no andaba aquel día muy pródiga, y habían dado unas respuestas que no se sabía cuál era la más descabellada.

-Pero ¿es posible? -insistía yo- que ninguno me diga por qué están tan amarrados los ladrones del Calvario y...?

-¡Un selvidó!

-Vamos, ¿qué se te ocurre?

-Pos miosté -me dice con aire de filósofo tranquilo-, yo digo una cosa: que a los ladrones tenían que tenerlo amarrao pa que no se juyeran..., pero al Señó, con los clavos tenía bastante..., porque asín sufría má y sabían muy bien los sayones que el Señó no quería escaparse del Calvario.

....

¿Verdad que tiene miga teológica lo de que el Señor *no quería escaparse del Calvario?*

¡Cómo nos vendría bien meditar esa respuesta a tantos *desertores del Calvario* como andamos por la vida...!

78. «Ojos que no ven, corazón que no quiebran»

4640. Fuente y manantial de sana pedagogía es, en verdad, ese refrán.

Y en la enseñanza de la doctrina cristiana, de una fecundidad maravillosa.

Mientras los niños vean más y mejor lo que se les explica, más y mejor se interesan sus corazones y más adentro se les meterá lo enseñado.

Ver la doctrina

4641. ¿*Ver* la doctrina? ¿No es ése un empeño insuperable? ¿*Ver* verdades dogmáticas, reglas de altísima moral, ideas y nociones de un mundo espiritual o celestial...? ¿Se puede *ver* eso y precisamente por ojos de niños?

Sí, amigos míos; eso es difícil, muy difícil, pero no imposible, y a pesar de toda esa dificultad os sigo asegurando: «...si no ven, corazón no quiebran».

¿Cómo vencer la dificultad?

Aunque la respuesta a esa pregunta me abre un campo dilatado por el que siento unas ganas sin medida de meterme, ajustándome al carácter de vulgarizadoras de estas páginas, me reprimo y contesto breve y sencillamente:

¿Queréis que los niños -y cuando hablo de niños en esta materia diviso muchas y numerosas clases de niños-, queréis, repito, que los niños *vean* la doctrina?

Dadles más *historias* de Evangelio que *lecciones* de texto de catecismo, procurad que conozcan *primero quién fue Jesús, qué hizo, en dónde vivía y en dónde sigue viviendo y después lo que enseñó con su palabra.*

4642. Las *ideas,* por muy santas que sean, es menester entenderlas muy a fondo para amarlas; las personas, cuando son buenas, basta conocerlas un poco para quererlas.

Se ha olvidado, desgraciadamente, que no son los mejores cristianos los que mejor saben teología, sino los que más firmemente creen y más lealmente se unen y aman a Jesús.

79. ¡Que los niños se den cuenta del Jesús de su bautismo!

4643. Ésa y no otra es la meta del catequista católico digno de tal nombre.

Y para eso, más Evangelio contado con el interés y la vida y el apego de lo que se quiere y *se vive* y menos texto canturreado, rutinaria y violentamente metido en la memoria.

¡Qué gozo he sentido al ver estas ideíllas, tantos años ha practicadas en mis catecismos con frutos maravillosos, confirmadas y con tanta maestría razonadas por el venerable obispo de Dijon, Mgr. Landrieux, en una hermosísima pastoral a sus párrocos y catequistas sobre el catecismo! De esta pastor de Mgr. Landrieux copiamos los párrafos más característicos:

80. Empecemos por el Evangelio, que es el libro por excelencia de la primera enseñanza

4644. «...Sería necesario hablarles, sobre todo y ante todo, de nuestro Señor, poniendo bajo sus ojos las escenas evangélicas para hacerles conocer y amar al divino maestro, antes de darles, bajo forma pedagógica, su doctrina.

El catecismo es una lección; el Evangelio es una historia

¿Por qué empeñarse en enseñar como una lección lo que puede enseñarse como una historia? El niño soporta a la fuerza la lección, mas no se cansa nunca de historias.

81. En el Evangelio está todo el catecismo, pero el Evangelio no está en el catecismo

4645. Nuestros catecismos están casi mudos sobre la Historia sagrada y el Evangelio: Tres o cuatro páginas lacónicas sobre la vida de nuestro Señor, dos o tres fechas vagas, imprecisas, algún episodio apenas indicado, una corta y seca enumeración de los milagros, una palabra sobre la pasión, dos líneas sobre la Resurrección, y nada más.

Si desde el primer día se pone en manos de los niños el catecismo y si durante tres, cuatro o cinco años se repite el mismo texto al pequeño, al mediano, al mayor, no conocerán ni el Evangelio ni a nuestro Señor.

En las parroquias de las poblaciones, en los colegios, en los patronatos, las instrucciones de perseverancia suplen ese vacío, pero en la mayor parte de los pueblos, por falta de tiempo y porque el libro habla apenas de él, el Evangelio pasa desapercibido por toda la vida.

¿Se puede concebir un católico práctico que no haya leído nunca el Evangelio? Es el caso de la mayoría.

Se podría estar perfectamente instruido en la religión no conociendo más que el Evangelio, porque en él está toda la sustancia del catecismo, pero no hay recíproca. El Evangelio no está en el catecismo...».

4646. A continuación expongo cómo he enseñado a mis niños el santo Evangelio, exponiéndoselo con todo el calor, olor y sabor que el mismo relato sagrado permite y la historia, la arqueología y la lógica autorizan, y haciéndoles repetir y representar lo narrado y deducir consecuencias de sus significados.

En honor de los niños, debo decir, y los siguientes relatos de ellos lo comprueban, que se quedan con el Evangelio y *se dan cuenta* de Jesucristo, de lo que es, lo que quiere, lo que hace, lo que pide, lo que nos da y lo que de nosotros espera, es decir, que sus ojos lo ven y sus corazones se quiebran de amor y de fina correspondencia por el dulcísimo de Jesús.

82. El Evangelio contado a los niños y repetido por ellos

Evangelio de la multiplicación de panes y peces

4647. Que era precisamente el de la segunda multiplicación milagrosa de panes y peces que, según refiere san Marcos, obró nuestro Señor Jesucristo en un desierto próximo al lago de Genesaret.

Decía yo ante aquella ilustre asamblea:

«En mi catecismo parroquial doy tanta importancia a la explicación del santo Evangelio, que siempre empiezo por ella y a veces en ella se me va todo el tiempo.

Después de todo, la doctrina cristiana, ¿qué otra cosa es que la explicación y aplicación del Evangelio?

Yo no conozco un medio externo que forme mejor a los cristianos que el santo Evangelio conocido y entendido.

Justo es decirlo: que hay muchos cristianos que todavía no se han enterado de quién es Jesucristo.

¡Así andará su cristianismo!

Hay que enterar al pueblo de Jesucristo dándole a conocer el Evangelio.»

Un niño rubio como unas candelas y con una pronunciación castellana tan rica, que ya quisiera yo para mí los días de fiesta, sube a la plataforma y recita el Evangelio siguiente:

«Por aquellos días, habiéndose juntado otra vez un gran concurso de gentes *alrededor de Jesús* y no teniendo qué comer, convocados sus discípulos, les dijo:

Me da compasión de esta multitud de gentes, porque hace ya tres días que están conmigo y no tienen qué comer, y si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos.

Respondiéronle sus discípulos: ¿Y cómo podrá nadie en esta soledad procurarles pan en abundancia?

Él les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis?

Respondieron: Siete.

Entonces mandó Jesús a la gente que se sentara en tierra. Y tomando los siete panes, dando gracias los partió, y dábaselos a sus discípulos para que los distribuyesen a la gente y se los repartieran.

Tenían además algunos pececillos; bendíjolos también, y mandó distribuírselos.

Y comieron hasta saciarse, y de sobras recogieron siete espuertas.

Siendo al pie de cuatro mil los que habían comido, enseguida Jesús les despidió»[5].

4648. Ahora voy yo a ver si estos niños se han enterado de lo que ha dicho este predicadorcito, tan chiquito y tan rubito.

De modo que el Señor iba andando ¿por...?

Un desierto.

Acompañado de sus...

apóstoles.

Y como la gente de aquellos pueblos habían visto al Señor hacer milagros, entre otros el de dar habla a un mudo, y sabían lo bueno que era, se fueron con él así como unos cuarenta hombres, ¿no...?

No, padres; cuarenta, no, sino cuatro mil sin contar las mujeres y los niños.

Eso es, cuatro mil hombres sin contar las familias de cada cual; vamos nosotros a sacar la cuenta: Vamos a poner cinco mil mujeres, porque siempre en las cosas de ver, es decir, de curiosidad y oír, hay más mujeres que hombres y además porque con el Señor se portaron siempre mejor las mujeres que los hombres.

Y de niños podemos poner el doble de mujeres, porque a más de que se encuentran en todas partes, como el aire, le tenían mucho cariño al Señor porque se habían dado cuenta de lo que les prefería.

Los niños y los perros tienen un olfato especial para conocer quién les quiere y quién no.

[5] Mc 8,1-9

Niños, ¡cuánto os quería y os quiere el Corazón de Jesús!

De modo que vamos a hacer una cuenta de...

-Sumar.

Cuatro mil hombres.

Cinco mil mujeres.

Y diez mil niños.

-¿Cuántas bocas nos dan?

-Diecinueve mil bocas.

-¿Y cuántos estómagos?

-Diecinueve mil estómagos.

-Y esos estómagos, ¿estaban llenos o vacíos?

-Vacíoss.

Y ¡tan vacíos! como que llevaban ya tres días acompañando al Señor y cada cual se fue como le cogió, sin una triste alforja con provisiones, ni un canto de pan en el bolsillo. Tan vacíos debían estar aquellos estómagos, que yo creo que a algunos les habrían salido ya hasta telarañas...

Ahí era nada lo que hacía falta para hartar diecinueve mil estómagos con hambre de tres días, mas el aperitivo del paseíto que llevaban dentro del cuerpo y del aire sano del campo y la brisita que vendría del mar. ¡Qué barbaridad de hambre la que *correría* por allí!

Si sólo de pensarlo se le abre a uno la boca.

A mí lo que me maravilla es que, siendo el hambre tan mala consejera, todavía quedaran vivos aquellos siete panes y aquellos pececillos. ¡Brillante ejemplo de respeto a lo ajeno que inspira nuestra bendita religión!

4649. Pues, a pesar de ser tan grande aquella hambre, a ninguno se le ocurrió pedir un cantito de pan al Señor, que ya había dado pan en otra ocasión parecida, ¡de tal modo se llega uno a olvidar de sus propias penas, aunque sean muy grandes, cuando sufre por el Señor y se pone a la vera suya!

Pero el Señor tenía y tiene un corazón más grande que toda aquella hambre y sin que nadie se lo pida, ¿qué es lo que hace?

-Un milagro.

-¿Chico o gordo?

-Muy gordo.

Pues, a ver cómo fue aquello. Tú haces de Señor y te sientas allí; tú, tú y tú de apóstoles y los demás de turba.

Los chiquillos *metidos* en su *papel* toman sus posiciones y sirviéndoles yo de apuntador, reproducen la escena de la multiplicación con todo el colorido y semejanza que el lugar y las circunstancias permitían.

Todavía se relamían de gusto del *banquete* milagroso, cuando les mandé volver a sus primitivos puestos, y prosigo:

Mirad qué buen corazón tiene el Señor; y no solamente bueno, sino poderoso; porque nosotros queremos muchas cosas buenas para las personas a quienes queremos; pero como nuestro poder no está a la altura de nuestro querer, nos tenemos que aguantar con nuestros buenos deseos; pero al Señor no le pasa eso; su poder es tan gran como su querer y cuando dice ¡a querer voy! ya puede uno decir que le ha tocado el premio gordo de la lotería. ¡Vaya un corazón para querer de verdad y con ganas!

4650. Vosotros os asustáis de que de siete panes y unos pececillos saque el Señor panes y peces para hartar a diecinueve mil estómagos hambrientos, y que aún sobraran; pues también deberíamos asombrarnos de la virtud de multiplicarse, que ese mismo Señor le ha dado a un granito de trigo.

-¿Cómo se multiplica un grano de trigo?

-Sembrándolo.

-Eso es; metiéndolo en la tierra y, cuando se pudre, sale la espiguita nueva que ha de dar varios granos de trigo por cada uno sembrado.

4651. Una sola cosa os voy a decir para que os enteréis bien de lo bueno y poderoso que es el Corazón de Jesús.

-Decidme, ¿para qué se han hecho los dulces?

-Pues... para endulzarnos la boca.

-Muy bien, respondéis como unos filósofos; el dulce sirve para endulzar, ¡claro es! a menos que no esté echado a perder, como pasa con muchos dulces de esta vida.

Pues veréis, el Corazón de Jesús que sabe lo que a sus hijos les gusta el dulce, olvidándose de que esos hijos le dan a beber las hieles de sus pecados y de sus ingratitudes, ha criado qué sé yo las plantas con la misión principal de dar frutos que endulcen las bocas de sus hijos.

4652. Vamos a ver si vosotros me decís nombres de frutas que el Corazón de Jesús nos da para endulzarnos la boca.

(¡Aquí fue ella!) -¡El melón!, ¡la sandía!, ¡las ciruelas!, ¡las guindas y las cerezas!, ¡las uvas!, ¡los melocotones!, ¡las peras y las manzanas y los higos!, ¡los membrillos! (Un chiquitín con acento muy convencido): ¡El arroz con leche!

-Basta, basta, que más que una iglesia va a parecer esto una plaza de abastos.

Ya véis si es bueno y retebueno el Corazón de Jesús multiplicando los bocaditos dulces para sus hijos, aun los malos, como multiplica los rayitos de sol para alumbrar al mundo, y las gotitas de agua para saciar nuestra sed, y los granitos de sal en el agua del mar para que ésta no se corrompa, y las moléculas del aire para que respiremos... y sobre todo cómo se multiplica todos los días Él mismo.

¡Él mismo, sin partirse, para alimento y consuelo de sus hijitos...! ¿En dónde?

-¡En el santísimo Sacramento!

-Nosotros sí que somos malos y retemalos cuando le hacemos sufrir con nuestras picardías multiplicadas por el infinito.

4653. Y vosotros, ¿qué queréis dar al Corazón de Jesús, dulce o hiel?

-¡Mucho dulce!

Muy bien, muy bien por los niños que no quieren dar hiel de pensamientos malos, de palabras feas y de obras sucias al Corazón buenísimo de Jesús.

Pero yo quisiera que Él se enterara de vuestros buenos deseos, porque el pobrecito de Jesucristo está tan hartito de hieles de hijos malos, que se pondrá muy contento de veros.

4654. ¿Sabéis vosotros si el Corazón de Jesús anda muy lejos de por aquí?

No, Padre; que está muy cerca.

¿En dónde?, señaladme con el dedo donde está.

(Cien deditos levantados en alto señalan a las puertecitas del Sagrario).

Allí, allí está, es verdad; oyéndonos y mirándonos. Andad, decidle eso que deseabais decirle.

(Todos juntos conmigo). Corazón buenísimo de Jesús, que no queremos darte hiel de cosas malas, sino mucho, mucho dulce, para quitarte el mal gusto de las hieles de tus hijos malos.

Que Él os bendiga, hijos míos...

Ahora una coplita y hasta mañana, si Dios quiere.

83. El Evangelio de los lobos disfrazados de ovejas

4655. Una niña con desenvoltura y buena entonación recita:

«En aquel tiempo, dijo Jesús:

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces.

Por sus frutos u obras los conoceréis: ¿Acaso se cogen uvas de los espinos o higos de las zarzas?

Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos ni un árbol malo darlos buenos.

Todo árbol, que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego.

Por sus frutos, pues, los podréis conocer.

No todo aquel que me dice: ¡Oh, Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el entrará en el reino de los cielos»[6].

¡Vaya si tiene miga lo que por boca de esta niña acaba de decirnos nuestro Señor Jesucristo!

Concédame Él saber daros esa miga muy desmenudazadita para que no se os atragante y os siente bien.

A nadie como a los niños les gusta y les hace falta tener amigos; la dificultad está en encontrarlos buenos.

A eso va este Evangelio.

Vamos a ver.

¿Quién de vosotros sabe conocer un melón sin calarlo?

(Risa general que equivale a esta palabra: ninguno).

Pues más difícil que saber conocer un melón por dentro *es calar* a un amigo.

Y así como cuando el melón sale *apepinado* no sirve más que para tirárselo a los perros, así un amigo que sale malo no sirve más que para echarlo a los perros también.

¡Vaya si hace daño un amigo malo!

4656. Este Evangelio os va a enseñar a *calar,* no melones, sino amigos.

-¿Habéis visto muchos corderitos?

-Sí, padre.

-¿Cómo hacen los corderos?

¡Meee, meee!

-Pues, ¿no parece que habéis sido corderos alguna vez?

Y un lobo, ¿quién lo ha visto?

Eso es más difícil, ¿verdad? Pero todos sabréis que los lobos son, ¿buenos?

-Muy malos.

-Y que tienen unos dientecitos muy blandos que no duelen ni hacen sangre...

-Sí, padre, que hacen mucha sangre.

-De modo que un lobo es un personaje de cuidado, ¿verdad?

Y ¡tanto!

¿Con quién se podrá juntar mejor y con más seguridad una gallina, por ejemplo, con un corderito o con un lobo?

-Con el corderito.

-¿Y si le diera a la gallina por juntarse y salir de paseo con el lobo porque éste tenía el pelo brillante y el hocico muy bonito...?

-Que no quedaría de ella ni las plumas.

Pues mirad, eso mismo les pasa a los niños que les gusta juntarse con amigos malos. ¡Pobrecillos! Al poco tiempo de juntarse con los amigos lobos, no les queda ni inocencia, ni gracia de Dios, ni alegría, ni salud, ni nada bueno.

-¿Quién se ha comido todo eso?

-Los amigos lobos.

-Y si a los lobos les da por vestirse con la piel de los corderos, ¿cómo se van a distinguir?

Porque los lobos son tan listos como malos, y se valen de la hipocresía para engañar a los tontos y a los incautos.

Y eso mismo hacen los amigos malos, que son tan hipócritas como malos, y se presentan con caritas de buenos y palabritas de miel para engañar a los desprevenidos.

[6] Mt 7,5-21

4657. ¿Qué haremos para distinguir los corderos de verdad y los de *mentirijilla?* Ya lo habéis oído en el santo Evangelio que nos dijo esa niña. ¿Por dónde se conoce ese árbol?

-Por los frutos...

-Eso es; un ciruelo, ¿qué produce?

-Ciruelas.

-¿Y un almendro?

-Almendras.

-¿Y una viña?

-Uvas.

-¿Y se dará el caso de que un ciruelo dé melones y una viña bellotas?

-No, padre.

Por eso dice el Señor: así como por el fruto se conoce el árbol, por las obras se conocen los hombres.

Así como el árbol que echa ciruelas se llama...

-Ciruelo.

-El hombre o el niño que echa mentiras, se llama...

-Embustero.

-Y el niño que echa falsos testimonios se llama un...

-Calumniador.

-¿Y el que toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño?

-Un ladrón.

-¿Y el que hace la *rabona* o los *novillos*?

-Un rabonero.

-Bueno: ya está aquí la regla para no dejarse engañar de los lobos disfrazados, que eran los...

-Amigos malos, hipócritas.

-Fijaos en sus...

-Obras.

4658. A ver quién de vosotros se atreve a decirme qué clase de amigo es éste que os voy a presentar:

-Un niño va a la escuela por la mañanita temprano y se encuentra a un compañero que le dice: -¿Quieres jugar un poquito conmigo a las *bolas* o las *canicas*?, como aquí decís. -No, me voy corriendo para repasar la lección a la escuela, responde el otro. -Anda, si yo también voy; pero todavía falta tiempo, mira, jugamos un poquito y nos quitamos el frío de las manos. El niño se deja convencer y se pone a jugar; pasa un ratito, y un rato, y un *ratón,* y cuando suena la campana del reloj, el amigo grita y arma mucho ruido par que el otro no se entere. Cuando ha pasado la hora le dice: -¿Sabes que ha pasado la hora de clase? Yo no me atrevo a ir ya porque me van a castigar por dormilón; tú no vayas tampoco; mira, nos vamos a un huerto que yo conozco y cogemos almendras; ¡están tan buenas! -¿Y si nos cogen? -Pues les decimos a nuestras madres que era el día de la mujer del maestro y no hubo clase. -¿Y mañana en la escuela? -Pues lo mismo, decimos que habíamos tomado una purga. -¡Pero si...! -No tengas miedo, chiquillo, fíate de mí, ¿voy a querer nada malo para ti?...

Vamos a ver. ¿Qué clase de amigo es ése?

-Un lobo con piel de cordero.

-¿Por qué? ¿En qué lo habéis conocido? ¿Cuál es la piel esa?

Pues todas las cosas bonitas que le dice al niño que iba a la escuela.

-Eso es, lo de quitarse el frío, lo de que no lo fueran a castigar, lo de las almendaras buenas, lo de no querer nada malo para él... Y de lobo, ¿qué tenía ese amigo?

-Sus obras: hacer *novillos,* mentir, robar y exponerse a muchos males.

-Muy bien, muy bien.

Ponedme ahora vosotros algunos casos de éstos. (A borbotones salían los casos, señal clara de que la lección estaba cogida y de que aquellos niños a fuer de bien educados, tenían buen criterio para distinguir los lobos de los corderos).

Total, que para ser bueno aquí en la tierra e irse después al cielo, no basta *presentarse bien*, ni tener *buenas formas,* ni decir palabras bonitas, ni aun rezar mucho, sino lo que hace falta son buenas obras, que es lo que dice nuestro Señor Jesucristo al terminar ese Evangelio: «No todo el que dice ¡oh, Señor, Señor!, entrará *por eso* en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos.»

En donde nos veamos todos. Amén.

Venga una coplita ahora.

84. Unas cuantas preguntas sobre otro Evangelio

4659. A ver quién me explica la petición del leproso, que dice tanto en tan pocas palabras y no solamente que *dice,* sino que *hace o hace hacer,* porque con sólo decir: *Señor, si quieres me puedes limpiar,* recibe el milagro que pide.

¿No hubiera sido mejor que hubiera dicho: Señor, como eres tan poderoso, como eres Hijo de Dios, como has hecho tantos milagros, como tienes tanto talento u otra razón parecida, ¿me puedes limpiar? ¿Por qué en vez de invocar su poder, su divinidad, su sabiduría, invoca sólo su *querer*?

Vamos a ver quién me lo acierta, quién me explica el secreto de esa oración tan chiquita y tan eficaz... (Silencio profundo y caras alargadas por el interés de dar con la respuesta).

Insisto: ¿Por qué eso de buscar milagros en el querer del Señor?

(Pausa).

Una manecilla que se levanta, acompañada de una cara tan radiante de satisfacción como rebosante de churretes.

¡Qué!

-*Que ar Zeñó hay que piyarlo por su Corazón...*

¿Vale la respuesta?

85. Una pregunta sobre el Evangelio del Régulo

4660. Yo encuentro una cosa rara en este Evangelio.

-¿Cuál será?

Con una admirable unanimidad me responden:

-La cara seria que el Señor puso al principio al Régulo.

-Y, ¿por qué sería?

Y cúmpleme deciros que, tras reñida discusión entre distintas sentencias, se acordó por mi *Sorbona* dar esta respuesta:

El Señor se puso serio por la *media* fe de la gente buena.

Díjose allí que las faltas de la gente buena dolían más al Corazón de Jesús que las de la gente mala. Que el Régulo era buena persona cuando, en vez de desesperarse y blasfemar en la angustia de su hijo, como hacen otros, se fue a buscar al Señor; pero que le faltó *media fe* en creer que si el Señor no iba a su casa, no curaría a su niño.

86. El Evangelio del fariseo y el publicano, contado por mis chiquillos

4661. Había una gente mu fachandosa que se la echaba de ve y no *veían* na, y va er Zeñó y dise: veréis ustede cómo se le va acabá toitos los moños a ésos.

Esto era un fariseo y un publicano; el fariseo era un señorito mu tirao patrás, con mucha tiriya y botas de charol y con una capa encarná como de torero y muchos aniyo y puros y de tó, y el publicano era un lechuzo de las séulas de vesindá y estaba dergao y mu mal vestío con una alpargatilla calá con la má de bujeros. Y van los dos y se meten en la iglesia del pueblo a resá; el fariseo va y se pone en lo alto del altá mayó y sin jincarse ni ná y con una voz como si fuera a vendé jigo chumbo, se pone a desí: Camará, po no vargo yo ná niná. Zeñó, yo no soy como losotro sombre, que son unos ladrones y unos borrachos y unos perdíos; yo al momentito iba se asín, aniguá ayuno dos vese a la semana y doy lismona y soy más güeno que el pan de rosca...

Mientras tanto el mendigo del publicano estaba arrinconaíyo detrás de un banco, más doblao que una arcayata vieja, y no hasía más que largarse muchos puñetazos en el pecho y desía mu bajito: Zeñó, tené misericordia de este pobre pecaó, Zeñó, Zeñó, y lo desía la má de vese.

Pos güeno, dice nuestro Zeñó Jesucristo a la gente aquella fantasiosa, ¿a qué no sabéis ustedes quién escapó mejón y quién salió purificao de la ilesia? Pos, ¿quién iba a sé, alma mía, sino el infeliz que se puso detrás del banco? ¿Por qué? Porque fue humirde, y los humirdes se yevan de caye ar mismísimo Padre Eterno.

87. Evangelio de la pesca milagrosa, contado por los niños de mi catecismo

4662. Iba mucha gente con er Zeñó dando rempujones pá oirlo mejó, y va er Zeñó y dise: pos ahora no me rempujáis más ustedes, y va y se mete en una lanchiya que estaba ayí en la oriyita y que era de un lombre que se yamaba Zimón, y va er Zeñó y se pone a predicá desde la lancha y tos lo vían y ninguno empujaba ya y sacabó el sermón y le dise Jesús al pescaó de la barca: mía tú, vámonos paentro y ponerse a pescá. Y dise Simó: pó Señó, toíta la noche bemos estao trajinando con la red y no hemos cogido naíta.

Pos ahora vamos a echá la red en nombre tuyo. Y va y agarra y la echa al agua y ¡camará! paese que los pescaos se golvieran locos y ¡cataplún! se puso la red renventandito que paresía que se iba a partí y tuvieron que llamá gente de otra lanchiya pa que jalaran, y cuando sacaron los pescaos le entra una jormiguiya por to er cuerpo a Simón y se pone a temblá más que un azogao y se jinca en roíya y toa la gente del barco y le dice al Zeñó: Zeñor, desepárese de mi, que soy mu pecaó... Y er Zeñó se echa a reí un poquiyo y le pone la mano en la cabeza y va y le dise: Po na más que por eso, por lo obediente y bueno que habéis sido ustedes, ya vais a ser pescaores de hombres, aniguá de pescaos. Y aluego aquellos pescaores fueron los apóstole.

88. La resurrección de la hija de Jairo

4663. «Iba el Señó por un caminito con toa la gente y los disípulo y tó, y va y viene un hombre mu bien vestío, que era jefe de una sinagoga y se llamaba Jairo, y va y jinca en ruiya delante del Señó y le dise muy apurao:

-Haga usté el favó de venirse pa mi casa corriendo, que tengo una hija que esta dando ahora mismito las boqueás, ande usté, a ponerle la mano encima para que no se muera.

Y el Señó, como tenía el Corazón tan blando, va y se pone también apurao y le dise: -No te apure hombre, que ya bamo payá pa arreglá eso-.

Y salen tos andando detrás del hombre, y cuando iban por la mitá del camino, vienen corriendo pacá, unos mositos y le disen a Jairo: -Mira, ya no hase falta que marees a Jesús, porque tu niña acaba de morir.

El pobresiyo se pone a yorá mirando al Señó y va el Señó y le dise: pero hombre, ¿no te he dicho que todo se arreglará? bamo payá y ten fe, hombre.

Y anda que anda, anda que anda toa la gente hasta que yegan a la casa. ¡Y no era ná la que había ayí armá!

Había unos tíos tocando la flauta y muchas mugeres desgreñás haciendo que yoraban, pero no yoraban, porque era ése su oficio, y daban toas unos chiyíos muy grandes y luego toa la gente del duelo y la mujé de Jairo y sus chiquitos y tos yorando más que la má.

Y entonse el Señó va y dise a toa la gente:

¿Queréis ostés hacer el favó de cayarse ya y de salirse de ahí? Yo le digo a ustedes que esa niña no está muerta, sino que está dormía.

Y empiezan tos a desí:

-¡No está muerta ni ná! -Y empezaron tos a guarsearse del Señó.

Y entonse el Señó le dise a san Pedro, a Santiago y a san Juan y al padre y a la madre de la niña: -venirse ustedes conmigo.

Y se meten en el cuarto donde estaba la niña de cuerpo presente y estaba ya amortajá y tó, y va el Señó mu despasito y con las lágrimas saltá y con la cara mu colorá y agarra a la niña por la mano y le dise:

-Mosita, levántate.

Y se levantó la niña y se puso hablá con el Señó y el Señó le dise: -darle de comé a la pobresiya y hasé el favó de no desí a nadie lo que aquí ha pasao.

Y ¡no fue ná la que se armó cuando salió la niña pa fuera vestía de blanco toavía y la vio la gente! ¡Como que si no se quita el Señó denmedio se lo comen a abrasos y besos y achuchones...!».

89. La Ascensión del Señor contada por los chaveítas

4664. A los cuarenta días de habé resucitado, ba un día er Señó y se le aparesió a losapóstole que estaban metío en un cuartito de Jerusalén, con la puerta y la ventana serrá por mo de lo judío que le tenían mucha tirria a los cristiano y cuando se le aparesió ba y se pone a comé con eyo le dió mui bueno consejo y dijo que iba amandá pa cá mu pronto al Espíritu Santo y se quejaba tamíe de lo poquiyo que habían creío en é la gente y lo má que sabían portao con é y ba y le dise a los apóstole: andá y venirse ustedes conmigo.

Y se fueron pa Betania y se subieron tos a un monte y el Señó no dejaba de desirle muchas cosas de que tenían que salí a predicá muchos sermones por toas partes, aunque los esgoyaran y tó y ba entonse de pronto levanta la mano y bendise a toa la gente y sin desí ná se va parriba mu despasito hasta meterse en el sielo. Cuando ya iba un poquito arto, vino una nube y lo tapó y ya no lo vieron más y se quearon tos con la boca abierta mirando payá abé si veniá otra vé, pero va dos anje vestido de blanco y le dise: varone galileo, ¿qué estais ustedes mirando parriba? Bueno, pos sabé ustedes, que ese Jesú lo mismito que ha subío bajará par ajustarle las cuentas a toa la gente el día del Juisio.

Y entonse se golvieron con mucha alegría pa Jerusalén para ponerse a esperá al Espíritu Santo.

La compenetración del maestro con el discípulo produce prodigios de atención y de intuición.

90. El gran secreto

4665. Para que nuestros catequizandos vengan primero sin codicias de pagos ni premios, atiendan y se enteren después y enterándose de la doctrina, la amen y conviertan su letra en espíritu, sus ejemplos en normas y sus frutos en carácter formado de niños, sólidamente piadosos, para que en la catequesis se realice el encuentro dichoso y el reconocimiento mutuo de Jesús y sus niños, el resorte maravilloso, el secreto de los secretos, la vara mágica que lo produce es

La eucaristización del catecismo

4666. A saber: que cuanto diga, haga, dé, estudie y ore el catequista, tienda a despertar y desarrollar en el niño la *fe viva, el gusto y el sentido de la Presencia real* de Jesús en la sagrada Eucaristía.

Que toda enseñanza que se dé, todo ejemplo que se muestre, toda pena o necesidad que se descubra en el niño, toda alegría o esperanza que le sonría, todo adelanto y todo retroceso, sea como una mano indicadora del Sagrario, mano que venga a decir: *ahí dentro* está el maestro, el Cordero de Dios, el Taumaturgo, el Médico, el Resucitador, el Perdonador a quien *siempre* se acude y se encuentra, de quien *siempre* se saca y con quien *siempre* se cuenta.

4667. Nada de decir que Jesús *hizo* en el Evangelio, sino que hace ahí, ni de que si Jesús lo viera o lo oyera o que nosotros lo viéramos o lo oyéramos, sino que nos ve y nos oye y lo vemos y lo oímos ahí. Y que porque está vivo *ahí*, y espera y quiere tanto la visita de los niños, éstos deben ir muchas veces a estarse con É,l para comer de su mesa, para echar ratitos de conversación con Él sobre sus cosas y sus apuros y sus deseos y sus peticiones y, como Él es tan atento, para estarse calladito esperando la respuesta de lo que le han dicho.

No conozco resorte pedagógico, ni ascético, ni social para hacer la vida de los niños y de los hombres y de los pueblos buena, agradable, radiante de felicidad y santa como la fe viva, el gusto y el sentido de la Presencia real.

¡Eucaristizar! Perdonad la novedad de la palabra, pero no conozco otra que mejor exprese lo que hay que hacer con los niños para llevarlos al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús y, os lo diré, hasta la *santa chifladura* por Él.

¿Es posible?

4668. ¿Esto es un ideal irrealizable?

¿Es asequible sólo a los menos?

¿Exige condiciones extraordinarias en los catequistas y en los catequizandos?

Respondo que, contando con la gracia de Dios, *un poquito más* de lo que contamos, no olvidando el refrán «Nadie da lo que no tiene», y con un poquito de buena voluntad e ingenio, es ideal perfectamente realizable y no en unos pocos sino en muchedumbres de niños de todas clases.

91. Lo que la vista de un crucifijo arranca de una zagalilla

4669. Tal como me lo escribe uno de mis celosos párrocos de la sierra os lo cuento.

Daban una misión a sierra traviesa por los alrededores de Benarrabá unas buenas Marías de Sevilla que tienen el buen gusto de invertir así su verano e hicieron por bondad del Amo entre conquistas muy valiosas este precioso y enternecedor hallazgo:

«Me refiero a la María -escribe el señor cura- que al entrar en casa de una niña como de diez años, cuya madre está demente, le presentó el Crucifijo para que lo besara, y la niña le preguntó quién era aquel hombre. Nuestra misionera, a grandes rasgos y con arreglo a las circunstancias, le explicó de quién se trataba y el misterio que representaba. Y entonces la niña, toda enternecida y derramando lágrimas a torrentes, llevándoselo a los labios y colmándole de besos, y otras veces estrechándole contra su pecho exclamó: «¡Pobrecito mío, y yo no sabía esto, déjemelo usted que yo lo esté siempre besando!».

Al día siguiente, la niña recibía al pie del naranjo, en donde se daba la misión, con un fervor y una devoción propia de un ángel, aquel Señor que besara en el crucifijo, e interrogada por la señorita qué sentía dentro de sí y qué había pedido al Señor, replicó toda emocionada: «Yo no sé qué decir; yo estoy más contenta que nunca; me parece que estoy en el cielo, y le he dicho al Señor que ponga buena a mi madre, que mi padre confiese y comulgue y que a mí me lleve a la gloria».

No pudimos contener la emoción y menos las lágrimas, pensando, de una parte, en los prodigios de la gracia, y de otra, en que si grandes son las privaciones y sufrimientos de los misioneros de Cristo, mayores son los consuelos con que el Señor les favorece y regala...»

92. Lo que decían unos niños al Jesús del Sagrario de un pueblo que por no tener sacerdote que lo cuide habría que suprimir

4670. Siempre que pasan los niños y niñas cerca de la casita que está sirviendo de Iglesia mientras permanezcan allí las buenas misioneras que, como roció del cielo, les ha caído, entran hasta el Sagrario, rezan lo que saben, y cuando se levantan , dicen en voz alta, mirando a la puertecita dorada: «¡Señor, no te vayas de aquí! ¡Que no te quiten...!».
....

Las misioneras me lo han contado y yo lo he oído llorando, y os aseguro que cada vez que recuerdo la súplica de esos niños ¡se me saltan las lágrimas y me da una tristeza...!

¡Señor, aumenta mi seminario, multiplica mis seminaristas...! ¡Que es muy triste mandar quitarte de los Sagrarios...!

93. Más modos de llevar los niños al Sagrario e introducirlos en la vida eucarística

4671. ¡Qué bien le *sientan* al Sagrario las visitas de los niños y qué bien les sienta a éstos el roce con aquél!

Si el Sagrario nunca está más bellamente adornado ni más alegremente festejado, ni más seguramente acompañado que por los niños, éstos jamás están mejor defendidos, protegidos, atendidos, ni más copiosamente bendecidos que por el Sagrario.

4672. ¿Cómo sujetar o aprovechar la movilidad inquieta y distraída del niño ante el Sagrario?

De varios modos:

Si son chiquitos, llevándolos y *poniéndolos allí* un ratito para que ellos *tomen el Sol* del Sagrario, y el Señor de él se recree mirando sus ojos inocentes.

Y, a medida que la edad lo vaya permitiendo, enseñándoles a ir: 1º, para *tirar* besitos muy sonoros al Señor de la *Casita dorada.*

2º, para decirle: *Corazón de mi Jesús, aquí está quien te quiere.*

3º, para rezarle un Padrenuestro y las oraciones que vayan aprendiendo.

4º, para *contarle* los apurillos que tengan en su casa, en su escuela, con sus amigos, en su alma.

5º para hacerle comparaciones de las cosas buenas que conozcan; por ejemplo: A mí me gustan los dulces, pero Tú, Corazón de mi Jesús, me gustas más, porque eres más dulce que todo; a mí me gusta comer cuando tengo hambre, pero me gusta más comulgar, porque te como a Ti; me gustan mi mamá y papá, porque me quieren mucho y son muy buenos, pero a Ti te quiero más, mucho más...

6º, para leer despacito un libro bueno y apropiado, como el «Evangelio al alcance de los niños», vidas de santos niños, etc.

Y 7º, el medio más ingenioso será el que sugiera un amor hasta la *chifladura* por el Corazón de Jesús sacramentado y por las almas de los niños, las más necesitadas e indefensas de todas.

94. Un gráfico ingenioso para enseñar a los niños a hacerlo todo por dar gusto al sagrado Corazón de Jesús

4673. Lo inventó y lo usaba con gran fruto una de mis catequista de Huelva.

De tela encarnada y relleno hizo un corazón como la palma de la mano, y las faltas cometidas por cada niña, durante la semana, sobre la materia que ella les enseñaba, eran las espinas, y los actos de virtud sobre las mismas las quitaban.

Funcionaba así: como la catequista conocía el flaco de cada niña, proponía la materia del *examen particular* de cada semana en esta forma:

-A ver, si tú, esta semana, le quitas espinas al Corazón de Jesús, no echando ninguna mentira; y tú no diciendo palabras feas, y tú no pellizcando a tus amigas, y tú no poniendo mala cara a tu mamá cuando te manda algo, y tú visitando al Sagrario tres veces, y tú... etc, etc.

4674. Como los niños suelen ser ingenuos, con sencillez encantadora venían, el domingo siguiente, diciendo con cara triste o alegre, según el caso:

-Mariquita Teresa, esta semana tres espinas he puesto o he quitado al Corazón de Jesús.

Y las tristes iban sacando del bolso de María Teresa las espinas de rosales u otras plantas espinosas que guardaban, y con verdadera pena las clavaban en el corazón de tela, con tanta pena como con alegría las quitaban las afortunadas cumplidoras de aquella semana.

¡Con qué gozo me decían cuando yo pasaba: *-Don Manué Vicario, en esta semana, entre yo y ésta habemos dejado al Corasó de Jesú sin una espinita...!*

Lo cierto es que aquellas niñas, insensiblemente, se enseñaban y acostumbraban a hacer todas sus obras por motivos perfectos de caridad, y que con este modo y los otros llegan los niños a habituarse a la meditación diaria y a encontrarle gusto a estarse *ratitos callados* ante el Sagrario.

Por vía de ensayo pongo esas dos muestras de *meditaciones para niños:*

En torno de una peladilla

95. Un rato de meditación sobre el Corazón de Jesús sacramentado, con mis chaveítas

4675. Que no se alarme vuestra piedad al leer la palabra vulgar «peladilla» mezclada con cosa tan santa como «meditación» y «Corazón de Jesús». Y, si a pesar de mi aviso, sigue la alarma, os ruego que tengáis en cuenta que hablo de *niños andaluces,* haciendo nada menos que ¡meditación!

Y empiezo:

Composición de lugar

En las alturas del nuevo seminario, desde donde se domina Málaga y sus numerosas torres, el mar, el campo, la montaña, un grupo de chaveítas que han pasado allí el día de jira, se sientan en torno mío a contarme sus impresiones, y a que yo les cuente algo con acompañamiento de... algos.

Este *algos* es en la presente ocasión una excitante caja de *peladillas* que el Amo me acaba de regalar para ellos.

-¿A qué no acertáis lo que hay aquí?

(Mil respuestas a gritos).

-¿Ni quién me lo ha dado para vosotros?

(Casi unánimemente):

-¡El Corazón de Jezú!

-¿A ver quién me señala desde aquí la casa en que vive el Corazón de Jesús en Málaga?

(Cientos de dedos, no muy limpios por cierto, señalan hacia las torres de la ciudad).

-¡Qué! ¿En las torres vive?

-No zeñó, más abajito ¡en el Sagrario!

-¿Y nos verá desde allí?

-(A una). Sí, señó.

-¿Y nos oirá?

-¡Claro é!
-Pues entonces vamos a tirarle un besito muy fuerte para darle las gracias por el regalo.
(Un estallido, una explosión de cientos de besos apretados y sonoros y un ¡viva! muy largo salen disparados para los Sagrarios de Málaga).
¿Y para qué os manda el Amo las peladillas?
-Pos pa que nos la comamo.
-Bueno, ¿de cuántas maneras se puede comer una peladilla?
(Un momento de silencio y uno que lo rompe):
-De dó: chupándola o mascándola.
-Pues vamos primero a chuparla, pero no con la boca, sino con la cabeza y con el corazón.

Segundo preludio o petición de gracia

Decid conmigo mirando para el Sagrario: «Corazón de Jesús sacramentado, más dulce que todas las peladillas, que mi cabeza y mi corazón te tomen gusto. Amén».

PUNTO I: En qué se parece una peladilla al Corazón de Jesús en el Sagrario

4676. Ea, vamos a ver quién le saca más parecidos: por cada uno, ¡una peladilla! El que lo encuentre que levante la mano.
No es posible recordar tantos parecidos como de aquellas cabecitas inquietas brotaban: Diré algunos:
-En que la pelaíya y el Corasó de Jezú en la Hostia están vestío de blanco.
-En que los dó son mu durse.
-En que se come.
-En que se come y se quié má.
-En que son una cosa por aentro y otra cosa por afuera.
-En que se puén comé tos los días.
-En que, como se coman bien, no hacen daño.
-En que lo puén comé los chaveíta y los viejo y los señorito y titico el mundo.
-En que teniendo uno el estómago malo o el alma mala sientan mal.
-En que se acaban más pronto que la má...
-¡Chiquillo! ¿El Corazón de Jesús se puede acabar?
-No señó, el Corasó no se le acaba nunca al Señó, pero la Hostia con que va tapao, encuantito la moja uno una mijiya en saliva se acaba y ya no está el Señó sacramentado ayí, ¡lo mismito que la pelaíya en cuantito cae en la boca...!

PUNTO II: En qué se diferencian

4677. Si abundante estuvo *la musa del parecido,* no menos rumbosa estuvo la de la *diferencia.*
-Vamos, ¿en qué se diferencias o en qué no se parecen el Corazón el Jesús sacramentado y la peladilla?
Un radical se apresura a contestar:
-Miusté, Señolobispo, si va uno a desí la verdá en tó...
-Bueno, desde luego, pero especialmente, ¿en qué?
-En que la pelaíya cuesta dinero y el Corasó de Jesú no cuesta ná.
-En que el Corasó de Jesú no cuesta dinero y vale más que toa una confitería.
-En que, un poné, si toma una pelaíya tos los días, se jarta uno de pelaíya, y der Señó, ¡cualquié se jarta!

En que -os confieso que esta salida me asombró y conmovió y es rigurosamente auténtica- a la pelaíya le pasa al revé que el Corasó de Jesú, *está má durse por afuera que por aentro...*

Dominando mi emoción, le pregunto:

Explica, explícame tú eso. ¿Qué quiere decir?

-Digo que una pelaíya tiene la asuca por afuera y la almendra por aentro, y la armendra no es tan dulse como la asuca, pero el Corasón de Jesús hace al revés, que se pone la asuquita aentro...

-Y, ¿por qué sabes tú eso?

-Pos miusté, Señolobispo: cuando yo empecé a comulgá y a í por la tarde a la visita, iba porque ¡qué sé yo!, porque me yevaban, porque me desían que el niño Jesú me iba a dá muchas cosa güena, pero iba yo porque sí, sin fijarme ni sentí casi ná, y hasta maburría, y ahora, ¡la verdad!, me gusta má í y estarme ayí y resarle y pedirle, y miusté, parese que *sale un aire o una cosa del Sagrario que le deja a uno pegao al suelo, mientras más voy, ¡más pegao...!*

Por eso digo yo que el Corasón de Jesú tiene más asuquita por aentro que por fuera, ¡vamos!, ¡que no la tiene tan a fló como la pelaíya!

Coloquio

Que es, a su vez, manantial de afectos y propósitos para chicos y grandes comentar y saborear con María Inmaculada, delante de un Sagrario, ese admirable tratado de ascética y mística del *chaveíta,* de la *diferencia de lo dulce de la peladilla* y del *Corazón de Jesús sacramentado,* hasta llegar a enterarse bien de que, mientras más cerca se le sigue y se le imita más y mejor se le trata y con Él se sufre, *más dulce está...*

Por nuestra parte, después de apurar hasta la última peladilla de la caja y de rezarle un Ave María a la Patrona, cuya iglesia veíamos al pie del monte, se fueron mis *comensalitos* cantando mientras bajaban:

Corazón divino,
¡qué dulzuras dan
de tu sangre el vino,
de tu carne el pan!

UNA QUEJA MUY AMARGA

96. A los maestros y catequistas

4678. No pocas veces, visitando escuelas, aun religiosas y catecismos bien montados y dirigidos, lamento en mi interior la ausencia de olor eucarístico y de orientación al Sagrario.

Y ¡he pensado tantas veces en el tiempo, en las fuerzas, en la iniciativa, en los sacrificios, en los gastos que se malogran en estas escuelas y catequesis con ese contentarse con enseñar la doctrina así como *asignatura,* siquiera sea la principal, escrita sólo en el libro, y ese no llegar a enseñarla vivida, practicada, facilitada, premiada y hasta embellecida en el Sagrario...!

Y como propósito y consecuencia de aquellos lamentos y pensamientos, se me vienen a las veces unas ganas muy grandes de llegarme a cada maestro, maestra y catequista, religioso o piadoso (de eso sólo hablo ahora) y decirles: ¿Quiere usted ganar en frutos de educación sólidamente cristiana *un ciento por uno* de lo que hasta ahora ha ganado? ¿Quiere usted *pegar* para siempre en el alma de sus educandos esas buenas doctrinas que les enseña y quizá lamente no pocas veces que no son recogidas ni guardadas? ¿Quiere usted sacar alumnos más que cristianos, sólidamente piadosos, de su clase?

Pues añada a lo que hasta ahora ha hecho esto sólo: *lléveles al Sagrario por todos los caminos que sepa y todas las veces que pueda, hasta conseguir que el Jesús del Sagrario se «venga a vivir» a su clase.*

El resultado será sorprendente y maravilloso.

Empeño mi palabra.

97. La impresión dominante

4679. Lo que principalmente he aprendido y se me ha grabado en el alma estos días ha sido esta lección: Que perdemos tiempo dando al pueblo sociología, pedagogía, técnica, cultura, reglamentaciones, tierras, casas, granos, etc., si con cada cosa no damos *nuestro amor personal.*

Estas Escuelas del sagrado Corazón de Jesús, de Huelva, más que el triunfo de la pedagogía, con ser tan fina, genial y eximia la que se enseña, es el *triunfo del amor del sacerdote y del maestro al niño pobre como si fuera su propio hijo.*

Ese amor es el que pega a sus inteligencias la enseñanza de las letras, y a su corazón la estima y la práctica de la virtud. Ese amor es el que pone en sus vidas la fidelidad y la lealtad para con sus educadores, levanta esos brazos para que estrechen al sacerdote ausente que vuelve y saca las lágrimas de alegría o de remordimiento a los ojos.

Ese amor sentido y husmeado por los niños es el que hace entrar y estar en *su* escuela con el mismo gusto, si no digo con más, que en su propia casa, en la que quizá no encuentren tanto calor...

¡Ay! Amor cristiano a los niños pobres, y, como tal, constante, benigno, paciente, generoso, ¡cómo te veo triunfar en la Huelva de mis cariños y hacerla pasar de pueblo que no creía, a pueblo que ama a su Virgen de la Cinta y a su Hijo sacramentado!

98. Nota final

4680. Del Polvorín, del misérrimo y abandonado Polvorín, han brotado ya ¡*ocho* vocaciones religiosas!; de las Escuelas del barrio San Francisco cuatro o cinco muchachos ya en la adolescencia, han muerto como podrían morir los ángeles si estuvieran sujetos a la muerte.

Algunos amigos ponían este comentario: ¡qué lástima! Aquí, en donde tanta falta hacen cristianos, padres y madres de familia, ¡irse los mejores!

Pensando en mi comentario delante del Sagrario querido del Polvorín, se me ocurría éste: ¿No tiene el Señor derecho a las *primicias* de todo lo suyo?

¿Y no serán esos jovencitos, trasplantados al jardín del cielo y esas jovencitas trasplantadas al jardín del claustro, las *primicias* que se ha escogido para sí el Amo y el Padre de estas Escuelas, el Corazón de Jesús?

¿No son suyas?

Sí, ¡las primicias para Él!

Después... ¡qué cosecha se ve venir!

....

4681. Párrocos, ¿queréis fieles para vuestras iglesias, compañía abundante para vuestros Sagrarios, cooperación generosa y útil para vuestras obras y ambiente cristiano para vuestros pueblos? La escuela parroquial, como os la he descrito, os proveerá.

99. Propósitos

4682. Amigo lector: Si tu paciencia ha llegado hasta leerme, de tu generosidad avance hasta ofrecer cumplir estos propósitos. Así ni tú ni yo hemos perdido el tiempo y nuestras almas y las de los niños han hecho buena cosecha.

La situación

4683. La impiedad, llámese judaísmo, masonería, revolución mansa o fiera, hizo cuestión de gabinete *la guerra al catecismo*.

Ahí, en ese libro, pequeñito por su tamaño e inmenso por su contenido, ante el que han pasado cientos de generaciones descubiertas, y agradecidas, y en ese niño inocente que liba en sus hojas la rica miel de la educación sólida y buena, han estado reconcentrados los odios y los ataques de la impiedad.

¡Guerra al alma de los niños! Ése ha sido su grito y su lema.

Y son tantos los hechos y dichos de sus hombres, que demuestran esto, que me parece inútil insistir en confirmarlo.

La situación de nuestros adversarios con respecto a nosotros es ésta:

Frente al grito dulce y enérgico dado por nuestro Señor Jesucristo de «dejad que los niños se acerquen a mí», ellos no han cesado de gritar por medio de sus periódicos, discursos, mítines, instituciones libres de enseñanza, escuelas laicas o neutras, reformas de catecismo voluntario, cines, cuentos, novelitas endemoniadas, etc., etc. «Hay que impedir a toda costa que los niños se acerquen a Cristo; que no conozcan ni su nombre siquiera.»

Triunfante la España católica sobre la España laica, nuestra situación ¿cuál debe ser?

100. El remedio

4684. El consabido del refrán:

Al que no quiere caldo, tres tazas...

Y ése es mi proyecto de propuesta: propinarle al demonio y a toda su real familia, llenas de *caldo* de la doctrina cristiana todas las tazas habidas y por haber. Hay que empezar por desenvenenar las almas de los niños.

«Catequizar es enseñar gradualmente la letra del catecismo, viviendo su espíritu y haciéndolo vivir, con gracia sobrenatural y natural, de estos cuatro modos: Orando y haciendo orar. Narrando y haciendo narrar. Representando y haciendo representar y practicando por la piedad y la liturgia y haciendo practicar».

Mi última palabra y mi postrer deseo

4685. Lo copio de un gran obispo:

«Os declaro, hermanos míos, que compareceré, lleno de confianza, delante del Juez supremo para darle cuenta de mi episcopado si logro que en cada parroquia de la diócesis se diga una misa con participación frecuente o cotidiana de *niños pequeñitos* a la santa comunión.

Eso sería el retorno a la piedad eucarística de los primeros siglos del cristianismo y al mismo tiempo para las generaciones de mañana una preparación excelente, a la verdadera fraternidad, honor y fuerza de los tiempos apostólicos».

CARTILLA DEL catequista CABAL

CÓMO SE FORMA UNA CATEQUESIS MODELO

Organización

4686. Hablo, ahora como antes, mirando más que a los libros a la experiencia de mi apostolado como cura y como obispo.

1º *El ideal. Hay que aspirar* a que cada catequesis parroquial sea la semilla de una *parroquia cabal,* la iniciación de una vida sólida católica en los individuos, en las familias y en el pueblo.

¡Nada de catequesis rutinarias y por cuentagotas, que sólo dan un color de cristiano!

¡Catequesis completa y de todos los modos que se pueda dar y recibir!

¡Catequesis con su *credo* bien sabido y creído con fe viva, con sus *mandamientos* entendidos y practicados, con su *oación* aprendida, saboreada y hecha alimento de la vida, y con sus *scramentos* conocidos bien, y a sus tiempos recibidos...!

¡Doctrina cristiana, no sólo sabida y entendida, sino practicada y comida desde el primer destello de luz de razón, hasta el último soplo de la vida!

Con esto, todo se puede y se debe esperar; sin esto, ni acción eucarística, ni acción católica, ¡nada!

2º *La formación de un scretariado catequístico diocesano, como manda la sgrada Congregación del Concilio.* Lo fundéen Málaga y trato de proseguir con el establecido en Palencia, valiéndome especialmente de tres elementos:

I. Misioneros catequísticos.
II. Una catequesis modelo que sirva de ejemplo a las demás.
III. Museo catequístico.

1. Misioneros catequísticos

4687. 1º *Fin de los Misioneros.* Los llamados Misioneros catequistas son un grupo de sacerdotes escogidos entre los más celosos y peritos en el arte de enseñar el catecismo, que se dedican a visitar centros catequísticos, fomentar la fundación de otros nuevos y auxiliar a los directores y párrocos por medios de conferencias, academias catequísticas, organización de certámenes, así como la formación de estadísticas diocesanas y fiestas catequísticas, etc., etc.

2º *Plan de trabajo de los Misioneros.* Las salidas de los Misioneros a las catequesis son más o menos frecuentes, según las necesidades de los pueblos y las solicitudes que les hagan los directores de los catecismos de la diócesis, atendiendo siempre en ello a las disposiciones del prelado.

4688. La visita del Misionero consta ordinariamente de los siguientes actos:

a) Con el director, generalmente el señor cura párroco, tiene el Misionero amigables charlas sobre el funcionamiento del catecismo, poniendo a su disposición sus conocimientos catequísticos y actividad personal, para ayudarle a la más perfecta organización de la enseñanza religiosa.

b) Con los catequistas: un día o dos de retiro espiritual, que consiste en breves meditaciones, instrucción doctrinal y conferencias teórico-prácticas de pedagogía catequística.

c) Con los niños: catequesis diaria, una lección práctica a vista de los catequistas y reuniones particulares con los niños mayorcitos y mejores.

d) Por la noche un culto sencillo y breve con instrucción doctrinal para los adultos, con miras al mismo tiempo a fomentar la enseñanza religiosa entre jóvenes del pueblo, con los que tienen algunas veces, cuando las circunstancias lo requieren, charlas familiares.

2. Catequesis modelo

4689. Se estableció en Málaga, en la parroquia de la Merced, dirigida por el seminario.

Organización: La junta directiva está constituida por seminaristas teólogos: director, subdirector, secretario y varios otros seminaristas, jefes de las distintas secciones de la catequesis.

Catequistas: a) División. La catequesis de las niñas, está a cargo de Marías catequistas de la parroquia. La de niños, independiente de la de niñas, está a cargo de seminaristas teólogos. Unos y otras se dividen en catequesis de párvulos, de primera comunión, de grado medio o elemental y de superior o perseverancia.

4690. *b) Formación de las catequistas:*

1) Doctrinal. Tienen una academia catequística semanal que dirige un profesor del seminario. Dura media hora: Diez minutos de instrucción pedagógica, valiéndose del tratado elemental de pedagogía catequística del doctor Llorente, eminente catequista español, y de los procedimientos catequísticos enseñados en los libros *«Partiendo el pan a los pequeñuelos», «Sembrando granos de mostaza»* y *«La gracia en la educación»*[7], y veinte minutos de instrucción doctrinal que las mismas catequistas dan en forma de círculo de estudios, valiéndose de un breve tratado de Religión. Tienen además secciones especiales de formación práctica, exámenes y títulos.

2) Piadosa. Dos veces en semana tienen *círculo de piedad,* donde comentan sus lecturas espirituales. Todos los meses hay para ellas un retiro espiritual.

c) *Formación de los catequistas.* Hay una comisión que dirige un Misionero catequista, la cual estudia y normaliza todo lo referente a la parte didáctica de la catequesis, y ha compuesto un Programa cíclico de catecismo, publicado y aprobado por el prelado en tres grados y con preguntas en cada lección sobre catecismo, Historia sagrada y de Jesús, liturgia y prácticas de piedad.

4691. Existe la clase semanal de pedagogía catequística a cargo de un profesor del seminario. Para la preparación próxima se obliga a los catequistas a estudiar al menos durante una hora la lección correspondiente del programa oficial del catecismo de la diócesis, que está a su vez acomodado al texto diocesano de catecismo del padre Ripalda, facilitándoles cuantos libros requieran para dicha preparación o estudio, bien de la biblioteca catequística, bien de la biblioteca del seminario.

De lo hecho en este estudio se da cuenta por los catequistas a sus directores subalternos correspondientes a cada uno de los grados antes de explicar la lección a los niños.

Las pláticas catequísticas de la sección general que tiene lugar al terminar las secciones particulares, las dan todos los catequistas teólogos por turno señalándoles la materia con veinte días de anticipación para que puedan prepararse debidamente.

Estas pláticas:

a) duran sólo diez minutos,

b) son escritas por completo,

c) son dichas por los mismos interesados dos o tres días antes de pronunciarlas, ante todos los catequistas teólogos, con asistencia de un sacerdote, quienes con toda claridad y conocimiento de causa indican lo que es digno de alabanza y lo que merece desaprobación, proponiéndose en este

---

[7] Estos trres libros van incluidos en el presente tratado, como se explica al principio de este tomo III, en el «Prólogo» a *La gracia en la educación.*

último caso la forma más asimilable de exponer el punto censurado. d) cuando se cree conveniente a juicio del director, se someten de nuevo a una crítica posterior.

4692. *Niños: 1) Asistencia.* Oscila de doscientos a doscientos cincuenta entre niños y niñas.

2) Estímulos para la asistencia y aplicación de los niños:

a) Primero y principal: una entrega total de los catequistas, sin reserva, amorosa y desinteresada a los niños, sin otras miras que la gloria de Dios y el bien de las almas.

b) Una cuidadosa preparación antes de la catequesis por parte de los catequistas, quienes se esmeran en adquirir por medio de la oración, del estudio y de la experiencia las preciosas cualidades que debe adornar a un auxiliar del maestro divino.

c) Una completa y sincera sumisión a las órdenes del director, por parte de los catequistas, y una estrecha unión entre todos ellos.

d) Organización perfecta de la catequesis con una adecuada y severa distribución de catequistas, niños, tiempo de cada uno de los ejercicios de la catequesis y de las materias que se han de enseñar.

e) Fiestas catequísticas, veladas, juegos, excursiones, puestos honoríficos de clase, notas quincenales o mensuales de asistencia, conducta y aplicación, exámenes, certámenes, visitas a los padres de los niños, y a éstos cuando no asistan o estén enfermos, niños propagandistas seleccionados de entre los mejores, etc.

N.B.: No se entregan vales de asistencia ni se reparten premios materiales de ninguna clase ni individuales ni colectivos, ni se hacen rifas de ninguna especie. el lema es: trato cariñoso, doctrina bien enseñada y confianza en la gracia de Dios. Esto no obsta para que a los necesitados se les socorra en secreto y por caridad, no por *pago* a su asistencia, comuniones, misas, etc.

4693. *3) Formación doctrinal:* Además de la instrucción que reciben los niños en las secciones particulares y generales, acomodada a sus distintos programas, existe la preparación especial para la primera comunión, que se hace tres veces durante el año: en adviento, en cuaresma y en pentecostés. Se tiene también círculos de estudios para los de grado superior.

4) Formación piadosa: Se trabaja cuidadosamente por la formación especial de un *grupito de selección,* a quienes se procura formar individualmente bajo la dirección de un director espiritual. Estos niños del grupito selecto formados intelectual y moralmente con todo esmero, son la base y la vida de la catequesis, pues animan a los demás niños al estudio del catecismo y a la práctica de la vida cristiana. Hay entre estos niños del grupo selecto círculos de piedad en los que bajo la dirección de un sacerdote comentan ellos mismos pasajes del Evangelio leídos anteriormente y se entretienen en charlas espirituales.

Entre ellos hay cinco o seis de comunión diaria y treinta o cuarenta de comunión semanal.

Todos los meses se tiene con los niños de los grados superior y elemental un retiro espiritual en el seminario, que comienza a las ocho con misa de comunión y termina a las tres de la tarde. Las niñas tienen su retiro mensual en la Casa de Nazaret, auxiliadas por las Marías que allí viven en comunidad. Un domingo para las menores de doce años, y otro para las mayores; con silencio y toda formalidad.

Secciones distintas a que pueden pertenecer voluntariamente todos los niños de la catequesis.

4694. 1) *Sección piadosa:* Los niños de esta sección dos veces por semana comentan sus lecturas espirituales; son instruidos sólidamente en la piedad, animándoles a la práctica de la comunión frecuente, santa misa, lectura espiritual, examen de conciencia y meditación diarios. Las niñas tienen por separado estas reuniones piadosas con las Marías.

2) *Sección del clero infantil:* Los miembros de esta sección son instruidos sólidamente en la Liturgia católica mediante un programa cíclico de liturgia histórico-simbólica y ceremonial. Se les enseña a ayudar con toda veneración a la santa misa, a hacer oficio de acólitos, turiferarios y hacheros de la misa solemne, Bendición y demás actos de culto.

3) *Sección de cantores:* Tienen escuela de solfeo. Aprenden la misa de *Angelis*, escogidos y numerosos cánticos latinos y castellanos y actúan en todos los actos de la catequesis.

4) *Sección de escena:* En la que se les enseña a no pocos niños a recitar y declamar poesías religiosas y diálogos, y a componer pequeños discursos para las fiestas mensuales de la catequesis.

Las niñas tienen una sección similar y sus veladas con sus Marías catequistas. Todo esto con vistas principalmente a ir formando miembros para la Juventud de Acción Católica.

5) *Sección recreativa:* Encargada de dirigir y reglamentar los juegos de la catequesis: fútbol, tenis, frotón, etc.

6) *Sección de biblioteca:* Los miembros de esta sección que es la más numerosa, cuentan con una nutrida biblioteca ambulante de libros de instrucción catequística, libros recreativos, libros de piedad y numerosas revistas infantiles.

7) *Sección de prensa:* A esta sección pertenecen los propagandistas de la prensa católica.

Todas estas secciones tienen un catequista director, una Junta directiva formada por los niños más entusiastas de la sección y un sencillo y brevísimo reglamento. Funcionan todas media hora antes de la catequesis.

4695. 5) *Duración y tiempo de la catequesis:* La catequesis dura todo el año y las lecciones tienen lugar los domingos, jueves y sábados, por espacio sólo de una hora. Esta hora está distribuida en la siguiente forma: diez minutos de ensayo general de cánticos; treinta de secciones particulares, distribuidos en sus correspondientes grados; diez minutos de exposición menor y bendición con su divina majestad. Termina todo con unos avisos brevísimos del director de la catequesis. Los sábados, en lugar de la plática general rezan los niños el rosario y cantan la Salve.

4696. 6) *Misa de los niños:* Todos los domingos y días festivos, además de la misa de comunión de niños, se celebra la misa llamada de la catequesis a las once de la mañana. Los niños y niñas colocados en orden riguroso, ocupan gran parte de la nave central de la iglesia parroquial.

Acomodándose a las distintas partes de la santa misa, recitan los niños en alta voz contestando a las preces que dirige uno de ellos, el salmo «judica», el «confiteor», la oración del ofertorio, el «sanctus», el «Pater noster», y la oración de la post comunión.

Un niño lee en alta voz el Evangelio del día. Cantan escogidos cánticos al ofertorio, después de la elevación y antes de las últimas oraciones. Un ordenando habla a los niños durante la santa misa haciendo brevísimos y sencillos comentarios al Evangelio o exponiendo algún punto de la liturgia de la santa misa.

4697. 7) *Fiestas catequísticas:* Todos los meses se celebra una fiesta catequística, con extraordinaria asistencia de niños y personas mayores de la feligresía. Estas veladas consisten en la recitación y declamación de poesías y diálogos, entremezclados con cánticos ensayados al efecto. Hacen números principales de las veladas las preciosas recitaciones infantiles de pasajes evangélicos y una lección práctica de catecismo dada por un catequista debidamente preparado.

En los distintos tiempos del año litúrgico, la sección de escena de la catequesis representa en el seminario, al aire libre y en sitios adecuados, escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, relacionadas con dichos tiempos litúrgicos. A todas estas fiestas son invitados con frecuencia otros catecismos de la capital y pueblos inmediatos.

8) *Excursiones catequísticas:* Han sido varias las que se han tenido en los cuatro años que lleva funcionando la catequesis.

Excursiones particulares: Se tienen con algunas de las secciones de la catequesis dirigidas por sus respectivos directores, para solaz y estímulo de los niños de dichas secciones.

Excursiones generales: A estas excursiones, que se hacen unas al campo, y otras, en su mayor parte, a pueblos cercanos, van todos los niños del catecismo a excepción de los parvulitos. A las excursiones hechas hasta aquí han asistido de noventa a cien niños.

Tanto unas como otras excursiones se hacen con miras a ensayar a los niños en el apostolado, en el que más tarde han de ejercitarse vivamente al ingresar en las filas de juventud católica parroquial.

Comienzan todas ellas con misa de comunión general en la parroquia o en la del pueblo en que se tiene anunciada la visita, cantan los niños por la mañana la misa parroquial, y por la tarde se celebra una velada catequística parecida a las que se celebran mensualmente en la parroquia. A estas fiestas suelen concurrir algunos catecismos de parroquias cercanas, tomando parte activa en ellas los niños de dichos catecismos.

Los gastos originados por estas fiestas corren de parte de los niños: gastos de tren, auto, merienda, etc., a quienes se les enseña y obliga a hacer ahorrillos para estas fiestas, absteniéndose de los gastos superfluos y nocivos. A los que enteramente no pueden costearse se les ayuda conveniente y secretamente.

3. Museo catequístico diocesano

4698. Domicilio social, en el seminario diocesano.

El fin del museo es proporcionar a los catecismos y demás centros de cultura religiosa de la diócesis los medios más convenientes para la enseñanza religiosa y moral de los pueblos.

Nota bene. En los lugares en los que no se pueda contar con seminaristas ni Marías, utilicemos los miembros de juventudes católicas o congregaciones marianas, y sobre todo la de la doctrina cristiana, tan mandada por la santa Iglesia.

¿Que no se puede contar con amplios locales, con libros, cuadros murales, cines personal apto? No se olvide: la catequesis es el catequista; su cara, el mejor cuadro; su corazón, el mayor atractivo; su confianza en la gracia, su victoria.

¿Que es mucho lo que pido?

Es verdad; pero también es mucho más lo que doy o prometo que se obtendrá.

APÉNDICE

Especial para las Marías y las almas enamoradas del Sagrario

¡Marías, hay que hacer locuras!

4699. Y digo Marías y no Ramonas, ni Juanas, ni Pepas, sino Marías de nombre y obras, de corazón y de cabeza, de pies y de manos y de toda su vida para dar y buscar compañía al Divino Abandonado.

Y digo locuras, no de cabeza, que para eso están los manicomios, ni de fantasías, que de ésas está el mundo lleno, sino de corazón. Si el acto propio del corazón es amar, el propio del de la María es amar con locura o volverse loca de amar.

A éstas, a las locas de corazón y no a las prudentitas y comodoncitas y temeroncitas que en todo ven una molestia, un peligro, una dificultad, a ésas les digo: ¡hay que hacer...!, es decir: no planear, ni discursear, ni lamentarse o quejarse, sino hacer, y hacer locuras.

¿Para qué?

Para imitar y proseguir la locura de su Hermana mayor María Magdalena en torno del sepulcro vacío de Jesús. Jesús robado la vuelve loca y la pone a punto de hacer las mayores locuras para recuperarlo. ¿No se merece el Jesús que han robado o tratan de robar del alma de los niños el que se

vuelvan locas sus Marías y hagan todas las locuras imaginables para que las almas de los niños no pierdan a Jesús o lo recuperen si lo han perdido?

Yo quisiera poner en esta hoja todo el fuego del corazón loco de María Magdalena buscando a Jesús robado y, más aún, el fuego de amor dolorido de la Madre Inmaculada buscando a Jesús perdido, y toda la fuerza de contagio de todos los apóstoles locos de Jesús para que las Marías que pasaran los ojos por estos renglones perdieran el tino y la cordura y quedaran contagiadas.

¿Cómo?

Si las locuras tuvieran regla, la única que yo pondría a la del corazón de las Marías sería ésta: «que no pase día sin empujar a las almas de los niños hacia Jesús y sin empujar, ¡no os escandalicéis!, al Corazón de Jesús hacia las almas de los niños».

Empujad cada día a las almas de los niños a Jesús, enseñándoles algo de su doctrina, mostrándoles algo de sus ejemplos, dándoles algo de su cariño...

Empujad muchas veces al día al Corazón de Jesús hacia los niños orando y mortificándoos, lo más que podáis, por las almas de los niños, metiendo por los ojos de los niños al Jesús de vuestra comunión con la mansedumbre de vuestra buena cara, la dulzura de vuestras palabras, la generosidad de vuestro corazón y la modestia de vuestra vida.

¿Esto es difícil?

Para una Pepa o Ramona o Joaquina cualquiera, quizá sí; para una María, no, y si lo es en ocasiones ¡para eso es María sin más apellido que éste: loca por su Jesús!

Ejemplos de locura

4700. 1º ¿Tenéis catequesis en vuestra parroquia? Por ser Marías no solamente debéis pertenecer a ella, sino ser las primeras en llegar, las más celosas en buscar hasta en sus casas a las niñas, y a los pequeñuelos que no han ido o que podrían ir, en darles cariño y parte muy especial en vuestras oraciones y mortificaciones, en ser las últimas en separarse de ellos, no contentándoos con la hora del catecismo, sino llevándolos y acompañándolos a los actos de cultos, recepción de sacramentos, visitas al Santísimo, asistencia a la santa misa, etc., llevándolos de paseo y aprovechando éste para la salud de sus almas y de sus cuerpos...

2º ¿Por qué no ha de haber Marías maestras por amor a Jesús?

Las había y las está habiendo a partir de la expulsión de Jesús de la escuela oficial. Sé de no pocas Marías que, valiéndose de su título de maestra que tenían empolvado, o asociándose a alguna que lo tuviera sin polvo y haciendo prodigios de fuerzas, de ingenio, para encontrar algunas perrillas para pagar casa y material, de vencimiento de respeto humano y de otras cosas que cuestan mucho, han establecido escuelas de muchas letras, de mucho catecismo y de mucha piedad.

3º ¿No tenéis catequesis o no tenéis posibilidad de asistir a ella o de poner una escuela...?

¿No tenéis en vuestra casa hermanitas, criadas, hijas de vecinos o de porteros...? ¿No encontráis por la calle o en vuestra oficina chiquitos y chiquitas mendigos...? ¿No hacéis o recibís visitas de amigas...? Pues ¡a dar doble empujón! ¡Oportuna o inoportunamente!

4º ¿Que no podéis esto o que esto sólo no os basta? Acudid a la palabra de papel: por el apostolado de la carta, por la hojita de propaganda, por la revista o el periódico bueno que de vuestras manos pase a las de muchos, poniendo todo vuestro ingenio en buscar suscripciones a estas publicaciones y en restarlas a las que no sean totalmente católicas...

5º Y a éste llamaría yo el caso típico de la María. Después de hacer de lo que llevo dicho, lo que a cada una sugiera el celo de su amor, yo pido con todo el interés y encarecimiento de que soy capaz

y por amor y compasión al Jesús arrojado de la vista y del cariño de los niños, que cada María ponga todo su empeño natural y sobrenatural en buscarse y formarse otras tres Marías de la niñas de su doctrina o de su trato.

¡Hay que ir a la formación de grupos selectos y finos!, ¡las masas nunca son finas!, ¡hay que ir al apostolado entre semejantes, de las niñas por las niñas, de las pobres por las pobres, de las ricas por las ricas, de las ignorantes por las que lo sean un poco menos que ellas! y yo no conozco modo mejor de formar esos grupos selectos que el hacerlas Marías de verdad. Echad el ojo a las de mejor índole y más talento, llamadlas aparte, frecuentad su trato, redoblad vuestro interés por instruirlas, en atraerlas, en unirlas al Corazón vivo del Sagrario hasta hacerles sentir la compasión de su abandono... No parad hasta que se contagien de vuestra locura...

Marías, volveos locas

4701. No para dar el primer empujón de apuntaros y empezar, que ése lo da cualquiera, sino para empujar hasta el fin, hasta el fin del fracaso, del cansancio, del ridículo, del no gusto, de la rechifla, de la enfermedad, de la ignominia, ¡de la muerte!, con tal de que a nuestro alrededor se conozca y se huela a Jesús, se hable de Él, se trabaje y se sufra por Él...

Volveos locas de sentir, pensar y obrar a lo Jesús, de hablar con Él y de Él, de haceros y ser, en una palabra, Jesús en medio de la familia pagana, de las amigas paganas, de la sociedad pagana que ha perdido la memoria y el sabor y el hambre de lo que debe al Loco del Calvario y del Sagrario...

¡Ah! ¡Si Jesús contara en torno de cada uno de sus Sagrarios con tres Marías locas de remate!

TODOS CATEQUISTAS

UN PROGRAMA MÍNIMO DE catecismo

Decía yo en el año 33 en plena República laica

4702. Al grito de moda oficial de «¡Nada de catecismo!», que muchas veces se traduce en «¡Todo contra el catecismo!», no creo que haya católico ni católica de veras, y, a fuer de tal, enterado y persuadido de lo que es y vale su doctrina, que no oponga con todo su corazón el suyo de «¡Todo por el catecismo!».

Nuestro deber y nuestra conciencia de católicos nos dicen que, no solamente hay que suplir el catecismo que deja de enseñarse en las escuelas laicas oficiales, sino que hay que inundar a las almas de chicos y grandes con enseñanzas de doctrina cristiana.

¿Quién, que quiera un poco, no más, a su religión y a su patria puede impasible ver venir generaciones, irreligiosas, sin temor ni esperanza, sin fe ni conciencia, sin ley de Dios ni freno de respeto a la autoridad de los hombres que de Él viene?

Repito hoy

Hay que dar catecismo a todos y mientras más mejor y en todas las formas que la conciencia, el celo y el ingenio dicten porque quedan muchos laicos y muchos emboscados, y la salvación completa no puede venir sino del catecismo bien sabido y practicado.

Pero...

4703. Y aquí aparece el PERO de todas las buenas obras. Pero... es que yo estoy tan ocupado... sé tan poco catecismo... me doy tan malas trazas para enseñar... tengo tan poca paciencia para los niños... mis achaques... mi cargo... mi...

A pesar de todos los peros,

Repito:

¡Todos catequistas!

¿Cómo?

En muy pocas palabras respondo.

Como hay catecismo mayor, medio y menor según los años y grados de cultura de los que lo han de recibir, propongo, aquí un nuevo grado de catecismo MÍNIMO para uso activo y pasivo de toda clase de católicos..., católicos chicos y grandes, listos y torpes, ocupados y desocupados, sanos y enfermos.

Tan mínimo es el programa, que se puede reducir a sólo tres cuestiones, a saber:

1º Un católico enseña catecismo siempre que obra como católico.

2º Un católico enseña catecismo siempre que habla como católico, y

3º Un católico enseña catecismo siempre que se interesa por los que se dedican a enseñarlo, ayudándoles con su dinero, poco o mucho, con su trabajo personal perseverante, con sus oraciones y de todos los modos que pueda.

Allá va la explicación, aunque no la creo necesaria, del PROGRAMA MÍNIMO catequístico.

¿Quién podrá excusarse ante él de no poder ser catequista?

Sí, ¡todos catequistas!, y más aún, seamos todos ¡catecismos VIVOS!, ¡que con sólo vernos y oírnos los demás aprendan el catecismo de nuestra bendita religión! ¡Más odiada mientras más desconocida, más seguida y amada mientras más conocida!

Un católico o una católica enseñan catecismo siempre que obran como católicos.

4704. Nuestro catecismo, como recordaréis, contiene cuatro partes: *credo* o sea lo que debemos creer como católicos; *mandamientos,* o lo que debemos practicar como católicos; *oración,* o lo que debemos pedir como católicos, y *sacramentos,* o lo que debemos recibir para vivir en el tiempo y en la eternidad como católicos.

Ved ahora un modo sencillísimo de enseñar a todo el que nos rodee, nos mire o pase por nuestro lado algo de nuestro catecismo y de alguna de sus partes.

Allá van casos

4705. Usted, católico o católica, que me lee, va a tomar un tranvía o a entrar o salir o pasar por entre muchedumbre apiñada; ¿quiere usted enseñarles un poco de catecismo? Con la mejor cara que tenga deje pasar al que más prisa meta o más groseramente empuje, y a él y a los circunstantes les ha enseñado, sin alarde de usted y sin que se den cuenta ellos, un poquito de los *mandamientos* (al prójimo, como a ti mismo), de las *obras de misericordia* (sufrir flaquezas de nuestro prójimo), y hasta de *consejos evangélicos* (amar más al prójimo que a sí mismo).

Pasa usted por delante de un templo y descubre respetuosamente su cabeza, si es católico, o se santigua, si es católica, y con sólo ese gesto enseña a los que a la vez pasen o estén allí un poquito de su *credo* (aquella es la casa de Dios vivo). Y, si en vez de pasar, entra en el templo y hace reverente una cruz y no un garabato en su frente con el agua bendita y sin taconear y en actitud recogida, se dirige al Sagrario y ora, dobladas las dos rodillas, o comulga con su buen rato de preparación y de acción de gracias, o asiste a la santa misa siguiendo con sus ojos al sacerdote o a las hojas de su devocionario, y no a los que entran y salen, o deposita una limosna para el culto, ¡cuántos poquitos de *credo* y de *oración* y de *sacramentos* ha enseñado sobre el dogma de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, de la misa, de la comunión, sobre los sacramentales (el agua bendita, la señal de la cruz), sobre la piedad para con la madre Iglesia, etc., etc.!

¿Tiene usted criados, dependientes u operarios en su casa, en su negocio o a sus órdenes, y les paga puntualmente, más bien un poquito más de lo justo que menos, los trata con cariñosa consideración, se interesa por sus necesidades y apuros personales y de la familia, les disimula con indulgencia sus flaquezas y tropiezos y hasta se afana porque se hagan más buenos e instruidos en su religión? Pues ya les da una buena lección enseñando a ellos y a los que conozcan vuestro proceder una porción de *mandamientos* y de *virtudes.*

Y, aunque algunas veces, quizá muchas, ese comportamiento vuestro dé ocasión a risas y burlas, a animosidades y hasta persecuciones, no temáis por el fruto de vuestra catequesis; la lección de doctrina está dada y esas burlas y contradicciones son la señal clarísima de que se ha enterado también el demonio de que *allí hay un catequista de Jesús.*

Una prueba a contrario

4706. de lo que valen esas lecciones de catecismo con *obras* conforme al mismo catecismo, es el argumento que los dialécticos llaman *a contrario.*

Cada vez que un católico da ejemplo de tal, hace en favor del conocimiento y estima de su religión tanto como deshace cuando da mal ejemplo.

¡Cuántas veces habréis oído difamar y deshonrar nuestra santa religión y tratar de cohonestar muchas conductas y procederes torcidos por esta sola razón o sin razón! ¡Como don Fulano, que es tan católico, o doña Zutana, que es tan devota, lo hacen, lo dicen, lo leen, van, asisten, pagan así...!

¿No es ésa la razón o excusa de muchos participantes de cines y bailes inmorales, de modas y lecturas disolventes, de prácticas y rutinas más paganas que cristianas muy en boga entre gente que se llama católica?

Dos lecciones de catecismo de obras

4707. Entre las miles que podría citaros escojo dos, referentes ambas al trato del santísimo Sacramento.

La primera es de san Francisco de Sales.

Un calvinista que le había oído predicar de la real Presencia de Jesús en la Eucaristía, quiso cerciorarse por sí mismo si el predicador creía lo que predicaba.

Y se le ocurrió para ello el ardid de permanecer escondido durante la noche en la iglesia junto a la cual vivía aquél. Si cree, se decía, que Jesús está en la Hostia, vendrá a visitarlo, aunque no lo vea nadie, y estará ante Él como si estuviera vivo.

En efecto, a las altas horas de la noche una figura se desliza por entre las sombras del templo trabajosamente iluminada por la lucecita de la lámpara. ¡Fuerte emoción en el clandestino vigilante! La sombra avanza, llega ante el Sagrario, se postra con la cabeza sobre el pecho, o levantada hacia la puertecita del Tabernáculo, permanece largo rato...

Al día siguiente, el calvinista pedía al obispo de Ginebra la comunión católica.

La segunda lección es contraria a la anterior.

Después de una procesión del Corpus, oí, con pena y con vergüenza, a un protestante extranjero que la había presenciado por curiosidad:

-¡Ah, señor! Era muy bonita la procesión; pero en ella iba un grupo de señores que no debían creer..., que no eran católicos.

-¿...?

-Sí, porque iban hablando y riendo tan distraídos como si allí en la Hostia no fuera nadie...

¿Veis a dónde llegan las lecciones de catecismo de obras?

Un católico o una católica enseñan catecismo siempre que hablan como católicos

4708. Ved otro medio, y de bastante eficacia, de enseñar de modo permanente doctrina cristiana y de enseñar a ser buenos católicos.

¿Somos católicos?

Pues hablemos católicamente.

¿Cuándo?

Siempre, porque, gracias a Dios, a toda hora, desde que somos bautizados, lo somos.

¿Con quién?

Debemos hablar católicamente con todo el que hablemos, con Dios y con el diablo, con los de casa y con los de la calle, con los amigos y con los enemigos, con los conocidos y con los desconocidos, ¡con todos con quienes hablemos!, ¡siempre en católico!

¡Qué grandes lecciones de doctrina cristiana!

Hablemos católicamente con Dios

4709. Si un católico, al hablar con Dios, sea en la iglesia, sea en su casa, en la calle o en el cementerio, lo hace en actitud de máximo respeto y máxima atención, sin mirar a un lado ni a otro,

ni interrumpir su conversación con otra de menor importancia, pronunciando las palabras de su oración lenta y gramaticalmente, ese católico sin pretenderlo, está enseñando buena parte del *credo* (quien es Dios), de los *mandamientos* (qué se debe a Dios) y de la *oración* (a quién y cómo se debe orar).

No están todos los católicos obligados a hablar de Dios como el apóstol, que lo anuncia por todas partes y lo da a conocer aun con riesgo de su vida, ni como el teólogo que esclarece las profundidades de sus divinos misterios, ni como el catequista que tiene horas señaladas para hablar y enseñar cosas de Dios.

Pero sí están obligados en determinadas ocasiones a hacer profesión de fe católica, sobre todo cuando el no hacerla equivaldría a una apostasía, a hablar de Dios y de su religión y de sus instituciones con respeto y veneración y, si no obligados, deben estar los católicos dispuestos a despreciar el lenguaje laico y pagano que se nos introduce y, conforme a nuestras laudables costumbres cristianas, insignes trofeos y brillantes cristalizaciones de la fe y de la piedad de nuestros abuelos, no hablar más lenguaje que el cristiano tradicional español que invoca a Dios, a la Virgen y a los santos en todos los actos y circunstancias de su vida, no sólo individual y privada, sino familiar y social, como el saludo, «Dios guarde a usted», «ave María Purísima»; en la despedida «quede usted con Dios», «con Dios», «adiós»; en el comienzo y en el término de la comida, la bendición y acción de gracias de ese gran beneficio, en la condición de todos los acontecimientos futuros «si Dios quiere», «Dios mediante» y en mil y mil casos.

4710. Y, cuando no basta el lenguaje hablado, esas mismas costumbres nos han enseñado a poner, a alabar a Dios y a la Virgen santa María, hasta los dinteles de las casas con el «alabado sea Dios», los cuadros y exornos de las habitaciones y de todas las piezas domésticas con representaciones de asuntos religiosos y morales; los frontispicios de los palacios con sus inscripciones y leyendas religiosas; los remates de los edificios y las cimas de los cerros y montes con su cruz; las encrucijadas de los caminos con sus piadosas imágenes, y con las innumerables manifestaciones de fe con que nuestros abuelos embellecían y cristianizaban con alabanzas y agradecimientos y enseñanzas de Dios la agria y seca prosa de la vida terrena.

¿Que si se enseñará catecismo con todo eso?

¡Catecismo y teología de muy subidos quilates y muy pedagógicamente enseñados!

Contrapruebas

4711. ¿Qué van a aprender, por lo contrario, chicos y grandes de esos católicos que, o no hablan jamás con su Dios o, si hablan, tan atropelladamente y rutinariamente lo hacen, que ni ellos mismos saben lo que dicen, ni a veces llegan a decir nada a fuerza de comerse palabras y decirlas desfiguradas?

¿Qué ejemplos de respeto sumo a Dios, ni de valor en confesarlo públicamente van a dar esos católicos para quienes el persignarte delante de otros es un acto heroico y el rezar comprometedor, y el pronunciar el nombre de Dios o profesarse paladinamente católico es cosa poco menos que de mártires?

Una contraprueba graciosa

4712. Siempre recordaré la observación graciosa de un niño de verdad precoz, en cuya cristiana casa se rezaba el santo Rosario.

A mi pregunta sobre si lo rezaba bien o mal, me contesta en tono de juez que sentencia:

-A mí me gusta más que lleve en casa el rosario papá que abuelita.

-¿Por qué?

-Pues le diré a usted: con papá nos enteramos todos, el Señor y nosotros, de que rezamos y de lo que rezamos... y con abuelita, yo creo que ni el Señor se entera...

-¡Chiquillo! ¿ni el Señor?

-Sí, sí, porque con papá, cuando se dice a rezar, no se hace más que eso, rezar con todas las letras y ¡cualquiera se distrae o se come una! Y con abuelita, *con abuelita*... (y me lo subraya con el tono y el gesto) empezamos a rezar... Pero después se hace de todo; ella se va durmiendo, nosotros nos reímos, jugamos, nos peleamos y acabamos por dormirnos también... Y por eso le digo a usted que ni el Señor se entera de que rezamos, porque lo más que el Señor ve es que empezamos a rezar...

En mis catecismos

4713. ¡Cuántas y cuántas veces he podido probar y comprobar esta influencia del ejemplo, que vengo exponiendo cuando, rodeado de muchedumbres de chaveítas a la hora del *Angelus* del mediodía o de la tarde, en plena explosión de juego y diversión he llevado mi índice sobre los labios pidiendo silencio, he cruzado las manos sobre el pecho, he entornado los ojos en actitud de orar y el silencio se ha impuesto *electrónicamente* y todos han respondido a mis Padrenuestros y Avemarías, rezadas por mí sin elevar la voz, con sus oraciones en voz también sosegada!

Descruzar los brazos y dirigirles una mirada envuelta en una sonrisa es bastante para que aquel lago en calma vuelva a la tempestad de gritos y saltos...

¡Hablar católicamente con los prójimos!

4714. Sin vacilación alguna afirmo que un católico que hable con y de sus prójimos a lo católico enseña más catecismo que una Universidad de ciencias morales.

¡Con cuánta razón puso el apóstol Santiago la perfección del cristiano en dominar su lengua! ¡Con cuánta verdad llamó a la lengua *universidad de iniquidades!*

Un católico, que habla católicamente, es ese que domina su lengua y la trueca de universidad de iniquidades en manantial de bienes de todas clases.

4715. Hablar católicamente no sólo es un excelentísimo modo de guardar los mandamientos de la ley de Dios y de practicar las virtudes, sino de enseñarla a los demás.

Hablar católicamente es, además de no ofender la santidad y los oídos de Dios ni la conciencia del prójimo con blasfemias o palabras injuriosas a Él, a la Virgen o a los santos, o con juramentos falsos, malos o inútiles, tratar santamente las cosas santas, como manda el segundo mandamiento de la ley de Dios.

Hablar católicamente es tratar los hijos a los padres y los menores a los mayores de edad, saber y gobierno con cariño, respeto, sumisión y deferencia, y los padres y mayores a sus hijos y menores con cariño, interés y solícita consideración, como manda el cuarto mandamiento.

Hablar católicamente es no sólo no manchar los labios propios ni los oídos ajenos con palabras sucias, conversaciones indecorosas, chistes escandalosos o relatos de doble sentido sino desinfectar y perfumar el ambiente que nos rodea con palabras y conversaciones limpias, que propaguen y hagan amables las costumbres sanas y las acciones dignas.

4716. Hablar católicamente es no ofender la imagen de Dios que lleva nuestro prójimo, aunque sea nuestro mayor enemigo, ni el derecho que tiene a que lo tratemos con verdad, justicia y caridad, por lo menos como nosotros quisiéramos ser tratados, dándole mentiras por verdades, contumelias de palabras agresivas y palabras duras por trato de hermano y de prójimo, o murmuraciones y calumnias en vez de defensa caritativa o silencio respetuoso.

Hablar católicamente es callar con buena cara, cuando la ira u otra pasión trata de romper el equilibrio de nuestra razón y hacernos perder la serenidad de nuestra lengua.

Hablar católicamente es impedir que nuestra lengua sea vehículo perenne de nuestra vanidad, orgullo o amor propio contando a todas horas las cosas buenas propias, reales o soñadas, y las malas ajenas, defendiéndose y excusándose a sí mismo y atacando o acusando al prójimo.

Hablar católicamente es confesar sinceramente sin atenuaciones ni excusas nuestros pecados al que tiene poder de Dios para perdonarlos.

Hablar católicamente es, en una palabra, aplicar a la lengua lo que los antiguos caballeros decían de la espada: «No sacarla sin razón ni envainarla sin honor.»

Ése es el hablar católico: mover la lengua *con razón* y no volverla al descanso *sino con honor de Dios, de sí o del prójimo.*

4717. ¡Qué bien se entienden ahora las palabras de la epístola católica del apóstol Santiago: «Si alguno se precia de ser religioso sin refrenar su lengua, antes bien engañando sus corazones, la religión suya es vana», es falsa su piedad!

Descuidos de la lengua de los católicos, profanaciones o faltas de respeto de la lengua de los comulgantes que toca a Jesús sacramentado diaria o casi diariamente, pecados de lengua de gente buena, de ¡cuántos escándalos de pequeñuelos, de cuántos malos ejemplos, de cuántas disipaciones y desencantos y desedificaciones sois la causa y tenéis la culpa!

4718. ¡Cuántas veces en el hablar *no católico de los católicos y aun de los píos* he aprendido a explicarme el aparente contrasentido de tantos que se hacen malos o tibios tratando sólo con buenos y hasta fervorosos! Y es que no pocos de éstos son en todo buenos *menos* en la lengua... y dice el Espíritu Santo por boca de santiago que el que no tiene la lengua buena, o refrenada, su religión es vana, su piedad es falsa.

Era yo muy muchacho

4719. Y aún conservo la extrañeza con que oí decir a un señor respetable en todos conceptos y de muy buena vida y costumbres: -Me dice mi confesor que yo entraré en el cielo, pero sin lengua...

Entonces no comprendía yo qué le pasaría a la lengua de aquel buen señor para dejársela atrás; después, cuando fui mayor, caí en la cuenta de la exclusión... aquel señor buenísimo mentía y murmuraba casi tanto como hablaba... ¡Un *coloso* en fabricar mentiras de hechos y personas!

En cambio

4720. ¡Cuántas conversiones, rectificaciones de conducta, mejoras de vida y costumbres y enfervorizamientos de espíritu habréis visto sólo por ese motivo, el oír hablar a un amigo o enemigo, a un desconocido o extraño *católicamente!* ¡Ése es, por lo menos, medio catecismo vivo!

Con cuánto gusto cierro y confirmo estas sencillas consideraciones con ese trozo de la ya citada Epístola:

«Así como, si metemos un freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, movemos su cuerpo a donde quiera. Mirad también cómo las naves, aunque sean grandes, y estén llevadas de impetuosos vientos, con un pequeño timón se mueven acá y allá donde quiera el impulso del piloto. Así también la lengua es un miembro pequeño, sí, pero viene a ser origen fastuoso de cosas de gran bulto *o consecuencia.*

¡Mirad un poco de fuego cuán grande bosque incendia! La lengua también es un fuego, es un mundo entero de maldad. La lengua es uno de nuestros miembros, que contamina todo el cuerpo, y siendo inflamada del fuego infernal, inflama la rueda *o toda la carrera* de nuestra vida.

El hecho es, que toda especie de bestias, de aves y de serpientes, y de otros animales se amansan, y han sido domados por la naturaleza del hombre. Mas la lengua ningún hombre puede domarla *sin la ayuda de Dios:* ella es un mal que no puede atajarse, y está llena de mortal veneno. Con ella

bendecimos a Dios Padre: y con la misma maldecimos a los hombres, los cuales son formados a semejanza de Dios. De una misma boca salen la bendición y la maldición.

No han de ir así las cosas, hermanos míos. ¿Acaso una fuente echa por el mismo caño agua dulce y agua amarga? O ¿puede, hermanos míos, una higuera producir uvas, o la vid higos?

Así tampoco la fuente salada puede dar el agua dulce»[8].

4721. Hermanos, amigos, para ser siempre *fuente de sólo agua dulce* que dé el buen sabor de Cristo a los que nos rodeen, puesto que somos católicos, *¡hablemos católicamente!* ¡Con Dios y con los hombres!

Por la cooperación a los catequistas

4722. Un católico o católica enseña catecismo ayudando como pueda a los dedicados expresamente a enseñarlo.

Como el que ayuda a perpetrar un robo o un crimen es responsable ante Dios, ante su conciencia y ante la ley de ese delito, el que ayuda a hacer una obra buena, y la catequesis es la mejor de las mejores, gana ante Dios y su conciencia y ante las personas rectas los premios y frutos de aquélla.

Y no me refiero sólo a la ayuda material, sino aun a la ayuda de deseo o al deseo de ayuda.

Que si el mal deseo consentido tiene responsabilidad ante Dios, el buen deseo tiene premio y aun el mismo premio que la obra buena ejecutada.

4723. ¿Cómo puede un católico ayudar a la magna obra de los dedicados a enseñar doctrina cristiana?

Citaré algunos modos.

1º Por el *dinero,* mucho o poco, según la situación económica del que lo da; pero aunque sea con cinco céntimos, ningún católico, debe hoy, ante el veneno que aún queda del laicismo y la guerra que estuvo tanto tiempo declarada al alma del niño, dejar de contribuir a la creación y sostenimiento de escuelas privadas católicas y a los centros de enseñanza catequística.

2º Con los *menudos sacrificios* de comodidades, regalos, cosas superfluas o menos necesarias para ofrecer el mérito a Dios en favor de los maestros y catequistas, y el dinero que con ello se ahorra a la obra de la enseñanza católica.

3º Con *prestación personal* de servicios, influencias, protecciones y recomendaciones en favor de maestros y catequistas y alumnos, buscando niños para la catequesis y la escuela católica (comenzando por enviar con tesón a los propios) regalando lecturas, revistas, periódicos, hojas de propaganda, ya leídos, a los centros catequísticos para su difusión, y por todos los modos y medios que sugiera un celo ingenioso por causa tan santa y urgente.

4º Ingresando en la ahora más que nunca necesaria *«asociación católica de padres de familia»* para la defensa de la educación cristiana de los hijos y, si en el pueblo o ciudad de residencia no estuviese constituida, ponerse en comunicación por medio del párroco propio con el centro diocesano o con el más inmediato, para establecerla urgentemente y, si ni esto fuera posible de momento, reunirse con otros padres de familia de la misma localidad que no quieran veneno ni envenenadores para las almas de sus hijos, y quieran ayudar a las autoridades en la obra de preservación de los niños y buscar alumnos y cuotas para fundar o fomentar, si ya están fundadas, escuelas católicas, netamente católicas. Y

5º Sobre todo *por la oración,* que atrae la virtud y la eficacia y la fecundidad de Dios sobre las obras de los hombres. ¡Qué gran cooperación a la enseñanza es ofrecer misas, comuniones, oraciones, mortificaciones y toda clase de obras de piedad para que haya maestros y catequistas de *verdad católicos,* de obras, palabras, costumbres, carácter, sentimientos y hasta instintos católicos, y

---

8 SUM t 3,3-12

de todos esos modos enseñen a muchos, muchos niños a ser reproducciones vivas de Jesús, otros Jesús!

El fin y el ideal de la pedagogía católica no es otro que hacer hombres cabales a fuerza de asemejarlos al prototipo de toda perfección, Jesús.

Se lee

4724. de todos los grandes apóstoles y predicadores de nuestra santa fe, que siempre han puesto más confianza en las oraciones y mortificaciones que por la eficacia y fruto de su palabra hacían ellos y las almas selectas, que en sus retóricas y prendas oratorias.

Preguntado el gran maestro católico y ángel de las escuelas católicas, santo Tomás de Aquino, que de dónde sacaba la luz esplendente de la ciencia de sus libros y de sus lecciones de cátedra, siempre señalaba al mismo libro: el Crucifijo.

¡A cuántos grandes problemas dio solución llevando guardadas en el pecho bajo su blanco hábito o colocando sobre el altar, cuando iba a celebrar la santa misa cuestiones escritas sobre las que pedía soluciones a Dios y a las que los libros de los hombres no se las daban!

Y ¡cuántas experiencias no nos tienen confirmado que los maestros que *más pegan* sus enseñanzas al alma de sus discípulos y las convierten en educación y formación de carácter no son siempre los más sabios, sino los más buenos, esto es, los más influidos de la gracia de Dios y de la eficacia de la oración propia y ajena!

En resumen:

Obrar a lo católico.
Hablar a lo católico y
cooperar con los maestros
y catequistas católicos,
es un catecismo mínimo

del que podemos ser: *¡todos catequistas!*

4725. Los sabios y los ignorantes, los ocupados y los desocupados, los altos y los bajos, los clérigos y los seglares, todos los que tengamos interés en que se dé gloria a Dios, en que se conozca y se quiera a Jesucristo y en que esta pobre sociedad nuestra no se convierta en manada de lobos o en selva de caníbales, término fatal de la ilustración atea como del analfabetismo anticristiano.

El gran maestro san Agustín dejó consignada esta verdad, que es a la par luz y remordimiento. Si *nosotros fuéramos de verdad cristianos, no habría ningún hereje.*

Si todos los católicos lo fueran de obras, palabras y cooperación, ¡ya nos podríamos reír de todos los laicismos nacidos y por nacer!

¿Catecismo máximo?

4726. Puse por título a estas paginillas que preconizan el *apostolado del ejemplo y de la cooperación* «catecismo mínimo» y al ponerles punto final, siéntome movido a cambiar el título por el de «catecismo máximo».

¿Razón?

En el santo Evangelio, según san Mateo, se leen estas palabras del maestro divino: «El que dejare de cumplir uno de los preceptos más pequeños será mínimo en el reino de los cielos; mas el que los practicare y enseñare, éste será grande en el reino de los cielos»[9].

[9] Mt 5,19

Grandes son, en verdad, no sólo en el cielo, sino en la tierra, los que, sin alardes presuntuosos ni respetos humanos en *todo y siempre* enseñan la verdad y la hermosura de la doctrina cristiana *obrando, hablando y cooperando como católicos*... Éstos son los grandes...